

NOE
CASADO



DAME



Oportunidad

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Cita
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Epílogo
Banda sonora
Biografía
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Después de una carrera plagada de éxitos sobre los escenarios operísticos más importantes, me he visto sumergida en una complicada situación profesional que se ha agravado aún más por mi situación personal.

Mi marido ha desaparecido, no me responde a las llamadas y, por si eso no fuera ya bastante humillante, he descubierto que me ha dejado con serios problemas económicos. Así que no me ha quedado más remedio que actuar en una ópera rock, con argumento romántico y características muy alejadas de mi registro como mezzosoprano, a pesar de que mi prestigio haya quedado en entredicho.

Si ya dudaba si aceptar o no ese trabajo, tras conocer al coprotagonista me pregunto si seré capaz de soportarlo: un roquero sin filtro verbal y de cuestionable estilo al vestir, que me birla el maquillaje y que siempre está rodeado de fans dispuestas a todo por su ídolo.

Y cuando creo que ya no puedo hundirme más, recibo una inesperada noticia sobre mi marido que me impacta como un monumental bofetón emocional.

Pero como reza el dicho: no se vayan todavía, aún hay más...

DAME UNA OPORTUNIDAD

Noe Casado

Esencia/Planeta

Cuando dudes entre dos opciones, lanza una moneda para ver si sale cara o cruz, porque cuando esté en el aire, te darás cuenta de qué lado quieres que caiga.

Prólogo

La actuación que vimos ayer de la mezzosoprano Tatiana Belmonte fue correcta y poco más. Al finalizar recibió los aplausos de un público educado que sin duda esperaba vibrar con la representación y que, si bien no mostró su decepción, no se rindió a la diva como en ocasiones anteriores en las que el teatro se vino abajo.

Su interpretación de Azucena en el nuevo montaje de *El trovador* no ha cubierto, a mi juicio, las expectativas. La cantante ya conocía el personaje, pues con el mismo nos dejó totalmente embelesados hace ya cinco años, y por eso esperábamos mucho más de lo que anoche hizo sobre el escenario.

Puede que en esta novedosa producción se pretendiera imprimir aires diferentes a la obra, quizá más modernos, pero o bien la mezzosoprano no ha sabido adaptarse o bien lo ha hecho descafeinando su papel.

A Tatiana le faltó pasión. Durante su actuación parecía anestesiada, como si no sintiera la fuerza de la gitana Azucena.

El público se dio cuenta de esta apatía porque, a pesar de que la artista no falló en sus notas y cantó con profesionalidad, no consiguió vótores ni tampoco aplausos entusiastas. Los asistentes le respondieron con la misma corrección que ella empleó sobre las tablas, nada más.

Por tal razón nos preguntamos qué le pasa a la gran Tatiana Belmonte.

Quizá son ciertos los rumores que corren sobre su actitud fuera del escenario. Esta redactora no quiere generar falsas noticias; sin embargo, son muchas las voces que afirman que trabajar con ella no es tarea sencilla. Parece que sus constantes cambios de humor y sus desmedidas exigencias han colmado la paciencia de muchos directores y compañeros.

También se comenta que su vida personal se ha complicado en los últimos tiempos, hecho que hay que reconocer que nos afectaría a cualquiera de nosotros, pero creemos que una gran diva de la lírica debe estar por encima de sus problemas, no trasladarlos a la escena...

Arrugo, presa de la irritación, el periódico y lo lanzo a un lado, incapaz de terminar de leer toda la crítica. Acabaría vomitando el exquisito desayuno que me ha preparado el cocinero.

—¿Te das cuenta de lo que significa esto? —me pregunta Diego mientras recoge el periódico que he tirado. Lo estira con parsimonia y continúa leyendo.

—El matrimonio de Tatiana Belmonte, la estrella en horas bajas, y el director de orquesta Eladio Guillén no atraviesa sus mejores momentos pese a que hace poco celebraron su quinto aniversario de boda. Un avisado comensal grabó, hace una semana, una fuerte discusión entre ambos y después se fueron por separado...

—¡Basta, por favor! —exclamo, y le quito de malas maneras el maldito periódico de las manos a mi agente.

La gente no tiene vergüenza ni mucho menos educación. Eladio y yo logramos quedar, después de varios intentos por cuestiones de agenda, para cenar y así poder pasar tiempo juntos. Sin embargo, la cita fue tensa desde el primer minuto y eso derivó en un enfrentamiento verbal que quisimos disimular, pero nos fue imposible. Y, como siempre hay algún estúpido con un móvil a mano, alguien nos grabó y luego publicó el vídeo en las odiadas redes sociales, avivando los comentarios sobre nuestra conflictiva vida de pareja. Aunque es cierto que no estamos atravesando la mejor de las etapas en nuestra relación, eso es algo privado, que solo nos concierne a Eladio y a mí.

—Estos son los arrebatos que últimamente te hacen famosa, querida Tatiana.

—Deja ese aire condescendiente, parece que disfrutas con mis problemas.

Diego se sirve otra taza de café y me mira.

—Teniendo en cuenta que si te van bien las cosas, yo gano más..., no entiendo por qué dices algo así.

—Porque desde que me casé, incluso desde antes, no has dejado de malmeter entre nosotros. Nunca te ha gustado —lo acuso. No parece ofendido.

—Claro que nunca me ha gustado para ti, porque no conozco a un tipo más mediocre que tu marido.

Mediocre quizá es uno de los calificativos más suaves que mi representante ha utilizado para referirse a Eladio.

—¡Es director de orquesta! —lo defiendo.

—¡Ja! —se burla—. ¿Director de orquesta? Puede, pero de los malos. Y por mucho que le hayas conseguido algún trabajo, su mediocridad arruina cualquier posibilidad de que llegue a triunfar.

No es la primera vez que mi mánager habla así de mi esposo. No obstante, sé que Eladio es un buen director de orquesta.

—El problema es que no tiene suerte —murmuro.

—O que es malo de cojones, Tatiana.

—Ahora mismo tiene cerrado un contrato de nueve meses —alego.

Diego se ríe.

—Sí, para dirigir a una orquesta de medio pelo que toca grandes éxitos del cine —se guasea sin disimular un ápice el desprecio que siente por mi marido.

Ah, y el sentimiento es mutuo.

—Dejemos de hablar de Eladio, por favor —le pido.

Me levanto y camino por el salón hasta la puerta que da acceso al jardín. Hoy hace un buen día y me apetece salir a dar un paseo. Ahora que por fin ha terminado la temporada, tengo que descansar, disfrutar y relajarme.

—Pues me temo que no voy a complacerte...

Lo miro por encima del hombro en un intento de que me deje tranquila, que bastante tengo ya encima.

—En unos días me voy de vacaciones y me reuniré con Eladio, así que no te molestes en atosigarme con preocupaciones.

—De nuevo siento contradecirte —murmura, y añade ya en tono imperativo—: Siéntate y escucha, ¡coño!

—No me hables así.

—Pues deja de escurrir el bulto porque tienes graves problemas —anuncia.

—Si lo dices por la crítica del periódico...

—Lo digo por tu situación financiera, ¡joder!

—¿De qué hablas? —pregunto frunciendo el ceño y tomando asiento.

No soy multimillonaria, pero sí dispongo de una saneada economía y una abultada cuenta bancaria, rentables inversiones inmobiliarias e ingresos suficientes como para disfrutar de muchas comodidades, empezando por este estupendo chalet con una parcela de cuatro mil metros cuadrados en una exclusiva urbanización de la sierra, además de personal de servicio,

posibilidades de viajar más que confortablemente... En resumen: una vida acomodada, no me puedo quejar.

—Tu querido Eladio ha estado haciendo negocios bastante ruinosos.

—Lo sé, no ha tenido suerte —repito el mismo argumento de antes, pero es que la idea de construir casas con contenedores usados era, a priori, buena; el problema es que no logró que las autoridades le concedieran los permisos pertinentes... ni tampoco compradores.

—¿Suerte? No me jodas, Tatiana —se queja Diego elevando la voz ante mis palabras porque inevitablemente lo estoy defendiendo.

—No sé por qué te permito que me hables en ese tono.

—Conmigo, tus aires de diva, te los ahorras, ¿estamos? Que nos conocemos desde hace más de veinte años.

Frunzo el ceño y me siento como una niña a la que regañan.

—Di lo que tengas que decir —lo insto.

—Tu querido Eladio pidió varios préstamos.

—Lo sé —respondo y suspiro, pues me consta que está afrontando una enorme deuda, por eso ha aceptado dirigir una orquesta que toca éxitos cinematográficos, a pesar de que le repatea.

—Contigo como avalista —añade. Yo lo miro sin querer entender.

—¿Yo lo he avalado?!

—Sí, como buena esposa.

—Deja el sarcasmo, Diego —le ordeno—. No son horas.

—El caso es que no ha abonado las mensualidades de los préstamos y el banco ha ejecutado los avales.

—¿No es posible! Me habría avisado antes.

—Lo hizo, te mandaron varios requerimientos que tu querido esposo, como buen marrullero, te ocultó.

—Eladio no sería capaz de hacerme algo así...

Mi agente saca su tableta del maletín y busca algo antes de mostrármelo.

Leo, con un nudo en la garganta, el montante de la deuda y me veo obligada a inspirar hondo para tranquilizarme.

—Debe de tratarse de un error...

—Ya me gustaría —comenta sin disimular un ápice su tono desaprobador—. Soy tu representante y además me considero un amigo; por eso, antes de darte el disgusto, he hablado con la entidad bancaria para asegurarme y, por desgracia, me lo han confirmado.

—¿Has negociado con ellos?

—A ver, el problema es que a la deuda principal de los préstamos se le suman los intereses de los diferentes vencimientos y demás recargos. Y, por si fuera poco, tu amado esposo firmó un contrato un tanto peculiar...

Me froto las sienes.

—Suéltalo, acaba con la intriga, por Dios santo.

—Los supuestos socios inversores eran falsos, todo mentira; solo el incauto de Eladio puso dinero y ahora, como es lógico, el banco ha embargado todos tus activos.

—¿Qué?! —exclamo y me incorporo, incapaz de estar un segundo más sentada.

—Y aun así no es suficiente.

—¿Me tomas el pelo!

—Tatiana, ¿tengo cara de humorista? —me replica con un tono bastante condescendiente, lo

que me enerva.

—Eladio no ha podido hacer una cosa así —afirmo mientras niego con la cabeza.

Mi marido a veces es como un niño, cierto. Es ingenuo, crédulo, y en más de una ocasión hemos discutido cuando me ha hecho propuestas un tanto insólitas. En nuestro segundo aniversario me pidió que me tomara un año sabático para así poder viajar juntos. Porque, según Eladio, debía acompañarlo.

Cuando se lo comenté como de pasada a mi agente, puso el grito en el cielo. Además de insensata, me llamó loca, descerebrada y gilipollas, que viene a ser lo mismo. Yo, cual mujer enamorada, pensé en principio que se trataba de una propuesta interesante y estuve casi convencida de acceder... hasta que Diego me dio un ultimátum: o aceptaba los contratos que me proponía o dejaba de ser mi representante.

Me puso entre la espada y la pared, pues Diego no solo había sido mi mánager y amigo, sino quien batió el cobre para que yo triunfara. Me acompañó en cada audición, buscó a los mejores profesores, me animó cuando se torcían las cosas y, sobre todo, me dio buenos consejos.

Pensaréis que tras tanta atención se escondían otros intereses, económicos. Pues sí, claro. No era ningún secreto. Si triunfaba como cantante, si firmaba buenos contratos, él recibiría su parte, obviamente, pero quien sin duda ganaría más sería yo.

Y si alguien cree que Diego albergaba intereses de otra índole, como por ejemplo que entre ambos surgiera una relación sexual, la respuesta es no. Ni de coña. Porque es gay, algo que me confesó hace tiempo.

Tampoco se comportaba como un tipo controlador de esos obsesivos que no permiten a sus pupilas ni respirar. Me exigía que cumpliera el programa de ensayos y que me esforzara al máximo en cada actuación; ahora bien, me pedía que disfrutara de mis éxitos. Una vez hasta me obligó a irme de vacaciones. Me reservaba citas en el *spa*. Me empujaba a relacionarme con compañeros fuera del escenario y cuando notaba que algún chico me gustaba, además de pincharme, no dudaba en animarme a que experimentase.

Cuando tuve la primera relación más o menos seria con un compañero, lejos de intentar separarme de él, Diego se mostró comprensivo. Siempre y cuando yo cumpliera con mis compromisos, podía divertirme cuanto quisiera.

La relación no cuajó y mi agente actuó con madurez ayudándome a superar mi primer fracaso sentimental.

La verdad es que después no me esforcé demasiado en entablar nuevas relaciones; picaba aquí y allá muy de vez en cuando y punto. No quería distracciones; mi carrera ya despega y, por tanto, el tiempo para amoríos se redujo.

—Entiendo que quieras defender a ese «dechado de virtudes» —dice con ironía Diego sacándome de mis recuerdos—. El problema es que el muy imbécil —levanta una mano para que no lo interrumpa— se asoció con dos sacacuartos que lo desplumaron.

—Maldita sea...

—Y, claro, como utilizó tu nombre, nadie le puso pegas a la hora de obtener financiación —remata, y nunca mejor dicho.

Paseo por la sala de estar con una sensación cercana al pánico porque lo que me está contando mi agente es de una envergadura tal que toda mi vida se puede ir al traste en cuestión de días.

—Ahora toca afrontar las consecuencias y me he puesto a ello.

—Tengo que hablar con Eladio y...

—¿Para qué? —me corta molesto—. ¿Para que te cuente una milonga y, en vez de darle una

patada en el culo, lo acojas otra vez bajo tu protección?

—¡Es mi marido!

—Es un cabronazo —sentencia sin bajar la voz—. Desde que estás con él tu carrera ha ido de mal en peor por haberle hecho caso, recuerda que has rechazado ofertas solo porque al señorito no le parecían lo suficientemente buenas. Tampoco ha ayudado que se presentara en algunos despachos exigiendo ser él partícipe de la producción o pidiendo chorradas innecesarias para ti.

—Solo cuidaba de mi carrera —lo defiende como buena esposa.

—Deja de justificarlo, joder —se mosquea Diego—. Y vamos a enderezar esta situación. En primer lugar, debes hacer separación de bienes para que a partir de ahora...

—¿Separación de bienes? ¡No puedo hacer eso! Eladio se...

—¿Cabrearía? Pues que lo haga y juegue con su dinero, no con el tuyo.

—Eso lo dices porque te quedas sin tu parte del pastel —lo ataco.

—Mi trabajo, querida Tatiana, es velar por ti, llevar tus asuntos y, sí, lógicamente me pagas por ello —aduce con razón y paciencia pese al ataque recibido—. Y si en vez de seguir pensando en ese gilipollas con el que te casaste pensaras en ti, te darías cuenta de que la primera interesada en proteger tus ganancias eres tú y que, si no obtienes ingresos, quien se irá a la mierda serás tú porque yo cuento con mis ahorros.

«Tiene toda la maldita razón», pienso.

—Lo siento —murmuro.

—Bien, vamos a lo importante. He trazado un plan...

—Dime qué ofertas hay sobre la mesa para la próxima temporada... —me refiero a recitales en los que tengo que cantar piezas famosas para gente sin criterio. Auditorios de ciudades pequeñas donde la gente acude en vaqueros, deportivas y sin pizca de glamur—... y elegiré las más rentables —concluyo mientras me dejo caer en la *chaise longue*.

—Me temo que no hay tantas como imaginas —indica Diego acercándose con su tableta y acomodándose junto a mí.

—¿Y eso?

—Teniendo en cuenta tus berrinches, las interferencias de tu marido, las exigencias y tu actitud de las últimas dos temporadas, los empresarios no son muy proclives a contar contigo. Y no nos olvidemos de los cantantes que han expresado públicamente que no actuarían contigo ni bajo tortura.

—¿Berrinches?

—Dejar a un auditorio esperando dos horas porque le faltaba un botón a tu traje es un berrinche, Tatiana.

—¿Querer ser perfecta se considera un berrinche? —protesto.

—Sí, y además hay que tomar en consideración tu comportamiento con el resto del elenco, con constantes enfrentamientos por bobadas y pretensiones caprichosas y ridículas, y las continuas quejas a la dirección... Te has ganado a pulso el castigo.

Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás. ¿Es que nadie me comprende? Antes de salir a escena reviso mi aspecto una y otra vez y quiero que el resto de los compañeros también lo hagan, además de exigir la excelencia en cualquier aspecto de las obras. Por eso me desespero cuando me encuentro a gente que no se esfuerza tanto como yo.

—No pueden culparme por ello.

—Hay formas de decir las cosas sin ofender, Tatiana. Y tú no eres muy diplomática que digamos —me indica—. Pero dejemos eso ahora y centrémonos.

—Qué remedio —suspiro.

—Ya he hecho preparar los documentos legales para la separación de bienes, a ver lo que podemos salvar. Otra cuestión es tu decisión de seguir o no con Eladio, ya conoces mi opinión sobre el tema.

—Hablaré con él —digo.

—Haz lo que quieras. Respecto a esta casa, lo siento, sé que es tu refugio; no obstante, has de aceptar una oferta por ella.

—¡No voy a venderla!

—Una productora de cine quiere alquilarla de seis a nueve meses para un rodaje, lo que significa tener un contrato y dificultar que el banco ejecute el desahucio. Además, están dispuestos a pagar una pasta, echa un vistazo...

Sin mucho interés, miro la tableta y, sí, la cantidad es alucinante y por tal motivo empiezo a sospechar.

—¿No irán a rodar una película porno, aquí, en mi casa?

—Si así fuera, les pediría el doble —se burla Diego.

—No tiene gracia.

—Joder, que no —me rebate.

—¿Y dónde voy a vivir?

—Vas a volver a la civilización porque...

Ese tono no me gusta nada. Diego sabe que odio la ciudad, el ruido, la gente, los olores, los ascensores... Me gusta estar aquí, en la sierra. La propiedad más cercana está a tres kilómetros. No tengo que hablar con los vecinos si no me acerco al pueblo.

—Porque vas a participar en una ópera rock y la productora facilita a los actores un sitio donde vivir.

—¡¿Qué?! ¡¿Una ópera rock?! —grito alarmada ante semejante posibilidad.

—Cálmate, ¿de acuerdo? Es lo único decente que nos han ofrecido para la próxima temporada, Tatiana.

—Tienes que buscarme otra cosa...

—Si quieres percibir unos honorarios aceptables, es tu única salida —sentencia él—. Tómalo como un reto, otra oportunidad de demostrar tu talento.

—O de hundirme para siempre en el fango —replico negando con la cabeza.

—No seas dramática, anda.

—Me da la sensación de que todo esto te divierte.

—Un poco, no te lo voy a negar. Pero, por otro lado, creo que participar en una ópera rock es una manera de salir de tu rutina, de probar otros registros. Además, vas a actuar junto a uno de los cantantes de rock con más tirón actual entre el público y en las redes. ¿Quieres ver una de sus últimas actuaciones?

—Si no hay más remedio...

Diego recupera su tableta y tras buscar algo en ella me la pasa; yo pulso el botón de «Play». Lo primero que se oye es el típico bullicio de un concierto. Gente gritando sin ton ni son. La cámara se mueve por encima de los asistentes hasta enfocar el escenario, que apenas está iluminado. De repente se encienden unas luces en la parte superior y empiezan a sonar unas notas procedentes de un bajo. No soy muy aficionada a esta música. El ruido del público sube de volumen, aunque no consigue tapar los decibelios que salen por los altavoces.

Suspiro. Esto no va a ser un reto, sino más bien una tortura. Mis oídos no están entrenados

para algo así.

Y si ya el volumen de la muchedumbre resulta molesto, se vuelve insoportable cuando las luces se intensifican y aparecen unos tipos en el escenario. Uno ya está sentado tras la batería, el otro continúa desgarrando notas en el bajo y enseguida se le une una guitarra eléctrica.

La melodía va *in crescendo*, aumentando la expectación; algo lógico en cualquier espectáculo. Observo su vestimenta, peinado y aspecto en general. Nada anormal teniendo en cuenta que se trata de una banda de rock. Aunque ver tanto maquillaje sobre la piel, especialmente la de un hombre, me espanta.

Y de pronto aparece en el centro del escenario un tipo al que no sabría describir de lo estafalario que resulta. Solo puedo decir que es rubio, lleva el pelo recogido en un moño y un maquillaje que resulta excesivo. Pero lo más desconcertante es cómo saluda a la concurrencia:

—¡Buenas noches, gilipollas!

Parpadeo porque, en vez de abuchearlo, los presentes lo ovacionan. Inconcebible. Y lo es más aún cuando el tipo rubio añade:

—Sois un hatajo de idiotas que, en vez de estar follando por ahí un sábado por la noche, habéis venido aquí a verme. ¿Y sabéis por qué?

El público vuelve a rugir entusiasmado con los insultos que recibe y el tipo prosigue:

—Porque sois unos perdedores, unos mierdas que aprovecháis el concierto para refrotaros con las chicas —más griterío de entusiasmo—, pero, os lo advierto, no las toquéis, no sois lo bastante hombres para mujeres tan estupendas.

Entonces son las voces femeninas las que lo vitorean.

—¿De verdad existe gente así? —le pregunto horrorizada a Diego, que asiente y murmura:

—Sigue mirando.

—No tengo ni putas ganas de cantar para gentuza como vosotros, solo lo hago por ellas, porque sé que después unas cuantas vendrán a mi camerino a agradecérmelo personalmente...

—Puaaj, qué asco —suelto cada vez más perpleja.

—Así que, venga, id a tomar por el culo, pringaos, y dejadme a solas con ellas —remata, y hace unos cuantos movimientos obscenos hasta que...

—Oh, Dios mío —susurro abriendo los ojos como platos cuando observo que se empieza a desabrochar los pantalones.

—¡Porque han venido para ver mi polla en vivo y en directo!

—¡No puede ser! —farfullo parpadeando porque el tipo indescriptible se ha bajado los pantalones y muestra a todo el público sus partes íntimas y, además, se comporta de forma grosera e insinuante.

—¡Esto es una polla de verdad y no esa mierda que tenéis vosotros! —grita a una concurrencia enfervorecida.

No se conforma con enseñar el pene; además, mueve las caderas, se toca, saca la lengua, gime... igual que si estuviera practicando sexo.

—¡Deja de follarte al público! —le grita el guitarrista. Al cantante parece que por un oído le entra y por otro le sale porque continúa con sus movimientos obscenos y vulgares hasta que el batería arranca y entonces el impresentable detiene su actuación pornográfica y pregunta gritando:

—¿Estáis satisfechas, chicas?

Le responden de manera que calificaría como histérica «Más, más, más» y entonces se sube los pantalones. El bajo y la guitarra siguen el ritmo marcado por la batería y el cantante pega un

grito que estremece.

Yo le devuelvo la tableta a Diego.

—¿De verdad esto es legal?

—Cinco millones de reproducciones en un mes —afirma mi agente, y después añade—: y doce millones de seguidores en Instagram.

—¿Eso es importante? —murmuro con desdén, pues hoy en día cualquier papanatas es famoso sin esforzarse.

—Teniendo en cuenta que tú no llegas a cincuenta mil, sí, es importante.

—¿Y quién es esta joya sin parangón?

Diego sonrío de medio lado ante mi ironía.

—Killian R. Weisser, vocalista de The Dumpsters. ¹

—Un nombre muy acertado, la verdad.

—Tu próximo compañero de trabajo —añade sin ocultar demasiado una sonrisilla que calificaría como ladina.

Capítulo 1

A pesar de mis rogativas, protestas y demás intentos para no acudir a esta cita, me he visto obligada porque Diego me ha amenazado con romper de manera irrevocable nuestra relación si no me presentaba a la reunión que ha organizado con la productora de *Entre mis recuerdos*. Así es cómo se llama la ópera rock en la que insiste en que participe (como protagonista, obviamente).

Después de mostrarme ese abominable vídeo, me entregó un pequeño dossier con el argumento y los principales papeles de la obra para que lo estudiara. Sin duda se trataba de una sinopsis nada despreciable:

Pastora y Manu se conocen en el instituto. Se hacen amigos y después... ocurre lo inevitable: se enamoran y acaban siendo novios. Además, tienen un sueño común: cantar.

Se presentan juntos a multitud de pruebas, *castings* y concursos de talentos sin demasiada suerte; como mucho les sale algún que otro bolo en fiestas de poca monta.

Cuando por fin la fortuna les sonríe, resulta que lo hace a medias. Un cazatalentos le ofrece a Pastora la oportunidad de su vida, solo a ella. Eso supone tener que dejar a Manu en la estacada, algo a lo que no está dispuesta. Pero él no va a permitir que Pastora renuncie a su sueño, así que miente y dice que también le han hecho una oferta irrechazable y que sus caminos deben separarse.

Se comprometen a mantener el contacto pase lo que pase y a que cuando ambos hayan triunfado por su cuenta, volverán a estar juntos. Hacen una promesa.

Y Manu tarda muy poco en romperla.

Diez años más tarde, Pastora es toda una estrella. Ha conquistado los escenarios como cantante y actriz. En cambio, Manu hace ya mucho que olvidó sus aspiraciones artísticas, pues la realidad le ha dado unas cuantas bofetadas y no le queda otra que trabajar en lo que le sale para vivir. Se ha vuelto un tipo reservado, amargado, un cínico que ha ignorado todos los mensajes de la que fue su mejor amiga, su primer amor. Cada vez que ha visto una noticia sobre sus éxitos o ha oído su voz, solo ha logrado sentirse un puto fracasado y volverse más insoportable.

Pero en uno de esos jodidos giros del destino, Pastora aparece un día, acompañada de su prometido, en el restaurante en el que Manu trabaja de camarero.

Ella se queda sin palabras al verlo tan hecho polvo; no puede creer que ese tipo sea el mismo chico con el que vivió una historia preciosa.

Y Manu... deja salir su lado rencoroso y, lo que es peor, celoso al verla feliz con otro. Sin embargo, ella no es tan feliz como pensaba... y menos aún cuando los recuerdos acuden en tromba a su cabeza y se pregunta si de verdad el hombre con el que se ha comprometido es a quien ama.

Él intenta esquivarla para que su amargura no le haga decir algo de lo que después se arrepienta toda su vida; no obstante, Pastora no va a seguir adelante si antes no soluciona sus asuntos del pasado.

Leí con calma cada párrafo y, sí, me sentí intrigada por cómo se desarrollaría la acción. Se trataba de una historia de amor más moderna de las que yo había interpretado, desde luego, aunque... no sé, albergué y sigo albergando dudas sobre mi participación en esta producción, porque yo nunca he cantado piezas actuales en público.

La reunión de hoy es para que la directora del proyecto me explique sus expectativas y terminar de convencerme. No es la cuestión económica la que me preocupa en primer lugar (pese

a haber tenido que rebajar mi caché), sino el riesgo que asumo, pues quizá luego no me dejen regresar al circuito lírico.

Y tampoco estoy de buen humor, pues he tratado de contactar con mi marido y este, además de tener el teléfono apagado, no me responde a los correos electrónicos. Diego dice que se ha dado a la fuga y que me olvide de Eladio. Pero no puedo, no me da la gana; exijo una explicación y la oportunidad de decirle a la cara lo que opino de sus tejemanejes.

Por si fuera poco, tengo que mudarme de casa, abandonar mi refugio e instalarme (no sé si lo soportaré) en la ciudad. Según Diego, si acepto alojarme en el sitio que me proporcionará la productora, me ahorraré bastante dinero en alquiler.

¡¿Y para esto he trabajado tanto?!

—Respira, Tatiana, que hoy solo es una reunión informal —me indica Diego en voz baja.

—Me da la sensación de que todo esto te divierte.

—Así es —admite, y es que mi agente rara vez, por no decir nunca, me miente. A veces odio su brutal honestidad. En más de una ocasión le he pedido que me mienta, que me disfraze la realidad para al menos poder conciliar el sueño. Sin embargo, Diego siempre ha preferido soltarme la verdad, aunque me duela.

—Pues tu actitud no ayuda —lo regaña, y él me coge de la mano.

—Querida Tatiana, esto va a salir de puta madre, así que relájate.

—Antes voy a ir al aseo.

—No te escapes —me advierte, porque me conoce y sin duda recuerda que en una ocasión, al sufrir una especie de miedo escénico, me encerré en los vestuarios y no salí hasta que Diego me habló a través de la puerta hasta convencerme para que actuara. A punto estuvieron de derribar la puerta—. Te espero aquí.

—Tranquilo, iré directa a la sala de reuniones —le prometo—. Ve delante y haz tu trabajo.

Mientras camino hacia los baños, pienso en que este sitio no es tan cutre como imaginaba. La decoración no es cara, aunque sí de buen gusto. Los espacios son amplios, no huele a rancio. La única cosa que me parece extraña es que la gente que trabaja aquí no va de punta en blanco. Vaqueros, zapatillas deportivas, poco maquillaje, recogidos de pelo caseros... Es decir, cero glamur.

En fin, tampoco me voy a poner quisquillosa el primer día, aunque exigiré ciertas condiciones antes de firmar. A ver si con un poco de suerte llega la oferta para actuar en una producción clásica y esto de la ópera rock se queda solo en un mal sueño.

Encuentro los aseos y miro ceñuda la puerta, pues no se indica si es de señoras o de caballeros. No voy a entrar donde no corresponde, así que me toca esperar a que aparezca alguien que trabaje aquí y me diga cuál es cuál.

Se abre la puerta y sale una chica a la que pregunto:

—¿Es el de señoras?

—Aquí los baños son unisex —responde con amabilidad, y se marcha.

No me entusiasma, pero entro. La idea no es retocarme el maquillaje (pues me he asegurado antes de venir de que sea perfecto) ni revisar mi ropa (el conjunto de pantalón de vestir gris, camisa negra y zapatos de salón) porque es sobria y respetable. Tampoco he de mirar el aspecto de mi pelo, pues me lo he recogido en un moño bajo.

La idea tampoco es usar el excusado. Si he entrado al baño es para retrasar lo inevitable. Accedo a uno de los cubículos, saco una toallita desinfectante del bolso y, pese a que todo está bastante limpio, la paso por la superficie después de bajar la tapa. Solo necesito unos minutos y

aprovecharé para llamar a Eladio. A estas horas tiene que responder. Estoy muy cabreada con él, mucho, demasiado, rabiosa incluso, pero yo lo sigo queriendo y... si me da una explicación razonable...

Si Diego se entera de esto, me abroncará; sin embargo, he de darle una oportunidad; por mucho que me duela su traición, quizá podamos resolver esto juntos.

¿Estoy desvariando? Es lo más probable, no lo niego.

Saco el móvil del bolso, pulso rellamada y de nuevo salta el buzón y oigo la voz de la operadora indicando que el número marcado está apagado o fuera de cobertura. Por pura estupidez, vuelvo a llamar y otra vez salta el maldito mensaje, aunque, antes de que este finalice, una voz procedente de fuera del cubículo dice:

—Me cago en la puta, vaya mierda de corrector de ojeras...

Frunzo el ceño, es una voz masculina.

—No tenemos mucho tiempo —susurra otra voz, esta de mujer.

—Hoy no voy a follar, me aburro contigo —le espeta el tipo.

Yo me quedo quieta, a la espera de que se vayan para no interrumpir.

—¿Qué?! ¡Me dijiste que la chupaba mejor que nadie!

—Te mentí, para que te callaras. Eres muy plasta. Y ahora déjame, que mira el careto que llevo y tengo una jodida reunión en cinco minutos.

Vaya drama. Esto es lo que pasa por liarse con compañeros de trabajo y tener baños unisex.

—Por favor, lo haré mejor —suplica ella—. Si quieres, ahora mismo me arrodillo y...

—Que no, no seas pesada. Ya te dije hace unos días que no me gustas, que vuelvas con tu novio y me dejes tranquilo. Que solo fue un rollo de fin de semana, no te hagas pajas mentales —contesta con desprecio.

—Es que tú follas mejor que él —insiste ella.

Vaya, qué bajo caen algunas.

—Eso ya lo sé —masculla con arrogancia—. Pero paso de ti, largo. Y no vayas por ahí lloriqueando, ¿estamos?

—Por favor...

—Hostias, mira que eres cansina.

—Por favor, haré lo que tú quieras...

Voy a llegar tarde a la reunión por culpa de estos dos idiotas. Seguro que Diego ya está nervioso y terminará buscándome.

—Ya tengo a muchas que hacen lo que yo quiera —le suelta con chulería—, y ahora hazme un favor: esfúmate y no me des más la turra.

Oigo el llanto de la chica y acto seguido el sonido de unos pasos alejándose; después, el «clic» de la puerta y, por fin, el silencio. Por si acaso decido esperar un par de minutos antes de salir.

Mi móvil emite un pitido, ha entrado un mensaje. Es de Diego.

Te estamos esperando.

Como se te ocurra huir...

Se acabó el tiempo, así que me incorporo, resignada a tener que ir a la dichosa reunión. Abro la puerta del cubículo y ¿qué me encuentro?

—¿Tú también quieres chupármela?

Me quedo ojiplática no solo porque asocio la voz a un personaje conocido, sino porque

además se trata del impresentable rubio que vi en el vídeo, el vocalista de The Dumpsters. Es decir, el cantante con el que tengo que trabajar si nadie lo remedia.

—¿Te ha comido la lengua el gato?

Me aclaro la garganta. Sé que debo parecer estúpida saliendo del cubículo, porque es evidente que he oído el «interesante» intercambio de pareceres.

Él, que va con lo que debe de ser su atuendo de negocios —traje de pantalón y chaqueta aunque sin camisa, a pecho descubierto—, mete las manos en los bolsillos y me mira de arriba abajo.

—A ver, señora, ¿eres muda?

¡¿Señora?!

—No, no soy muda —acierto a contestar—. Y ahora, si eres tan amable, apártate.

—Antes dime qué hacías ahí escondida... Ah, espera, masturbarte mientras me espiabas, ¿verdad?

—¡¿Perdón?! —exclamo anonadada ante un comentario tan vulgar como falso.

—Venga ya, señora, reconócelo. Tienes pinta de no follar desde hace siglos y has pensado: «A lo mejor hoy es mi día de suerte».

—Yo no tenía ni idea de que encontraría en los aseos un espectáculo tan bochornoso y por ello he sido lo más discreta posible —arguyo, ante lo cual él tiene el descaro de carcajearse.

—Ay, ay, ay —se mofa—. No pasa nada por admitirlo, aunque hoy no va a poder ser, querida.

Lo fulmino con la mirada cuando, además de comportarse como un cretino, me hace una reverencia burlona antes de apartarse y dejarme pasar.

Camino furiosa hacia la puerta, convencida de que no voy a aceptar este trabajo. Ni loca. Se ponga Diego como se ponga.

—¡Eh, señora, un momento! —me grita el impresentable.

Por supuesto, lo ignoro, dispuesta a seguir mi camino. Pero él me sujeta de la muñeca.

—¿Cómo te atreves?

—A ver, las señoras de tu edad seguro que lleváis potingues para disimular arrugas en el bolso. ¿Tienes algo?

—¿Me estás pidiendo maquillaje?

—Un corrector o algo así.

Parpadeo, esto es lo más surrealista que me ha sucedido en la vida.

—Espera un segundo...

Me suelta, abro el bolso, saco el pequeño estuche de cosméticos que llevo y se lo entrego.

—Oh, joder, qué bien...

Se acerca al espejo y yo, que me muero de curiosidad, me sitúo a su lado y observo cómo se aplica el producto, pero me doy cuenta de que lo está haciendo de forma incorrecta porque se trata de un maquillaje muy denso y es mejor utilizar más bien poco para que el resultado sea óptimo, así que decido intervenir.

—Déjame a mí, que, si no, vas a parecer un payaso —ordeno, y, en vez de protestar, dobla las rodillas para quedar a mi altura.

—Te estarás preguntando por qué necesito retocarme...

—Prefiero seguir en la ignorancia —lo interrumpo.

Utilizo una pequeña esponja para aplicarle el maquillaje y, al estar tan cerca, percibo su perfume. No lo identifico, pero al menos no resulta desagradable.

—Es que a veces me encuentro con cada fiera... —insiste en hablar, y, para evitarlo, le doy toquecitos con la esponja cerca de los labios—... que se me echa encima, como si yo llevara un letrero que dijera SELF-SERVICE.

—He dicho que prefiero seguir en la ignorancia.

—Anda ya, si estás loca por meterme mano, mira cómo te arrimas.

Termino de arreglarle de forma brusca y, tras recoger mis cosas, le espeto:

—He acabado. Buenos días.

—¡Eh, señora, que también necesito el *eyeliner*!

No suelo huir; sin embargo, salgo todo lo rápido que puedo, hasta choco con un hombre con el que ni siquiera me disculpo.

Estoy algo desorientada, no tengo ni la más remota idea de dónde está la sala de reuniones, pero me da igual. No aceptaré este trabajo.

Miro alrededor en busca de la salida y, cuando creo que la he encontrado, me tropiezo con Diego.

—Joder, Tatiana, lo sabía —masculla en tono acusatorio—. Siempre haces igual: en cuanto me descuido, intentas jugármela.

—Yo...

—Escucha: o entras ahí —dice señalando con el brazo extendido la zona donde se supone que está la sala de reuniones— o se acabó.

Respiro hondo para encontrar las palabras precisas y así exponerlas para que mi agente comprenda la situación.

—Diego, yo, de verdad, no pretendo decepcionarte... —titubeo y él frunce el entrecejo mientras niega con la cabeza—, pero es imposible que yo sea capaz de...

—Por lo menos, da la puta cara. Entra en la sala y dile a esa gente que ha apostado por ti que, como buena diva caprichosa, vas a dejarlos plantados.

—Diego...

—Ni Diego ni hostias, maldita sea —me corta enfadado—. Así que, venga, acompáñame de una condenada vez.

—De acuerdo —acepto porque sé que ha estado trabajando para que yo tenga oportunidades.

—Compórtate como una persona madura por una vez en tu vida, Tatiana.

Caminamos en silencio hasta la sala. Como las puertas son de cristal, veo a los reunidos antes de entrar. Y, sí, ahí está el impresentable. Sonriendo tan pancho.

Diego empuja la puerta y coloca una mano en mi espalda. No es un gesto caballeroso, sino para asegurarse de que entro.

—Buenos días —me saluda una chica con el pelo naranja, peto vaquero y botas militares—. Soy Cuca, la directora del proyecto.

—Encantada.

—Y te presento al resto de mi gente...

En la sala —además del impresentable al que ya tengo el dudoso honor de conocer y de Diego, que permanece con expresión neutra—, están los dos tipos que han escrito la ópera rock, Damián y Jerónimo; la productora, Estefanía; y otra chica, la becaria, que se llama Luisa. Así a ojo dudo que ninguno haya cumplido los treinta. Estupendo, voy a trabajar con gente a la que como mínimo saco diez años.

El único asistente que parece haber llegado a los cuarenta es Herman, el representante del que, si nadie lo remedia, será mi compañero de trabajo.

—Y, por supuesto, está Killian —ha dejado al impresentable para el final.

Él, como si no hubiésemos coincidido en el aseo, se levanta para estrecharme la mano. Bueno, al menos es educado cuando la situación lo requiere.

—¿Por qué me presentáis a la encargada del maquillaje? —pregunta con una sonrisilla estúpida que me dan ganas de borrarle de un tortazo.

—Killian, por favor —tercia Herman con voz de reprimenda—. Ella es Tatiana Belmonte, mezzosoprano. Así que compórtate, ¿de acuerdo?

—No tengo ni pajolera idea de cómo canta, pero maquillaje de puta madre, puede hacer doblete.

—Tranquila —susurra Diego a mi lado cuando percibe que estoy a punto de saltar y responderle como se merece, por impertinente.

—Bien, hechas las presentaciones...

Cuca, es decir, la directora (me parece demasiado joven para serlo), nos explica los detalles de la obra. Quiere que *Entre mis recuerdos* no sea una ópera rock más de esas que pasan sin pena ni gloria. Por eso, de acuerdo con Damián y Jerónimo, van a imprimirle a la producción un carácter muy moderno. No quieren limitarse a que los actores canten e interpreten con más o menos profesionalidad.

Después les llega el turno de hablar a los creadores. Creo que sobra la parte en la que comentan las sensaciones que han experimentado mientras trabajaban en la composición, lo mucho que significa para ellos que este proyecto por fin haya encontrado financiación y, por supuesto, que cuentan con la implicación a nivel emocional de todos. Pues conmigo que no cuentan.

Sé que está muy feo, pero yo bostezo, aunque con disimulo. Cada vez me interesa menos porque esta charla no aporta nada al proyecto. Preferiría hablar de cuestiones técnicas y, de paso, encontrar la excusa perfecta para no participar.

—¿Es necesaria esta chapa que nos estáis dando? —interrumpe el impresentable, y por una vez estoy de acuerdo con él.

—Sé que a priori esto puede parecer aburrido —alega Jerónimo.

—Lo es —confirma Killian, y me señala—. La gran diva tiene una cara de aburrimiento que no puede con ella.

De repente soy el blanco de todas las miradas. Yo mantengo (no sin esfuerzo) una expresión seria, como si estuviera concentrada.

—Sigamos, por favor —pide Cuca.

Por suerte la interrupción del impresentable hace que los compositores se dejen de tonterías y hablen de *Entre mis recuerdos* de forma práctica..., aunque igualmente yo me aburra.

Siento la mirada de Diego, que, a mi lado, está pendiente de cualquier reacción. No lo culpo; sabe demasiado bien cómo soy, cómo reacciono, y no es ningún secreto que para mí esto es peor que cuando me enfrenté a mi primera audición en un teatro. Porque, en aquella ocasión no tenía nada que perder; en cambio, ahora, mi nombre (aunque sea dentro del reducido mundillo operístico) es conocido.

—¿La becaria no trae café? —interrumpe el impresentable, y la aludida se levanta con rapidez con el bloc en la mano.

—Si me apuntan cómo lo quieren... —pide con timidez.

Mira por dónde todos aprovechan, incluida yo, que anoto un té rooibos con sacarina. Y el último en coger la libreta es...

—¿Qué mierda es esa del rooibos? —Escribe algo y añade—: ¿Estás estreñida?

Cuca, antes de que la sangre llegue al río, le pasa la lista a la becaria y retoma la conversación.

Tres cuartos de hora más tarde ya no sé ni cómo sentarme y encima noto que el impresentable no me quita los ojos de encima, manteniendo una media sonrisilla burlona que me saca de quicio.

—Tatiana, entendemos que para ti esto es muy diferente a lo que estás acostumbrada —interviene Damián poniéndome cara de niño bueno, y pienso: «¿De verdad cree que así va a convencerme?»—. Pero solo una voz como la tuya puede con este papel.

Vaya, sabe hacer la pelota.

—¿Va a cantar ahora? —inquiere el impresentable—. Lo pregunto para aprovechar e ir a mear.

—Killian... —masculla su representante—. Ya vale.

—Es que me meo de verdad —arguye, y se frota el pecho desnudo.

—Agradezco tu cumplido. —Añado una sonrisa para no parecer muy altiva.

—Mientras componíamos la obra, pensábamos solo en ti. Desde que te oí cantar *Voi lo sapete o mamma* siempre he querido trabajar contigo —añade Jerónimo tan pelota que me gusta.

Entonces, para jorobar mi momento, el impresentable entona una canción que no conozco, por lo cual doy por hecho que es de The Dumpsters. Dice algo así como «... esta noche voy a llevarme tu coche sin permiso y voy a follar en él con mi vecina...».

—Memorable —farfullo cuando acaba.

—¿A que sí?

Capítulo 2

Lamentablemente, no encontré esa excusa lo bastante buena como para librarme y aquí estoy, en el apartamento que me han asignado para vivir mientras duren los ensayos y las posteriores representaciones.

No entiendo qué sentido tiene lo de compartir espacio fuera del trabajo. Cuca nos ha explicado que para conseguir una mejor compenetración entre los actores, en vez de alojarnos por separado en un hotel, vamos a convivir todos en un mismo edificio que está a solo cinco minutos a pie del teatro.

Por ser la protagonista, me han asignado uno de los dos pisos del ático. ¿Imagináis quién ocupará el contiguo? Exacto, el impresentable. El problema no es solo el espacio, dispongo de ochenta metros cuadrados para uso exclusivo, algo irrisorio pues estoy acostumbrada a mi chalet de la sierra, sino que cuando reformaron el inmueble, lo distribuyeron de un modo un tanto peculiar. En cada planta hay una especie de zona común en donde se supone que debemos reunirnos para afianzar lazos. Así que tenemos que comer juntos, compartir charlas, hablar de nuestras cosas...

¡Vaya ridiculez!

Yo, por si acaso, mantendré las distancias.

Diego se ha ocupado de hacer traer mi equipaje y otros enseres que necesito. El problema es que en un espacio tan reducido mis aparatos de gimnasia no van a caber. Y no me parece de recibo instalarlos en medio del salón. No tengo previsto recibir visitas; aun así, me gusta el orden y cada cosa en su sitio.

Por si las desgracias fueran pocas, no dispongo de un baño adecuado a mis necesidades. En este apartamento solo hay uno y es cien por cien funcional. En el dormitorio ocurre lo mismo, así que ya le he pedido a mi agente que encargue un colchón especial, con control de temperatura para poder descansar. Y todo a cargo de la productora, obviamente.

Deprimirse no es una opción, así que, sentada en un sofá de piel de imitación delante de una pantalla de televisión extragrande que aún no he encendido, miro de reojo el libreto de *Entre mis recuerdos*.

He de estudiarlo, mirar las partituras, porque mañana tenemos la primera lectura conjunta y es primordial estar al tanto, pero se me hace tan cuesta arriba... Y encima sigo sin tener noticias de Eladio.

Como me va a resultar imposible concentrarme en la obra (los motivos: falta de motivación + problemas personales), busco el teléfono y marco el número de mi marido. Una vez más la maldita voz de la operadora me indica que está apagado o fuera de cobertura.

Sé que no es una manera muy aceptable, pero de algún modo he de comunicarme con él, así que abro la aplicación de correo electrónico y le envío un mail:

Eladio, es importante que te comuniques conmigo. Han surgido imprevistos y tenemos que solucionarlos.

Para empezar, me he visto obligada a abandonar nuestra casa; permanecerá alquilada durante unos meses, así que no puedes regresar allí.

También me gustaría que me informaras de tus inversiones, pues me he visto obligada a sufragar una elevada deuda con mis ahorros.

Releo el mensaje, es tan desapasionado... Parece más una carta de empresa que otra cosa. Nada que ver con lo que se supone que es la comunicación entre una pareja.

Borro cada palabra y comienzo de nuevo.

Eladio, llevo días intentando contactar contigo a través del móvil. Han surgido complicaciones importantes...

Otra vez lo borro todo. Es que estoy tan fuera de lugar que no me sale nada remotamente cariñoso.

Con el teléfono en la mano, intento dar con las palabras precisas. No quiero que me tome por imbécil, después de lo que ha hecho, aunque tampoco pretendo romper con él sin antes escuchar su versión. Sé que Diego no se ha inventado nada; sin embargo, también sé que existe una explicación...

A punto estoy de escribir de nuevo cuando una música atronadora me interrumpe. Procede del exterior del apartamento, así que, mosqueada, camino hasta la puerta y cuando la abro, me encuentro una fiesta en ciernes.

Varios miembros del equipo están dejando multitud de botellas y boles de comida en una mesa. Otros ya están bailando.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo?!

Me ignoran, pues, aparte de un par de miradas de reojo, siguen a lo suyo. Me acerco hasta la chica que tiene un portátil, la cual es la encargada de machacar el sentido del oído de los presentes, y veo en la pantalla que ha creado una lista de reproducción llena de canciones horripilantes como la que suena ahora: *Maybe you're the problem*.

—Disculpa —le doy unos toques en el brazo a la chica para llamar su atención—, ¿podrías bajar el volumen?

—Tía, disfruta un poco, anda, que nos esperan días de mucho curro.

Cuando voy a replicar, un chaval vestido como si saliera de un orfanato de finales del XIX me pone un vaso en la mano y me da un empujoncito que, si pretende ser para animarme, ya adelanto que no funciona.

—¡Venga, vamos a pasarlo bien! —grita otra chica.

Desde luego, mal empezamos.

El griterío aumenta; se supone que van a participar en una ópera rock y desafinan como un rebaño de ovejas hambrientas.

No quiero enfadarme más de la cuenta y tampoco montar un numerito de petarda para que todos piensen que soy una amargada. Ahora bien, no voy a soportar este ruido.

—¿Qué es una fiesta sin una estrella de rock?! —grita el impresentable saliendo del ascensor seguido de otros dos tipos que visten de forma tan estrafalaria como él.

—¡Joder, The Dumpsters aquí! —chilla una.

—Os presento a Calvin y a John, dos cabronazos como Dios manda.

Los presentes vitorean al impresentable y sus colegas.

—¿Dónde está Steven? —pregunta una de las chicas al tiempo que se acerca con actitud que

podría denominarse mimosa.

—Haciéndose una colonoscopia. Si acaba pronto, vendrá —contesta uno de la banda, aún no sé si es Calvin o John.

Las risas son generalizadas.

El impresentable me mira y arquea una ceja. Yo sostengo un vaso, aunque no he probado la bebida. Empieza a sonar otra canción, tan espantosa como la anterior.

—Anda, ¡si tenemos a la seño para que nos vigile! —exclama, y, cómo no, la gente le ríe la broma.

—¿No es la cantante de ópera? —plantea uno de los integrantes de The Dumpsters.

Mira, uno con un poco de clase y cultura.

—Eso dice ella —se burla ya sabéis quién.

—Preséntamela, anda, que siempre he querido conocerla —añade el del grupo.

El impresentable pone cara de asco pero se acerca a mí y dice:

—Calvin, esta es..., ¿cómo te llamabas?

Es evidente que lo sabe, aunque quiere tocarme las narices.

—Encantado, señora Belmonte —dice Calvin (ya no olvidaré su nombre) con una educación que ya quisieran otros—. Es un placer conocerla.

—Gracias, Calvin.

—Oye, tío, no te pongas moñas, que esto es una fiesta y ella no tiene pinta de ser muy divertida —interrumpe el cantante (por llamarlo de alguna manera).

—No seas gilipollas y maleducado —le espeta Calvin—. Y ve por ahí a hacer el tonto, que es lo tuyo.

El aludido tuerce el gesto, pero por suerte se marcha.

Vaya... Este chico, a pesar de su estilismo (lleva un pantalón rojo con estampado piel de serpiente, chaleco fucsia y pelo rapado casi al cero menos en un lado), me empieza a caer bien.

—¡En cuanto se largue la *vigilanta*, nos desmadramos! —exclama el impresentable, y de nuevo se gana la ovación general.

Calvin me indica que vayamos a un rincón para poder charlar. Se le ve interesado en mí, como cantante lírica, claro, porque el tipo no ha debido de cumplir los treinta y de momento yo no voy con hombres tan jóvenes. Sin olvidar que estoy casada, aunque mi marido siga desaparecido.

El guitarrista de The Dumpsters es un encanto, habla con educación y me hace preguntas muy interesantes, aunque resulta difícil entenderse bien con el volumen de la música. Tampoco ayuda que cierto cantante de una banda de rock esté todo el tiempo pendiente de nosotros. ¿Por qué lo hace?

—Joder, vaya mierda de música que están poniendo —se queja Calvin—. ¿*Bam Bam*? Pero ¿qué basura es esta?

—La verdad, no podría estar más de acuerdo.

—Y mira la gente, como loca. Es que no doy crédito.

Yo, que hace eones que no escucho una emisora de radio actual, para no acabar con dolor de cabeza asiento ante la opinión (tan acertada) de Calvin.

Él me habla de bandas míticas, a las que sigue desde crío. Algunas me suenan, de otras no tengo ni la más remota idea. Sin embargo, se refiere a ellas con tal entusiasmo que tomo nota mental para escuchar algunas de las canciones.

—Oye, deja ya de monopolizar al chaval, anda, que hay más gente en la fiesta —interrumpe

el impresentable, y agarra a su amigo para separarlo de mí—. Ahí hay un par de fans que quieren conocerte.

—Esta noche no quiero follar... —protesta con un resoplido.

—Pero esta señora sí, por eso te hace caso —alega señalándome, y no puedo sentirme más ofendida—. ¿No ves la pinta de necesitada que tiene?

—No te permito que...

—Deja de disimular —me interrumpe el impresentable, y me deja con la palabra en la boca, marchándose con Calvin.

Todos los del equipo de *Entre mis recuerdos* bailan, cantan, beben y me ignoran.

En vista de que no soy muy popular, opto por volver a mi refugio. No sé si son imaginaciones mías o bien el impresentable, además de vigilarme, sonrío de medio lado, como si me hubiera ganado una especie de guerra no declarada.

En fin, a peores envidiosas me he enfrentado durante mi carrera. Pues anda que no he sobrevivido a dimes y diretes, sabotajes y otras faenas.

¿Un cantante de rock impresentable y con ganas de pelea?

Perfecto, así me olvido de que voy a cantar en una ópera de rock que detesto.

Capítulo 3

Hoy es el primer día de ensayos... o de lectura del libreto. Damián y Jerónimo no están, algo que agradezco. Anoche intenté leerlo por mi cuenta, pero, con el barullo de la fiesta y mi poca disposición, apenas le eché un vistazo.

Cuca nos ha pedido que nos sentemos (en el suelo) todos en un círculo y nos cojamos de las manos. Sí, como lo cuento. Me siento más como en una secta de esas organizadas para mentes débiles. No sé, esto no ha empezado bien.

—Buenos días a todos, compañeros —dice la directora con una sonrisa y un tono demasiado amistoso.

Miro de reojo al reparto, le siguen el rollo. Bueno, hay uno que no, pues me mira con esa media sonrisilla cínica. Seguro que está ideando alguna faena para dejarme en evidencia. No importa, estoy preparada.

—A ver, este rollo zen me parece genial, pero hay gente mayor —suelta el impresentable mirándome—. Traed un cojín o algo, que luego le crujen los huesos.

Las risas poco o nada disimuladas de los compañeros hacen que empiece a hervirme la sangre. Doy por hecho que anoche, durante la fiesta, se congració con los compañeros y, como yo me retiré, pues me han etiquetado como diva inaccesible.

Lo prefiero, que conste. Odiaría tener que reunirme con el resto del reparto y tener que fingir que me interesan sus vidas. Somos colegas de trabajo, no amigos. Y siempre he pensado que para el buen funcionamiento de una representación es preferible no contar mucho de la vida privada de cada uno. En más de una ocasión he sufrido los lamentos de alguien antes o después de una función, y eso no ayuda a mantener un buen ambiente.

—Killian, te agradecemos el buen humor, pero no es necesario —comenta Cuca dando el tema por zanjado—. Bien, hoy, por el ser primer día, vamos a leer en voz alta para hablar de las sensaciones. También cantaremos para ver cómo os compenetráis.

—Mal, seguro —masculla el de siempre.

—Quiero naturalidad, sinceridad. Hoy no tiene por qué ser perfecto, ya ensayaremos cuanto sea preciso. Hoy busco sensaciones, emoción, ¿de acuerdo?

Se desata un coro de «Ajá», «Vale», «Qué buena idea»...

Pelotas redomados.

—Empecemos con los protagonistas. Tati..., ¿te importa que te llame Tati?

—Tatiana está mejor —murmuro procurando no parecer muy estirada, aunque Cuca, con esta tontería, le ha dado munición al cantante.

—De acuerdo. Tatiana, ponte junto a Killian.

—Sí, Tati, guapi, los dos juntitos —se guasea el impresentable, y es él quien se levanta para acercarse y sentarse a mi lado.

Inspiro hondo.

—Perfecto, empecemos... —Cuca abre el dossier y dice—: En la primera escena los

protagonistas cantan en una boda, es como se ganan la vida, así que lo hacen solo por sacarse un dinero, sin pasión, ¿de acuerdo? Empieza tú, por favor.

Me señala y qué remedio. Los compositores han creado una balada que encajaría perfectamente en una película romántica.

—En esta postura, Cuca, no puedo cantar de forma adecuada, el diafragma...

—Ya está poniendo pegas y es el primer día —interrumpe el protagonista con deje burlón.

—No hay problema, adopta la postura en la que te sientas más cómoda.

Me pongo de pie y entono la primera estrofa. Admito que no me estoy esforzando mientras canto:

*la vida no tenía sentido hasta que te conocí
y cada noche me duermo pensando en ti*

Imaginación más bien justita.

—Tatiana, disculpa un segundo —me interrumpe Cuca con una sonrisa, y se pone en pie abandonando el círculo sectario para situarse a mi lado—. Entiendo que quieras imprimir sentimiento a cada palabra, pero la idea es que suene desapasionado, aburrido; recuerda que estás cantando en una boda para gente que te ignora y solo para ganar un poco de dinero.

«¿Más desapasionado?», pienso, porque he entonado sin ninguna pasión.

—Entre mis recuerdos va de sentimientos, buenos y malos. La protagonista quiere cantar, pero no esta mierda, sino canciones que ella disfruta, y solo cuando Manu está a su lado, interpreta de otra manera.

Cada vez odio más esta ópera rock y las tonterías que me veo obligada a oír.

Y encima cada integrante del reparto me mira como si yo fuera una novata, incapaz de comportarme con profesionalidad.

—Killian, por favor, acércate —le pide al impresentable, y este, obediente, se levanta y se coloca a mi lado.

Cuca me coge de la mano y la pone sobre el pecho del cantante. Yo la aparto de inmediato; sin embargo, la directora se obstina.

—Tati, que no muerdo —dice él con su tono burlón, y a continuación me guiña un ojo.

Es evidente que quiere ponerme a prueba, así que acorto distancia y, con brusquedad, poso la mano sobre su camiseta rota. Él se sorprende porque le he debido de hacer daño.

—Yo sí muerdo —murmuro, y le doy unas palmaditas que no son para nada suaves.

—Ahora canta. Se tiene que notar la diferencia, solo cuando él está a tu lado.

—¿De verdad muerdes?

Entono la canción y procuro sonar emocionada porque el «amor de mi vida» es quien me ayuda a soportar la situación.

En cada nota aprovecho para retorcerle la camiseta y para clavarle las uñas.

Cuando acabo mi parte, Cuca aplaude y dice:

—Joder, sí.

—Ya puedes soltarme, Tati —susurra el impresentable.

—Yo no estoy satisfecha, me gustaría repetir —digo sonando altiva.

—Hoy no, Tatiana. Solo estamos tomando contacto, ver las reacciones. Ya tendremos tiempo de perfeccionar cada parte.

—Insisto.

Sé que he sonado un tanto exigente. Me da igual. Ah, y sigo sin soltar la camiseta del impresentable.

—De acuerdo —accede Cuca.

—Necesito unos tapones para los oídos —pide el susodicho.

Yo comienzo a cantar, acercándome a su oído y fingiendo que la cercanía de él me impresiona. Al fin y al cabo, soy actriz, interpreto un papel.

El impresentable, cuando Cuca le indica con gestos que también se ponga a cantar, lo hace aunque con cierta cautela. Al menos me lo parece, y por eso me aprovecho de esta pequeña ventaja y recurro a mi potencia de voz para solapar la suya.

—Joder... —murmura Cuca cuando acabamos la canción.

—Lo hemos hecho de culo, ¿no? —pregunta él apartándose de mí.

—Todo lo contrario. No era la idea que yo tenía en mente, pero creo que este giro me gusta —comenta la directora.

—Pues a mí no. Se supone que es un dueto —alega él picado en su orgullo, y disimulo mi satisfacción.

—Es innegable que la voz de Tatiana es potente y que, por lo tanto, deberá modularla; sin embargo, hay momentos, como este, en el que es un acierto que ella brille más.

—¡Ni hablar! —exclama el impresentable sin duda cabreado y, en vez comportarse como una persona madura, se encamina refunfuñando hacia la puerta.

—¡Killian! —le grita Cuca—. ¡Esta no es la actitud, rompe el espíritu del grupo!

—¡A tomar por el culo el espíritu! —responde el aludido antes de salir y dar un portazo.

Tentada estoy de sonreír y hasta de decir algo como «No se puede trabajar con impresentables». No obstante, disfruto de mi pequeña victoria en secreto.

Me quedo callada escuchando a la directora hablar con el resto del equipo. Como el señorito se ha largado, hay que aprovechar el tiempo de otra manera, así que propone seguir leyendo el libreto y, por ahora, pasar por alto las intervenciones del protagonista.

* * *

—Sigo pensando que actuar en esta ópera rock es una pésima idea —le comento a Diego, que hoy se ha dignado visitarme en el apartamento y también ha encargado la cena.

—¿Tan malo es? —pregunta mientras pone la mesa.

—No te haces una idea..., y encima el impresentable...

—A ver, Tatiana, que nos conocemos. ¿No le habrás tocado un poco las narices?

—¡Empezó él! —alego a la defensiva un tanto molesta porque Diego, mi agente, dé por hecho que yo soy la culpable.

Diego tuerce el gesto, no me cree.

—Está bien, dejemos a un lado tu carácter y disfrutemos del momento —propone, y abre los envases de comida. Por lo menos ha tenido el detalle de encargarse la cena en el Cien Fuegos, uno de mis restaurantes favoritos.

Me joroba que Diego se muestre condescendiente conmigo. Me conoce, cierto; aun así, un poquito más de apoyo no me vendría mal.

—Por si te sirve de consuelo, he estado hablando con productoras de espectáculos líricos.

—¿Y? —pregunto—. Si me hicieran una oferta, ¿me permitirías dejar la ópera rock?

—No, por supuesto que no. Sabes tan bien como yo que tu fama, de puertas para dentro, es

cercana a la de caprichosa; si encima dejas colgado a un equipo, te perjudicará más.

—Entonces, ¿qué sentido tiene? —inquiero tras probar el tartar de salmón, aguacate y mango con vinagreta de limón.

—*Entre mis recuerdos* es tu oportunidad, joder, asúmelo. Si triunfas, además de la satisfacción personal como artista, le callarás la puta boca a la gente.

—¿Y si fracaso?

—Tatiana, si ya partimos de la base de la desmotivación...

Mejor no sigo por este camino. Diego (sé que lo hace de buena fe) pretende que me implique en algo que detesto. Y no soy tan buena actriz.

—Aún no he sabido nada de Eladio —murmuro, y él resopla.

—Algo que te beneficia, créeme. Ya estoy gestionando los documentos legales para tu separación.

—No hablamos de separación, sino de separación de bienes. No voy a divorciarme de Eladio hasta no haber hablado con él —afirmo.

—Eres idiota —replica sin un ápice de diplomacia.

—Yo también te quiero.

Cuando estamos a punto de probar el postre, *mousse* de maracuyá, empezamos a oír música a todo volumen.

—Vaya, ya tenemos fiestecita —me quejo con un suspiro.

—Me encanta *Want you bad* —afirma, y yo arqueo una ceja—. ¿Qué? The Offspring no es uno de mis grupos favoritos, pero tienen buenos temas.

—No me lo puedo creer... ¿Tú?

Me pongo en pie y comienzo a recoger los platos sucios. No tendría por qué, para eso hay personal de limpieza, pero prefiero hacer algo.

—Que sea un incondicional de la lírica no significa que de vez en cuando no escuche otros géneros —se defiende.

—Me parece bien, aunque ¿consideras normal este volumen y a estas horas?

—Creo que te está provocando —reflexiona Diego, y detecto cierto aire burlón—. Y tú, tan estirada, entrarás al trapo, ¿a que sí?

Cuando formula la pregunta ya estoy abriendo la puerta del apartamento para enfrentarme al impresentable.

¿Y qué que encuentro en la zona común?

Pues al impresentable, que lleva solo un bóxer verde, el pelo suelto y está repantingado en el diván, con un libro y moviendo el pie al ritmo de la música.

—Vaya, hoy también hay fiesta —me guaseo, pero él me ignora. No así Diego, que desde la puerta me pide:

—Tatiana, haz el favor de venir aquí, me has dejado plantado con el postre.

—Ahora mismo —respondo.

El impresentable me mira por encima del libro y murmura:

—Corre, que se te escapa tu amante.

—¡Diego no es mi amante!

Él pasa la página del libro con parsimonia. Acaba la canción y empieza otra. Doy por hecho que es del mismo grupo.

—¿No? —se mofa—. Vaya..., qué curioso. Tu marido desaparecido y tú de cenita romántica con otro hombre. Ya me dirás qué significa.

—Sí, soy su amante —afirma Diego, y yo reprimo un jadeo de indignación—. Y tú nos has interrumpido. Así que, por favor, si eres tan amable de bajar el volumen...

—The Offspring es ideal para follar —apunta el impresentable con arrogancia.

—Prefiero algo más moderado —indica Diego, y no me gusta nada que le divierta esta situación.

—Ah, vale. Haberlo dicho antes. *¿She will be loved* os parece bien? —inquiére agarrando su teléfono.

—Pse, demasiado pastel —responde mi mánager, quien, dejándome pasmada, se sienta junto al impresentable y conversa con él—. ¿Qué más tienes en la lista de reproducción?

—Echa un vistazo.

Diego acepta el terminal y se pone a trastear con él. Desde luego, mi agente es único a la hora de tratar con la gente. Ahora bien, no me gusta que terminen siendo coleguitas y ya la mentira de ser amantes... Por favor, cualquiera que esté cinco minutos con Diego sabe que es gay.

—¿Vas a tardar mucho? —inquiero.

—La tienes impaciente, ¿eh? —se guasea el cantante.

Mi representante asiente con una sonrisa.

—¡Por Dios santo! —me quejo, y los dejo a solas.

Unos veinte minutos más tarde, en los que he estado refunfuñando porque eso de que Diego confraternice con el enemigo me chirría, mi agente regresa y me dice:

—¿No sabes que se cazan más moscas con miel que a cañonazos?

—No estoy para refranes —le advierto.

—¿Oyes algo?

—La verdad es que no.

—Pues aprende un poco de diplomacia, Tatiana. Y verás cómo Killian solo es un tipo al que le gusta tocar la moral y tú, querida, resultas un blanco perfecto.

—¿Me estás echando la culpa? —pregunto de forma retórica.

—Qué perspicaz —replica riéndose—. Anda, deja de ser tan estirada y verás como todo va mejor.

—Lo dudo...

Capítulo 4

Llevamos una semana de ensayos y yo no puedo más. Lo intento (Diego dice que no con la suficiente vehemencia), pero me resulta un trabajo agotador.

Cuca se obstina en que seamos colegas, un grupito de amiguetes que cantan y actúan. Y yo no estoy por la labor.

Ahora mismo me encuentro sentada en una cutre silla de plástico, mientras dos actores del reparto repasan sus papeles y yo, con el teléfono en la mano (pese a que la directora ha insistido en que los dejemos fuera), espero impaciente una llamada.

Eladio por fin se ha puesto en contacto conmigo, pero el muy canalla lo ha hecho a través de su abogado. Ayer recibí una notificación en la que me pedían explicaciones sobre mis actuaciones.

¿Perdón? ¿Explicaciones? ¿Estamos mal de la cabeza?

Desde luego mi marido tiene serios problemas cognitivos porque soy yo quien lleva varios días esperando que, además de dar la cara, se digne decirme qué demonios ha estado haciendo a mis espaldas y con mis ahorros.

Pues con todo el descaro del planeta, me exige que desbloquee las cuentas en las que figuramos los dos para seguir disponiendo del dinero. También me ordena que eche a los inquilinos de la vivienda que compartimos y que, por supuesto, nada de firmar una separación de bienes.

Ni una sola mención a nuestro matrimonio, o al supuesto amor que yo creía que existía entre ambos. Nada. Deja muy claro lo que Diego pronosticó hace ya tiempo: que Eladio solo estaba conmigo por mi dinero y que es un rencoroso, ya que nunca ha conseguido el mismo éxito que yo.

—¿Tatiana? —me llama Cuca, y escondo el teléfono en el bolsillo de mi *blazer*.

Yo me niego a acudir a los ensayos en ropa deportiva, zapatillas o atuendos igual de vulgares.

—¿Sí? —murmuro, y esbozo una suave sonrisa, más falsa que un euro de madera.

—No se puede traer el móvil a los ensayos —canturrea el impresentable, que hoy nos ha dejado casi ciegos con su chándal azul brillante con rayas fucsia. Y por si este no fuera lo suficientemente llamativo, lleva el pelo rubio recogido en un moño a lo samurái y las uñas pintadas de negro a juego con la sombra de ojos. Un despropósito.

La semana que viene tenemos las pruebas de vestuario, no sé cómo se las van a arreglar con este tipo tan estrambótico.

—Espero noticias de mi marido —replico.

—¿Le pones los cuernos y ahora te preocupas por él?

Ya sabía yo que la charada de Diego me iba a pasar factura.

—Tenemos una relación abierta —alego, y, de repente, todos me miran con cierta curiosidad.

—Vaya, qué moderna —se burla el impresentable—. Aunque muy interesante...

—Tatiana, entiendo tu postura, pero, por favor, no quiero interrupciones —dice Cuca, que

siempre me corrige primero a mí.

—De acuerdo —murmuro.

Retomamos el trabajo, yo presto atención a medias. Mi cabeza está centrada en cómo responder a Eladio. Su egoísmo me ha dejado fuera de juego.

Diego ya ha contactado con mi equipo legal para pararle los pies a mi marido; el problema es que yo, durante mi matrimonio, le he dado bastante poder y ahora es complicado revocar mis decisiones.

—Es tu turno, Killian —oigo decir a Cuca, y el tipo, además de sonreírle, se acerca al micrófono—. Vamos a ver si las modificaciones que propusiste funcionan.

—¿Qué? —pregunto frunciendo el cejo—. ¿Modificaciones?

Hasta donde yo sé, Jerónimo y Damián han escrito *Entre mis recuerdos* y no me dio la sensación de que admitieran cambios.

—Claro —responde la directora—. De ahí que antes de subir al escenario estemos trabajando aquí, para escuchar vuestras opiniones.

—La diva no ha hecho los deberes —canturrea el impresentable con el tonito típico de chivato de clase.

—Killian, canta —ordena Cuca para que no discutamos, pues se nota que está hasta las narices de nuestros enfrentamientos.

El del chándal azul y rosa intenso me dedica una sonrisilla torcida y tentada estoy de hacerle una peineta. Sin embargo, me contengo y, como si me importara, finjo que presto atención. Miro el móvil de reojo.

Después hablaré en privado con la directora, pues yo también quiero hacer cambios. Si bien no he leído a fondo el libreto, ahora lo voy a revisar de cabo a rabo y tomaré nota de todo cuanto me disguste.

El impresentable, acompañado de una pianista, entona una canción bastante deprimente que habla de los sueños rotos, de las bofetadas que te da la vida y de las decisiones incorrectas.

Todos, yo incluida, escuchamos atentos porque, si bien en los vídeos que he visto de sus actuaciones hace el payaso y se excede con los ruidos guturales, ahora canta bastante bien. Cierto que tiene que imprimir a la canción un aire desgarrador, triste, amargado, como es el personaje; no obstante, se puede afirmar que su voz no resulta desagradable.

Cuando finaliza, lo aplauden, lógico. Lo que es extraño es que yo también lo haga, porque, impresentable o no, ha sabido captar e interpretar la esencia del personaje. Lástima que después sea tan insoportable.

—Gracias, gracias —dice saludando como si estuviera en un auditorio repleto.

—Killian, has estado genial —lo felicita Cuca, que... o yo soy muy desconfiada o lo mira de forma un tanto curiosa—. Ahora le toca el turno de Tatiana. —Me hace un gesto para que me acerque al micrófono. Y después añade—: Vamos con la canción que te hace famosa, la que te convierte en una estrella de talla mundial.

No necesito micrófono, por eso lo aparto. La canción empieza con un ritmo suave, el típico para crear expectación, porque quien la escucha sabe que luego llegará el punto álgido. El problema es que la letra me parece un poco cursi.

—Tatiana, lo ideal es que se note un poco de ingenuidad, nerviosismo, ilusión. Quizá, si fallas en alguna nota en la primera parte, dará la sensación de ser imperfecta pero con talento porque al final deslumbrarás, ¿me sigues?

—¿Pretendes que desafíe? —inquiero atónita.

—Lo que haces casi siempre —se guasea el impresentable—. No tienes que esforzarte mucho. Cuca le dirige una mirada de advertencia no todo lo severa que yo desearía y a continuación me indica que comience.

Prescindiendo del micrófono y con los papeles en la mano, ya que no quiero fallar con la letra, me preparo. Lo de hacerlo mal a posta no me convence, así que propongo:

—¿Y si canto la primera parte desganada y después me voy entusiasmando?

—Hummm... —reflexiona Cuca.

Si yo estuviera en su lugar, me mostraría más firme. Como nos dé pie a todos a opinar, la obra se complicará. Ahora bien, si el impresentable hace sugerencias, yo no voy a ser menos.

—De acuerdo, probemos —indica la directora.

Inspiro hondo, cierro los ojos unos segundos y canto.

Los presentes permanecen en silencio, mirándome fijamente cuando acabo la canción. Yo espero alguna especie de reacción y cruzo la mirada con la directora, que se limpia los ojos, ¿emocionada quizá?

—Oh, joder, me la ha puesto dura —exclama el impresentable siendo el primero en hablar, y yo, la verdad, esperaba otro tipo de comentario.

—Yo lo expreso de otra forma, Tatiana —dice Cuca, y percibo su emoción—. ¡Eres la puta hostia!

—Gracias, creo. No estoy acostumbrada a este tipo de halagos.

—Pues, si haces las cosas como hoy, te garantizo que oirás piropos como estos.

* * *

A pesar de mi limitada implicación en la obra, llego cansada al apartamento. Hoy Diego no me acompañará durante la cena, así que he pasado por un restaurante cercano para recoger un pedido y comer algo ligero esta noche. Sola. No quiero venirme abajo y pensar que es deprimente.

Entro en el portal; se oye algo de bullicio procedente del interior del edificio, música y voces. Como cada noche, parte del equipo se divierte. No sé cómo al día siguiente están en pie. Supongo que son jóvenes. Yo, si no descanso bien, soy incapaz de concentrarme.

Algunos me saludan y hasta me sonríen. Sigo sin ser muy popular (semejante título lo tiene el impresentable), pero al menos noto que me respetan un poquito más que el primer día. Pulso el botón para llamar al ascensor y suspiro. No dejo de darle vueltas al asunto de Eladio. Mi agente me ha recalcado que ni se me ocurra ponerme en contacto con él; nada de mensajes escritos o de voz, correos electrónicos o cualquier otro medio, pues un abogado avisado podría usarlos en mi contra al considerarlos como acoso.

Por fin está aquí el ascensor y entro. Al girarme para quedar de cara a las puertas, veo acercarse al impresentable y su cuestionable chándal azul. Lo saludan con más énfasis que a mí, pero él se da cuenta de mi presencia y ¿acelera el paso?

¡No, por Dios! Ni loca comparto un espacio tan reducido con él. Pulso de manera frenética el botón del ático y después busco ese que tienen algunos ascensores de cerrar puertas. Estas empiezan a moverse, siento un ligero alivio, aunque muy efímero porque, justo cuando están a punto de cerrarse del todo, el impresentable mete un pie, se cuela dentro y con todo el descaro me suelta:

—Tenemos que hablar.

—¡Fuera! —grito, y le señalo las puertas, que permanecen abiertas.

—Cómo te gusta ser el centro de atención —se cachondea, porque, sí, en efecto, la gente nos mira.

Maldita idea de convivir.

—Mañana hablamos de lo que quieras —le respondo sin levantar la voz, y hasta finjo una sonrisa amistosa.

—Deja de ser tan estirada —sentencia, y acto seguido pulsa el botón del ático.

Las puertas (qué puñeteras) se cierran con rapidez y el ascensor comienza a subir.

El impresentable se cruza de brazos, yo permanezco en un rincón. Va listo si cree que voy a compartir un segundo de mi tiempo con él. En cuanto lleguemos al ático, me encierro en mi apartamento y le doy con la puerta en las narices.

Miro de reojo el panel, para estar atenta, y en cuanto falta un piso, me adelanto para abandonar este cubículo la primera. Las puertas se abren y salgo escopetada.

—Tenemos que hablar —repite.

—Por supuesto. Mañana —respondo con educación, y saco la tarjeta para abrir la puerta. La curiosidad me vence y miro por encima del hombro, no vaya a ser que él intente algo, no sé, como colarse en mi apartamento sin haber sido invitado.

Pero no, permanece de pie, apoyado contra la pared, cruzado de brazos. Me observa. Por su expresión nada puedo deducir, aunque, no sé, tanta tranquilidad tal vez signifique que trama algo.

Paso la tarjeta por el lector y la luz verde no se enciende; en cambio, la roja junto con un estridente pitido me crispa los nervios. Repito la operación y nada, sigue sin abrirse.

—¿Problemas? —pregunta con un tono amable que me hace desconfiar.

—No.

Intento al menos cinco veces más abrir la dichosa puerta y no hay forma, la maldita luz roja se enciende y la cerradura sigue bloqueada.

Y él sigue ahí, mirándome.

Busco el teléfono y llamo al servicio de mantenimiento. Le explico el problema y me dejan atónita cuando el operario me dice:

—Mire, señora, que es tarde y todos tenemos una vida. En ese edificio está alojado todo el elenco de una obra, puede compartir por una noche habitación con alguien, que no se va a morir.

Y dicho esto, me cuelga.

—¡Será posible!

—Si me permites... —propone, y se acerca.

Sin decir una palabra más, me quita la tarjeta y la pasa por el lector. Nada, que no se abre la puñetera puerta.

—Estás mierdas siempre fallan en el momento más inoportuno.

—Gracias por mencionar lo obvio —comento con mala leche.

—Ya sé que a lo mejor te sale un sarpullido, pero entre quedarte toda la noche aquí muerta de asco o pasar a mi humilde morada...

—¿Perdón? —mascullo ante su arranque de hospitalidad.

—No seas tan desconfiada —se burla. Yo siento que me gustaría poner un poco de distancia entre ambos.

—Teniendo en cuenta cómo te diviertes haciéndome rabiar.

El impresentable se echa a reír mientras se mira las uñas pintadas.

—Tati, Tati, Tati..., tontuela, solo es para divertirme un poco, sino este trabajo sería un

peñazo.

—Pues busca a otra para divertirte.

—¿Vienes a mi apartamento o qué?

Al tenerlo tan cerca me doy cuenta de que el horrible chándal azul es de Versace. Madre mía, qué dinero tan mal invertido.

—Voy a llamar de nuevo a mantenimiento...

—Pues vale...

Los muy... incompetentes me mandan a paseo por segunda vez. Dicen que hasta al día siguiente a las nueve y media o así no vendrán. Miro al impresentable. También podría buscar una habitación de hotel para pasar la noche.

—¿Qué has pillado de cenar? Me muero de hambre.

Sin esperar, dejándome patidifusa, me arrebató la bolsa con la cena y se dirige a su piso. Pasa la tarjeta y abre a la primera.

Gritar o arrojar algún objeto contundente no es propio de una mujer educada como yo. Cuando me altero o pierdo los nervios, prefiero estar sola y cantar alguna pieza difícil. Quizá penséis que es justo la mejor forma de frustrarse aún más, pero no porque cantar (sea complicado o no) ayuda a liberar estrés. El problema es que primero he de echar a un impresentable.

Ah, y recuperar mi cena, que solo he encargado comida para una persona. Así que, reticente, lo sigo y atravieso el umbral.

—Estos apartamentos son una mierda —suelta él—. Aunque en peores sitios he tenido que dormir. —Se mete tras la barra de la cocina—. Yo no tengo ganas de cocinar y ya que tenemos que hablar... —Saca los envases de la bolsa y frunce el ceño—. Me da que vamos a pasar hambre. Eres un poco agarrada, ¿no?

—Tenía la esperanza de cenar sola —replico con acritud.

Miro alrededor. Yo esperaba un espacio desordenado, con restos de envases de comida, latas de cervezas, ropa sucia y olor a humanidad. Y, no, está bastante decente.

—Agarrada y aburrida —murmura mientras dispone los platos junto con los cubiertos—. Venga, nos las apañaremos.

—¿Qué parte de «Quiero estar sola» no entiendes?

—Las drogas, Tati, que merman mis capacidades cognitivas.

—Yo creo que es el exceso de maquillaje —comento y, en vez de molestarse, va y se ríe.

—Joder, no seas sarcástica, que me pongo cachondo. Y ese es uno de los temas que debo tratar contigo.

—Mejor cenamos —mascullo.

Antes, le pido ir al aseo y ¿qué me encuentro? Un arsenal de drogas no, sino uno de cosméticos. Este hombre se gasta más que yo (una fortuna) en maquillaje. Mientras hago un pis rapidito cuento al menos quince colores diferentes de laca de uñas.

Cuando me lavo las manos, observo (sin tocar nada) sus cremas y demás potingues. Lo dicho, una fortuna.

Pese a mis reticencias y mi falta de ganas, termino compartiendo mi escasa cena con el impresentable que, ¡oh, sorpresa!, no come con las manos, no mastica con la boca abierta y utiliza los cubiertos.

Capítulo 5

—Bueno, una vez saciado, en parte, mi apetito, aunque la próxima vez déjame encargar a mí la cena, vamos al meollo de la cuestión —dice al tiempo que recoge la mesa sin pedirme que lo ayude. Tampoco pensaba hacerlo.

Debo desviar el tema de la conversación cuando antes. Si ya es bastante humillante pasar aquí la noche, al menos lo haré con un mínimo de dignidad.

—Necesito descansar, así que doy por hecho que me cederás tu dormitorio, me proporcionarás ropa limpia y un cepillo de dientes.

—No corras tanto para meterte en mi cama, antes hay que hablar.

—Todo lo que tengas que decirme sobre el trabajo, mejor mañana.

—Tati, Tati, Tati —murmura con tonito condescendiente—. El trabajo ahora mismo me la sopla. Además, Cuca es tan moñas que me tiene un poco harto con su filosofía *flower power* de comuna *hippie*.

«En eso estamos de acuerdo», pienso.

—Entonces no tenemos nada de lo que hablar.

—Siéntate un ratito en el sofá, así lo vas probando, porque vas a pasar ahí la noche.

—¿No vas a cederme tu cama?

—¿Vas a dormir en las mismas sábanas que he utilizado desde que estoy aquí?

—¿No las has cambiado desde que te instalaste?

Niega con la cabeza y me estremezco de asco.

El impresentable sirve dos copas de licor, me entrega una y se sienta a mi lado, guardando las distancias. Saborea el licor y me hace un gesto para que lo pruebe yo también. No soy muy aficionada a beber; sin embargo, olfateo la copa y, sí, el aroma es alucinante.

—Muy bueno —afirmo tras dar un sorbo.

—Bien, hablemos de tu matrimonio.

Me atraganto al oír eso.

—No.

—Te explicaré la razón de que me interese tu matrimonio. No es por cotilleo, me la refanfinfla. La cuestión es que, debido a este semiencierro en el que me veo sumido mientras ensayamos la obra, no tengo la libertad ni las oportunidades de follar que me surgen cuando estoy de gira. No es por presumir, pero cada noche tengo diferentes opciones disponibles en el camerino sin hacer nada.

Arqueo una ceja y doy otro sorbo.

—Me alegro por ti. ¿Puedo ir a descansar ya?

Me sonrío; quizá pretende resultar seductor, pero no surte efecto en mí.

—El otro día te pillé con tu amante y has confesado tener una relación abierta y, claro, he pensado que, si bien no eres lo que se dice una mujer muy sensual, al menos en apariencia, tal vez escondas algo.

—Me lo tomaré como un insulto —digo dispuesta a largarme de aquí.

—Tati, no te enfurruñes. Y escucha mi razonamiento hasta el final —me pide adoptando una expresión de niño bueno que tras tanto maquillaje resulta un tanto desconcertante. Si no abusara del *eyeliner* quizá funcionaría—. Te propongo encuentros sexuales sin compromiso, mientras duren los ensayos, hasta el estreno de *Entre mis recuerdos*. Satisfacción garantizada.

—Ya tengo un amante, gracias por la oferta. —Trato de ser comedida en mi tono porque me resulta humillante que piense en mí como en una mujer capaz de engañar a mi marido, por muy granuja que sea y muy desaparecido que esté.

—Vaya mierda de relación abierta que tienes, permíteme que te diga.

He de buscar un argumento para poner fin a esta charada.

—Nunca acepto un nuevo amante sin el visto bueno de Eladio —afirmo; de verdad, qué conversación más surrealista.

El impresentable frunce el ceño.

—¿Y tú eliges a sus amantes?

—Sí, por supuesto.

—Así que tu representante ha sido aprobado por tu marido.

—Ajá.

Vuelve a fruncir el ceño.

—No contaba con esto.

—Ya ves, no puede ser —digo aliviada por haber sido capaz de reconducir este sinsentido de manera elegante.

—¿Y nunca hacéis excepciones?

—No, nunca. Es una de nuestras normas.

—¿Y si aparece alguien que te excita? —insiste.

—Si Eladio no está, nada de nada.

—¿Y estás segura de que él respeta esa norma siempre?

—Sí —asevero, y espero haber resultado convincente porque a lo mejor no solo me ha engañado con las finanzas.

—Pues nada, tendré que buscar una alternativa —reflexiona y se pone en pie—. Voy a buscarte algo de ropa para dormir, mantas y una almohada.

—¿No vas a cedermela tu cama?

—Sin la aprobación de tu marido, no —sentencia.

* * *

A la mañana siguiente, con un dolor de cuello y ganas de estrangular a dos operarios, observó cómo programan la cerradura. Cuando acaban, me dan la tarjeta y uno de ellos dice:

—Señora, no la lleve junto al móvil, se desprograma, ¿de acuerdo?

—Tonta no soy, caballero —le espeto cabreada, porque, además de llegar dos horas más tarde de la hora convenida, me tratan como si fuera idiota.

—Aquí tiene la factura. —Me tiende una nota escrita a mano.

—Esto debe pasárselo a producción.

—No me haga el lío, señora. Usted lo ha escacharrado, usted lo paga.

—Ha sido un fallo del sistema y, si hubiera venido anoche, cuando lo llamé, atendiéndome con rapidez, además de abonarle la factura le habría dado una buena propina. Pero en vista del

pésimo servicio...

El impresentable aparece vestido con ropa de estampado militar, botas de combate incluidas. Lleva el pelo suelto y aún mojado. Pero ya se ha puesto el maquillaje. Admito que siento cierta curiosidad por ver su cara recién lavada.

—¿Algún problema? —pregunta, y me joroba que él intervenga, como si yo necesitara su ayuda.

—Esta señora, que no quiere pagar la factura.

—Disculpe, hable conmigo, él no pinta nada aquí —le espeto al operario.

—Soy su vecino y candidato a amante —va y suelta el impresentable, lo que hace que los operarios sonrían como idiotas.

—Está bien, les voy a pagar —acepto, pues es el modo más rápido de deshacerme de ellos. Saco mi cartera y les entrego el dinero.

Acto seguido me encierro en el apartamento, pero me doy cuenta enseguida de un detalle, y es que no me han dado la factura, porque pienso pasársela a la productora junto con una queja formal del servicio. Así que regreso al descansillo y me encuentro al impresentable riéndose con los dos operarios. Me quedo tras la puerta, dejándola entornada, lo que me permite escuchar.

—Qué estirada es —se ríe uno de ellos.

—Tomad, una buena propina, lo habéis hecho de puta madre.

Veo atónita cómo el impresentable vestido de camuflaje les suelta dinero.

Los dos operarios se marchan y entonces, antes de que me descubran, cierro la puerta y refunfuño. Ha sido todo orquestado por él. Una jugarreta.

Pues se va a enterar...

* * *

—Explícame otra vez, si eres tan amable, por qué debo investigar a Killian R. Weisser.

Entorno los ojos ante el sarcasmo que destilan las palabras de Diego. Le he pedido que averigüe todo lo que pueda sobre el impresentable con tal de vencer en esta especie de guerra silenciosa que se ha declarado entre él y yo. La jugarreta de la cerradura electrónica para llevarme a su apartamento podría considerarse el inicio oficial de las hostilidades porque después ha estado imposible durante los ensayos.

—Son cosas mías —me defiendo.

Diego y yo hemos aprovechado el día libre para salir a comer por ahí, como dos buenos amigos, algo que hacemos siempre que nos es posible. Y en este caso además resultaba imperativo alejarnos de la especie de comuna en la que me veo obligada a vivir.

—Tatiana, que nos conocemos. Admito que Killian es peculiar, un poco toca huevos; sin embargo, me da la sensación de que tu actitud no ayuda. Lo ves como un enemigo cuando lo más sensato es que te lo tomes todo con buen humor, le vaciles un poco y todos tan amigos.

—¿Un poco toca huevos? —repito indignada—. Diego, que me hace la vida imposible delante del reparto. Aprovecha cualquier despiste para dejarme en evidencia.

—Haz tú lo mismo —replica, y llama al camarero para pedir otra botella de vino—. Cantas mejor que él y lo sabes.

Frunzo el ceño.

—¿Y qué hago? ¿Subo una escala para que él no sea capaz de seguirme?

—Por ejemplo —suelta tan pancho mientras le hace un gesto al camarero que le ha servido

indicando que le gusta el vino.

—Hummm...

—He hablado con Cuca. Me ha dicho que es increíble la química que hay entre ambos.

—¿Te refieres a la química que él lleva encima cada día?

Diego se ríe ante mi comentario.

—Tú siempre has dicho que los hombres deben utilizar buenos productos cosméticos para cuidarse. Ahora que estás con uno que lo hace, no sé de qué te quejas —me espeta riéndose.

—Muy gracioso.

—Tatiana, cariño, no seas tan estricta. Deja que se maquille o se vista como le dé la gana. Total, cuando se estrene *Entre mis recuerdos* va a tener que actuar con el vestuario que han diseñado y no podrá pintarse la cara a su aire. ¿A ti qué más te da?

—Ese no es el problema. Por mí como si viene todos los días al ensayo disfrazado de Joker —murmuro—. Es su actitud de perdonavidas. Además, el resto del equipo le ríe las gracias, es coleguita de todos, y a mí como mucho me saludan.

—Porque te muestras distante.

—¿Pretendes que me una a una de las juergas que organizan cada dos por tres, beba en vasos de plástico a saber qué brebaje y baile al ritmo de esa espantosa música?

—Sí —sentencia—. De eso se trata, querida, de que te integres.

—Me niego, por principios.

—Pues yo, por mis principios, me niego a investigar a Killian.

«Ya lo haré por mi cuenta», pienso. Internet es una buena opción, aunque siempre circula un sinfín de noticias falsas y puedo meter la pata.

* * *

Una vez a solas en el apartamento y asegurándome de haber cerrado para evitar intrusiones, pues si consiguió que los operarios bloquearan mi cerradura también es capaz de hacerse con una copia de mi tarjeta de acceso, me he lanzado al mundo de la investigación.

Lo que aparece en Internet sobre el impresentable son múltiples biografías que sin duda están escritas por fans, pues en todas alaban su voz, estilo, originalidad.

Pero yo, además de saber que tiene treinta y dos años, nació en Londres, empezó con el grupo The Dumpsters hace diez, llenan sus conciertos en los que no solo cantan, sino que también «insultan» a la gente y esta lo vitorea, quiero descubrir algo más. Así que voy a la web oficial y me encuentro una breve biografía en la que figuran los cuatro componentes, aunque yo me intereso solo por la suya.

Killian R. Weisser, hijo de un mecánico y una dependienta, dejó pronto los estudios ya que no eran lo suyo. A los dieciséis ya tenía antecedentes por vandalismo y a los dieciocho consiguió su primera guitarra eléctrica robando en una tienda de instrumentos musicales. Así empezó The Dumpsters, por simple casualidad y aburrimiento de unos chicos de clase baja.

—Vaya angelito... —murmuro, y sigo leyendo.

Su primer disco, *Garbage slave*, lo publicaron de forma independiente recurriendo al *crowdfunding* y consiguieron la repercusión suficiente como para que los fichara una distribuidora mediana. Con ella, The Dumpsters lanzó su segundo trabajo, *You're a fucking loser*, y lograron afianzar su carrera.

Luego vinieron los temas más míticos: *Don't fuck around* y *I can not stand you*, que lograron

entrar en la lista de los vídeos más reproducidos y en el *top ten* de descargas.

The Dumpsters mantiene su formación original, compuesta por el cantante, Killian; el guitarrista, Calvin, y el batería, John, a los que se unió después Steven, el bajista.

Se espera que para el próximo año lancen un nuevo trabajo discográfico, ya que su público lo reclama insistentemente.

«Bueno —pienso—, es su web oficial, normal que se echen flores. Ahora bien, eligiendo título son muy expresivos.»

Esta información no me sirve de nada, así que debo encontrar algo más succulento, algo que fastidie de verdad al impresentable. Podría jugar sucio, colarme en su apartamento y esconderle los cosméticos. Una idea fantástica, aunque difícil de llevar a la práctica. Justo cuando mi cabeza está a pleno rendimiento buscando una forma de fastidiarlo, llaman al timbre.

Me levanto con ganas de mandar a paseo a quienquiera que sea y me encuentro con un repartidor que, sin saludar ni nada, me pregunta:

—¿El señor Weisser?

—Se ha... —Me detengo antes de acabar la frase—. Sí, aquí es. ¿Quién pregunta por él?

—¿Es su esposa? —Asiento—. Menos mal, me fastidiaría haber hecho el viaje en balde. Traemos un encargo. —Me muestra un documento de envío—. Las cajas están en la furgoneta, así que ahora mismo las subimos.

—¡Perfecto! —exclamo sonriente como buena esposa.

* * *

Creo que me he dañado la retina ante el despliegue de prendas de diseñador de mal gusto. Ojo, deben de ser carísimas, pero cuestionables. Estoy por apostar que el impresentable tiene un acuerdo con estos diseñadores para lucir en público semejante horror estético, hacer publicidad y conseguir vender algo invendible.

Como buena esposa he firmado la hoja de envío en la que he escrito «Señora Weisser» mientras dos operarios dejaban en mi dormitorio varias perchas colgadas de un burro portátil. Una vez a solas he ido abriendo fundas de ropa para quedarme perpleja.

En cada funda, además de ropa espantosa, hay notas manuscritas con recomendaciones del tipo «Perfecto para un desayuno de negocios» o «Ideal para una rueda de prensa».

Sé que mis finanzas no atraviesan un momento boyante, pero sí puedo hacer un gasto extra. Encargo en una web de ropa de caballero clásica de precios asequibles dos trajes, con sus respectivas camisas y corbatas; una sudadera; dos vaqueros tradicionales; jerséis de punto, uno cuello pico y otro redondo; un par de mocasines y, por último, un paquete de cinco calzoncillos lisos. Me entregarán en menos de dos horas todo el pedido.

Así tendré tiempo de meter cada conjunto en su funda, dejar la nota correspondiente y donar a la beneficencia este cúmulo de mal gusto.

Capítulo 6

—¿Por qué estás de mal humor, Killian? —le pregunta Cuca dos días después de que yo arreglara su vestuario de forma anónima y gratuita.

El impresentable sospecha; sin embargo, sé que no hará nada hasta estar seguro, de ahí que yo haya cubierto bien mis huellas porque me deshice de la ropa. La única pista que puede delatarme es que el repartidor me describa.

—Cosas mías —masculla, y se cruza de brazos en actitud claramente defensiva.

Hoy lleva uno de los vaqueros negros que compré. Claro que los ha personalizado: varios cortes asimétricos que así, a primera vista, diría que ha debido de hacer con una tijera poco afilada y bastante rabia. Y por si enseñar trozos de sus piernas no le bastara, ha pintado con rotulador blanco varios símbolos un tanto trasnochados. Completa el conjunto con la sudadera, a la que lamentablemente le ha cortado las mangas y que lleva sin nada debajo, con la cremallera abierta mostrando su pecho. Ya me he fijado antes: para ser tan amigo de pintar la ropa y pintarse la cara, no se le ven tatuajes.

Curioso.

—Espero que tus cosas no se mezclen con la obra. Vamos bastante bien y por eso creo que hoy ensayaremos la canción del reencuentro.

Trago saliva. No solo tendré que cantar, sino actuar, y eso implica estar cerca de él y que, al final, me bese. Sí, he leído el libreto, tengo que besar al impresentable.

—No estoy de humor para pasteladas —protesta él.

Y a punto estoy de añadir: «Yo tampoco».

—Pues si no te conociera, pensaría que hoy te has arreglado para la ocasión porque llevas el uniforme perfecto para meterte en el papel —le replica Cuca, que sigue mostrándose demasiado benevolente con las salidas de tono del impresentable—. Aunque deberías prescindir del maquillaje, no queremos un toque de guerrero en el rostro de Manu, sino el de un hombre amargado.

—¿Qué problema hay con mi aspecto?

Me gustaría responder a mí esa pregunta. El moño samurái podría pasar; sin embargo, ese tono rojo que parte del lagrimal y marca parte del puente de la nariz y el *eyeliner* blanco le dan un aspecto perfecto para cualquier secuela de peli de miedo adolescente.

—Da igual, vamos con la canción —ataja la directora mientras se pone en pie con su tableta en la mano—. Se titula *No te he olvidado*...

—Qué original —se burla el impresentable.

—Transmite en primer lugar lo que siente Pastora cuando se encuentra con Manu tantos años después —prosigue Cuca sin entrar al trapo—. Ella, hasta esa noche, piensa que es feliz. Está prometida, su carrera está en lo más alto, la prensa la adora, el público la idolatra...

—Y es una petarda de manual —vuelve a interrumpir ya sabemos quién mirándome—. Es insoportable.

—Sin embargo, lo ve a él. Manu está tocando el piano en un restaurante en el que trabaja de camarero. Todos lo ignoran, no aprecian su virtuosismo. Está amargado y, si bien intenta no hacerlo, en más de una ocasión la ha culpado de su situación, aunque en el fondo...

—Yo la mandaré a la mierda, directamente —insiste en molestar él.

Cuca se ríe del comentario.

—Y muchos pensarían lo mismo, Killian. No obstante, en el fondo la quiere, no la ha olvidado y sabe que, aunque tomó una decisión difícil, al menos uno de los dos cumplió su sueño.

—Lo dicho, un imbécil —sentencia el impresentable—. Pues anda que no hay por ahí chicas con las que divertirse en vez de estar pensando en una que lo dejó colgado.

—La idea es que en el escenario, tú, Tatiana, te vayas acercando a medida que avanza la canción —me explica Cuca—. Hoy aquí no lo haremos así, nos limitaremos a cantar, a acoplar vuestras voces y comprobar cómo funcionan.

—¿Te has lavado los dientes? —me pregunta él con sorna mientras se incorpora; la verdad es que me pilla desprevenida—. Lo digo porque, si te voy a besar, no quiero pillar nada raro, que tienes hábitos poco saludables.

Aprieto los puños.

—¡Killian! —exclama Cuca—. Es un comentario de lo más desafortunado. Además, Tatiana es un ejemplo perfecto de buenas costumbres.

—No lo digo por eso...

Malnacido...

Lo fulmino con la mirada; no voy a discutir delante de nadie porque la broma de mi relación abierta con Eladio me va a traer demasiados problemas.

—Centrémonos, por favor —pide Cuca con tono serio.

—No prometo nada —se guasea él.

—Empiezo yo. —Me pongo en pie para situarme junto al micro, aunque no pienso utilizarlo.

—Killian, colócate a su lado —le indica la directora, y él lo hace, aunque deja (menos mal) medio metro de distancia entre ambos—. Empecemos.

A pesar de que *Entre mis recuerdos* no me entusiasma ni creo que lo haga en un futuro, me he aplicado y aprendido el libreto. Profesionalidad ante todo, así que dejo a un lado el dossier e inspiro hondo. Le hago un gesto a Cuca para que desde su tableta inicie la reproducción de la música.

Podría ser mala y jorobar al impresentable al cantar en un tono imposible para él, pero me contengo, pues en algunas canciones sí me van a dejar utilizar todo mi potencial vocal. En los duetos (duelos) he de modular mi voz.

Sin mirar a nadie de los presentes, solo a un punto de la pared, entono la letra; mi dicción es excelente y, aunque no imprimo todo el sentimiento que quizá espera Cuca, sí canto con la suficiente emoción como para que de repente note que alguien me coge de la mano. Sin perder el ritmo, miro atónita que se trata del impresentable, que comienza con su parte y no sé cómo, o qué maldita fuerza invisible, hace que quedemos uno frente al otro, mirándonos a los ojos mientras cantamos.

La letra dice «Yo siempre he estado en tus sueños y tú, en los míos. / El olvido es una trampa de la mente para no sufrir. / Pero yo he sufrido porque no te he olvidado.»

Finaliza la canción. Todo se queda en silencio. Cuca y sus asistentes, que por norma general enseguida murmuran algo a la directora, no dicen ni una sola palabra. No sé qué expresión

tienen, porque yo, como si me hubiese abducido, tengo los ojos fijos en el impresentable. Y él me mira sin parpadear.

Seguimos cogidos de la mano. Algo inexplicable.

Pero lo peor es el silencio de la sala. No lo aguanto, significa que he cantado de forma tan lamentable que no saben cómo decírmelo para evitar que me enfade. Respiro y consigo reaccionar. Libero mi mano y por fin me giro y veo las caras. Cuca se limpia las lágrimas. Peor no se puede hacer.

Tengo que salir de aquí.

—¡Tatiana! —exclama la directora mientras corre a detenerme.

—Déjame, por favor —le pido agobiada.

—Ha sido espectacular —suelta de manera atropellada—. Lo que Killian y tú acabáis de hacer ha sido... No tengo palabras.

Niego con la cabeza, solo me dicen algo así para no ofenderme.

—Quiero salir de aquí —me obstino.

Consigo librarme de la directora y echo a correr..., hay quien diría que al más puro estilo diva caprichosa. Me importa un pimiento, yo quiero encerrarme en algún sitio, estar sola y asumir la situación.

Cuca ha intentado ser amable, se notaba que había llorado, por Dios. ¿Tan imbécil cree que soy?

Aunque es bastante complicado lidiar con las emociones del trabajo cuando este sale mal, hay que recomponerse; no obstante, con lo que no soy capaz de lidiar es con mi reacción personal al quedarme embobada mirando al impresentable. ¡Y cogidos de la mano cantando la letra de una canción que él ha definido como pastelada!

¿Qué me está pasando?

Llego a los aseos, donde la chica de la limpieza me fulmina con la mirada porque acabo de pisarle el suelo recién fregado. Le pido disculpas de manera atropellada y me meto en un cubículo.

Sentada en el váter, resoplo de forma poco elegante. He de recomponerme. Diez minutos para ello. Vuelvo a respirar. Sé que poco a poco me sentiré mejor.

—¡Abre la puta puerta! —me gritan, y además golpean con fuerza, echando por tierra mis intentos de relajación—. Abre, joder.

Más golpes que lo más probable acaben por echar la endeble puerta abajo. Así que me armo de valor, me pongo en pie y abro.

—¿Qué carajo quieres?

—Hablar contigo —me espeta ceñudo.

—¿Y para eso tienes que aporrear la puerta como un energúmeno?

—Si te da por ponerte petarda y esconderte, sí —responde; como yo sigo dentro del cubículo, tira de mí para sacarme de malas maneras.

—Si van a jorobar mi trabajo, me largo —nos dice la señora de la limpieza arrastrando el carrito hacia la salida.

—Por fin solos —murmura el impresentable—. Si la frase es un intento de sonar gracioso, no lo ha conseguido—. Ahora tú y yo vamos a mantener una conversación seria.

—No sé por qué te empeñas en tocarme las narices...

—Oye, Tati, yo tampoco estoy muy satisfecho con lo que ha ocurrido mientras cantábamos esa cursilería.

A punto estoy de sonreír por el calificativo.

—¿Y qué pretendes?

—No sé qué pasa entre nosotros, por qué cojones acabo cantando contigo y flipando por el resultado.

—¡Nos ha salido de pena! —protesto—. Hasta Cuca ha llorado.

—De emoción, ha asegurado. —Hace una mueca como si se sintiera molesto.

—Cuca solo quiere ser amable, nada más.

—Bueno, luego se lo preguntamos —aduce con desdén—. Ahora centrémonos en lo importante. ¿Has hablado con tu marido?

La pregunta me desconcierta, no sé qué pinta Eladio en todo esto. Además, continúa desaparecido y yo tampoco (siguiendo el consejo de mi agente) he intentado contactar con él.

—¿Perdón?

—Para que te dé el visto bueno y podamos follar con su bendición.

Me atraganto ante semejante respuesta.

—¿Otra vez con esa estupidez?

—A ver, Tati, es innegable que entre nosotros hay algo, química o cualquier otra mierda. Me da igual cómo lo quieras llamar y eso se va a traducir en nuestra actuación.

De algún modo he de salir de aquí y olvidar este episodio tan surrealista.

—No sé de dónde sacas semejante majadería —le espeto. Él intuye que me voy a largar, así que se coloca de tal forma que no puedo abrir la puerta.

—No has dejado de mirarme a los ojos mientras cantábamos esa moñada y además me ha dicho un pajarito que te gustaría ser la señora Weisser.

Esto me pasa por ser mala...

—Ya estoy felizmente casada —replico sin atragantarme al pronunciar tal mentira.

—Bah, eso dicen todas y luego bien que se buscan un rollete. Y en tu caso con el beneplácito del marido.

—Mira, no sé qué clase de drogas alucinógenas consumes ni quiero saberlo...

—Podemos colocarnos juntos —propone con aire burlón.

—Pero la respuesta sigue siendo no. Repito: no. No me interesa ninguna relación contigo. Ni ahora ni después.

—Mentirse a una misma es hacer trampas al solitario —razona con tono seductor mientras me pregunto de nuevo cómo sería verlo sin maquillaje. Hummm...

—Ya tengo amante.

—¿El mismo que hace dos noches tonteaba con uno de los tramoyistas?

Vaya, la mentira sobre mi relación con Diego no ha colado.

—No tenemos exclusividad.

—Lo cual me parece estupendo, oye, que yo también he tonteado con el otro bando...

—¡Basta ya! —exclamo conteniendo mi rabia ante este acoso—. Búscate a otra, seguro que en el equipo hay más de una dispuesta a todo.

El impresentable hace una mueca.

—Es una posibilidad; sin embargo, he tanteado el terreno y nada, no me excita ninguna. Solo tú y así, en caso de problemas, como más o menos estamos en el mismo nivel, no surgirían conflicto de intereses.

Perpleja me hallo ante su argumentación.

—Haré como que no he oído nada.

—Te propongo un trato, Tati.

—No.

—Escúchalo primero.

—No.

—Qué obstinada eres, eso me excita y cabrea a partes iguales —dice con aire burlesco—. La idea es la siguiente: mientras duren los ensayos, mantenemos esta tensión sexual, no follamos, y eso quizá ayude a que esta pastelada de obra funcione.

—Estoy de acuerdo en lo de pastelada. Nada más —admito seria.

—Entonces, ¿sí a lo de follar?

—¡No! —profiero—. Y deja de enredarme con tus palabras.

—Pues entonces vamos a tener unos ensayos muy accidentados.

—¿Es una amenaza? —pregunto suspicaz, a lo que él se encoge de hombros.

—Tati, yo estoy siendo sincero contigo. Paciente también, porque hay que ver lo petarda que eres, y en vez de considerar un trato estupendo que nos beneficiaría a ambos, te niegas en redondo. Dime, ¿qué harías tú?

—Comportarme como una adulta y dejar a los compañeros de trabajo tranquilos. —Hasta yo me doy cuenta de que ha sonado un tanto repipi.

—Joder, Tati, con lo bien que nos lo podríamos pasar... —insiste al tiempo que se acerca.

No me toca, al menos no es de los que avasallan. Quizá solo pretende seducirme con su presencia; no obstante, me temo que no funciona.

—Ya tengo con quien divertirme. Gracias por la oferta. —Y, con aire arrogante, pongo la mano en su pecho con la única intención de empujarlo y marcharme.

Sin embargo, el impresentable pone su mano sobre la mía y presiona.

—¿Segura? —pregunta con un tono ronco que, si bien no me hace dudar, sí que consigue que tarde más de lo prudente en responder.

—Muy segura.

—En fin —suspira y se aparta—. Volveremos a las hostilidades.

—¿Sabes que tus maniobras pueden interpretarse como acoso?

Sonríe con suficiencia.

—Todavía sigo intrigado sobre cómo adivinaste mi talla de ropa —replica achicando los ojos. Una clara advertencia; al menos así lo interpreto.

—No sé de qué me hablas.

—Ya. Bueno, prefiero pensar que me has observado y desnudado con la mirada.

—¿Qué más quisieras! —exclamo. A pesar de que el acceso a la puerta está despejado, sigo quieta, hablando con él.

—No tienes por qué conformarte con la imaginación, puedes disfrutar de mi cuerpo cuando quieras.

De nuevo adopta ese tono tan seductor. Maldita sea, yo no soy una de esas mujeres que cuentan los días que llevan sin sexo, pero en mi caso son ya muchos.

Para evitar cometer una estupidez, sonrío, le doy unas palmaditas en la mejilla y, como si se acabara una escena, doy media vuelta y abandono los aseos con una dignidad envidiable.

Capítulo 7

—No sé qué te hace tanta gracia —mascullo a la hora de la cena, acompañada de mi agente.

Le he contado a Diego mis idas y venidas con el impresentable y, claro, en vez de actuar como un representante al uso y decir «Voy a tomar cartas en el asunto», se ha empezado a reír, tanto que hasta se ha atragantado con la *vichyssoise*.

—Joder, Tatiana, es que ya me gustaría recibir una proposición semejante. Aceptaba sin dudar —acierta a contestar porque continúa riéndose.

—Por cierto, no tires los tejos a los miembros del equipo, que entonces nuestra coartada de amantes se va a pique.

—Killian supo, dos minutos después de soltarle aquella estupidez, que yo no juego en la misma liga que él. Solo te ha estado vacilando al seguirte el juego.

—Lo que me faltaba.

—Mira, haz una cosa. No te enfrentes a él.

—¿Pretendes que me cruce de brazos mientras me toma el pelo?

—No he dicho eso. Tienes la oportunidad de disfrutar, de soltarte el pelo y de, ¡qué coño!, ponerle los cuernos a Eladio.

—Muy gracioso. ¿Esa es forma de arreglar los problemas de un matrimonio?

Diego se limpia con la servilleta, bebe un poco de vino, sonrío y me dice:

—Tu matrimonio está caput, no insistas. El cabronazo de tu marido intenta sacarte aún más dinero.

—¡Sabe que me han embargado!

—Ya, pero también está al tanto de los depósitos que tenemos fuera del país. Porque se lo contaste...

Aparto la mirada, avergonzada. Es verdad, desoí los consejos de mi mánager y le hablé a Eladio de los movimientos de capital. ¿Cómo no iba a hacerlo? Se supone que entre marido y mujer se comentan estos asuntos, pues hay confianza.

Y ahora esto se puede volver en mi contra.

—¿Me equivoco?

Niego con la cabeza.

—No, no te equivocas.

—Estamos bien jodidos. —Diego bebe hasta apurar la copa de vino—. Tu maridito no va a parar hasta pillar tajada.

—¡Pues dáselo! Así acabamos con esta tortura.

—Ya, claro... Y en cuanto le hagamos una transferencia, nuestros amigos de la Agencia Tributaria te envían una bonita carta, metida en un sobre con la ventanilla negra.

—¿Y qué narices hago?

—Olvidarte de Eladio, para eso están los abogados.

—Lo intento, te prometo que lo intento. Pero... en este ambiente tan hostil...

—Deja de quejarte. El impresentable, como tú lo llamas, te ha dado la clave, querida.

—¿Cómo dices?

—Tu marido no se merece ni un segundo de fidelidad, así que... ¡lánzate!

—¿Con un roquero y su cuestionable gusto por el vestir que además es seis años más joven que yo? —inquiero estupefacta.

—Tú misma acabas de enumerar las ventajas. Y respecto a su cuestionable gusto en el vestir, ¿qué más te da? Se trata de verlo desnudo.

—¡Grrr! —Esto no tiene ni pies ni cabeza.

Las carcajadas de Diego me enervan porque para él todo esto es una especie de comedia. Y yo me hallo sumida en una situación demasiado complicada como para reírme.

—Tatiana, si quieres mi opinión, desde el punto de vista estrictamente técnico, no le serías infiel a Eladio, puesto que él te ha abandonado.

—De lo cual te alegras, es obvio.

Mi agente se encoge de hombros ante mi afirmación, no hace falta que añada nada más.

—Entonces, mañana, a primera hora, me lío con el impresentable —digo con ironía. Diego, desconozco si para seguirme el juego, apunta:

—Me temo que tendrás que esperar un poco, hasta la noche como mínimo. Antes tienes prueba de vestuario.

* * *

—Qué horror —murmuro cuando la modista me pide que opine sobre el primero de los vestidos que usaré en la función.

—Me parece muy apropiado —alega dicharachera—. Te hace más joven.

La fulmino con la mirada.

—¿Cuántos años crees que tengo? —pregunto suspicaz.

Llevar unos vaqueros ajustados no es lo que se dice mi *outfit* habitual. Y menos si van acompañados de un chaleco de ganchillo y una camiseta descolorida. Y ya, para rematar el desatino, unas botas marrones de cordones. Menos mal que no se les ha ocurrido añadir un poncho o una gorra.

—Cuarenta y...

Levanto la mano para que no añada ni un maldito año más. ¿Tan mayor parezco? ¡Cielo santo, solo tengo treinta y ocho!

—Déjalo. Vamos a por el siguiente «modelito».

Me bajo de la plataforma y me dirijo hacia el biombo. Tengo que seguir con esta tortura. Me han explicado que a lo largo de *Entre mis recuerdos* he de hacer doce cambios de vestuario. Debo pasar de la imagen de chica joven sin muchos recursos a una de artista sofisticada, elegante.

La modista, que no debe de haber cumplido los veinte, parlotea sin descanso, explicándome que este es su primer encargo serio; que desde pequeña ha querido ser diseñadora de moda y que aprendió en el taller de costura de sus padres. No ha ido a ninguna escuela, todo lo ha aprendido trabajando y de forma autodidacta.

—¿Y cómo has conseguido el empleo? —pregunto sin mucho interés pero sorprendida por su falta de experiencia, mientras me pruebo un vestido de noche de color azul, que, si bien no es tampoco mi estilo, al menos no me desagrada.

—Por Cuca, nos conocemos gracias a...

Se calla, acaba de confesar que, como casi siempre, en este país el enchufismo es más efectivo que la oficina de empleo.

—Termina la frase —le digo al tiempo que camino hacia la plataforma para verme desde todos los ángulos.

—El hermano de Cuca y yo... pues... estamos liados.

—Este me gusta —comento girando el cuello para observarme bien.

—Con todos mis respetos, creo que tiene unas curvas muy sexis.

—Completamente de acuerdo —interrumpe una voz masculina—. Lástima que estén tan desaprovechadas.

—¡No puedes estar aquí! —exclamo.

—Yo también me voy a probar modelitos —replica el impresentable mientras se acerca a la chica—. ¿Qué tienes para mí, guapa?

—Muchas cosas, guapo —responde ella con familiaridad.

—Yo también quiero un vestido de noche —añade con tono de falsete—. Para realzar mis curvas.

—Tengo algo mejor, ven conmigo.

Y ambos me dejan encima de la tarima, como si yo fuera una don nadie.

Capto sus voces, muy lejos no están, así que me bajo de la plataforma y, descalza, camino hasta ellos. Me encuentro al impresentable en ropa interior (los bóxers rojos creo que son del Capitán América) y a la chica agachada a sus pies sujetándole un pantalón para que meta un pie.

—¿Interrumpo? —pregunto con aire altivo.

—Cómo se nota que quiere verme en pelotas —se guasea él—. Espera tu turno, Tati. Enseguida estoy contigo. Venga, Coral, ponme guapo.

¿Se sabe su nombre? Vaya..., yo ni siquiera se lo he preguntado y si me lo ha dicho al llegar, tampoco he prestado atención.

«Debería largarme», pienso; en cambio, me quedo cruzada de brazos observando. Adopto una actitud de persona enfurruñada, impaciente. De alguna manera he de disimular. Lo primero en lo que me fijo es en que no tiene el cuerpo cubierto de tatuajes. Quizá eso explicaría por qué, en vez de pintar su cuerpo como cualquier roquero que se precie, se maquilla la cara de forma tan exagerada. Es sin duda una manera más inteligente de llamar la atención, porque, una vez acabado el espectáculo, todo desaparece.

—Tengo algo para ti increíble —le comenta la chica tras ponerse en pie. Se acerca a un perchero y le trae una sudadera.

—¡Oh, joder, me encanta! —exclama. Yo, de verdad, no me lo explico.

—La encontré en una tienda de ropa de segunda mano. ¡No me lo podía creer!

—Coral, querida, estás hablando con una estrella del rock. ¿Ropa usada? —Me río ante semejante posibilidad. El impresentable siempre va con los conjuntos más estrafalarios de los principales diseñadores.

—No seas petarda, Tati. Coral me ha buscado algo genial.

El impresentable, además de dejarme a la altura del betún, se prueba la sudadera. A ver, en comparación con las que usa habitualmente, esta que le ha traído la chica es hasta aceptable.

—Gracias, Killian —murmura ella poniéndole ojitos.

«Por favor —pienso—. ¿Es que todo el mundo está compinchado en mi contra? Si digo algo, se vuelve en mi contra. Si intento ser amable, me dan de lado. Si soy profesional, me miran

mal.»

—Este conjunto es ideal para la escena en la que cantas solo —propone Coral, y lo anota en su tableta—. Aunque los pantalones...

—¿Qué les pasa?

—Demasiado apretados —comento en voz baja, aunque me oyen.

—Exacto —dice la joven, sorprendiéndome al darme la razón—. Quizá deberías usar unos más sueltos.

El impresentable nos mira a ambas. Tuerce el gesto. Se mira en un espejo. Vuelve a mirarnos.

—A ver, señoras, ¿qué problema hay con ir apretado?

Coral y yo cruzamos una mirada. En teoría debería callarme; sin embargo, digo:

—Es una función para todos los públicos.

Busco la complicidad de la modista y veo que ella asiente.

—¿Nos dejas solos, por favor? —le pide a Coral.

Ella se aleja y el impresentable se sitúa junto a mí y me espeta:

—Me has estado mirando el paquete todo el tiempo, ¿a que sí?

—¡¿Perdona?!

—Venga, no disimules. Desde que te hice mi fabulosa propuesta, te has masturbado al menos tres veces pensando en mí y ahora aprovechas para verme bien y, si te dejo, catar la mercancía.

—¿No puedes ser más arrogante? —replico un tanto contrariada ante sus palabras.

—Si lo que hace falta es un examen, tranquila, estoy a tu disposición. —Para dejarme aún más anonadada, comienza a desnudarse.

¿Debo decirle que pare? ¿Dejo que se quede en ropa interior? ¿Hasta qué prenda es moralmente admisible?

—¡No sigas! —exclamo cuando agarra el elástico de sus bóxers (confirmado, son del Capitán América).

—¿Segura?

—Sí.

—Vístete, por favor.

—Le quitas toda la gracia al asunto, Tati —se queja con aire de burla, su tono habitual.

—Si no te importa, voy a avisar a Coral para que pueda hacer su trabajo. Aún tengo que probarme varios conjuntos más.

—¡Perfecto! —exclama, y achico la mirada sospechando... y no me equivoco cuando añade —: ¿Lo hacemos juntos? Por ir acostumbrándonos y eso a estar desnudos, piel con piel.

—Mejor no —contesto cortando de raíz cualquier intento de verme desnuda.

—¿Tan fea eres sin ropa? Lo pregunto porque, si tanto te esmeras en ocultar tu cuerpo, es porque tienes algún defecto.

—¡No tengo defectos! —me defiendo con énfasis, y me doy cuenta (una vez más) de que siempre caigo en sus provocaciones.

Tengo que ser más espabilada y cerrar el pico cuando me pincha.

—Aunque te adelanto que estoy acostumbrado a todo, ni te imaginas lo que uno es capaz de follarse cuando está borracho. —Da un paso hacia mí; yo evito moverme y de ese modo transmito cierta seguridad en mí misma.

—Qué dura es la vida del roquero. —Le doy unas palmaditas en la mejilla—. Anda, sé buen chico y deja a los mayores trabajar.

Satisfecha con la réplica, doy media vuelta y camino contoneando las caderas más de lo

habitual (pese a ir descalza); que tenga un buen plano de mis curvas, esas que no va a ver ni mucho menos tocar.

—¿Todo bien? —me pregunta Coral, quien, por la cara que tiene, ha debido de oírlo casi todo.

—Perfecto, sigamos con la prueba.

Me paso las siguientes tres horas desnudándome y vistiéndome. El impresentable hace algún que otro comentario cada vez que salgo del probador y me subo a la tarima para que Coral haga los ajustes precisos. Quizá he menospreciado las habilidades de la costurera, pues la verdad es que me está mostrando ropa muy bien confeccionada. Ahora bien...

—No es mi estilo... —digo con un tono que procuro que no la ofenda.

—¿Por qué? —indaga ella.

—Porque le gusta vestir como a una vieja —apunta el impresentable, que en estos momentos lleva puesto un vestido de lentejuelas que a saber de dónde ha sacado.

—Killian, por favor —Coral se ríe—, eso no es para ti.

—¿Por qué? ¡Me queda divino de la muerte! —exclama pasándose las manos por los costados, cual aprendiz de *influencer*. Hasta se acerca a uno de los espejos para contemplarse a placer.

A pesar de todo, se me escapa una sonrisa porque está tan ridículo que divierte.

—Bonitas piernas —lo piropea Coral.

Yo me abstengo de hacer comentarios; aunque, sí, la modista tiene razón, son aceptables.

—Esto me lo pongo en el próximo concierto —comenta él riéndose.

—Así te será más fácil enseñar el pajarito —murmuro. Solo Coral me oye, por lo que ambas nos echamos a reír.

Capítulo 8

—Debo decir que me habéis vuelto a poner los pelos de punta —afirma Cuca tras escuchar la canción principal de *Entre mis recuerdos*.

La directora se acerca hasta nosotros. Su expresión da fe de sus palabras. De nuevo veo una lagrimilla en un ojo. Mientras cantaba he notado que todo fluía, sí, aunque no hasta el punto que menciona Cuca. El impresentable (que lleva unos días raro, porque ni se ha metido conmigo ni me ha hecho proposiciones sexuales, aunque alguna mirada que otra cargada de interés sí he percibido) sigue sosteniéndome la mano.

—En el escenario será aún más brutal, intenso —prosigue ella con un entusiasmo que quizá termine por contagiarme, pese a mis esfuerzos por permanecer inmune—. Porque él estará sentado al piano y tú, Tatiana, te irás acercando a él, sin que se te vea. El público oirá tu voz y solo en la última estrofa se os verá a uno al lado del otro.

Su ayudante anota a saber qué en la tableta y se lo muestra. La directora asiente y de nuevo se dirige a mí.

—Tu voz es... envolvente, Tatiana.

Se oye una especie de «psss» que sin duda proviene de quien ya imagináis. Y yo, molesta, decido formular una cuestión.

—¿Y quién tocará el piano? —pregunto, porque, si bien en el libreto se describe a Manu, el protagonista, tocando una de sus propias composiciones en el club donde trabaja como camarero, sin que los clientes le presten atención, dudo mucho que el impresentable sepa tocar el piano.

—Yo, ¿quién si no? —replica mirándome como si hubiera dicho una estupidez.

—Claro, la música es en directo —puntualiza Cuca—. Y Killian está preparado para eso.

—Ah, ¿sí? —comento; mi escepticismo es palpable.

La directora asiente.

—Por supuesto, es algo que se habló desde el primer momento.

—Me gustaría verlo —farfullo al ser consciente de que he menospreciado sus cualidades como músico, aunque, teniendo en cuenta los vídeos que he soportado en YouTube, una no se espera que el tipo que enseña sus partes al tiempo que berrea sepa tocar el piano.

—¿Me estás pidiendo una actuación privada? —inquieta él con retintín sin ocultar su molestia ante mi desaire.

—Vamos, chicos, dejad de pelear —nos insta Cuca—. Lo importante es la química tan brutal que transmitís ambos.

—Ni química ni hostias —se queja él.

Por lo que la directora insiste en hacernos la pelota.

—Es que, de verdad, va a ser la hostia.

Yo no estoy tan segura, aunque sí es cierto que (y continúo sin encontrar una explicación razonable) nuestras voces se han acoplado sin mayor problema. Mientras cantamos no hay roces

ni mala leche. Y pese a que algunas letras son un tanto empalagosas, conseguimos hacerlas creíbles.

Estamos terminando los ensayos en una sala, la semana que viene comenzamos sobre el escenario, en donde, además de repetir los diálogos, cantar y actuar, hay que aprenderse las marcas para que en escena todo cuadre.

Admito que estoy preocupada. Cuando he representado obras líricas, sabía muy bien a qué atenerme y, salvo por indicaciones concretas (cada director tiende a variar pequeñas cosas para personalizar el montaje), tenía claro cómo actuar, pues antes de subirme al escenario una ha visto infinidad de veces los clásicos.

Sin embargo, con *Entre mis recuerdos* todo resulta una novedad. Hay quien diría que soy una privilegiada porque voy a estrenar una obra, algo que en el mundo lírico es casi imposible pues ya apenas aparecen nuevas composiciones.

Cuca intenta contagiarnos su ilusión, nos da ánimos. Cuando algo no sale como ella espera, procura corregirnos sin dar voces ni tampoco ponerse agresiva (he trabajado con directores que rayaban la tiranía). Nunca menosprecia a alguien cuando se confunde, es paciente y comprensiva ante los fallos. Lo que dijo el primer día de crear un ambiente familiar lo está poniendo en práctica.

—¿Seguimos, Tatiana? —la directora me hace caer en la cuenta de que he estado callada y pensativa unos minutos sin prestar atención.

—Trae un puto piano, anda, que la diva tiene dudas —exige el impresentable.

—Killian, no seas quisquilloso. Ella solo ha formulado una pregunta sin mala intención —tercia Cuca intuyendo una discusión.

—¡Ja! —se burla él—. Mira qué cara pone, como si todos fuéramos una mierda y solo ella supiera actuar.

Hoy ha adoptado una actitud un tanto belicosa. ¿Por qué?

Pues si quiere pelea, la va a tener.

—Sí, por favor, que traigan un piano —digo alto y claro, a lo que el impresentable me mira ¿sorprendido quizá porque no esperaba esta reacción por mi parte?

—Vamos a descansar quince minutos, chicos —anuncia Cuca.

—Busca un puto piano —repite él, y a continuación se cruza de brazos dando a entender que se muestra inflexible.

—Killian...

—Un puto piano. ¡Ya!

* * *

Tres horas más tarde y a pesar de los intentos de Cuca de convencer al impresentable de que cambie de opinión con multitud de argumentos (unos más serios que otros) y también tras una conversación en la que se han oído un sinfín de halagos (peloteo al por mayor) sin éxito, entramos en el teatro donde se representará la obra.

—Esto nos va a costar una pasta —se queja la directora, porque, como ha explicado antes, la productora ha contratado el teatro a partir de la semana próxima y entrar antes de tiempo supone pagar un extra.

Bueno, que se lo descuenten del sueldo al impresentable.

La directora, todavía con cara de pocos amigos porque a buen seguro habrá tenido que lamer

el culo a la productora y ya sabemos cómo es esa gente con el dinero, nos da las instrucciones para situarnos. Vamos a hacerlo como si fuera un ensayo general, aunque nos indica que las marcas son provisionales porque la escenografía aún hay que pulirla. Así que yo me quedo al fondo del escenario. El impresentable se acomoda delante del piano de cola y, a pesar de que hay poca luz (la justa para no caernos de morros), sobresale con ese pantalón azul eléctrico de irregulares topos verdes, camisa y maquillaje a juego. (Sí, la sombra de ojos es verde y los labios azules.) Un estampado típico de corbata pero que en otras prendas masculinas resulta cuando menos cuestionable.

—Vamos allá —dice Cuca con palpable malestar—. Solo tenemos una hora. ¿De acuerdo?

Se sitúa entre bambalinas y le hace un gesto al impresentable para que empiece.

Inspiro hondo. A pesar de que ante el público llevaré micro, sigo ensayando sin él.

Las primeras notas de piano fluyen y parpadeo antes de fijar bien la vista porque creo que mis ojos me engañan. ¡No es posible!

Cualquiera que haya asistido a un recital de piano conoce la magia envolvente del instrumento. Quizá, junto con el violín, son los dos que despiertan más emociones.

Vuelvo a cerrar los ojos para dejarme llevar por la música. La canción escuchada desde el dispositivo digital me parecía horrenda, cursi; en cambio, tocada al piano es tan diferente...

—¿Tatiana? —me llama Cuca.

—¿Es que no puedes entrar cuando te toca? —añade el impresentable, y me doy cuenta de que no he estado atenta y que, además, la música ha parado.

—Lo siento, lo siento —me disculpo.

—Joder con la diva —protesta él.

Retomamos todo, comienza la canción. Con mi atención puesta en las notas entono cada estrofa sin perder el compás, haciendo las pausas precisas, dejando que mi voz se una a la de él. Y cuando Cuca me hace la señal convenida, comienzo a caminar despacio hasta situarme cerca del piano, desde atrás hasta detenerme. No debo entrar en el campo de visión de él, por lo que quedo a su espalda. Así debe finalizar la canción.

Según la partitura, tras el estribillo hay un solo de piano, apenas cuarenta y cinco segundos que contra toda lógica el impresentable interpreta con una precisión que me envuelve y casi me hace perder el compás.

Tras la última nota se hace el silencio más absoluto. El impresentable y yo seguimos en nuestras marcas, inmóviles. La directora supongo que nos está mirando, al igual que su ayudante.

—Joder, joder, joder —jadea Cuca al tiempo que se acerca hasta nosotros y rompe por fin este silencio tan complicado—. Ahora sé por qué ambos estáis hechos para esta obra. Mirad. —Nos muestra su brazo—. Me habéis puesto los pelos como escarpas, de verdad.

Yo más bien tengo un nudo en la garganta.

Sigo sin encontrar una explicación mínimamente razonable. Es música, solo me debe afectar de forma genérica, no a nivel tan personal.

—Ha sido indescriptible —añade con la misma emoción.

¿A quién no le gustan los halagos?

Sin embargo, yo en este instante no los quiero. Acabo de darme cuenta de algo que quizá me produzca ardor de estómago: quiero verlo desnudo, en todas las acepciones del término. Sin maquillaje, sin el disfraz; así que, contraviniendo toda lógica, le digo al impresentable:

—Tenemos que hablar.

He procurado no sonar muy exigente, aunque por la cara que ha puesto Cuca y su ayudante ha

debido de sonar raro. Como si entre él y yo hubiera algo no apto para menores.

El susodicho me mira por encima del hombro.

—En privado —añado, y sé que de este modo creo más confusión. Me da igual.

El del traje azul con topos verdes se pone de pie, me agarra de la mano y me saca del escenario ante la mirada curiosa de la directora y su ayudante, que con toda probabilidad estarán especulando.

Él frunce el ceño, porque, al igual que yo, no conoce la distribución del teatro. Así que, tras intentar abrir dos puertas sin éxito, va a por una tercera y accedemos a una sala donde guardan vestuario de otras representaciones.

—¿De qué tenemos que hablar tú y yo? —me espeta tras cerrar la puerta.

Va hasta uno de los percheros y empieza a mover los trajes como si le interesaran.

Su tono no es ni de lejos tan divertido ni provocador como en otras ocasiones. Esta seriedad es desconcertante. Casi echo de menos su guasa habitual.

—Del trato que me propusiste.

—¿Qué trato? —pregunta cruzándose de brazos tras dejarlo todo como estaba.

¿Se está haciendo el loco?

Mantiene las distancias. Mala señal.

—Me hablaste de la innegable atracción sexual entre nosotros y de cómo podíamos resolverlo para que no entorpeciera nuestro trabajo.

Él pone mala cara, como si hubiera pisado caca de perro.

—¿Atracción sexual? ¿De qué hablas?

—¡Será posible! —Es evidente que se está haciendo el tonto—. ¿Has estado provocándome y sugiriéndome en varias ocasiones que tengamos una aventura y ahora lo niegas?

—Primero, te propuse follar la noche del estreno. Segundo, no te hagas pajas mentales —me corrige y, bueno, al menos estamos hablando de lo mismo, solo que su semántica y la mía no coinciden.

—Llámalo como quieras —murmuro molesta por no solventar esto con facilidad.

Da un paso hacia mí y me mira de arriba abajo. De acuerdo, mi atuendo (pantalón de vestir gris y blusa negra de manga francesa, maquillaje suave y pelo recogido en coleta baja) es muy sobrio en comparación con el suyo, no es para llamar la atención; sin embargo, creo que se trata de no llevar nada encima.

—¿Estás interesada?

—Sí.

—Pues yo no —suelta. Y suena igual que si me hubieran echado un jarro de agua helada por la espalda.

Parpadeo. Lo ha dicho sin rastro de humor, con total seriedad.

—¿Cómo que no?

—Se te ha pasado la vez, Tati. Te hice una propuesta cojonuda y la rechazaste. ¿Qué esperabas?

—Un poquito más de paciencia —farfullo entre dientes.

—Ya, claro. ¿Pensabas que me ibas a tener detrás de ti insistiendo una y otra vez, encajando tus negativas con deportividad y esperando ansioso que al final vieras la luz?

Ahora ha vuelto a ser sarcástico.

—No, tampoco...

—Pues vas de culo, Tati —me interrumpe cuando intento justificarme—. Estoy acostumbrado

a que las mujeres hagan cola para pasar un rato conmigo. A que me seduzcan. A que se peleen por chupármela.

—No me digas... —murmuro arqueando una ceja ante tanta chulería.

—Sí te digo —replica con arrogancia—. Chasqueo los dedos y caen rendidas.

—Qué torpes ...

—Muy graciosa. Pero es la puta verdad. Así que, ya sabes, si quieres algo conmigo...

Es que con el impresentable una se siente igual que si estuviera en un bucle de surrealismo del que no tiene ni la más remota idea de cómo salir.

—A ver si lo he entendido bien —digo mientras me froto las sienes en un intento de no acabar tan chiflada como él, aunque me falta más bien poco, pues, en vez de salir huyendo, estoy aquí, a dos pasos de perder la cordura—. ¿Pretendes que te seduzca?

—No.

—¿Entonces?!

—Tati, Tati, Tati... —susurra cerca de mi oreja—. ¿Tan simple crees que soy?

—Mejor me callo —respondo en voz baja y él se ríe.

—Prueba otra vez —me desafía.

—Si no quieres que te seduzca..., ¿qué quieres?

—Me has divertido y procurado alguna que otra fantasía erótica que de momento me guardo porque probablemente, si las hiciera realidad, me sentiría defraudado.

—¿Has fantaseado conmigo? —pregunto ante su extraño cumplido.

—Sí. Y con mi mano en la ducha lo he solventado —añade torciendo el gesto—. Porque con tu pedantería, tu altivez y, sobre todo, con lo repipi que eres no entiendo cómo se me pone dura.

—No sé qué decir.

—Tómatelo como un cumplido.

Él sigue a un lado, hablándome al oído, con un tono ronco y burlón que debería enfadarme.

—De verdad, lo intento, pero no te entiendo.

—Pues haz un esfuerzo.

A ver, seré sincera, al menos conmigo misma. Yo no creo haber seducido a un hombre en mi vida. Soy de la vieja escuela. ¿Trasnochada? Probablemente sí, pero es lo que hay. Sin embargo, una no puede pasar por alto, y más en mi situación, que a nivel emocional ocurren cosas que te hacen actuar o al menos querer intentarlo de manera diferente a la habitual. Aunque eso suponga echar por tierra ciertas convicciones.

—Dame una pista al menos.

En vez de responder, se acerca a la puerta para, en el último segundo al más puro estilo chulesco/cabronazo, mirarme por encima del hombro y decirme:

—Usa tu imaginación.

Capítulo 9

Ensayar en una sala no tiene nada que ver con hacerlo sobre un escenario. Para empezar, la acústica cambia por completo.

Los actores se involucran bastante más y, aunque al mirar al frente se vea el patio de butacas vacío, la sensación es impresionante.

Aún nos quedan por delante tres semanas de esfuerzo, de ajustes, de cambios de humor, de discusiones, de exigencias, de paranoias, de imprevistos, de fallos técnicos... Lo normal, es algo a lo que te acostumbras. Para eso están los ensayos, para que el día del estreno, si alguien tropieza, se equivoca o se pone enfermo, el público no lo note porque detrás hay un equipo que solventará el problema.

—¿Dónde está Killian? —pregunta Cuca desde un lateral del escenario.

Es mi oportunidad de ser una chivata y decir que anoche estuvo de farra con sus colegas de The Dumpsters y bastante gente más en el apartamento porque soporté con bastante estoicismo el ruido, las risas, la música estridente y las equivocaciones de quien llamaba a mi puerta. Bajo ningún concepto quería que el impresentable (o alguno de sus invitados) se burlara de mí por exigir que bajaran la música. Bastante tuve con la conversación en la que me rechazó de plano.

Doy por hecho que en la fiestecita encontró a alguna de esa larga lista de chicas que caen rendidas a sus pies y hasta le suplican para tener sexo con él. Pues muy bien.

—¡Llamadlo! —grita la directora al ver que nadie parece saber nada sobre el impresentable.

—No responde al teléfono —indica uno de producción al cabo de minuto y medio.

—¡Joder! —se queja Cuca, y todos nos quedamos perplejos, pues nunca levanta la voz. Y, para complicar más el asunto, se dirige a mí—. Tatiana, ¿tú no sabrás...?

—¿Yo? —interrumpo—. ¿Por qué iba yo a estar al tanto del paradero del impr... del señor Weisser?

—Tu apartamento está junto al suyo. Algo habrás oído —insiste Cuca, y no me gusta ese tono; deja implícito que entre el impresentable y yo hay algo más que una relación laboral.

—Aparte de música a todo volumen, poco más —respondo.

Cuca no se muestra muy conforme con la respuesta. Pero al menos dirige su frustración hacia otras personas. En concreto exige a uno de los becarios que vaya en persona a buscar al protagonista y lo traiga a rastras si es preciso. El chaval hace una mueca; según la leyenda, las estrellas del rock están inconscientes tras una noche de juerga.

Llevamos más de una hora aquí, esperando al señorito, y nada, ni rastro. Una cosa es ser simpático con los compañeros y otra muy distinta dejar al elenco plantado. Eso sienta como una patada en los mismísimos.

El becario reaparece solo.

—¿No lo has encontrado? —le pregunta Cuca.

—Sí, está en el gimnasio.

—¿Y?

—Dice que si no va ella —me señala—, no ensaya.

—¿Estaba borracho? —prosigue preguntando la directora.

—No, la verdad es que no. Se le veía muy fresco.

—Ve, anda —me pide Cuca.

—¿Por qué?

En tres zancadas se acerca a mí y me increpa:

—Sea lo que sea lo que hay entre vosotros, no voy a dejar que afecte a la producción. ¿De acuerdo? Así que habla con Killian y resuelve esto.

Inspiro hondo y después niego con la cabeza.

—Yo no soy la recadera de nadie, ¿entendido? Entre ese impresentable y yo no hay nada ni lo va a haber —afirmo sin elevar el tono, aunque con la firmeza suficiente como para resultar creíble.

Cuca se da cuenta (porque no le queda más remedio) de que va a tener que ocuparse en persona, así que nos da dos horas libres.

Admito que la curiosidad por escuchar la conversación entre la directora y el roquero es muy fuerte y tentada estoy de decir «Sí, venga, ya voy yo también». Pero la sensatez ha impedido que cometa una estupidez.

Esta obligada pausa me da la oportunidad de contactar con Diego. Lo llamo por teléfono con la esperanza de que me ponga al corriente respecto a Eladio. Cada día me pregunto cuándo mi «amado esposo» dará la cara en vez de chantajearme a través de sus abogados; los cuales, por cierto, pretenden que pague yo. Inaudito, lo sé. ¿Cómo es posible que Eladio haya llegado a este extremo de rencor?

Para tenerme aún más en ascuas, supongo que juega a desaparecer, pese a que en su perfil de Instagram sí cuelga fotos de sus actuaciones con entusiastas comentarios sobre lo feliz que está... cuando yo sé la realidad: que detesta trabajar en orquestas que interpretan éxitos comerciales. Su ambición siempre fue dirigir una filarmónica, ser reconocido y, por supuesto, obtener un prestigio tal que fuera acompañado de ingresos cuantiosos. Sin embargo, se conforma con encargos mediocres, solo por dinero (no mucho). Aunque, de verdad, si en vez de haber dilapidado mis ahorros se hubiera conformado con robármelo para darse la vida padre, pues hasta lo entendería. No obstante, Eladio y su maldito orgullo me han llevado a esta ruinosa situación.

—Querida, me temo que no hay buenas noticias —me dice Diego a través de la línea—. Tu maridito te ha denunciado por...

—¿A ver si lo adivino? —pregunto con sarcasmo—. ¿Fraude fiscal?

—Exacto. Los abogados están intentando negociar, pero dada la cuantía...

—No hace falta que continúes —interrumpo—. Me lo imagino.

—Tatiana, de momento no es nada definitivo. Así que no te montes películas y céntrate en ensayar. Me han dicho que Killian y tú habéis conectado. Cuca habla maravillas de vosotros dos.

—Cuca exagera —murmuro quitándole importancia.

—Por si acaso, no pienses ahora en el cabrón de tu marido. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Finge al menos un poco, Tatiana, para que me lo crea, anda. —Tras el comentario jocoso, Diego se despidió dejándome peor que antes.

Para pasar el rato me acerco a la mesa del *catering* con la intención de picotear un poco. Los compañeros me saludan más por educación que por entusiasmo. El caso es que no me dan

conversación. Así que, con un plato en el que he puesto cuatro bocaditos, me busco una silla donde sentarme a comer.

—Ahora, por culpa de la diva, todos perdiendo el tiempo —se queja una chica a mi espalda, por lo que no sé de quién se trata.

—Joder, es que el pobre Killian tiene que aguantarla —añade un compañero.

Ambos, es evidente, no han advertido mi presencia.

—Sigo sin entender por qué la han contratado. Anda que no hay cantantes mucho mejores que ella —suelta la primera.

—Y menos petardas. ¿Te has fijado en cómo va por la vida? Se cree más que nadie —dice con tono de burla.

¿Les paro los pies o continuo escuchando a escondidas mientras el bocadito de jamón se me hace bola?

—Ya verás como al final hay problemas.

—¿Qué crees que le ha hecho a Killian para no querer venir hoy?

Me deja traspuesta que piensen algo semejante. ¿Por qué he tenido que ser yo la responsable?

—Pues tocarle los cojones.

—El caso es que Cuca dice que juntos en el escenario tienen química...

Menos mal, un poco de sentido común.

—Bah, seguro que exagera. Lo que ocurre es que la directora siente debilidad por la diva. Me han dicho que se peleó con la productora para tenerla aquí y, aunque lo haga de culo, se lo perdonará.

Hummm..., esto tengo que investigarlo.

—Pues habrá que armarse de paciencia.

Que los compañeros hablen mal de mí ya ni me sorprende. Ciertamente, me molesta porque, sin haber hecho nada, ni siquiera me dan la oportunidad de integrarme en el equipo. Y porque hablan sin saber, solo especulan. Podría decirles cuatro cositas; no obstante, prefiero morderme la lengua porque, de hacerlo, significaría que me afecta más de lo que estoy dispuesta a admitir.

Dejo a un lado el plato de comida, ya que no me apetece ni picotear. Y justo cuando voy a levantarme para ir al aseo, aparece el señorito con un pantalón de rayas horizontales negras y amarillas, sin camiseta, el pelo recogido en una coleta y maquillado a juego con la ropa.

Se desata un coro de saludos (y otros comentarios de admiración que no reproduciré) al verlo y yo me limito a esperar de brazos cruzados. Soy consciente de que cualquier palabra será utilizada en mi contra.

Cuca, ya visiblemente menos tensa, camina a su lado y, cuando se percata de mi presencia, ambos vienen hacia mí. Entonces los dos cotillas que han despotricado bien a gusto fingen estar ocupados en lo que sea para escabullirse.

—Puesto que ya estamos todos... —murmura la directora.

—Sí, la abeja reina ha decidido honrarnos con su presencia —comento haciendo alusión a la vestimenta del impresentable y este imita el zumbido de una abeja.

—Tatiana... —me advierte Cuca con el fin de evitar enfrentamientos. A saber lo que ha tenido que hacer para convencer al roquero.

—Déjala —interviene este—. Pero, que conste, yo soy un zángano.

Cuca se echa a reír; yo no, pese a que la réplica ha tenido su gracia.

A pesar del mal comienzo de la jornada, por culpa de ya sabéis quién, al final sí ha sido un día productivo. Y también estresante.

El público, cuando acude a un espectáculo, no creo que sea consciente de la cantidad de detalles que se deben tener en cuenta. No se trata de encender una luz, poner música y cantar. ¡Ojalá fuera tan sencillo!

El escenógrafo ha comenzado a marcarnos las posiciones mientras que desde abajo Cuca y su ayudante opinaban, pues es desde el patio de butacas desde donde se aprecian los esfuerzos para que la puesta en escena sea atractiva.

Todavía nos quedan las pruebas de luces y sonido, ya que todo ha de quedar registrado en el ordenador que lo controla.

Yo pensaba que, al tratarse de pruebas, no mantendría ningún contacto con el zángano (creo que a partir de ahora alternaré entre este sobrenombre y el de impresentable); sin embargo, me he visto obligada a cogerlo de la mano, permitir que me abrazara, oler su colonia (efecto colateral obvio), fingir que lo besaba (me he ahorrado la pasión, algo que deberé añadir en los ensayos) y, por supuesto, poner las manos en su pecho (si llega a traer puesta una camiseta me hubiera resultado más fácil, pues no me apetecía sentir su piel).

En resumidas cuentas, un paripé que he soportado con profesionalidad. Claro que él ha aprovechado para pincharme y no con su barba (la cual tiene que dejarse de cara a la caracterización). Si estaba lo suficientemente cerca, aprovechaba para imitar el zumbido de las abejas.

Así que, al cuarto o quinto «bzzz», he optado por replicar:

—Ya vale, que al final voy a tener que fumigar el escenario.

El impresentable/zángano se ha echado a reír a carcajadas, lo que ha provocado que todos los presentes nos mirasen con expresión interrogativa.

Así que ha optado por chincharme de otra manera, susurrándome que tuviera cuidado con el aguijón..., a lo que yo he respondido:

—Documéntate un poco, anda. Los zánganos están desprovistos de aguijón.

—Petarda y sabionda.

—Deja de hacer el zángano y concéntrate.

Cuando por fin Cuca ha anunciado que por hoy era suficiente, he respirado aliviada. Y, sin esperar a nadie, he recogido mis cosas y he salido pitando del teatro para esconderme en el apartamento.

Una vez en él, he lamentado no disponer de una bañera para relajarme. Ya sé que es un derroche hidráulico gastar tanta agua; sin embargo, hay días en que solo un baño caliente, música de fondo adecuada y la soledad pueden ayudarte a no caer en la autocompasión o en los ansiolíticos.

Salgo de la ducha algo más relajada y, cuando extendiendo la mano para coger una toalla para enroscármela alrededor del cuerpo, pego un grito similar al de la protagonista de *Psicosis* porque un Norman Bates rubio me la está sosteniendo.

—Venga, que te enfrías.

—¿Es que no respetas nada? —le recrimino cubriéndome.

—Intento no hacerlo.

—¡Has invadido mi privacidad!

—He llamado varias veces y, al no responderme, se me ha activado el complejo de héroe y, claro, me he visto obligado a derribar tu puerta por si te había ocurrido algo.

Entorno los ojos.

—¿Me estás vacilando?

El impresentable/zángano se lleva una mano al corazón.

—¿Yo? ¡No! De verdad, Tati, no me culpes por preocuparme por tu integridad física.

Como mantener una conversación con él es adentrarse en el mundo del surrealismo, abandono el baño con la intención de vestirme. Con el rabillo del ojo veo cómo husmea entre mis productos cosméticos, incluso abre un par de frascos para oler.

—Espero que lo de derribar mi puerta sea en sentido metafórico —murmuro mientras me pongo a toda prisa un vestido de punto, lo que me obliga a prescindir del sujetador y las bragas, mientras él continúa en el baño.

No responde, lo que hace que me ponga más nerviosa y, sin pensar demasiado, vaya escopetada hasta la puerta principal para comprobar su estado. Me la encuentro perfecta, cerrada y sin un arañazo.

—Mira que eres paranoica —se burla—. Anda, vamos a cenar, que me muero de hambre.

Dicho esto me señala la encimera de la cocina, en la que ha dispuesto los platos y se ven distintos envases de comida.

—Solo faltan las velas —comento con acritud, ya que eso significa que, mientras yo estaba en la ducha, él ha trasteado en el apartamento.

—La próxima vez no lo olvidaré. ¿Nos sentamos?

Desconfío de esta repentina amabilidad. Sigue llevando los pantalones de abeja, pero por suerte (o no) ahora los ha combinado con una camiseta negra desteñida en la que se distingue el logo de Versace. De verdad, ¿por qué tiene que elegir lo más horripilante del catálogo de las grandes firmas de moda?

A pesar de mis reticencias (lógicas), accedo a compartir mesa porque, lo admito, con las prisas ni me he acordado de encargar la cena y en la nevera no hay nada. Dejo que él sirva los platos y hasta el vino.

—He reconsiderado nuestro acuerdo —me suelta a bocajarro logrando que me atragante con le vino—. Te preguntarás el motivo, ya que te rechacé; no obstante, he sopesado los pros y los contras y, a pesar de tus enormes contras, sigues poniéndomela dura.

—Supongo que ese ha sido el factor determinante —alego con sarcasmo después de recuperarme del ataque de tos tras atragantarme.

—El principal, sí —admite todo ufano—. Aunque hay más, obviamente.

—Y me los vas a decir —añado esperando que al menos sea sincero y no muy vulgar.

—Primero terminemos la cena...

Capítulo 10

A veces crees estar preparada para todo, que a cierta edad ya no te vas a sonrojar como una colegiala... Que, en caso de oír determinadas cuestiones, vas a saber asumirlas sin escandalizarte.

A medida que se cumplen años, una aprende a relativizar, a diferenciar lo importante de lo superfluo y de este modo no perder el tiempo enfadándose por nimiedades.

Pues bien, ahora mismo no sé a qué atenerme tras escuchar al impresentable, porque yo estaba preparada para todo, incluido el escándalo, y mira tú por dónde se ha limitado a decir:

—¿Y qué más da, Tati? Aquí se trata de follar y punto.

Así, sin más, cuando yo hasta había pensado un montón de alegaciones con tal de tocarle las narices y ponérselo difícil. Porque, a mi pesar he de asumirlo, me atrae el zángano. Mucho. Y dado que mi marido ha decidido hacerme la puñeta, qué mínimo que unos cuernos bien puestos. Se los ha ganado a pulso.

—He de decir que tu oratoria es impresionante —afirmo, y él me sonrío.

—¿A que sí?

—Entonces, para que me quede claro, seguimos igual hasta la noche del estreno.

—Exacto. De esa forma mantendremos y aumentaremos la tensión sexual —. Y alza su copa de vino a modo de brindis.

—Para eso quedan dos meses.

—Tati, ¿me estás diciendo que no serás capaz de resistirte a mi magnetismo sexual? —pregunta con aire de guasa, obviamente.

—No, solo lo comento porque estoy casada. Como comprenderás...

Si ahora se presentase Eladio reclamando (como se decía antes) derechos conyugales, el sainete sería completo.

—Ah, vale, eso lo entiendo. No pasa nada, puedes follar con él todo lo que quieras —responde—. ¿Alguna cuestión más que quieras aclarar?

Lo ha dicho con un tono tan de negociación que me desconcierta.

—Ahora que lo dices...

—Sí, voy a follar por ahí, para pasar el rato hasta nuestra gran noche —responde adelantándose a mi pregunta, que no era esa.

—Me da igual con quién te acuestes —mascullo—. Es otro asunto...

—Condomes, por supuesto —vuelve a interrumpir, y me percaté de que era un detalle que se me había pasado por alto. Teniendo en cuenta que llevo casada cinco años, es comprensible que el tema preservativos lo tenga descuidado. Si además le sumas el hecho de que Eladio y yo pues hace tiempo que no nos acostamos...

—Eso lo doy por supuesto —farfallo—. Es otro asunto el que quiero plantearte.

—¿Más vino?

—Sí, gracias. —Espero a que rellene las copas antes de proseguir—. En primer lugar, te abstendrás de invadir mi espacio... —Su sonrisa se ensancha y me doy cuenta de que no he

elegido las palabras más adecuadas y rectifico—De entrar en mi apartamento sin ser invitado.

—Vaaaale.

—Segundo: procurarás comportarte como un profesional durante los ensayos, nada de numeritos como el de hoy.

—Solo quería llamar tu atención —admite.

—Y supongo que Cuca ha tenido que hacerte la rosca hasta que has cedido.

—En realidad, no. —Y añade—: Bueno, sí, un poco. Yo también tengo alma de diva.

—Tercero: ocurrirá aquí, en mi dormitorio. No quiero sorpresas tales como amigos que se presentan sin avisar, cámaras ocultas...

—Ay, ay, ay, qué viciosilla. No me des ideas, Tati.

—Cuarto: no comentarás con nadie nuestro acuerdo.

—Como me digas que el quinto mandamiento es no cometerás actos impuros... —suelta echándose a reír.

—Es evidente que no ibas a catequesis —replico, porque, si la memoria no me falla, según los católicos el de los actos impuros es el sexto.

—Pues no.

—Y quinto: deja de llamarme Tati.

—Acepto las cuatro primeras normas; la última, no..., Tati.

—Algo es algo...

—¿Tengo permiso para cascármela pensando en ti?

Hacerle una peineta sería lo más conveniente y maleducado, por eso permanezco callada.

Cuando llega la hora de retirarnos, él recoge los platos y me deja boquiabierta (no por el hecho de ser ordenado) al despedirse con un beso en la mejilla y un «buenas noches» y se marcha a su apartamento.

* * *

«¿Dónde me he metido?», pienso una vez acostada en la cama. De fondo suena el *Nocturno número 3*, de Franz Liszt. He elegido esta pieza con la idea de relajarme y me he dado cuenta de que debería haber puesto una condición más: elegir yo la música para la noche de nuestro encuentro..., pues a saber qué propone el impresentable. Me inclinaría a decir que algo propio, una de esas canciones en las que su voz va al límite. Y es que, a pesar de que no tendría que importarme, como cantante me produce cierto desasosiego ver a alguien machacar de semejante forma sus cuerdas vocales.

Al margen de sus futuros problemas vocales, la cuestión es: ¿qué he hecho mal para que de repente toda mi vida se desmorone? Yo tenía una organización, unas rutinas, un marido, una carrera, dinero en el banco... y esta noche he «negociado» ser infiel.

¿Un giro de ciento ochenta grados? No, es mucho peor. Me he centrifugado, así, sin anestesia.

Y aún queda, si no lo peor, lo más inquietante: ¿qué será lo próximo?

Seguro que a estas alturas habrá quienes digan «Mira que es quejica esta mujer». Pues sí, lo soy y con razón, porque me he metido en un lío del que, además de no saber salir, cuando lo haga estaré aún más perdida. Y a mis treinta y ocho años, la verdad, no me apetece cambiar.

Pienso en lo bien que estaría yo ahora en mi casa de la sierra, aislada del mundanal ruido, levantándome por la mañana para contemplar el paisaje, realizar mis ejercicios vocales en la sala

de canto que diseñé para tal menester, ponerme unas botas cómodas, un cárdigan y, sin arreglarme, salir a caminar.

Ahora esa casa a la que tanto esfuerzo y tiempo dediqué se ha convertido en un plató de cine. Cuando me recupere económicamente, la redecoraré.

* * *

Me levanto por pura inercia. Ayer me quedé hasta tarde, pues hice un extenso ejercicio de lamentación. No sirve de nada, solo para perder el sueño.

Salgo del dormitorio, aún sin vestir, y me encuentro una sorpresa que, si bien no es desagradable, sí al menos cuestionable. Alguien se ha ocupado de prepararme el desayuno. Y no se ha limitado a una taza de café, bollería industrial y zumo de *brick*.

Sobre la encimera hay un bol de fruta de temporada con un aspecto increíble y una cafetera de cápsulas con una selección de las variedades más exquisitas. Levanto una tapa y aparece un plato de queso fresco cortado en triángulos y decorados con un corazón hecho con miel. También hay una jarra de zumo de pomelo y, para rematar, dos cruasanes de esos que no se encuentran más que en una panadería artesanal.

Muy a mi pesar, sonrío; alguien ha roto una de las normas.

Desde luego, esto ayuda a que mi ánimo mejore.

Es evidente que no voy a ingerir tal cantidad de comida, pero sí al menos a disfrutar probando un poquito de cada antes de arreglarme para ir al ensayo.

* * *

A pesar de la buena disposición del impresentable, hoy parece que nos ha mirado un tuerto porque nada sale como Cuca y el resto del equipo quieren.

Para empezar, el técnico de iluminación no consigue ajustar su programa a la instalación del teatro, y eso ha derivado en que estemos todos sentados en las butacas esperando a que lo sincronice todo.

El impresentable está a mi lado, con un vaso de café en la mano y cara de concentración mientras mira la pantalla de su móvil. No dejo de observarlo de reojo porque hoy se ha presentado particularmente llamativo (si eso es posible después de lo que viene siendo habitual). Lleva un pantalón verde menta con manchas negras, como si se hubiera derramado encima de la tela aceite de motor; una camiseta naranja con el estampado de una mano levantando el dedo corazón; deportivas negras (demasiado sencillas en comparación con el resto), y, para rematar, se ha dejado el pelo rubio suelto, el cual se aparta cada dos por tres con la mano, porque le molesta.

Y ahora os preguntaréis: «¿y su maquillaje?». Partiendo de la base de que al dejarse barba por exigencias del guion ya no destaca tanto, hoy se ha aplicado sombra de ojos naranja, *eyeliner* blanco y labial verde.

Como me aburro y él parece ignorarme, decido acercarme, pues no quiero que nadie pueda oír nuestra conversación.

—Aún no te he dado las gracias por lo de esta mañana —susurro, y él me mira extrañado.

—¿Esta mañana? —Frunce el entrecejo—. ¿Eras tú a la que le comía el coño?

Ahogo una exclamación y replico:

—Me refiero al desayuno.

—Yo también.

Salta a la vista que mejor me callo y espero a que Cuca nos dé instrucciones para volver al escenario.

Pero, como parece que esto va para largo, es inevitable que empiece a darle vueltas. ¿Ha estado con otra después de formalizar nuestro acuerdo? Hummm...

A ver, no firmamos un pacto de sangre ni prometimos fidelidad eterna; sin embargo, es cuando menos sorprendente que haya tardado apenas unas horas en llevarse a la cama a una mujer. Entonces, ¿el argumento de que mientras duran los ensayos, él no tiene acceso a su harén particular es una falacia?, ¿una excusa para convencerme?

—¿Te pasa algo, Tati? —me pregunta inclinándose hacia mí y adoptando una pose de buen rollo que dista bastante de la realidad.

—No, nada, ¿por qué lo preguntas? —trato de transmitir con desdén.

—Por nada, tranquila. —Y cuando creo que me va a dejar tranquila, prosigue—: A ver, no te habrás enfurruñado porque haya estado con otra, ¿verdad?

—¿Me ves cara de enfado? —inquiero, y hasta le sonrío.

—Compréndelo, es una amiga a la que no puedo decepcionar. Pero, tranquila, me reservo lo mejor para nuestra noche.

—Eso espero.

Por suerte la directora nos hace una señal para que volvamos al escenario.

Al tratarse de los protagonistas, tenemos que ser los primeros en pasar por la tortura de «Ponte aquí», «No, mejor un poco a la derecha», «No, espera, camina hasta el fondo», «Ay, lo siento, quería decir a la izquierda...» y cientos de indicaciones más mientras permanecemos de pie sobre las tablas aguantando el calor de los focos hasta que Cuca considera que la luz es idónea y el técnico lo registra en su programa.

Y vuelta a empezar con cada escena. A veces es alguien del reparto quien no está en su sitio; otra, que no se consigue el efecto deseado... Lo dicho, una tortura.

Y después habrá que reajustarlo todo de nuevo cuando no solo nos coloquemos en las marcas, sino que además interpretemos.

—Te noto tensa —dice el impresentable mientras estamos juntos, cogidos de la mano. Por cierto, lleva las uñas pintadas de amarillo, que no os lo había dicho y eso me da la excusa casi perfecta para pincharlo un poco.

—¿Yo? ¡Qué va! Solo cansada de esto —respondo, y cuando Cuca nos pide que nos movamos hasta el piano, le espeto—: Por cierto, tu amiguita ¿no podía haberte ayudado a arreglarte las uñas? Las llevas descascarilladas.

—Mi amiguita es analista de mercados y no tiene ni puta idea de estas cosas —responde sin mostrarse ofendido—. Pero gracias por recordármelo, llamaré a una colega que controla mogollón el tema estético y, además, hace unas mamadas cinco estrellas. —Trago saliva; ¿por qué abriré la boca?—. ¿Decías?

—Tatiana, Killian, dejad de hablar y atended un poco, por favor —nos regaña la directora, que resopla frustrada porque hoy va todo fatal.

—Encima nos llaman la atención —protesto entre dientes.

* * *

Consciente de que aún quedan varias sesiones más de ajustes técnicos que tensan y cabrean por

igual al equipo, me he marchado a un *spa* para recibir uno de esos masajes con piedras volcánicas y así aliviar la tensión.

Regreso al apartamento un poco más a gusto conmigo misma, pero, al abrirse las puertas del ascensor, ¿qué me encuentro?

No, no es una fiestecita del equipo con música machacona a todo volumen. Sentados en el sofá del amplio descansillo están The Dumpsters. Calvin, con la guitarra, rasgando las cuerdas; John, anotando lo que sea en un cuaderno, y el impresentable frunciendo el ceño.

—¡Tatiana! —exclama Calvin al verme, y con rapidez, y casi diría que admiración, deja la guitarra en su pie y se acerca hasta mí para demostrar una educación exquisita al cogerme la mano y besármela—. ¡Qué alegría verte!

—Lo mismo digo —respondo, y si bien va con un pantalón amarillo superajustado que no quiero saber cómo ha logrado meterse dentro, ocho cadenas colgadas alrededor de la cintura (el héroe de cualquier ferretería), una cresta multicolor, maquillaje negro siniestro y desnudo de cintura para arriba, debo decir que me agrada coincidir con él.

John también se acerca a saludarme, con más frialdad, y por último el impresentable, que me sonríe y se humedece los labios. ¿Es una insinuación?

—¿Te unes a nosotros? —me pregunta Calvin.

—No quiero interrumpir —me excuso con educación.

—Necesitamos a alguien con criterio mientras componemos —añade el guitarrista—. Este es un impresentable y un zángano porque ahora es una estrellita de los musicales —alega refiriéndose a quien yo no habría definido mejor—. Así que John y yo hemos decidido ponerle las pilas y que curre un poco.

—Sois un par de acosadores —refunfuña mi futuro amante.

—Tío, que se nos echa el tiempo encima —tercia John.

—¿Quieres escuchar lo que tenemos? —sugiere Calvin, y yo, de verdad, siento una predilección por este chico, así que asiento.

—Ella no tiene ni puta idea de rock —se queja el impresentable.

—De momento canta mejor que tú —replica el guitarrista mientras me guía hasta un lado del sofá para que me acomode.

Lo dicho, Calvin es un encanto.

Me preparo para escuchar algo que me sonará mal, que no me gustará, y para buscar unas palabras amables.

El impresentable, que me fulmina con la mirada —¿quizá celoso porque me llevo bien con su compañero?—, se pone en pie. John hace una señal y Calvin comienza a tocar.

Al acabar me doy cuenta de que no han cantado y entonces el impresentable admite:

—Vamos de culo con la letra.

—¿Podrías ayudarnos? —pregunta John, que empieza a mostrarse menos frío conmigo. Ah, por cierto, vistiendo hoy es el más discreto, pues lleva unos vaqueros rotos y una camiseta rosa chicle de una Barbie tuneada porque dudo que Mattel haya puesto en el mercado a su famosa muñeca con un atuendo estafalario.

—¿Qué queréis expresar con esta composición? —inquiero a pesar de que no sabría ayudarlos.

—Es una canción de desamor —responde Calvin; yo arquea una ceja—. Se titula... —contengo la respiración, sé que estos chicos eligiendo títulos son muy repetitivos y obscenos—... *Landfill love*.

Mi intuición no ha fallado.

—Y va sobre una relación tóxica.

—Pues llamadla *Toxic love* —propongo.

—Eso está muy visto, Tati.

—¿Y qué tenéis escrito hasta ahora?

John me pasa su cuaderno y leo...

Me has arruinado la vida, pequeña zorra insensible.

Ojalá recibas tu merecido en este mundo

y en el más allá.

Voy a enrollarme con tu mejor amiga.

Oh, sí, me voy a enrollar con tu mejor amiga,

pequeña zorra...

Le devuelvo el cuaderno a John y me llevo las manos a la cabeza.

—A ver cómo os lo cuento...

Como no pretendo desanimarlos, me pongo en pie y comienzo a cantar *Ah, chi mi dice mai*. Los tres, tras la sorpresa inicial, me observan callados.

—*Vo' farne orrendo scempio, gli vo' cavare il cor* —repite Calvin con un acento de lo más aceptable cuando finalizo el aria—. Joder, me gusta, es cañero.

—No hay como los clásicos —murmuro sonriéndole.

—Eres una puta diva —me halaga John.

—Dejad de darle coba, que luego se pone muy petarda —remata el impresentable, aunque no detecto tanto sarcasmo como suele ser habitual.

—Señores, por hoy me retiro —les indico con una pequeña reverencia un tanto denostada.

Calvin vuelve a besarme la mano.

—Señora Belmonte, me ha robado el corazón.

Nada más decirlo, recibe una colleja del impresentable.

—Me uno a la admiración de mi compañero —lo secunda John.

—Dejadla tranquila y vamos a lo nuestro, que sois un coñazo —protesta el de siempre.

Como si se tratara de mi público más fiel, me inclino en señal de agradecimiento y después camino hasta mi apartamento igual que si acabara una escena.

—Sois un par de pelotas —oigo decir al impresentable.

—Deberíamos convencerla para que cantase uno de nuestros temas —propone el guitarrista.

Y yo cierro con rapidez la puerta, no vaya a ser que semejante barbaridad se materialice y me vea obligada a cantar una canción de The Dumpsters... o, peor aún, hacer un dueto con el impresentable. ¿Me imagináis cantando uno de sus temas?

Capítulo 11

Una semana para el estreno.

Solo siete días.

Imaginad el estado de ansiedad, presión e incertidumbre en el que estamos sumidos todos..., desde los protagonistas hasta la señora de la limpieza, que aguanta cada día hasta que acabamos los ensayos y lo deja todo reluciente.

Se han ido sorteando diferentes contratiempos... A veces, lógicos, como los técnicos; otras no tanto, porque se debían a tensiones y diferencias creativas. Es decir, Cuca sugería algo y el escenógrafo le llevaba la contraria. Los egos chocando y la productora, calculadora en mano, mascullando que nos estamos saliendo del presupuesto.

Y el impresentable... ¿qué pensáis que ha hecho? Pues tomárselo todo a cachondeo. Ciertamente, no ha faltado un día al ensayo y ha sido puntual; sin embargo, ha aprovechado para lanzarme indirectas sobre la noche del «estreno».

Como ninguno de los presentes (confío en que siga siendo así) conoce nuestro acuerdo, nadie ha captado la segunda lectura. Por ejemplo, hace dos días, tras cantar juntos el primer tema de *Entre mis recuerdos*, la directora le indicó que le pusiera un poco más de enjundia al asunto, que lo veía un poco flojo, a lo que el impresentable respondió:

—Tranquila, me estoy reservando para la noche del «estreno», ahí verás todo mi potencial.

Yo aparté la mirada porque me puse colorada. ¿En serio, a mis años? Pues sí, noté las mejillas ardiendo. Eso era algo que me delataba, aunque fue peor el hormigueo que me recorrió de arriba abajo al oírlo. Pensé (ingenua de mí) que en menos de cinco minutos mi cuerpo volvería a su estado de letargo habitual..., pero no, me equivoqué y semejante excitación me duró toda la jornada. Hacía... (no sabría precisar el tiempo) que no me masturbaba y tuve que hacerlo para conciliar el sueño.

Maldije a mi todavía marido por dejarme sola, desatendida y encima arruinada.

También vi tontear al impresentable con una de las ayudantes de vestuario; ella lo tocó, a mi parecer, más de lo necesario y él se dejó querer. ¿Lo hizo para provocarme o para asegurarse un lígüe esa noche?

El caso es que no debería haberme importado, pero mi lado curioso hizo que me acercara a la puerta de su apartamento por si se oía algo. Más allá de la cuestionable música, no percibí que tuviera compañía. Como tampoco ha hecho fiestecitas en la sala común para molestarme, deduzco que quizá sí se está reservando para la noche del estreno.

* * *

—¡A ver, chicos! —nos llama Cuca tras un descanso para reponer fuerzas—. Vamos a la escena de la despedida, ¿de acuerdo? Killian, ¿serías tan amable de coger de las manos a Tatiana y mirarla a los ojos? Estáis profundamente enamorados, vais a despediros pensando que os

reencontraréis en breve. Solo tú sabes la verdad, que ella tiene todos los números para triunfar y tú, ninguno, y finges. De esa forma Pastora alcanzará su sueño, a costa de tu renuncia.

—Me sé el argumento de memoria, gracias —masculla él adoptando la postura indicada.

Parece otro... con la barba rubia, el pelo recogido y su maquillaje algo más discreto..., si se puede llamar discreto a unos párpados con sombra de ojos amarilla y un labial azul. Como vestimenta: vaqueros hechos jirones (no sé cómo se le sujetan a la cintura) y camiseta de manga larga con el logo de The Dumpsters. No lo culpo por esta maniobra de marketing.

—¿En serio te estás reservando para el estreno? —le pregunto en voz baja mientras el técnico de iluminación hace unos ajustes.

—Tengo la nevera a tope de Red Bull —responde.

—¡Música! —grita Cuca, lo que me impide replicar.

A pesar de mis reticencias iniciales, me he ido implicando en este proyecto no solo a nivel profesional, sino también personal (os recuerdo mi trato con el impresentable). Por eso en los ensayos me estoy esforzando y ya no canto solo con la intención de cumplir, sino que pretendo impresionar. He tenido que adecuar mi voz a la suya, para no eclipsarlo, aunque he de reconocer que el tono del impresentable (cuando no gruñe o grita) es muy bueno, melódico. Lástima que lo desaproveche berreando con The Dumpsters.

—¡Fantástico!

—¡Sublime!

Miro al patio de butacas al oír no solo estos halagos, sino unos entusiastas aplausos. Y sonrío. Calvin y John han estado medio ocultos escuchando.

—Gracias —susurro, y les hago una reverencia desde el escenario y ellos me silban, pasando de los educados piropos a otros más vulgares, pero que me gustan igualmente.

—Pandilla de pelotas —refunfuña el impresentable a mi lado.

—¡Eres la mejor! —añade Calvin.

—¡No hay otra como tú!

—Callad la puta boca —les ordena el roquero.

—¡Aprende a cantar, Killian! —exclama Calvin riéndose.

—¡No quiero interrupciones! —grita la directora al ver que esto de sale de madre.

—Llama a seguridad y que los echen —propone el coprotagonista de *Entre mis recuerdos*.

—¡No! —intervengo yo y miro a mis admiradores—. ¿Verdad que os vais a portar bien?

—¡Claro que sí, señora Belmonte! —corean ambos, tras lo cual yo miro al impresentable con el ego disparado.

Con un nuevo gruñido de protesta por su parte y una amplia sonrisa por la mía, retomamos el ensayo.

* * *

—Ya tenemos cita para la reunión con Eladio.

—Preferiría que no me dieras malas noticias a la hora de la cena, sabes que después me cuesta dormir —rezongo tras esas palabras de mi agente.

—Tus abogados barajan dos opciones —prosigue Diego sin respetar mis deseos—. La primera, quitarnos este asunto de encima cuanto antes, pagar y que tú recuperes la libertad. La segunda...

—Miedo me da saberlo.

—Iniciar un caro y lento proceso de tira y afloja en el que ambos saldréis perjudicados.

—¿Quién de los dos saldrá peor?

—En teoría, él. Tú tienes ingresos de tus derechos de imagen y reproducción. Por otro lado, ahora estás cobrando un sueldo que, si bien no es el de otras producciones, sí resulta bastante generoso, además de ahorrar los gastos de vivienda, pues te los proporciona la productora.

—Entonces elijo el caro y lento proceso —afirmo.

Diego arquea una ceja.

—No tenía conocimiento de ese lado tuyo tan vengativo —murmura.

—Ya ves, estoy harta de ser idiota y comprensiva.

—Te entiendo, pero ¿estás segura? Esto te pasará factura, no solo económica, sino emocional.

—Lo sé —admito con un suspiro de resignación.

—Pues nada, daré instrucciones a tus abogados. Se las ingeniarán para marear la perdiz, retrasar cualquier encuentro que proponga Eladio de tipo amistoso y, hasta que un juez emita una orden, nos haremos los suecos.

¿Conoce alguien algún matrimonio que rompa de manera amistosa? Si es así, por favor, que me lo explique. Parto de la base de que nunca imaginé verme en esta situación. Cuando me casé con Eladio, además de confiar en él de manera incondicional, pensé que lo nuestro sería para siempre. Sí, reíros, pero ¿alguna novia dice «sí, quiero» delante de los invitados creyendo que en cinco años todo se irá al traste? Criticadme por ser ingenua, por creer en el cuento de hadas y por no hacer caso a Diego cuando me advirtió sobre mi futuro esposo. Ninguna novia quiere escuchar nada malo de su novio, y menos cuando en mi caso todo indicaba que Eladio era el hombre perfecto. Durante nuestro noviazgo nunca me falló ni me dio muestras de cualquier cosa que levantara mis sospechas. Cierto es que se enfadaba porque no le salían los contratos y actuaciones a los que aspiraba y que a veces se veía abocado a quedarse en casa, lo que agriaba su estado de ánimo. Ahora bien, yo lo comprendía, pues, de haberme visto en esa misma situación, quizá mi comportamiento habría sido muy similar.

Diego chasquea los dedos delante de mí para llamar mi atención.

—Cuéntame algo de *Entre mis recuerdos* —me pide. Y hago una mueca—. ¿Cómo te va?

—Me ofende pensar que, como mi representante, no hayas obtenido información por tu cuenta. —Mi réplica le hace reír.

—Me han llegado muchas alabanzas sobre tu actuación. Has ido de menos a más.

Tuerzo el gesto.

—Admito que no he estado al cien por cien. —Delante de mi agente es una bobada disimular.

—¿Te llevas mejor con Killian?

—Depende del día —miento.

—Una pena, todos afirman que vuestra conexión en el escenario es brutal.

—Eso dicen —comento con desdén—. Aunque me gustaría volver a interpretar algo más acorde con mis aptitudes.

—De momento siguen sin presentarme nada apropiado.

No tengo por qué desconfiar de Diego, ha llevado mi carrera de manera impecable; sin embargo, me extraña mucho que ninguna compañía lírica me haya solicitado.

—Solo por curiosidad, ¿qué hay sobre la mesa?

—Un par de recitales que obviamente no puedes dar porque estarás inmersa en las representaciones de la ópera rock y participar como artista... —se detiene para aclararse la garganta— invitada en una gala de...

—¡Ni se te ocurra pronunciar su nombre! —Sé a quién se refiere.

No es otra que mi rival en los escenarios líricos, una mezzosoprano con la que he tenido demasiados rifirrafes. Ella me dobla la edad y cuando yo comenzaba, me puso a caer de un burro con palabras muy ofensivas. Si solo las hubiera dicho en privado..., pero no, cuando la prensa especializada le preguntó por mí, habló con una maldad y desdén inusitados... «Es el quiero y no puedo de las mezzosopranos. Aunque practique más horas que nadie, la señorita Belmonte siempre será una jornalera de los teatros. No tiene aptitudes para destacar.»

Y aquella fue la primera de las declaraciones en las que se despachó a gusto. Su carrera, ya consolidada, siguió adelante y la mía fue en ascenso, desmontando sus predicciones, algo que ciertos periodistas le recordaron y que la enfadó.

Sin embargo, como para ella lo importante es seguir en el candelero operístico, de vez en cuando monta conciertos en los que invita a otros cantantes líricos, se graba el disco, ella recauda más que nadie y todos pillan su tajada.

—¿Segura? Me han dicho que está de capa caída y que de algún modo pretende compensarte por sus declaraciones del pasado.

—No y cien veces no.

—¿Ni siquiera por un succulento contrato?

Lo pienso durante cinco segundos.

—No. Que se joda —afirmo. Diego parpadea; por norma general evito maldecir.

—Está bien, pues entonces a cantar con Killian y a triunfar.

—¿Crees que al público le gustará *Entre mis recuerdos*? —inquiero con cautela; yo no lo tengo nada claro. Es un giro tan radical en mi carrera que los espectadores, tan reacios a los cambios, me pueden crucificar.

—Más vale que así sea. Nos jugamos mucho.

—Fama y dinero, lo sé —le recuerdo.

Diego estira la mano por encima de la mesa hasta agarrar la mía y darme un apretón reconfortante.

—Tatiana, eres una cantante cojonuda —asevera sin titubear—. Los dejarás a todos con la boca abierta. He visto algunos ensayos; cantas de puta madre y eso nadie lo pasará por alto.

—¿Qué vas a decir tú? ¡Eres mi representante!

—Y tu amigo, no lo olvides —sentencia, y, sí, debo admitir que sin Diego estaría perdida en este momento, como en otros de mi vida.

Me despido de él, que me ha acompañado hasta el edificio de apartamentos donde resido, y subo con ganas de... no sé muy bien de qué. Para empezar, tras el día que he tenido sobre el escenario lo más lógico sería descansar cuerpo y mente; sin embargo, y he aquí la confusión, me apetece algo de diversión.

Vale, me habéis pillado, siento irrefrenables deseos sexuales. Ya está, ya lo he admitido. Y lo más desquiciante es que me gustaría que se ocupara el impresentable. ¿Por qué, maldita sea? ¿Por qué?

Cuando salgo del ascensor me encuentro una escena que me hace fruncir el ceño y taparme la nariz. Huele raro. Hay envases de comida medio vacíos sobre la mesita. Dos tipos, con pintas estafalarias, están sentados en el suelo, adormecidos escuchando música clásica, el *Concierto para violonchelo* de Schumann, uno junto al otro y cogidos de la mano.

—¡Tatiana! —exclama Calvin al verme mientras se incorpora—. ¿Qué haces aquí?

—Vive ahí, idiota —dice John señalando la puerta de mi apartamento.

—Cierto. Por eso la pregunta sería: ¿qué hacéis vosotros aquí y por qué huele raro?

John desvía la mirada, Calvin se aclara la garganta.

—A ver, estábamos en casa de Killian, ya sabes, divirtiéndonos con nuestras tonterías, pero se ha presentado su novia.

—No es su novia, él hace ya tiempo que la mandó a la mierda —interrumpe John—. Y menos mal, porque le arruinó la vida.

¿Me interesa conocer los detalles?

—Bueno, lo que sea. Y, claro, ella nos ha echado...

—Es una bruja de cuidado, se divierte malmetiendo entre nosotros...

—¿Una Yoko Ono?

Ambos asienten.

—Aunque yo no la tocaría ni con un palo —puntualiza John con cara de asco.

—¡Ni yo! —se apresura a añadir Calvin—. El caso es que le ha comido el tarro y ahora están ahí, solos. Seguro que ha venido a sacarle pasta o a chantajearlo.

—Siempre que puede utilizar el mismo asunto y, por supuesto, el imbécil de Killian se cae con todo el equipo —explica John, aunque no me queda claro a qué se refiere.

Obtener esta información me decepciona un poco. Una cosa es saber de forma genérica que el impresentable tiene sus aventuras y otra muy distinta es comprobarlo de primera mano.

Y, puestas a especular, ¿con qué lo chantajea?

—Oye, ¿por qué no te quedas un rato con nosotros? —propone Calvin.

—Vengo cansada...

Aunque, por otro lado, estos dos disponen de información privilegiada.

—Por favor... —insiste John al tiempo que se pone a recoger la mesa como un buen chico.

—Solo un ratito, ¿vale?

—¡Genial!

—Pero con una condición: que me contéis por qué huele tan raro...

Capítulo 12

—Tienes mala cara —murmura el impresentable a mi lado mientras tomo un café.

Hemos hecho una pausa para almorzar durante el ensayo y él, fresco como una rosa, con un artístico moño en la cabeza y pantalones de cuero rojo, está sentado a mi lado.

Mejor no respondo, hacerlo significaría reconocer delante de él que, para empezar, me comporté como una chismosa incorregible al intentar sonsacar a sus compañeros de grupo detalles sobre su vida privada. Ciertamente que tanto Calvin como John mostraron cierta predisposición a ser locuaces; sin embargo, me dio la sensación de que callaron muchas cosas. Y he estado dándole vueltas a lo que ellos llaman «chantaje». ¿Qué puede tener esa tal Fiona para que el impresentable le preste atención?

Intenté averiguar algo empleando el viejo método infalible de las porteras de antaño, que es formular una pregunta errónea sabiendo de antemano la respuesta y que el interlocutor, por inercia, corregirá de inmediato. Un ejemplo: si la portera quería descubrir tu estado civil, te preguntaba: «¿Qué tal tu marido?» y, como una tonta, respondías: «Solo somos novios».

De ese modo tan sutil a la par que sencillo, obtenía la información. El mismo truco que utilizan videntes, adivinos y echadores de cartas.

Lo que sí averigüé fue por qué olía raro en el descansillo.

De ahí mi dolor de cabeza y mala cara. ¿Os hacen falta más datos para saber el motivo?

—Tati, ya sé que tienes una edad, pero cuídate, ¿vale?

—Muy gracioso —refunfuño.

—Por cierto, ¿te dieron mucho la chapa Calvin y John?

Pregunta trampa donde las haya.

—Hummm..., no. ¿Por qué?

—Cuando se fuman un canuto son muy plastas y desvarían.

Entorno los ojos: la que se puso pesada fui yo, pues tras hablar de la ex del impresentable, me comporté como una llorica. No fumé, aunque supongo que el humo me hizo efecto. Ellos fueron muy pacientes conmigo, me escucharon y, cuando ya se hizo tarde, me acompañaron a la cama. Como dos buenos amigos.

Ahora estoy en deuda con ellos.

—Los voy a echar a patadas —añade el impresentable—. Están por aquí, aburridos, dando el coñazo.

—Me dijeron que llevan retraso con los temas del próximo disco.

—¡Qué exagerados son!

—Yo diría que más bien son responsables —le contradigo.

Él hace una pedorreta.

—Calvin es un aprensivo y John, un paranoico.

—Yo les he cogido cariño —admito mientras me froto las sienes.

—Algo ocurrió anoche... —dice dejando implícito que sabe más de la cuenta.

—No digas bobadas, solo charlamos un rato.

—Ya.

Cuca aparece y me libro de seguir hablando con él. El impresentable se incorpora y me dedica una sonrisa torcida. Si bien la conversación no me estaba gustando, él ha estado menos chinche de lo habitual. Supongo que anoche tuvo sus más y sus menos con esa ex. Según sus compañeros, la mujer es especialista en malmeter. De hecho, los Dumpsters estuvieron a punto de la ruptura hace tres años cuando el impresentable comenzó a salir con ella de nuevo, pues ya habían sido pareja antes... más de una vez. Intentó convencerlo para que probase en solitario y, claro, surgieron las desavenencias y las desconfianzas. Discutieron, cancelaron conciertos y se creó tan mal rollo que estuvieron seis meses sin dirigirse la palabra.

Y por si los problemas no fueron lo suficientemente serios, además la tiparraca (palabras textuales de John) lo dejó hecho polvo, pues, al no salirse con la suya respecto a separar el grupo, lo chantajeó emocionalmente.

Que conste: yo no me imagino al impresentable afectado por una mujer. Es la viva imagen del desapego. Pero si la opinión de sus compañeros es fiable, esa chica le afectó de veras y le costó una barbaridad dejarla porque al final vio que se estaba aprovechando de él. Por eso anoche tanto Calvin como John estaban allí, vigilando por si de nuevo al impresentable se le ocurría volver con ella.

Mientras estuvimos sentados, amodorrados por el humo, ellos especularon sobre si acabarían en la cama o no. (Bueno, las palabras de Calvin fueron «Como se la folle, se la corto».)

Yo, agotada y depre (no tenía por qué, pues si el impresentable estaba con una ex no debería importarme), me acosté y ellos volvieron a su puesto de control.

—¡Tati! —grita el de siempre—. ¡Vamos, coño!

Resoplo (con elegancia) y me dirijo al escenario, hoy estoy descolocada. Ya veremos cómo resulta todo.

* * *

—¿Estás bien, Tatiana? —me pregunta Cuca con preocupación porque me he confundido ya dos veces en cuarenta minutos.

—Sí, tranquila, solo ha sido un despiste —me disculpo.

—Anoche se fue de fiesta con sus admiradores —canturrea cual niño repelente el impresentable dejándome en evidencia.

El equipo me mira y pone cara de «¿seguro?, ¿tiene admiradores?, ¿esta se va de fiesta?». Incluso se oye algún que otro bufido.

—Solo he pasado mala noche —farfullo entre dientes.

—Vamos al principio, por favor —ordena la directora.

Estamos ensayando la escena final, en la que Manu y Pastora, tras el emocionante reencuentro, salen juntos del local donde él trabaja. Van de la mano y pasean por la calle, aunque hace un frío que pela, hay nubes de tormenta y lo más seguro es que acaben hechos un asco. Pero los creadores de *Entre mis recuerdos* quieren hacer un guiño a la mítica escena de *Cantando bajo la lluvia* y para los enamorados todo es fantástico. Llevaremos ropa de abrigo que a medida que avance la canción iremos dejando caer. Una especie de *striptease* para todos los públicos.

El problema es que hoy ando justita de ánimo y se nota. Mucha felicidad no transmito, la verdad.

—Tati, joder, qué poca gracia —susurra el impresentable a mi lado, porque seguimos cogidos de la mano.

—Cállate.

—Creo que ya sé lo que te pasa —añade con tono chinche—. Estás falta de un buen revolcón.

—Sí, será eso —mascullo.

—Aguanta, Tati, que ya queda poco para nuestra gran noche —afirma en voz alta.

Yo me sonrojo, espero que nadie capte el doble sentido de la frase.

Cuca se acerca para darnos más instrucciones. La escucho con la esperanza de hacerlo bien y acabar cuanto antes. El impresentable me mantiene sujeta de la mano, algo extraño. No me molesta tanto como al principio. Ahora bien, no deja de ser curioso porque yo no soy muy proclive a las demostraciones de afecto en público. De hecho, cuando Eladio y yo acudíamos a algún evento, rara vez nos tocábamos más de lo imprescindible. Y ahora, exceptuando cuando lo exige el guion, el impresentable me mantiene sujeta y no me incomoda pese a que de reojo veo sus uñas pintadas de rojo con motitas negras.

—Entiendo la presión, Tatiana, en serio —comenta Cuca con aire comprensivo—. Estamos a una semana del estreno. Hay que darlo todo.

Siempre he odiado las frases motivadoras.

—Venga, Tati, que esto para ti es pan comido.

No gruño porque queda feo.

Así que me concentro, me sumerjo en el papel de Pastora y me esfuerzo para que Cuca dé por bueno el ensayo. Tras la canción, él me tiene que besar y quizá ese aspecto me descoloca un poco (bastante). Por eso, cuando cesa la música yo... me aparto.

—¿Me has hecho la cobra? —pregunta el impresentable en voz baja con cierto aire guasón.

—¿Qué pasa ahora? —interviene la directora controlando su enfado para que no se pierda el buen rollo.

—Nada, un pequeño lapsus —me disculpo. Hasta yo me doy cuenta de lo poco creíble que ha sonado.

—Esto es el final —me explica ella; el impresentable aprieta mi mano—. Tiene que ser emocionante, lacrimógeno, erótico... El espectador tiene que llorar y reír de gusto.

Estoy a punto de decirle: «¡Yo también voy a llorar!, pero de frustración».

—Entendido —murmuro.

—Hay que poner al público en pie, que salga extasiado, con ganas de contarle a sus amistades, en redes o donde sea que *Entre mis recuerdos* ¡es la hostia! —prosigue Cuca.

—Entonces, la beso con lengua, ¿verdad? —pregunta el impresentable—. Por lo de extasiarse y eso.

—Tiene que ser un beso de película —puntualiza Cuca—. Tenéis que transmitir intensidad y aguantar abrazados mientras el público aplaude y os vitorea.

—Definitivamente, con lengua —sentencia él. Acto seguido me aprieta la mano porque intuye que estoy a punto de escaparme.

Retomamos el ensayo. La parte técnica la llevo mejor. No desafino, llevo bien el ritmo. Mi voz y la del impresentable se acoplan y cuando llega el momento del beso final...

—¡Tatiana! —grita Cuca desesperada al ver que me aparto—. ¿Qué pasa ahora?

—Que no se ha lavado los dientes —suelta él socarrón. Yo lo fulmino con la mirada antes de frotarme las sienes.

—Necesito un respiro —exijo, y, cómo no, el equipo muestra su desagrado. Si no soy muy

popular, con esto menos aún.

—Vamos mal de tiempo —alega Cuca.

—Yo también necesito un descanso —tercia el impresentable—. Ahora volvemos.

Me agarra de la mano y me saca del escenario con determinación. No me caigo de bruces al bajar por las estrechas escaleras que van al patio de butacas porque él va delante haciendo de parapeto. Camino a trompicones por el pasillo lateral y él se mete por la primera puerta que ve..., que, casualmente, da a unas escaleras por las que subimos hasta llegar a uno de los palcos. Apenas se ve ya que el único punto iluminado es la luz de emergencia.

—¿Qué carajo te pasa? —me increpa mientras echa las cortinas para que nadie nos vea desde el escenario.

—Nada. Solo estoy cansada.

—Tati, no me mientas...

No estoy acostumbrada a que me hable en plan adulto responsable.

—Vete a paseo. Y déjame salir de aquí.

—¿Es por lo de anoche?

—¡¿Qué?!

—Esos dos cotillas te contaron que estaba con mi ex y ahora estás celosona, ¿verdad?

—No digas bobadas —replico exagerando el desdén.

—Darte explicaciones sobre qué hice y qué no hice anoche está de más, así que vamos a lo importante.

—Tampoco te las he pedido.

El impresentable sonrío de una forma que me pone los pelos de punta, y no por miedo precisamente. Estamos casi a oscuras, hablando en voz baja para que nadie ponga la oreja y se entere de lo que no debe.

Al encontrarnos en un espacio tan reducido y en el que con toda probabilidad ha ocurrido de todo, siento una especie de nervioso hormigueo al imaginarme las escenas picantes que estas paredes han albergado.

Y si encima un roquero va acortando distancias hasta acorralarme contra la pared...

—Vamos a ensayar tú y yo, sin testigos —propone. A continuación coloca sus manos por encima de mi cabeza, dejándome atrapada.

—¿Perdón?

Está demasiado cerca, no recuerdo haberlo tenido tan cerca nunca. Ni siquiera durante los ensayos, y mira que hemos pasado tiempo juntos.

El impresentable inclina la cabeza y siento su respiración junto a mi oreja.

—Tati... —musita antes de morderme el lóbulo.

Se me escapa un gemido y, a pesar de que tocarlo es un error garrafal, lo hago. Hoy, como lleva una camisa arrugada y desabrochada, poso una mano sobre su pecho.

Él desliza sus labios por la piel de mi cuello y yo, maldita sea, estoy tan necesitada que con algo tan simple me deshago. Y él se da cuenta de todo, aunque, en vez de burlarse como yo esperaba, se limita a besarme despacio, dándome tiempo a que me vaya acostumbrando. Y, para mi sorpresa, soy yo quien se vuelve más agresiva, impaciente. Tanto que le agarro la camisa y la retuerzo bajo mis puños a medida que me excito.

Me dejo llevar; es una estupidez negar que, por la razón más inexplicable del mundo, el impresentable me excita. Seguro que algún psicólogo se pondría las botas analizando la

situación. Quizá me diría que hace demasiado que nadie me besa, que nadie muestra un cierto interés por mí, de ahí mi reacción.

¿Importa?

—Tati... —gruñe, y abandona su actitud calmada para tomar el control.

Las mismas manos que había colocado en la pared, por encima de mi cabeza, ahora me agarran del culo. Me lo estrujan y no solo eso, sino que además me acercan a su entrepierna.

La razón me dicta que he de parar ya, en el acto. Continuar excitándome de esta manera no es sensato. Pero... es tan bueno...

Él no aparta ni las manos ni sus labios de mí. Tan pronto está devorándome la boca como mordisqueándome el cuello.

Vuelvo a gemir porque sí, porque estoy excitada y porque deseo esto. No, deseo mucho más. Y el impresentable puede proporcionármelo. Aquí y ahora.

Y al cuerno con todo.

—Joder... —masculla, y se aparta.

Se pasa las manos por el pelo, ese que aún no he podido tener entre mis dedos.

Trago saliva. Detecto que su mirada, pese a la oscuridad, no denota amabilidad. Y me preparo para una de sus lindezas.

—Será mejor que volvamos —dice y mantengo el tipo aunque no esperara esta repentina frialdad—. Con este ensayo privado, yo creo que estamos listos para actuar.

—De acuerdo —consigo pronunciar e imprimo a mis palabras un tono neutro, como si no me afectara nada de lo que ha ocurrido en este palco.

Regresamos al escenario, ahora sin prisas. Cuca nos mira disimulando su malestar por haberlo dejado todo plantado y el resto del equipo me hace saber, con sus expresiones, lo mala compañera que soy. En cambio, a él, nada, ni una mirada de reproche.

—¿Todo bien? —pregunta la directora.

Yo asiento y el impresentable dice:

—Pon la música, ya verás qué pasada.

Muy bien, quiere jugar a ser un profesional. Perfecto. Nada que objetar. Allá vamos...

Interpreto la letra alzando el tono más de lo indicado, y eso hace que él tenga que forzar su voz. Y me deja perpleja porque no desafina, no me pide que pare. Canta su parte, se mueve sin salirse de las marcas señaladas. Y cuando llega el gran final, ese que Cuca quiere que sea apoteósico, seguimos la coreografía: él me sujeta de la cintura, yo le rodeo el cuello con los brazos. Estamos en un lateral del escenario junto a una farola. Las notas se van desvaneciendo, las luces atenuándose y los efectos de sonido, que imitan una tormenta en ciernes, crean el ambiente idóneo.

Él repite una de las frases de la canción a capela:

—Solo me ilumina una estrella...

—Y esa eres tú —finalizo yo antes del beso de película.

Cuando nos separamos, evito mirarlo y por eso me fijo en la directora. A ver si, con un poco de suerte, le parece bien y nos deja en paz.

De repente, sin saber por qué, todos empiezan a aplaudir. Y no de manera educada, sino con un entusiasmo que me descoloca.

—¡Tatiana, Killian! —exclama Cuca acercándose hasta nosotros—. Esto es justo lo que os he pedido. Me habéis dejado... sin palabras.

Fuerzo una sonrisa. Sus halagos no surten efecto. Me disculpo de manera tonta y apresurada.

Y por fortuna nadie intenta convencerme para que me quede.

Capítulo 13

Odio las ruedas de prensa.

Hay que sonreír, posar, aguantar preguntas estúpidas...

Sin embargo, es una tortura necesaria porque hoy en día no basta con un buen espectáculo; hay que venderlo, promocionarlo, conseguir que los medios de comunicación, las redes sociales y los *influencers* (odio ese término) nos mencionen sin parar y así crear expectación para llenar el teatro.

Y aquí estoy, vestida para la ocasión, dos días antes del estreno. Llevo un vestido azul marino, de corte recto, manga francesa y una ligera abertura en el costado. Discreción y elegancia. A mi lado, el impresentable, sonriendo, posando y encandilando a los periodistas aquí reunidos con un traje a priori aceptable. Tres piezas, gris oscuro, hasta ahí todo normal; lo cuestionable es que en la espalda de la chaqueta lleva una especie de parche cosido que representa una de las posturas del *Kamasutra* (no me preguntéis cuál). Para llamar más la atención, en vez de unos sobrios zapatos de cordones, ha elegido unas botas de suela gruesa en color verde metalizado. Se ha hecho su moño habitual y como maquillaje ha elegido tonos anaranjados y verdes.

Ah, y, por supuesto, nada de camisa. Hay tres *influencers* babeando y lo más probable es que al final de la presentación consigan algo de él.

Miro de reojo a Diego, quien, infiltrado entre el público, está atento a los comentarios de los presentes, que me transmitirá luego. Si estoy aquí es por él, así que espero que se quede conmigo todo el tiempo y no se limite a trabajar, quiero un amigo en el que apoyarme.

Pensaréis: «¿Y el impresentable?». Pues parece que ha nacido para coquetear con los periodistas, porque les responde lo que le da la gana, sonríe, hace chistes, posa de forma estrambótica y todos se ríen. En fin, creo que de nuevo me ha tocado ser la mala de la película.

—Tatiana, ¿cómo es trabajar con alguien como Killian? —me pregunta un periodista que conozco bien; es un manipulador de cuidado y siempre busca la polémica. El problema es que tiene mucha audiencia; de no ser así, lo mandaría a paseo.

Sonrío antes de responder.

—Una experiencia interesante.

El aludido arquea una ceja ante mis palabras, correctas y poco más.

—Lo pregunto por su carácter tan abierto, gamberro y divertido —añade el periodista en busca de conflicto.

—De ahí que haya sido interesante.

—Pero él tuvo que pasar varios *castings* antes de conseguir el papel; en cambio, usted... fue elegida a dedo.

—Mi trayectoria profesional habla por sí misma —alego manteniendo una sonrisa que se va a ir desvaneciendo.

—No lo dudo, Tatiana; sin embargo, usted nunca había participado antes en una ópera rock.

—Tati puede con esto y con lo que quiera —asevera el impresentable a mi lado; si lo que

pretendía era echarme un cable, me da la sensación de que ha conseguido el efecto contrario, porque llamarme «Tati» delante de tanta gente me hace quedar fatal.

—¿Tati? —repite el periodista con deje burlesco.

—Nos hemos cogido mucho cariño —añade el roquero rodeándome la cintura con un brazo.

Yo disimulo y no me aparto de forma brusca. Nada de dar munición a un tipo que lo tergiversará todo para crear polémica.

—¿También fuera del escenario?

—¡Por supuesto! —exclama él.

Me quiero morir.

—Ah, ¿sí?

—Tati es una más del equipo. Parece seria, pero es una cachonda de cuidado.

¿Por qué, Dios mío, por qué me hace esto?

En más de una ocasión han salido publicados comentarios (maliciosos) sobre mi forma de ser y sobre cómo me relaciono con los compañeros de trabajo, mis exigencias o mis mal llamados caprichos. De ahí que el periodista adopte una expresión de escepticismo.

—Killian tiene toda la razón —tercia Cuca acercándose hasta nosotros porque intuye que todo se puede complicar—. Nos ha dejado con la boca abierta. —Me coge de la mano y me da un fuerte apretón en señal de apoyo—. Los espectadores van a alucinar cuando la vean en otro registro.

Por suerte las palabras de la directora hacen que el periodista no haga más preguntas trampa. Yo sigo atendiendo a los medios, posando en el *photocall* (sola o acompañada) y esbozando sonrisas que no siento.

Me plantean cuestiones ridículas y contesto con frases ensayadas que valen para todo. A veces me pregunto si los medios de comunicación envían a los más lerdos o es que no hay nadie con tablas para ocuparse del asunto.

Mientras hablo con una *influencer* que se hace pasar por reportera y que me ha preguntado cuál es mi canción favorita —no pongo los ojos en blanco para evitar que me fotografíen y después se burlen de mí—, busco con la mirada un rostro amable, alguien con quien hablar y que no me plantee estupideces. Diviso a Calvin y, en cuanto me es posible, a su lado que voy.

—Buenas noches, querida señora Belmonte —murmura él, y me besa en la mano.

—Oh, Calvin, eres un amor —respondo agradecida.

El chico lleva un traje rojo que le sienta de maravilla. Si hace unos meses alguien me hubiera dicho que me sentiría cómoda con gente que viste de manera tan extravagante, las risas habrían sido la primera reacción. Y ahora, rodeada de roqueros estrambóticos, aprecio su gusto por la moda.

—¿Cómo va todo?

Sé que con él puedo ser sincera.

—No veo el momento de acabar.

—Lo sé, yo también lo paso de culo con estas mierdas —admite, y señala al impresentable—. Solo Killian se divierte con estas cosas.

—Eso parece... —musito mientras miro cómo se camela a los reporteros e *influencers*.

—El problema es que toda esta basura es necesaria —afirma. Yo asiento, pues tiene razón.

—Y John ¿ha venido?

—No, se ha escaqueado, el muy cabrón.

Calvin me acompaña y hace comentarios chistosos sobre la gente, se ocupa de traerme algo de

beber y se comporta como un verdadero amigo. Yo, de verdad, le agradezco muchísimo su compañía.

—Me acaban de hacer una propuesta muy atractiva —dice Diego tras unirse a nosotros.

—¿Un contrato? —pregunto esperanzada.

—No, algo mucho mejor. Lo he hablado con Killian y está de acuerdo.

—¿Perdón?

—Os ofrecen un reportaje fotográfico, juntos.

—¿A que es una idea cojonuda? —interrumpe el impresentable.

—No estoy segura...

—Anímate Tati, seguro que nos hacen fotos de esas chulas, medio desnudos, con poses sensuales...

Inspiro hondo.

—Me niego a posar para algo tan chabacano —sentencio.

Diego tuerce el gesto antes de puntualizar:

—No será chabacano, sino elegante, sofisticado...

—¡Pues claro que sí! —interviene el roquero con un entusiasmo que me irrita—. Nos untarán de aceite, nos maquillarán, nos pondrán guapos...

—Killian, tú ni con el mejor estilista serás guapo —se burla Calvin. Yo esbozo una media sonrisa.

—Cállate, gilipollas. Tú aquí no pintas nada.

—Tatiana, es una oportunidad única —alega mi representante convencido antes de mostrarme en su teléfono fotos de otros artistas que han posado para la misma publicación—. Garantizan profesionalidad.

Observo las fotos y, sí, se aprecia elegancia y también sensualidad. Nada chabacano. Ahora bien, tendría que posar ligera de ropa y con él cerca, demasiado cerca.

—¿Y para cuándo sería?

—La idea es ya, porque el estreno de la obra es inminente y así animaría al público a acudir a verla —responde Diego.

—Venga, Tati...

—Me lo pensaré —suelto evitando comprometerme.

—No hay tiempo, hay que decidirse ya —me apremia mi representante.

—Dejadla en paz, no la presionéis —me defiende Calvin.

—Gracias —le digo agarrándome a su brazo como si fuera mi tabla de salvación.

—Tati, ¿tienes miedo de posar en bolas conmigo? —me provoca el de siempre.

Entorno los ojos. Por lo visto se acabó la frágil tregua que hemos mantenido hasta que llegue el momento de cumplir nuestro surrealista pacto.

—Escucha, Tatiana, no se trata de posar en bolas —indica Diego negando con la cabeza ante la provocación del impresentable—, se trata de atraer público y dar una imagen moderna.

—Demasiadas moderneces —rezongo.

Por suerte otros invitados que pululan a nuestro alrededor impiden que sigamos discutiendo el tema porque, además de comer y beber gratis a cuenta de la organización, pueden escuchar lo que no deben y publicarlo. Así que volvemos a sonreír, posar, hablar de estupideces y aguantar tonterías.

La mayoría de los fotógrafos quieren que el impresentable y yo posemos solos y en actitud cariñosa, como si estuviéramos sobre el escenario. Y yo no me siento del todo cómoda porque

esto de que me agarre de aquí y de allá me pone un tanto nerviosa.

Así que en cuanto me es posible y con la excusa de ir al aseo, salgo de la sala y busco el cuarto de baño más alejado para disponer de unos minutos de sosiego.

Aprovecho para mis cosas y, aunque no me haga falta, también retoco mi maquillaje. Hoy, como siempre, he optado por un aspecto natural. Me inclino hacia delante para aplicarme un poco de *gloss* en los labios y entonces veo una maldita cana que asoma en la sien derecha.

—Y no he cumplido los cuarenta —murmuro un pelín triste.

—¡Joder, Tati, qué exagerada eres!

—¡¿Me has seguido?! —exclamo con rabia tras mirar alrededor y verlo sonriente apoyado en el marco, con una actitud tan insolente como seductora.

—Obviamente, sí. Se aparta de la puerta para acercarse a mí y colocarse a mi espalda, de modo que nuestras miradas se cruzan en el espejo.

—Estamos en el aseo de señoras —le digo por si no se ha dado cuenta.

—Coño, Tati, qué perspicaz —se burla, y después me rodea con ambos brazos—. Dime la verdad: ¿qué te pasa para estar tan ofuscada? ¿Nervios ante nuestra gran noche?

Inspiro; qué paciencia hay que tener con este hombre.

—¿Tú no lo estás?

—Si te refieres al estreno de *Entre mis recuerdos*, sí, lo estoy, y mucho. Respecto a lo otro...

—Me da un beso en la nuca—. Pues no, mis capacidades amoratorias son la hostia, solo espero que tú estés a la altura.

Y así, de un plumazo, me deja a la altura del betún.

—Quizá te sorprenda.

Su sonrisa pone en duda mis palabras.

—Ojalá —musita. Acto seguido aparta la tela del vestido para recorrer la piel del hombro con sus labios—. Porque no veas las ganas que tengo de follarte.

—No hace falta que seas tan vulgar —protesto, aunque entrecierro los ojos debido al escalofrío que me recorre el cuerpo a causa de sus atenciones.

Sé que deberíamos volver a la fiesta; pese a que me resulte tediosa, siempre será mejor que estar con el impresentable a solas en un baño. Sin embargo, echo la cabeza hacia atrás y dejo que sus manos asciendan por mi cuerpo hasta detenerse sobre mis pechos, lamentablemente cubiertos.

Presiona al tiempo que adelanta sus caderas, me hace partícipe de su erección y, por si no me pareciera suficiente, gime junto a mi oreja antes de mordérmela.

—Tati, mira cómo me pones —musita, y por lo visto quiere volverme loca, por lo que aparta la hombrera del vestido y me da un mordisco que, lejos de dolerme, me excita.

Jadeo y él gruñe de una forma tan primitiva que en teoría yo debería enfadarme; sin embargo, me revoluciona y, si bien no es mi estilo, me froto contra su miembro con un descaro impropio de mí.

—Tati, que la liamos... —me advierte mientras una de sus manos se cuela por debajo del vestido y asciende entre mis muslos. Llevo pantis, algo que me avergüenza porque no hay nada más antierótico, pero al impresentable le da igual porque no se detiene hasta que alcanza mi sexo.

¿Pedirle que continúe hasta el final es propio de una mujer casada?

—Joder. —Se aparta de repente.

Veo su reacción a través del espejo. Frunce el ceño y parece disgustado. Lo que no tengo muy

claro es si es conmigo o consigo mismo. ¿Importa?

La cuestión es que podría, no sé, agarrarlo de la pechera y obligarlo a satisfacerme. Dudo que se sorprendiera, aunque, con lo imprevisible que es, me rechazaría, dejándome aún más avergonzada.

—Será mejor que volvamos a la fiesta —digo con tono desdeñoso, como si no me afectara nada.

—Maldita sea, ¿cómo puedes ser tan fría?

—Años de experiencia —miento.

El impresentable tuerce el gesto y se coloca a mi lado para mirarse en el espejo, y entonces me pregunta:

—¿Tienes algo para retocarme el maquillaje?

Es sin duda el modo más surrealista de acabar una conversación.

Abro el bolso y le muestro el pequeño kit. Él lo coge y, como veo que de nuevo va a cometer un suicidio estético, me encargo yo del asunto.

Me da las gracias y me limito a murmurar un «de nada» y a pedirle que me deje sola unos instantes.

—Eso debería pedirlo yo. Tú habrás mojado las bragas, pero mira la tienda de campaña que he montado. —Se señala la entrepierna.

No soy tan ordinaria como él para hacer comentarios al respecto.

—Por favor —me limito a decir.

—Está bien, pero no tardes —accede mientras se recoloca su tienda de campaña—, que tenemos una misión esta noche.

—¿Responder a idiotas?

—Sí, y no te olvides de sonreír ante ellos —sentencia antes de salir por la puerta y dejarme al fin sola.

Capítulo 14

Admito que yo no apostaba por llegar a la noche del estreno. O quizá mi lado perverso albergaba la esperanza de que alguna clase de cataclismo hiciera acto de presencia y, por lo tanto, el estreno de *Entre mis recuerdos* se aplazara o, mejor aún, se cancelara del todo.

Ahora bien, hay una parte que de ninguna manera me gustaría que se viera afectada: nuestra gran noche, como dice el impresentable.

Me hubiera gustado disponer de la mañana libre para supervisar el estado de mi apartamento. Quizá pensaréis que soy una especie de maniática obsesiva que quiere controlar hasta el más mínimo detalle. Y que, tratándose de un encuentro amoroso, al supervisararlo, se pierde parte de la gracia que aporta (esto es cuestionable) la improvisación. Pues criticadme; no lo siento, soy así. Prefiero tenerlo todo bajo control porque me manejo bastante mal en la incertidumbre. Sin embargo, esta mañana he tenido que ceder y acudir a otra cita, pues no ha sido de forma voluntaria. Mi predisposición era escasa. Diego ha sido (una vez más) el instigador y el chantajista. No me ha traído a la fuerza por poco.

La dichosa sesión fotográfica.

Que conste, entiendo que hoy en día cualquier aparición en los medios, publicidad u otra mención es básica para sobrevivir en el mundo del espectáculo. No obstante, me ha parecido una imprudencia que el posado coincidiera con el día del estreno.

Pensaba que Cuca se opondría; en cambio, se ha mostrado encantada porque, según ella, ayudaría a relajarnos, a olvidar la tensión. Bobadas.

Lo que no entiendo es cómo han logrado que se organice tan rápido. Si tanta prisa tenían, ¿por qué no la prepararon una semana antes para que se publicara justo el día del estreno?

Le he preguntado a Diego sobre el asunto y me ha dado respuestas un tanto vagas. Algo me dice que la sesión ha sido pagada por la productora, que habrá intentado hasta el último momento conseguirla gratis.

En fin, si yo me hubiese puesto pesada, sin duda se habría cancelado. Sin embargo, pese a mis reticencias (no por el posado, sino por el aire tan moderno que pretendían darle), he accedido.

Esta mañana hemos posado para la sesión fotográfica en el escenario... cuando bajo mi punto de vista deberíamos haber estado ensayando en vez de pasar cuatro largas horas fingiendo que somos la nueva sensación dentro de los musicales. Según Cuca, el esfuerzo de tantos días atrás es más que suficiente para que todo salga a pedir de boca. Yo no estoy tan segura.

Al entrar en el camerino, un grupo de cotorras, en vez de interesarse por mis gustos, se han puesto a parlotear a mi alrededor sobre cuestiones estéticas y cuando me han sentado en la silla para maquillarme, lo han hecho sin contar conmigo. Ya lo tenían todo decidido. Lo único que me han comentado ha sido que iba a ser dos *performances*. Un detalle que Diego no me había mencionado.

Así que he dejado aparcado mi lado más quisquilloso (ese que dicen las malas lenguas que tengo y que me hace insoportable) y me he limitado a permanecer quieta, en silencio, pensando

en él.

He escuchado a medias comentarios sobre cómo el equipo creativo ha dispuesto la sesión y que al roquero (dos de las chicas que pululaban por el camerino parecían más emocionadas de la cuenta) lo iban a dejar todavía más guapo de lo que es.

Bueno, confiaba en ello porque tampoco era plan de que él saliera en las fotos hecho un adefesio. El propósito de todo esto es llamar la atención, obtener visibilidad y presentarnos de manera elegante.

Cuando ha acabado mi primera sesión de tortura estilista, me he mirado al espejo y no me he reconocido. El *look new punk* (como lo han definido las cotorras) es el último que yo hubiera elegido. Ahora bien, el resultado me ha complacido. Solo quedaba ver qué habían hecho con el impresentable.

Ah, y han seguido sin explicarme por qué *look* habían apostado de cara a la segunda fase.

Cuando el impresentable ha aparecido en el *set* que han montado, ha acaparado el noventa y nueve por ciento de las miradas, incluida la mía, porque... (esperad, que me abanico antes de proseguir el relato) el traje parecía haberse diseñado, confeccionado, para su cuerpo.

—Acercaos al diván, por favor —ha indicado la fotógrafa tras comerse con los ojos al roquero y que este le guiñara un ojo.

—Tati, me matas —ha susurrado tras colocarse como nos indicaban.

Y poco más ha hablado. El impresentable se ha mostrado menos locuaz que de costumbre; eso sí, no ha dudado en tocarme aquí y allá mientras posábamos. No ha sido una sesión ligerita de ropa como preveía, sino una elegante, pues los estilistas nos han vestido, peinado y maquillado a ambos de forma muy sensual sin caer en lo chabacano.

Cuando he visto las fotos en el monitor me he quedado estupefacta ante el resultado. Para la primera *performance* han elegido un vestido de noche con aire *punk* (palabras textuales de la estilista/cotorra jefa) que a priori poco o nada se asemejaba a mi estilo habitual. Gris plateado con tachuelas y lo que parecían desperfectos resulta que eran estudiados cortes para mostrar algo de piel sin llegar a ser vulgar, y para completar la imagen me han cardado el pelo cual diva *punk* de los ochenta.

Y al impresentable ¿cómo lo han vestido? Pues con un esmoquin confeccionado con la misma tela que mi vestido, también con los toques metalizados y estudiados «desperfectos». Así que íbamos cien por cien conjuntados. Incluido el maquillaje.

La idea era que él se recostara sobre el diván cual maja de Goya y yo, primero dando la espalda a la cámara y después colocándome tras el respaldo, protagonizara una escena moderna, acorde con la estética, por ser el hombre el que se tumbaba y posaba para una mujer, que lo observaba y parecía tener la iniciativa.

Cuca, que lo ha supervisado todo, ha murmurado:

—Cielo santo, esto hay que utilizarlo en la obra.

Lamentablemente, ya era tarde para incluir este vestuario el día del estreno, aunque ha pedido a sus colaboradores que en alguna escena o momento de *Entre mis recuerdos* aparezcamos así. No sé cómo se las ingeniarán los responsables, pues está todo medido al milímetro.

Para la segunda parte de la sesión he vuelto a pasar por la tortura de ser maquillada, peinada y vestida sin poder participar en las decisiones al respecto de mi imagen. Diego, que ha orquestado esto junto con el representante de The Dumpsters, sonreía de medio lado porque sin duda ha disfrutado viéndome sometida a las decisiones de otros sin protestar cuando sabe muy bien lo quisquillosa que soy en todo lo que concierne a mi persona.

Pero desde que accedí a participar en esta ópera rock me he transformado en alguien más manejable.

Para el segundo pase han optado por un atuendo que sí casa con mi estilo. Un *look* clásico, típico de una velada operística de las de antaño. Vestido rojo burdeos, con toques de encaje en las hombreras, largo, con pequeña abertura en la parte trasera. Zapatos de salón destalonados a juego. Pelo recogido en un moño bajo y, por último, maquillaje discreto.

Mientras me daban los últimos retoques, he controlado a duras penas la impaciencia por ver cómo iban a vestir al impresentable. Porque, y ya es absurdo negar la evidencia, me afecta todo lo que le concierne mucho más de lo que desearía.

Para él han elegido el mismo color, burdeos, pero en vez del traje convencional de tres piezas han prescindido de la americana y el chaleco para vestirlo con una camisa de encaje, con el mismo patrón que yo he lucido en las hombreras.

Alucinada me he quedado porque, a priori, el encaje sobre el cuerpo masculino es algo que no cuadra. No obstante, al impresentable le quedaba de muerte. Las palabras son de la fotógrafa, no mías, aunque no podría estar más de acuerdo.

En vez de en el diván nos han situado en una larga mesa, con dos elaborados candelabros plateados y mantel negro. Nos han indicado que yo me sentara sobre la mesa, con una copa aflautada en la mano, en actitud de brindis, y a él, a pesar de su vestimenta elegante, que actuara como un mayordomo sujetando la botella de cava, esperando a que yo le ordenara que rellenase mi copa.

Las fotografías que hemos visionado en el monitor de ambas *performances* nos han dejado perplejos, pues el comentario más repetido, además de «increíbles» y «elegantes», ha sido la complicidad que se percibía en las miradas entre el impresentable y yo.

Algo muy cierto, debo señalar, aunque no he dicho nada en voz alta y me he limitado a dar el visto bueno a las que se han seleccionado para publicar.

Medio en broma, Herman, el representante de The Dumpsters, ha sugerido que se podrían utilizar como portada del próximo disco de la banda, pues quizá tanta carátula *gore* y desagradable tipo vertedero la han empleado excesivas veces.

No me he manifestado al respecto para evitar suspicacias. Ahora bien, no me gustaría que usaran estas fotografías.

En estos momentos estoy en el camerino, sola. Diego se ha marchado hace unos diez minutos. Él, siempre que se lo permiten sus compromisos, acude la noche del estreno, pero no lo hace sentándose en un lugar privilegiado, sino entre el público y, si es posible, en las localidades más económicas, para escuchar los comentarios, porque, según mi representante, la gente que paga es más sincera... No como los críticos, que en ocasiones, con tal de que les sigan regalando entradas, hacen la pelota.

Yo creo que en este caso las críticas van a ser demoledoras, por mucho que Cuca y el resto del equipo opinen lo contrario. Los especialistas en musicales modernos me llamarán intrusa o, lo que es peor, dirán que busco una salida alternativa para ganarme un jornal. Y los amantes de la lírica, además de tildarme de traidora, aprovecharán para unirse a los anteriores y coincidirán en que esto solo es una salida laboral.

Y con este panorama por delante estoy a media hora de subir al escenario. Desconozco el ritual de las estrellas de rock antes del espectáculo. El mío es calentar la voz, utilizar un nebulizador aromatizado y masticar regaliz rojo. No uno cualquiera, sino uno *gourmet* que deshago en la boca despacio. He probado algún té de regaliz, pero no me convence.

A pesar de tener la puerta cerrada, se oye el ajeteo propio del día del estreno: gente de aquí para allá, voces de quienes están demasiado nerviosos como para hablar con normalidad... Sin embargo, ningún sonido proviene del camerino adjunto, el que ocupa el impresentable, y es que hace más de dos horas que no sé nada de él. En uno de los descansos de la sesión fotográfica ha recibido una llamada que lo ha puesto de mal humor. Es la conclusión que he sacado por las escasas palabras que ha pronunciado, algo verdaderamente extraño en alguien tan parlanchín.

Y al finalizar, en vez de quedarse, ha visto rápidamente las instantáneas, ha dicho que sí a las sugerencias y se ha largado sin despedirse.

Doy por hecho que en estos instantes ya estará preparándose para salir a escena. Ciertamente es que, como en cualquier representación, hay suplentes listos para que el espectáculo no se cancele. Pero admito que quiero estrenar *Entre mis recuerdos* con él, solo con él.

Ojo, vaya por delante que el chico que lo sustituiría en caso de necesidad es un profesional y un encanto. Ahora bien, no es el impresentable.

Y es que, muy a mi pesar, siento una malsana e imprudente atracción por el roquero, en la que debo incluir pensamientos de lo más impuros que me han mantenido despierta hasta tarde más de una noche.

Con otro particular: que he estado contando los días que faltaban para llegar a hoy y no a causa del estreno, sino de la noche que nos espera tras la actuación. El pacto ha de cumplirse. Y me he preparado a conciencia, pues ayer me preocupé de ir a un *spa* con salón de belleza para dejar mi cuerpo exfoliado, suave y sin ningún pelo fuera de lugar. No sé si el impresentable agradecerá el detalle o yo me sentiré como una colegiada ingenua y defraudada. Espero que todo vaya bien.

Me he planteado llamar a Eladio, decirle sin ambages que no voy a comportarme de manera inmadura y llorar por él, pese a todo el daño emocional (y económico, no lo olvidemos) que me ha hecho. Aunque también podría ser vengativa y soltarle «Gracias a tus trastadas he conocido a otro y voy a acostarme con él».

No, mejor me quedo quieta, que para amargarle el día y la noche durante varias semanas ya están los abogados, que son especialistas en enredar todavía más la madeja.

Dan unos golpecitos en la puerta, abro y se asoma el regidor para anunciarme:

—Quince minutos, señora Belmonte. Debería colocarse ya en posición.

«Sé muy bien cómo funciona esto, niñato», estoy a punto de decirle. No obstante, para que mi fama de insoportable se diluya un poco me limito a sonreír.

Camino entre bambalinas, ataviada con la ropa diseñada para hacerme parecer una veinteañera ilusionada aspirante a cantante famosa. Odio los vaqueros rotos, las camisetas *oversize* y estas Converse que llevo. Y sobre la coleta mal hecha mejor no digo nada.

Comentan algunos empleados que se ha llenado el teatro; si esto no ocurre el día del estreno, mal vamos. Aunque cuando verdaderamente se ve si un espectáculo funciona o no es un mes después. Entonces la novedad ya ha pasado y se presentan otras obras que hacen la competencia y es cuando las críticas de quienes ya han visto la obra inclinan la balanza hacia el lado bueno, el malo o la ruina.

—Tatiana, por favor —me pide la directora, y al darme la vuelta para responder veo algo que me chirría—, acércate.

Todos los actores que participamos, incluido el impresentable, están formando un círculo, con las manos entrelazadas... ¿y esperan que me una a ellos?

«¿Qué estupidez es esta?», pienso, y el roquero me hace un gesto indicando que vaya. Así

que, obligada por las circunstancias, me veo inmersa en un ritual ridículo de confraternización artística.

—Hoy, esta noche, el público nos juzgará —comienza a hablar Cuca—. No han visto nuestros esfuerzos, sudores y demás fatigas para llegar hasta aquí. Pero todos y cada uno de nosotros, de los presentes, sabemos muy bien qué hay detrás. Así que demostrad que tanto esfuerzo merece la pena, deslumbrad al público, dejadles sin aliento...

—Lo haremos...

—¡Por supuesto!

—Se van a enterar...

Yo no digo nada ante el discursito *mindfulness* de tres al cuarto que nos está soltando Cuca.

—Y en especial vosotros dos, Killian, Tatiana. Sois el alma de *Entre mis recuerdos*. —«Yo no estaría tan segura», pienso—. Si sois la mitad de buenos que durante los ensayos, el público quedará extasiado, llorará, sonreirá...

Todos los del círculo aplauden el mensaje que, si pretende ser motivador, en mi caso no funciona. Detesto el *buenrollismo*. Prefiero la exigencia, pero Cuca y toda la producción han establecido estos parámetros.

—¡Cinco minutos! —gritan por ahí.

Yo inspiro hondo y miro alrededor porque mi *partenaire* no está junto a mí como se presupone. Cuca y él se han quedado rezagados, hablando en voz baja. «¿De qué?», me pregunto. Y lo más llamativo es que ella le da un fuerte abrazo.

¿Acaso mantienen una relación más allá de lo profesional?

¿Me estoy volviendo una celosa patológica?

Porque con Eladio nunca me sentí molesta si él hablaba con alguna mujer o se mostraba con otra más cordial de lo que dicta la educación. Entendía que no pasa nada si ciertas conversaciones quedaban fuera de mi alcance. Aunque ahora, en retrospectiva, creo que debí estar más atenta.

—¡Adelante! —nos gritan cuando suenan las primeras notas.

Capítulo 15

A la mañana siguiente...

¿No es esta la frase tópica que se estila en las novelas o películas románticas?

«En efecto», diréis. Pero también supongo que estáis deseando saber qué ocurrió en el estreno de *Entre mis recuerdos*, así que empecemos por esa parte.

No hubo grandes contratiempos durante la representación. Pequeños fallos imperceptibles a los ojos del público, a no ser que se trate de buscadores de gazapos que los amplificarán sin piedad con tal de crucificarnos en las redes para ganar seguidores.

Sacamos adelante la obra y llegamos a la escena final, en el que Manu y Pastora se abrazan y besan con pasión a pesar de caer chuzos de punta. ¿Qué ocurrió mientras él me besaba?

Que la sala se quedó en silencio, el impresentable y yo mantuvimos la posición y, de repente, estallaron los aplausos, los vítores, los halagos más o menos educados. Entonces nos separamos y miramos al patio de butacas. Más de la mitad de los asistentes estaban en pie. Me fijé en las primeras filas y vi que había un par de chicas que se limpiaban las lágrimas entre aplauso y aplauso.

Cogidos de la mano, sonreímos e hicimos una reverencia al respetable, tras la cual se unió a nosotros el resto del reparto. Y por último Cuca, que salió al escenario aplaudiendo también y visiblemente emocionada.

Nos retiramos tras otra ovación y, una vez entre bambalinas, empezaron las palabras de entusiasmo, de complacencia y autoalabanza; hasta yo me dejé contagiar un poco, pues no esperaba que el público respondiera con tanto fervor.

Mi lado pesimista me recordó que esto podía ser sueño de una noche, no algo que se repitiera. Aunque tal pensamiento no lo compartí con los compañeros para evitar que me tildaran de agonías.

En todo momento fui consciente de las miradas del impresentable. Delante de todos se comportó más o menos con corrección, para que nadie advirtiera qué ocurriría después.

A nadie le extrañó que fuera la primera en excusarme y retirarme al camerino. Decliné la invitación a ir de copas y celebrarlo en un local de moda. Una de las becarias se ocupó de ir ordenando la ropa mientras yo volvía a ponerme las prendas que uso habitualmente y así me sentí otra vez yo. Aunque lo cierto es que los nervios acumulados me hacían imposible ser la de siempre.

Cuando acabé, salí del camerino y vi que ya no quedaba nadie del reparto, solo algún operario del teatro y el servicio de limpieza. Ni se inmutaron al verme pasar.

Caminé con normalidad hasta el apartamento, tentada de hacer una parada en algún bar y comportarme como una estúpida. En cambio, terminé el recorrido sin detenerme y sin agachar la

cabeza pese a que a cada paso que daba mi estado de ánimo iba acercándose más y más a amargado/cabreado.

¿Quién se creía el impresentable que era para tratarme así? ¿En qué nivel de estupidez me había sumergido yo para haber aceptado un trato tan estúpido?

Quizá el leve paseo me sirvió para abrir los ojos; el caso es que al llegar a la puerta tuve muy claro lo que iba a hacer a continuación: cerrar con llave para que ningún intruso molestara y volver a ser yo, Tatiana Belmonte, y al cuerno con todo y con todos.

Pasé la tarjeta por el lector y apenas fueron tres segundos los que tardó en iluminarse la luz verde. Por la cabeza me pasó un pensamiento fugaz: que de nuevo el impresentable hubiera manipulado la cerradura electrónica. Pero no, ni rastro de él, porque había preferido largarse de farra con la gente del teatro.

Entré y pulsé el interruptor, pero en vez de encenderse la luz, todo permaneció a oscuras. Fruncí el ceño y repetí el gesto sin conseguir que funcionara. Al conocer la distribución fui capaz de llegar al dormitorio a oscuras.

Allí encontré un escenario muy diferente al que esperaba...

Y, no, la sorpresa no fue que el interruptor del dormitorio tampoco funcionaba.

Aunque la estancia sí estaba iluminada.

No sé cómo y tampoco lo pregunté, pero uno de los candelabros que se habían utilizado en la sesión fotográfica estaba sobre el aparador, con todas las velas encendidas.

¿Un posible incendio? Pues no, ese no es el pensamiento que me vino a la cabeza. Y menos cuando empezó a sonar música.

—*I wanna be your slave?* —repetí sin reconocer la canción.

—Måneskin, una banda cojonuda —respondió en voz baja, y, como si se tratara de una coreografía, se acercó a la luz para que lo viera bien.

Y casi no lo reconocí.

Era la primera vez que lo veía así. ¿Con un traje de color estridente como el naranja? No, ese detalle en particular no era lo más destacado, sino otro... No llevaba ni pizca de maquillaje.

—¿Lista para cumplir tu parte del trato? —inquirió dejando implícita la provocación.

—¿Y tú? —repliqué fingiendo descaro.

Se abrió la americana para mostrar el torso desnudo.

—Por supuesto.

—Ya veo...

Me di cuenta de que no dejaba de mirarlo fijamente. El impresentable sin maquillaje es... guapo. Muy guapo.

Se acercó hasta mí. Podía tocarme; en cambio, no lo hizo. Solo me miró. Así, tan cerca y pese a que no había mucha iluminación, sus ojos parecían más azules.

—*I wanna be your slave* —susurró provocador.

—No sé cómo interpretar eso —admití.

Entonces me agarró de la mano y se la llevó al pecho, justo a la altura del corazón. Noté el latido y, sí, era un tanto acelerado, aunque no lo suficiente. De ahí que él guiara mi mano hacia abajo y la dejara sobre la cinturilla de sus pantalones.

—¿Y ahora? ¿Te haces una idea de lo que quiero?

—Quizá...

—Oh, joder, Tati, qué mala eres...

Tras decirlo, bajó mi mano un poco más...

—¿Yo?, ¿mala? —repuse con un hilo de voz.

—Mira cómo me tienes...

A ver, un momento... Yo no suelo causar este tipo de reacciones en los hombres, o al menos no en hombres como el impresentable.

—Haz algo —añadió, y no sé por qué me gustó el tono suplicante que utilizó. Sin embargo, la falta de experiencia en estas lides hizo que me quedara inmóvil.

Entonces él se inclinó hacia delante, hasta que sus labios me rozaron la oreja. Sentí su respiración y se me escapó un pequeño jadeo. Oí una risita y me jorobó un poco. De ahí que, pese a mi falta de iniciativa, optara por lanzarme sin red.

Al tener la mano por debajo de la cinturilla de sus pantalones, deslicé las yemas de los dedos a derecha y a izquierda, acariciándolo mientras él buscaba mi boca.

Fue su turno de gemir y el mío de disfrutar de una pequeña y supuse que efímera victoria. Y quizá en el momento más inoportuno se me escapó:

—Pensaba que no vendrías.

Él alzó la cabeza y me respondió frunciendo el ceño.

—¿Estás mal de la azotea? ¿Perderme una noche de revolcones contigo?

«¿Revolcones, en plural?», pensé un tanto confusa.

—Como has mostrado tanto interés en irte de fiesta con el equipo...

—A ver, Tati, no niego que, tras el subidón experimentado sobre el escenario, me apetecía la hostia salir por ahí y desmelenarme. Y si en vez de ser tan estirada hubieras accedido a acompañarnos, ahora estaríamos follando en los aseos de un pub de moda.

—¡Qué horror! —exclamé, y él se echó a reír.

—¿Ves? Te conozco más de lo que crees y por eso estoy aquí —afirmó. No sé, quizá fui un poco tonta, pues me sentí complacida por esas palabras—. Así que, venga, al lío...

No pude replicar, pues se apoderó de mi boca y yo me dejé llevar, encantada con la idea de que él manejara la situación. Tras una sesión de besos particularmente intensa, nos apartamos y yo aproveché, mientras controlaba un poco mi respiración, para tocarlo.

Puse no una sino ambas sobre su pecho y lo acaricié con ganas hasta los hombros y aproveché para quitarle la americana del traje naranja. El impresentable me sonrió y se dejó hacer. Aunque mostraba su impaciencia con frases del tipo:

—Joder, Tati, mete la mano dentro de mis pantalones de una puta vez.

Volvimos a besarnos, a tocarnos de manera un tanto superficial, y nos dimos cuenta de que queríamos más. Por eso pasamos a la fase de eliminar barreras, es decir, ropa. Yo lamenté, debido a mi pesimismo, no llevar prendas más seductoras. No obstante, a él no pareció importarle que mi sujetador negro, con las bragas a juego, fuera sencillo.

Solo cuando lo desabrochó y lo dejó caer vete tú a saber dónde, porque lo lanzó de malas maneras, frunció el ceño y dijo:

—Vaya tetas más pequeñas, Tati.

Aquello fue un jarro de agua helada y mi reacción fue cubrirme con los brazos. Ciertamente, mi cuerpo nunca ha sido espectacular; de todos modos, esperaba un poquito de delicadeza.

—Pues es lo que hay —murmuré enfadada.

Él me agarró de los brazos, extendiéndomelos para que no me cubriera con ellos, y me observó antes de decir:

—Me apañaré.

Entonces, presa del cabreo por aquel tono condescendiente y por su comentario fuera de

lugar, atacué sin miramientos su bragueta hasta que le bajé los pantalones junto con la ropa interior y quedó expuesto su miembro.

—He visto equipamientos mucho mejores —afirmé, y él empezó a reírse a carcajadas.

—Joder, Tati, qué fácil es provocarte.

Ahí me di cuenta de que cada palabra pronunciada no era sino una argucia para que por fin yo sacara mi lado rebelde y actuara.

—Lo digo en serio, estoy acostumbrada a...

Me acalló con un beso y después ya no me dejó en paz, pues me empujó hasta la cama. Allí, una vez acostada, se apartó lo imprescindible para desnudarse del todo y advertirme:

—Ni un comentario más acerca de mi polla hasta que te hayas corrido con ella.

Tanta vulgaridad me dejó perpleja. Asentí como una tonta.

Al tenerlo tan cerca, encima para ser exactas, aproveché para fijarme bien en sus rasgos y para peinarlo con los dedos. Nunca me habían gustado los hombres con el pelo largo; en cambio, al impresentable le quedaba estupendamente.

No sé qué me ocurrió, pero me volví más atrevida..., quizá espoleada por las frases cargadas de obscenidades que escuchaba. Acabe subiéndome a horcajadas sobre él y a restregarme sobre su erección con un descaro impropio en mí. También le mordí y le arañé el pecho y, por supuesto, lo besé con fuerza, sintiéndome poderosa al estar encima y controlarlo todo.

Nunca antes había sentido semejante excitación ni un ambiente tan erótico y, pese al surrealista comienzo, el impresentable me estaba ofreciendo una sesión de sexo de lo más adictiva. Y lo más curioso de todo era que aún no habíamos llegado a lo que suele ser la traca final.

—Son pequeñas, pero me encantan —murmuró cuando en un momento dado me cambió de posición para dejarme tumbada y expuesta y luego se inclinó para acariciarme y meterse en la boca un pezón.

Aquello me resultó perturbador, nunca me habían hecho algo similar. Acariciado o besado en los pezones sí, pero nada que ver con la boca del impresentable succionando. Le tiré del pelo y me revolví a medida que aumentaba la agresividad. Sentí un ligero malestar, quizá por falta de costumbre, aunque curiosamente, lejos de apartarlo, casi le supliqué que repitiera en el otro. Por suerte no hubo necesidad y lo hizo.

—Joder, Tati, qué rica estás —susurraba de vez en cuando. Yo, poco o nada acostumbrada a recibir halagos tan extraños, creo que hasta me sonrojé—. Me voy a dar un banquete contigo.

—Hummm... —fue lo único coherente que pude responder.

Continuó un rato más demostrándome algo que yo desconocía sobre la sensibilidad de mis pezones.

Entonces me acordé de un tema peliagudo entre gemido y gemido. Y busqué una forma de plantearlo de manera elegante y distendida, para no arruinar el momento.

—¿Has traído preservativos? —pregunté.

El impresentable levantó la mirada dejando mi pezón húmedo, sensible y con ganas de más.

—Tati, sé que tomas anticonceptivos, he revisado tu neceser, y yo, querida, estoy sano —afirmó con su deje burlón habitual.

—¿Seguro?

—Vale, follamos con goma, por mí perfecto —aceptó, y me dejó perpleja cuando, en vez de ir a buscarlos en su pantalón, estiró el brazo porque los tenía dispuestos sobre la mesilla de noche, un detalle en el que yo no había reparado—. Aunque yo no soy tan paranoico como tú.

Lo que no me sorprendió nada en absoluto fue la presteza con la que se lo puso. Maniobra que yo observé atenta. Lo hizo de un modo que me resultó excitante. Por eso vencí mis reparos y estiré la mano para acariciarlo. Lo hice despacio, atenta a su reacción, y entre jadeos murmuró:

—Tienes ganas de polla, ¿eh?

—Eso parece —susurré sonrojada hasta la raíz mientras me recostaba a la espera de que el impresentable actuara. Sin embargo, en vez de empezar, negó con la cabeza y dijo:

—Tú encima, que, aunque tengas las tetas pequeñas, me apetece verlas rebotar.

Se sentó en el borde de la cama más alejado, dio unos golpecitos en el colchón a modo de invitación y yo me incorporé intentando ser elegante para subirme a horcajadas sobre él. No obstante, él volvió a negar con la cabeza y musitó:

—Ven hacia mí gateando.

Parpadeé y, en lugar de negarme, adopté la posición y me acerqué tal y como me había pedido. En cuanto me tuvo a su alcance, me dio un buen azote en el culo seguido de un beso.

Y yo tampoco perdí el tiempo, pues le mordí el labio inferior y no tardé mucho en ponerme encima para, de un solo movimiento, sentirlo en mi interior...

Se me escapa un gemido al recordarlo, ahora que ya hace un buen rato que ha amanecido. Estoy sola en la cama, tal y como habíamos pactado. Desde luego, hay que reconocerle una cosa al impresentable: que cumple sus promesas; en todos los sentidos.

Ahora me toca a mí cumplir mi parte, es decir, pasar página. Y esta noche, cuando comience la función, actuar como si nada hubiera ocurrido en este dormitorio. En fin, admito que en ningún momento pensé que me afectaría de esta manera. De ahí que deba mentalizarme, esforzarme por no recordar. Amnesia selectiva..., si eso es posible.

Solo espero ser capaz, para que nadie se dé cuenta, porque no quiero, bajo ningún concepto, que se enteren en la compañía. Sería blanco de las burlas del tipo: «Mira la mosquita muerta, cómo se arrima». En fin, hay cosas que una mujer de treinta y ocho no puede hacer con un hombre de treinta y dos sin escapar de las críticas.

Me estiro en la cama, en algún momento deberé abandonar la autocompasión y levantarme.

—¡Joder, esta crema hidratante es cojonuda! —exclama una voz conocida entrando en mi campo de visión.

Por un ridículo instinto me aseguro de estar cubierta con la sábana.

—¿Qué haces tú aquí?! —Lo miro de arriba abajo—. Por favor, coge una toalla, vas a ponerlo todo perdido.

Me da igual si cae agua al suelo, lo que resulta perturbador es verlo desnudo a primera hora de la mañana.

—Ah, sí, perdona.

Da media vuelta, mostrándome su culo, y entra en el cuarto de baño para un instante después salir con la toalla. Pero en vez de llevarla anudada a la cintura, se ha hecho un turbante.

—Por favor... —rezongo negando con la cabeza.

—Tenemos que hablar, Tati. —Le hago un gesto para que prosiga—. Pero antes dime dónde compras esta crema. —Me muestra el envase de la hidratante que uso—. Es buenísima. —Se unta la cara con ella y yo le quito el frasco de malas maneras y lo cierro bien—. He mirado la etiqueta y, aparte de la composición, no aparece ninguna marca ni nada. ¿Dónde puedo comprarla?

—Es de fabricación artesanal —digo—. Se la compro a una chica que vive en un pueblo pequeño. Vende sus productos en mercadillos o a clientes de forma directa.

—Pues pásame su teléfono, que voy a hacer un pedido de la hostia. ¡Qué bien huele!

—Solo utiliza productos naturales, nada de química. Hablaré con ella y le haré un pedido.
¿Algo más?

Se quita la toalla y, tras secarse un poco el pelo, la deja caer al suelo y se sienta en el borde de la cama. Adopta una expresión seria.

Esto me da mala espina.

Capítulo 16

—¡¿Cómo dices?! —exclamo tras escuchar su alocada propuesta.

—No te alteres, Tati —me pide con una sonrisa de buen chico y una mirada burlona, como si yo fuera una exagerada—. Es de lo más razonable.

—¿Razonable? —repito entre dientes.

—Te he explicado los motivos —aduce con una pachorra que me enerva—. Te propuse una sola noche porque imaginé que serías... —hace una mueca antes de rematar—: decepcionante.

—Vaya, gracias.

—Todas las pistas apuntaban a que, siendo tan estirada, en la cama serías igual —apostilla echando un poco más de sal en la herida.

—Las apariencias engañan —le suelto con acritud.

—Cierto, y admito mi error de juicio. Y mira que tengo experiencia con las mujeres; sin embargo, contigo me ha fallado el radar.

—Quizá porque has estado con mujeres que solo querían al famoso, no al hombre.

—Hummm...

—¿Te acuerdas de la famosa cita de Rita Hayworth? «Todos los hombres se acuestan con Gilda, pero se levantan conmigo.»

—Joder, Tati. Eso es meter el dedo en la llaga.

Su expresión, un tanto ceñuda, me resulta satisfactoria porque él no ha dejado de recordarme cuántas y cuántas mujeres ha tenido dispuestas. Pues nada, que reflexione sobre ello.

—De acuerdo, puede que algunas... Bah, da igual, ese tema ahora no me preocupa. Ya lo pensaré en otro momento. Vamos contigo.

—No es necesario —murmuro en un intento de zanjar la conversación y poner en práctica mi plan de pasar página. Me muevo ligeramente en la cama, quizá incómoda.

—Muy a mi pesar, me dejaste sorprendido. Mucho, y agotado también. —Entorno los ojos ante tan extraño cumplido—. Hacía tiempo que nadie se montaba sobre mi polla como lo hiciste tú. Por Dios, Tati, qué ímpetu.

—Gracias —replico con ironía.

—Y después... yo pensaba que me dejarías descansar un ratito, pero no, otra vez dale que te pego. Y con más ansias...

Tiene el descaro de abanicarse.

—He cumplido mi parte del trato —alego como si lo explicara todo.

—Lo sé, Tati. Por eso te he propuesto uno nuevo.

—No me lo recuerdes...

Al impresentable no se le ha ocurrido otra idea que ofrecerme sus servicios como amante, ya que, al haber empezado las representaciones de *Entre mis recuerdos*, sigue sin tener acceso a su legión de fans dispuestas a todo. Sí, así tal cual lo ha expresado.

—Venga, Tati, si en el fondo estás deseándolo. Y todo son ventajas.

Me cruzo de brazos. Serán ventajas para él, más acostumbrado a estos encuentros. La cuestión es que hace unos minutos lo único en lo que yo pensaba era en buscar la forma de seguir adelante, de no recordar, de no involucrarme. Y ahora me sale con ser amantes.

—No me apetece. Me gusta la variedad —afirmo. Por cómo ha sonado, ni yo me lo creo.

—Y a mí, pero me da la sensación de que nos lo podemos pasar de puta madre.

Su voz sí suena convincente. Además, no deja de mirarme, de manera intensa. ¿Será verdad que me desea? Sí, lo es, o al menos una parte de su cuerpo. Madre mía, así a la luz del día impresiona.

—Nos pillarán.

—Eso está por ver, mientras te controles y no me ataques en el camerino...

—Muy gracioso.

El impresentable me sonrío. Yo parpadeo. Es que así, con la cara limpia, parece otro. Anoche ya me dejó perpleja, pero ahora, con luz natural, puedo afirmar que es mucho más atractivo.

—Venga... —canturrea mientras me pone morritos.

—¿Y si me aburro contigo? —le pregunto, aunque sé que la probabilidad de que tal circunstancia ocurra es más bien baja.

O en todo caso será él quien antes se cansará de mí.

—Tranquila, tengo un repertorio muy extenso. —Se agarra la erección para comenzar a tocarse. ¿Así, sin más?

Trago saliva e intento comportarme como una mujer acostumbrada a que roqueros jóvenes se masturben a primera hora de la mañana en su cama.

—Al menos podrías haberme traído el desayuno, como gesto de buena voluntad —le espeto, y él, además de sonreír de modo seductor, se da cuenta de qué estoy mirando con interés (es imposible buscar otro punto de atención) y mueve la mano más deprisa.

—Ahora desayunamos, tranquila. —Con la mano libre agarra la sábana a la que yo me aferro como si fuera un salvavidas.

—No veo café por ningún lado.

—Tati, vamos a follar; ahora —sentencia. Y no sé por qué pero el tono autoritario me gusta.

Mejor dicho: me excita.

—No me apetece —miento, y comienza a tirar para dejarme tan desnuda como él.

—Deja a la Tati mojigata en el armario, anda, y permite a la Tati viciosa salir a jugar conmigo.

Pelearnos por la sábana es infantil, se mire como se mire, y aun así yo me resisto porque mi cuerpo no es de portada de revista. Anoche, con la luz de las velas, era diferente. Esta creaba cierto contrapunto erótico; sin embargo, ahora hay demasiada luz.

Y no quiero escuchar burlas.

—Antes quiero ducharme —protesto cuando se inclina y me besa en las rodillas.

Él levanta un instante la mirada y creo que por su expresión no admite más excusas.

Vuelve a besarme, comenzando en el mismo punto, las rodillas, y de ahí va ascendiendo, lo que me inquieta. No soy tan recatada como para desconocer el sexo oral, aunque no sé yo si aún no es demasiado pronto para eso.

—Espera... un... segundo... —jadeo.

—Ni un segundo ni hostias. Y separa ya las piernas, Tati —gruñe mientras con las manos hace palanca para dejarme a su merced.

Tengo que impedir esto, pese a que mi cuerpo esté deseando dejarse llevar.

—Todavía no he aceptado tu propuesta —me obstino.

El impresentable resopla.

—Dijiste lo mismo cuando te propuse el primer pacto. Y mira el resultado. Anoche echamos un par de polvos que, vale, no entran en mi *top five*, pero, oye, me dejaron satisfecho y con ganas de más.

Entorno los ojos ante sus extraños cumplidos.

—Tú tampoco entras en mi *top five* —replico, aunque yo no confecciono listas sobre mis amantes y la razón fundamental no es tener mejor buen gusto que él, sino carecer de individuos suficientes con los que hacer un listado.

—De ahí que... si nos esforzamos... —susurra provocador— quizá subas de categoría.

—O quizá no me interese —lo corrijo sintiéndome estúpida.

El impresentable se para, se echa el pelo, aún húmedo, hacia atrás y después me dice:

—Mira tus pezones, Tati. Me están apuntando y pidiendo atención. Estás cachonda, pero te empeñas en negarlo. ¿Podrías darme una razón válida? Porque a mí no se me pone dura solo por ver a una tía en pelotas. Y como supongo que a tu edad habrás visto unas cuantas pollas, la mía tiene que ser especial para que reacciones así.

Vaya argumentación que me ha soltado. No sé si reír o enfadarme.

No respondo, pues he de encontrar una réplica a la altura. Nos miramos, yo esforzándome en no bajar la vista hacia su erección para que no insista.

—Estoy esperando —me insta en plan burlón.

—Vale. Hummm...

—Tati...

—¡Está bien! —claudico, y separo las piernas.

—Un poco más, por favor.

—¿Así te parece bien?

—¿Semejante actitud es una retorcida forma de provocar interés en tus amantes para que te coman el coño? —Se me escapa un jadeo de indignación ante tanta palabra explícita—. Me lo tomaré como un sí.

Admitiendo en silencio que él ha ganado esta batalla y que no me importa perder, me voy relajando hasta quedar expuesta, con las piernas separadas, para empezar a sentir sus labios recorriendo la parte superior del muslo en lo que presupongo un rodeo antes de llegar a mi sexo.

Oigo su gemido, no sé si de aprobación, cuando con un dedo comprueba algo que yo intentaba ocultar sin éxito y que él ha expresado con palabras muy elocuentes: estoy cachonda.

—Hummm... Vamos a pasarlo bien. —Comienza a jugar con el mismo dedo al tiempo que tararea algo.

Cierro los ojos, estiro una mano hasta alcanzar su cabello y enredo los dedos en él. No quiero ser agresiva, pero si continúa tocándome así, me agarraré a su cabellera sin importarme nada.

Avanza un poco más, me agarra la pierna y se la coloca por encima del hombro. Es una postura demasiado vulgar, aunque no me quejo. Solo siento cada caricia y me pregunto, a medida que se vuelve más intenso, qué tararea.

—¿Qué canción es? —inquiero jadeante agarrada a su pelo.

—*Absolute beginners*...

—No la conozco —admito con un suspiro.

El impresentable levanta la cabeza, se relame y me mira extrañado.

—Tati, de verdad; tú y yo, aparte de follar, vamos a tener una interesante conversación sobre

música. ¿Cómo es posible que no conozcas las canciones del gran Bowie?!

—¡Lo siento! —me disculpo ante su arrebató. Él, tras negar con la cabeza, vuelve a hundirla entre mis piernas—. No olvidaré jamás esta canción.

—Eso espero.

—Perdón por ser más clásica. Yo elegiría una pieza más sutil, como *Mon coeur s'ouvre à ta voix*.

El impresentable tuerce el gesto y me pide:

—Cántala.

—¿Ahora?

—Por favor.

El problema no es ponerme a interpretar una pieza como esta sin haber calentado la voz. La cuestión es que, en este preciso instante, nos hayamos enfrascado en otro asunto.

—Quizá desafíe.

—Canta, coño. ¡No te hagas de rogar!

—Está bien...

Me incorporo a medias y hago un esfuerzo increíble por concentrarme en la letra. Entono la primera estrofa...

—*Mon coeur s'ouvre à ta voix comme s'ouvrent les fleurs aux braisiers de l'aurore...*

Intento hacerlo bien, utilizando un tono algo más bajo para evitar desafinar. No sé cómo, pero a medida que avanzo me siento increíble. Desnuda, excitada e interpretando. Y lo más increíble es la expresión del impresentable. Me mira de una forma... intensa, cautivadora. Al finalizar musita:

—Joder, Tati. Eres la hostia. Mira. —Me muestra el brazo—. Los pelos de punta.

—Gracias —respondo en voz vaga halagada por sus palabras.

—El caso es que esta canción me suena...

—Es de la obra *Samson et Dalila* —le explico. Él niega con la cabeza, como si la información no le cuadrara.

—No lo niego, pero yo la he oído en otra parte... —Adopta una pose reflexiva y al minuto añade—: Ah, joder, claro, yo he escuchado la versión de Muse, *I belong to you*.

—No conozco a esa intérprete.

Me gano otra mirada de desaprobación.

—Por Dios santo, Tati. Muse es un grupo. A ver si nos culturizamos un poco.

Nos miramos. Seguimos desnudos. Excitados (al menos yo). Bueno, sí, él también, que la vista no me engaña.

—Y ahora ¿qué? —pregunto algo incómoda.

—Ahora, Dalila, vamos a darlo todo...

Experimento un escalofrío ante su afirmación, que suena a promesa y desafío. Vuelve a inclinarse ante mí y a tararear.

No sé cómo se concentra, pues consigue alternar la letra de la canción (no analizaré ahora el significado de la letra ni preguntaré por qué la ha escogido) y sus besos entre mis piernas, encontrando y excitando cada punto, cada terminación nerviosa, hasta que consigue que yo, la siempre contenida Tatiana, gima y se revuelva como una posesa a medida que me conduce hacia uno de esos climas que no imaginas ni en las fantasías más alocadas.

—Joder, qué bien sabes —gime, y creo que ya una no se puede ruborizar más ante tales palabras—. Con lo seca que eres de cintura para arriba...

Deja la frase inacabada porque sus labios encuentran justo el interruptor general, ese al que otros hombres apenas le dedican atención. Succiona con una fuerza y habilidad que me desconciertan.

—... y lo mojada que estás de cintura para abajo —remata.

Yo no estoy acostumbrada a esta intensidad. Nunca he agarrado cables de alta tensión; sin embargo, imagino que es similar. Todo mi cuerpo se estremece y, a pesar de querer controlarme, reacciono de manera instintiva y primitiva.

Cuando abro los ojos, tengo al impresentable encima, sonriendo. No es una sonrisa burlona como las que utiliza para atormentarme en público. Es... ¿cariñosa? No estoy segura.

Le acaricio la mejilla y él me besa al tiempo que me penetra. Se queda un instante quieto, besándome, y yo, que debería rechazarlo al ser consciente de dónde han estado esos labios, le doy la bienvenida...

* * *

Oigo el timbre.

Alguien golpeando la puerta.

Estiro la mano y a tientas (no soy capaz de abrir los ojos) busco mi móvil en la mesilla. De mala gana, miro la hora y, horrorizada, compruebo que son más de las tres de la tarde.

Más golpes. Otra vez el timbre.

Igual que si la noche anterior hubiera estado bebiendo y la resaca me impidiera moverme con normalidad, me incorporo. Estar desnuda es ya lo de menos. Que un hombre rubio siga dormido al lado ya es preocupante.

Como los golpes no cesan, me levanto y me cubro con una bata liviana para ir a abrir.

Miro por la mirilla y veo a dos hombres con cara de malas pulgas. No soy tan tonta como para dejar entrar a cualquiera.

—¿Quién es? —pregunto tras oír por enésima vez los golpes y el timbre.

—¿Tatiana Belmonte?

—Sí. ¿Quién me busca?

—Policía. Abra la puerta.

Capítulo 17

Consciente de mi aspecto, despeinada y cubierta con una bata bastante ligera, desbloqueo la cerradura y lo primero que me muestra uno de los tipos es su placa.

—¿Podemos pasar? —me pregunta de manera impertinente el más bajo de los dos. Barba descuidada, calvicie en avanzado estado y ropa sin gusto porque esa cazadora vaquera azul y los pantalones grises son incompatibles.

—¿Ocurre algo?

—Tenemos que hablar con usted —dice el compañero, también de aspecto cutre y descuidado.

—Está bien —accedo muy a mi pesar porque no es el momento. Les hago un gesto para que se sienten en el sofá de la salita. Yo me quedo de pie—. Ustedes dirán.

—Siéntese, señora Belmonte —indica el calvo.

No me ha gustado nada el tono tan formal.

Obedezco y lo hago lo más alejada de ambos, en la esquina de la *chaise longue*.

—¿Conoce a este hombre? —inquieta el más alto mientras me muestra en su móvil una foto de Eladio. Es la que aparece en su perfil de Instagram.

—Es mi marido —murmuro, y en el acto me doy cuenta de que Eladio la ha debido de armar gorda para que la Policía venga a buscarme—. ¿Qué ha ocurrido?

—Las preguntas las hago yo. ¿Cuándo fue la última vez que lo vio o habló con él?

Me inquieto. Siento la garganta seca y encima, con este aspecto tan deplorable, deben de pensar cualquier cosa sobre mí y nada agradable.

—Varios meses —contesto con sinceridad.

—¿De verdad? —me espeta el calvo.

¿Increpar a un policía por impertinente y burlón tiene consecuencias?

—¿No estará mentando? —añade el otro.

—Ni siquiera han tenido la mínima educación de decirme sus nombres para dirigirme a ustedes —les suelto importándome un pimiento que les moleste.

—Inspector Fernández —responde el calvo y señala a su compañero— y subinspector Martínez.

—Gracias —farfullo con sequedad.

—Bien. Ahora que nos conocemos todos, háganos un favor, señora Belmonte, y sea sincera. ¿Cuándo habló o vio a su marido por última vez?

—Ya le he respondido. Hace meses.

Fernández y Martínez se miran y el primero dice:

—¿Espera que nos creamos eso?

—Es la verdad —afirmo cada vez más incómoda.

Vuelven a cruzar una mirada antes de que el subinspector Martínez ataque de nuevo, porque mantienen el tono inquisitorial.

—¿A qué hora salió usted anoche de su camerino?

—¿Perdón? —replico confundida.

—Responda —me insta Fernández.

—Tras la función... No sé, estuve como media hora más o menos. ¿Por qué?

—¿Y a qué hora se fue del teatro?

—Pues aplicando la lógica, es sencillo. Si acabé de cambiarme en el camerino, lo que se tarde en recorrer el pasillo hasta la salida. —A pesar del nerviosismo, utilizo un tono arrogante.

—¿Se entretuvo con algún empleado, admirador...?

—No.

—¿Segura? Piénselo bien, por favor.

—No.

—Esta mañana el servicio de limpieza del teatro ha encontrado a su marido muerto —me suelta Martínez.

—En su camerino —apostilla Fernández.

—¡¿Cómo?! —grito y me pongo en pie.

—Por eso insisto, ¿cuándo lo vio por última vez?!

Me cubro la cara con las manos mientras asumo la noticia. Eladio ¿muerto?

—¿No va a preguntar qué le ha ocurrido?

—Es un hombre sano, supongo que... —Me callo porque es una pregunta trampa.

—¿Qué supone, señora Belmonte?

—Dígame usted —le espeto volviéndome a sentar.

—Según los primeros indicios, ha muerto por asfixia.

—¿Se atragantó?

—No. Lo asfixiaron —puntualiza el subinspector.

—Cielo santo... —musito abatida.

Una cosa es que el marido de una se largue dejándola al borde de la ruina y otra que acabe muerto.

—Si, como usted dice, hace tiempo que no lo veía, ¿debo pensar que atravesaban una crisis?

Ocultarlo es absurdo, pues si bien no era del dominio público, la Policía puede averiguarlo en dos minutos.

—Nos íbamos a divorciar.

—¿El motivo? —inquieta el calvo.

—¿Importa?

—Cuando el marido aparece muerto, sí, importa.

—Eladio... —me detengo porque según cómo lo cuente lo interpretarán de manera más perjudicial para mí—. Él se marchó, pues lo habían contratado para una gira de conciertos. Algo muy habitual en nuestra profesión.

—No le he preguntado eso.

—Descubrí, por mi mánager, que Eladio había utilizado de forma incorrecta, sin avisarme, gran parte de mis ahorros.

—Entiendo... —murmura Martínez en ese tonito insufrible de policía peliculero cuando cree que ya tiene algo.

—No, no lo entiende. Eladio me arruinó.

—Y usted decidió divorciarse.

—Sí.

—Y prefirió elegir el camino rápido.

—La señorita Belmonte no va a responder a más preguntas —interrumpe una voz a mi espalda. Casi no la reconozco por la seriedad y autoridad que desprende.

Miro por encima del hombro y me encuentro al impresentable, con solo unos bóxeres naranjas, el pelo suelto y cara de pocos amigos.

Por desgracia, van a sumar dos más dos.

—Y usted ¿es?

—El abogado de Tatiana Belmonte —responde el impresentable dejándome patidifusa no solo porque haya pronunciado mi nombre completo en vez del burlón y habitual «Tati», sino por su contundencia.

—Ya veo, su abogado... —se guasea Fernández: la escena invita a ello.

Mi aspecto y el del impresentable son de sainete.

—Exacto. Si quieren interrogarla, cítenla de forma precisa y ella acudirá con su representante legal. Hasta entonces, los invito a que se vayan por donde han venido.

Nunca habría imaginado que el impresentable fuera capaz de hablar con este aplomo.

Fernández y Martínez se ponen en pie y el segundo dice:

—Si no tiene inconveniente, señora Belmonte, la esperamos esta tarde en comisaría.

—Y no se preocupe, las funciones se han suspendido hasta que los de la Científica examinen a fondo el teatro, se interroguen al personal y se revisen las cámaras de seguridad.

Los dos policías se marchan.

Eladio muerto.

Mi vida no se puede hundir más.

Inspiro hondo antes de encararme con el impresentable.

—¿¿Era necesario hacer notar tu presencia?! —pregunto gritando.

—Esos dos te estaban acosando —se defiende tan pancho; acto seguido se mete tras la barra de la cocina para llegar al frigorífico.

—¿Habrán pensado lo peor de mí!

—Tati, respira.

—Vete a la mierda, joder —mascullo, y él me mira arqueando una ceja porque es la primera vez que utilizo un lenguaje tan soez.

—Entiendo que estés alterada, te acaban de dar una mala noticia.

—Soy lo peor... —me lamento—. La Policía viene a decirme que mi marido ha aparecido muerto y me descubren con mi amante. ¿¿En qué lugar me deja eso?! —

—Esta tarde te acompañaré a la comisaría —propone. Pese a mis gritos, no pierde la calma.

—¿¿Tú?! No me hagas reír. Si ya ha sido violenta tu escenita apareciendo en ropa interior, encima, si me acompañas, le darás más carnaza a la Policía —le recrimino enfadada.

—A ver, Tati, echa el freno —me pide mientras mordisquea una manzana—. No quería intervenir. De hecho, me he aguantado, pero cuando han empezado a provocarte... Querían pillarte fuera de juego, te han tendido una trampa.

—Te has puesto la capa de héroe y has aparecido, no solo dejándome en evidencia, sino encima mintiendo.

—¿Yo? ¿Qué he dicho?

—Que eres abogado.

—Y lo soy. No ejerzo, pero lo soy.

Parpadeo. Es una información que no me cuadra.

—Tú... eres...

—¿Qué pasa? ¿Un cantante rock no puede tener títulos universitarios o qué?

No sé qué responder a eso.

—¿Y puedes ejercer en España?

—Sí, claro —contesta como si nada—. Tengo doble nacionalidad gracias a mi padre. Y él fue quien me dio la tabarra para que me colegiara aquí.

—Vaya..., qué sorpresa...

Me mira antes de decir:

—Ya sé lo que te pasa, Tati. Tu vena elitista ha hecho acto de presencia y en tu mundo es inconcebible que gente como yo tenga estudios. ¿No es eso?

«Sí, es eso», he de admitir en silencio. Los roqueros no van a la universidad.

—No he pretendido ofenderte —me disculpo.

—Pero lo has hecho al dar por sentadas muchas cosas y prejuizar, joder. El hijo de un emigrante, mecánico para más señas, no puede ir a la universidad.

El impresentable está enfadado; no obstante, quien debe estarlo más soy yo. Maldita sea.

—Voy a llamar a Diego.

Me escabullo al dormitorio, en busca del teléfono, y llamo a mi agente. Tarda en responder, pero al fin lo hace.

—Hola, Tatiana. Me pillas por los pelos. Estoy a punto de subir a un avión. ¿Qué ocurre?

Le hago un resumen rápido de la situación. Eladio muerto. La Policía en el apartamento. El impresentable abogado. Teatro cerrado. Función suspendida...

—¡Joder! —exclama cuando acabo—. Ahora mismo voy para allá, ¿de acuerdo?

—Gracias.

Regreso a la salita y me encuentro al impresentable hablando por teléfono, deduzco que con su representante. Espero a que acabe y le digo:

—¿Sería mucho pedir que te vistieras?

—¿Ahora ya no te gusto desnudo? —replica, y, torciendo el gesto, se va al dormitorio.

Pero cuando regresa me deja otra vez perpleja.

—¿De verdad? —farfullo.

—¿Te molesta que coja prestada una de tus batas?

Lleva puesta una de seda azul celeste, que le queda pequeña en los hombros y de largo. Imaginad las pintas. Sigo sin comprender por qué este hombre es tan peculiar y carece de vergüenza a la hora de usar ciertas prendas.

—Vamos a comer algo —propone.

—¿Cómo puedes pensar en comer con la que está cayendo?

—Lo primero, ahórrate el número de viuda desconsolada. He oído la conversación. Y, te seré sincero, ahora me cuadran más las cosas.

—¿Cómo te atreves?

—Si te ha arruinado, también te habrá puesto los cuernos.

—No te atrevas a humillarme de esa manera —le advierto conteniendo la rabia y evitando darle un tortazo.

—Deja la hipocresía, ¿vale? —me dice negando con la cabeza.

—¡Mi marido ha aparecido muerto! ¡No es hipocresía!

—En primer lugar, tu matrimonio era una farsa —replica, y, si bien tiene razón, joroba admitirlo—. Y en segundo, si tú no lo has matado...

—¿Qué insinúas?

—Que montar un escándalo, encararte conmigo cuando no eres culpable, es de hipócritas.

—Hummm...

—Porque no eres culpable, ¿verdad?

Abro los ojos como platos ante la acusación.

—No te lanzo... —miro alrededor buscando un objeto que sirva para dar más énfasis a mis palabras, pero no hay nada a mi alcance salvo una vela perfumada y la agarro—... esto porque no soy tan vulgar como tú.

El impresentable arquea una ceja.

—Tati, abandona ya tu pose de buena chica y sé realista.

—Mientras asesinaban a mi marido yo estaba en la cama contigo, ¡¿soy suficientemente realista? —protesto gritando.

—Joder, cómo te gusta el drama —me replica con condescendencia—. Que no has cometido ningún delito, ¡hostias ya!

—Preferiría que te marcharas.

—En cuanto venga tu representante. No vaya a ser que cometas alguna estupidez.

—¡No me trates como si fuera un cría estúpida!

—Pues deja de gritar y de comportarte como tal.

—Oh, oh, espera, que ahora me va a dar lecciones de madurez un tipo que se pinta la cara igual que un payaso.

El impresentable niega con la cabeza.

—Me niego a entrar en tu juego de diva insoportable. —Deja de mirarme para concentrarse en su móvil.

Tengo la sensación de que he sido injusta con él o que de algún modo debería haber medido las palabras. Sin embargo..., ¿tanto le costaba ser comprensivo?

No voy a pedirle disculpas ni a discutir con él, por eso me encierro en el dormitorio hasta que aparezca Diego.

Capítulo 18

Diego no aparece hasta dos horas después. Yo he permanecido encerrada en el dormitorio. Me he duchado, por supuesto, y también arreglado, pero no he querido salir; para evitar enfrentamientos y, de paso, asumir lo ocurrido, que buena falta me hace. Aunque el impresentable, lejos de dejarme en paz, ha insistido en que saliera para comer algo. Lo he mandado a paseo.

Y ahora estamos sentados en el salón. Diego y yo. Ah, y el impresentable también; eso sí, al menos se ha vestido. Claro que recurrir al adjetivo *normal* para describirlo es imposible. Lleva un pantalón de yoga azul desteñido por veinte sitios y una camiseta blanca arrugada. Yo le he dado las gracias por su ayuda con la idea de despedirlo; no obstante, Diego ha insistido en que se quedara porque podría ser de utilidad.

—¿En serio? —he dicho entre dientes. Mi representante ha asentido.

Y aquí seguimos...

—Lo primero es ocuparse de los trámites administrativos. ¿Tu marido tenía seguro de decesos? —pregunta Diego.

—Por favor —me lamento—, no quiero hablar de eso...

—Pues siendo la viuda —murmura el impresentable—... te toca resolver esos asuntos.

Diego asiente.

—¿Y qué hago?

—Tranquila, ya me ocupo yo —indica mi agente—. Y de paso contrataré un buen seguro para ti. —Lo miro alarmada—. A ver, querida, no eres una abuela, pero es mejor prevenir.

—Yo sí tengo uno —tercia el impresentable—. Cosas de mis padres.

—Bueno, ahora vamos a ocuparnos de ti —prosigue Diego—. Como Killian, aquí presente —lo señala y hasta le sonríe—, es abogado y quiere ayudarte, eso lo simplifica mucho todo.

—Gracias —interviene el aludido, y esto de verlo en plan serio me deja descolocada, tanto o más que su aspecto sin maquillaje—. Lo primero es hablar con la Policía y para ello es fundamental...

Desconecto porque en primer lugar me molesta que ambos pretendan resolverme la papeleta dejándome el papel de pobre damisela. En segundo lugar, ¿cómo es posible que congenien? Tercero, y no sé si último punto, ¿cómo voy a salir de este embrollo? A estas horas la prensa ya se habrá hecho eco.

¡La prensa!

Ya sé que el siguiente pensamiento es inoportuno y me granjea una imagen de interesada, pero es imposible olvidarlo. Anoche (aparte de las desgracias) fue el estreno de *Entre mis recuerdos*, así que habrán aparecido ya las críticas de la obra.

Miro cómo Diego y el impresentable organizan mi vida sin reparar en mí, de modo que puedo coger mi tableta y ver qué han escrito los periodistas.

Con el dispositivo en las manos y apartada de ellos, comienzo a buscar en los medios de comunicación hasta encontrar la primera reseña del espectáculo. Es de un periódico digital, *La*

voz imparcial:

Asistimos ayer noche al estreno de la ópera rock *Entre mis recuerdos* atraídos, sin duda, por la pareja protagonista. Desde que se anunció en los medios que la gran mezzosoprano Tatiana Belmonte iba a participar en la producción junto al irreverente Killian R. Weisser, solista de The Dumpsters, la mayoría de los aficionados y curiosos no han dejado de hacer cábalas sobre si personalidades tan dispares podían mezclarse en el escenario y, en caso de hacerse, qué resultado se obtendría.

Antes de dar mi sincera opinión al respecto, diré que la empresa promotora ha arriesgado más de lo que viene siendo habitual en los últimos tiempos, cuando, antes de dar cualquier paso, se testan una y otra vez todas las variables.

De ahí que, por este simple motivo, el espectáculo ya tenga cierta simpatía por mi parte.

La cuestión es... ¿ha merecido la pena el riesgo?

Es complicado afirmarlo o negarlo de forma rotunda, ya que hay múltiples factores por los que un espectáculo que cuenta con buenos artistas y un plantel técnico cualificado puede fallar o lo contrario. En ocasiones, por ejemplo, pese a una aparente mediocridad en la puesta en escena, el público responde. Y la crítica, a medias.

En el caso de *Entre mis recuerdos*, quien escribe estas líneas ha de decir, en primer lugar, que el protagonista, Killian R. Weisser, dejó a propios y extraños con la boca abierta, pues nadie esperaba que un tipo aficionado a gruñir y decir obscenidades sobre un escenario supiera cantar...

—¿Por qué hablan primero del impresentable? —me pregunto antes de retomar la lectura.

... y también actuar. Se le vio cómodo en todo momento y eso se tradujo en una conexión con quienes estábamos allí. El hecho es que, además de disfrutar del inesperado registro de este cantante (algunos aún no lo consideran como tal), vimos un potencial insospechado en su voz.

Y si Killian R. Weisser sorprendió (gratamente) al público presente por sus dotes vocales y actorales, también lo hizo por su complicidad con la diva Tatiana Belmonte, y eso que los innumerables rumores sobre la actitud de la mezzo dentro y fuera de los escenarios, a priori, no ayudaban.

Hablar de su gran y experta voz sería quedarse en lo que ya conocemos. En ese aspecto no hubo sorpresas, era lo mínimo que se esperaba de ella. Lo que realmente dejó a muchos perplejos fue su capacidad a la hora de amoldarse a la voz de su *partenaire* y en cómo imprimió a su voz un nuevo matiz que me arriesgaré a etiquetar de sensual.

Tatiana Belmonte es conocida en el circuito operístico por su calidad artística (labrada a base de años de esfuerzo), pero siempre ha pecado de cierta frialdad y distanciamiento, algo que anoche no se percibió en ningún momento, en especial cuando actuó junto al protagonista.

Es inevitable preguntarse qué ha cambiado en la gran mezzosoprano para, en primer lugar, aceptar un papel semejante y, en segundo, después de varios años de exitosa carrera, dar ese matiz nuevo a su voz.

Desde luego es una cuestión en la que indagaremos.

Si hablamos del conjunto técnico y artístico, la producción cuenta con innumerables recursos de luz y sonido que...

Dejo de leer en este punto porque lo más sustancioso ya lo he visto.

Busco más opiniones y todas van por los mismos derroteros. No son alabanzas con mayúsculas, pero al menos no nos dejan a la altura del betún.

También quiero leer opiniones del público, así que reviso los comentarios que ha ido dejando la gente.

Paso por alto los que parecen provenir de fanáticas de The Dumpsters para ir a otros más serios. En general son buenos, así que por esta parte ya puedo respirar tranquila.

Ahora toca el otro gran asunto, y es inevitable preguntarse qué opinará el público cuando la información sobre la muerte de Eladio lo salpique todo.

Porque es un chisme demasiado jugoso como para no hincarle el diente. Los cotillas

profesionales y los aficionados van a exprimir la noticia y, de paso, especularán sobre cualquier aspecto de mi vida, esté o no relacionado con lo sucedido.

Suena un teléfono, es el de mi agente. Miro al impresentable y él a mí. No sé qué pensar de su actitud.

—¿Tatiana? —me reclama Diego al finalizar la llamada. Le presto atención.

—Dime.

—Arréglate para ir a la comisaría, y luego tienes que pasar por el inevitable y desagradable trance de reconocer el cadáver.

—Mientras me ocuparé de hablar con la productora y que redacten un comunicado —propone el impresentable.

—¿Eso no debería hacerlo el departamento de marketing? —inquiero yo.

—Es mejor así —indica Diego.

—¿Por qué? —replico molesta—. Da la impresión de que soy una damisela en apuros y tenéis que organizarme la vida porque yo soy incapaz.

Los dos, ante este alegato reivindicativo, cruzan una mirada un tanto cómplice.

—No te pongas tiquismiquis, Tati.

—¿También vais a elegir la ropa que debo ponerme?

No me responden. El impresentable resopla y Diego, que me conoce mejor, replica:

—Abandona el pedestal de diva y sé razonable. Tienes muchos frentes abiertos y si empiezas a perder tiempo, todo se complicará.

Opto por no replicar a eso y me voy al dormitorio.

¿Cómo he de vestirme?

Sé que me observarán. La Policía querrá comprobar qué hace o dice la viuda, si manifiesta algún indicio de que está implicada. Tonta no soy y ya tengo la edad suficiente como para saber cómo cualquier gesto se malinterpretará si eso ayuda a cerrar el expediente. Sea o no culpable.

Me joroba, entre muchas cosas, que mi inocencia se haya cuestionado. Y, sí, en eso el impresentable tiene razón: los dos policías intentaban sonsacarme, pillarme fuera de juego.

Doy por hecho que en estos momentos se habrán puesto a investigar todo lo referente a Eladio y a mí. Y lo primero que me hace parecer sospechosa es que me iba a divorciar, pero no de una forma amistosa y rápida.

«No es momento para lamentaciones», pienso mientras saco del armario un traje pantalón azul marino. No obstante, habrá quienes ahora aprovechen para hacer leña del árbol caído. «¿Y si, en vez de plantearles a tus abogados una separación complicada (fruto del cabreo), hubieras solucionado esto con rapidez?», me recrimino, porque ese será uno de los argumentos que esgrimirán en mi contra... Sin embargo, después me digo que tanto da, porque el asunto de la casi bancarrota siempre será un motivo mayor, de peso, para señalarme.

* * *

—Tal y como imaginaba, van a por ti —dice el impresentable al salir por la puerta trasera de la comisaría, pues, a pesar de mi oposición, me ha acompañado y ha ejercido como mi abogado. Mientras tanto, Diego se ha ido a gestionar los asuntos legales referentes a un fallecido... A mí aún me queda tener que ir a verificar la identidad y eso será, si nadie lo remedia, en breve.

Ahora bien, hay que mencionar un par de detalles. En primer lugar, se ha vestido como para un desfile circense. Pantalón de rayas verdes y amarillas, chaqueta con botonadura dorada en

color caqui, botas de motorista, maquillaje ahumado y, por supuesto, el pelo rubio recogido en un moño.

Así, de semejante guisa, ha estado asesorándome legalmente. Las caras de Martínez y Fernández eran todo un poema. Encima, habrán añadido a sus especulaciones una más: el tipo que aparece casi desnudo en su apartamento hace de abogado. Un sainete en toda regla.

De todos modos, he de decir que el impresentable ha sido tajante cuando los policías han intentado acorralarme con preguntas del tipo:

—Ustedes dos tenían una relación de lo más original, ¿cierto?

A lo que mi estrafalario abogado ha replicado sin dejarme responder:

—¿Usted está soltero o casado? ¿A que eso no importa? Pues vaya a los hechos y no juzgue a mi clienta.

Pasmada, he de admitir, me he quedado con cada cortante intervención. Y no digamos ya los dos policías, pues a buen seguro habrán visto vídeos de The Dumpsters en los que la incontinencia verbal hace irremediamente acto de presencia.

Por supuesto, era inevitable que salieran a colación muchos datos sobre nuestra relación. Una maldita ironía, pues ahora el impresentable dispone de información valiosa sobre mí. Lo cual me deja como una mentirosa, pues yo le hablé de un matrimonio abierto cuando la realidad es bien distinta. Eladio se largó y cuando por fin ha aparecido... ya no ha sido para dar explicaciones.

—¿Tati? —me llama ya imagináis quién sacándome de mis pensamientos.

—No estoy de humor —murmuro evitando la mirada.

Hay un coche con las lunas traseras tintadas. El chófer mantiene la puerta abierta y ni siquiera mira en nuestra dirección. Un empleado bien adiestrado.

—Anda, sube y calla. Que todo ha ido bien.

—No soy tan optimista —rezongo una vez sentada—. Creen que he sido yo.

—Cuando no hay mayordomo... —se guasea mientras se sienta a mi lado. Acto seguido me coge de la mano, lo que me deja pasmada—... la esposa es siempre la asesina.

—No te burles —le advierto deshaciendo ese agarre.

El vehículo arranca y maniobra hacia atrás para salir del callejón. Al incorporarse a la calzada principal, veo por qué hemos salido por la puerta trasera. Hay reporteros apostados a la espera de su trozo de carroña.

—Gracias —susurro sin mirarlo por haberlo previsto todo.

—De nada.

Cuando dejamos atrás a los periodistas, los cuales ignoran que ya hayamos escapado, estiro la mano hasta coger la suya. Y recibo un apretón, de lo más reconfortante. Una, sumergida en medio de semejante caos, no espera apoyo de un tipo como el impresentable. Aunque este simple gesto me da que en lo que pensar.

El chófer enciende la radio, quizá para que el silencio no nos resulte incómodo. Suena una canción melódica que no reconozco. El locutor menciona que se trata de *Perfect*, cantada por un tal Ed Sheeran. Tampoco importa, solo es un detalle que mantiene mi cabeza entretenida para no penar (o, en todo caso, no hacerlo demasiado) en lo que me espera a continuación.

—Aparque ahí, junto a esa farola —exige el impresentable. Después, sin soltarme la mano, añade—: ¿Lista?

En una pregunta retórica. Nunca se está lista para ir a reconocer un cadáver.

Inspiro y me bajo del coche. Aquí al menos no hay periodistas, aún no les ha llegado el olor de la sangre. Aunque no tardarán en redactar crónicas agresivas y entretener a la audiencia

pasando por alto el rigor informativo y, por supuesto, los sentimientos de los afectados.

Accedemos a las instalaciones y he de decir que, a priori, no dan grima; están construidas como cualquier otro complejo médico. Y solo hay que seguir las indicaciones para llegar a la morgue.

Una vez allí, una vigilante nos pide la identificación, nos pregunta a quién venimos a ver y después nos indica que esperemos unos minutos, que enseguida nos atenderán. Todo con una actitud distante, fría. Cero por ciento empatía.

Por fin nos dejan pasar a la sala para el reconocimiento. Aquí sí se percibe ese olor desagradable a química además de la baja temperatura.

—Por aquí, señora Belmonte —me señala una mujer con bata blanca y mascarilla. Nos ofrece una y la aceptamos.

—No tienes por qué... —digo al impresentable, que replica:

—La verdad es que no, pero nadie debería pasar trances como este a solas.

«Maldita sea, no necesito que te comportes como alguien cercano», pienso.

Nos plantamos delante de la camilla y trago saliva cuando me muestran el cadáver. Siento una especie de frío interno al reconocer a Eladio.

—¿Es él? —me pregunta la mujer. Yo solo soy capaz de asentir.

Aparto la mirada, aunque sé que jamás olvidaré su rostro hinchado, su piel enrojecida, la marca del cuello...

—Vámonos —indica el impresentable.

No sé cómo actúa una viuda ante este panorama. Soy incapaz de expresar mis sentimientos porque, aparte de ese frío, no siento nada. Ni rabia ni tristeza. Es como si se tratara de alguien extraño. Un simple conocido.

—Cuando tenga el informe definitivo de la autopsia, se lo haré llegar.

—No, gracias —replico en voz baja.

—¿No quiere conocer los detalles de cómo ha muerto su marido?

Abandonamos la sala sin responder. Me habría gustado gritarle: «¡No quiero saber nada!». Sin embargo, el impresentable me ha cogido de la mano y me ha sacado de allí antes de montar un numerito. Estoy segura de que la Policía recibirá un informe sobre mi comportamiento aquí.

Capítulo 19

Cuca ha hablado conmigo y, para mi sorpresa, se ha mostrado comprensiva. El teatro, tras tres días de suspensión del espectáculo, va a reabrir esta tarde. Me ha dicho que si no me encuentro con las fuerzas suficientes, que no me preocupe, que descanse. No he notado ese tono de quedar bien y ya, sino uno más amistoso.

Sin embargo, yo quiero volver a los escenarios. Pasarme horas aquí encerrada, dándole vueltas a mil hipótesis, a cuál más estrafalaria, no es la mejor manera de salir adelante.

Esta mañana ha tenido lugar el entierro. Yo, como esposa del difunto, tuve que tomar todas las decisiones al respecto ayer. Casi vomito cuando el empleado de la funeraria me preguntó no sé cuántos detalles sobre cómo deseaba despedir a mi marido. Fue Diego quien se encargó finalmente de ello, pues, sinceramente, me daba igual.

La familia de Eladio, que no estaba al tanto de nuestros problemas, se ha mostrado cortés y poco más. Y es que la Policía los habrá interrogado y, por tanto, sugestionado a la hora de pensar sobre mí.

Ha sido un entierro sencillo. Esperaba que acudieran más compañeros de la orquesta en la que trabajaba Eladio, pero apenas han aparecido cinco. Al principio he supuesto que no se llevaba demasiado bien con ellos, pero después he sabido que lo habían despedido hacía ya dos meses por sus reiteradas ausencias. En cambio, el elenco al completo de *Entre mis recuerdos* y el cuerpo técnico sí han estado acompañándome. Ha sido una sorpresa, pues yo no confiaba mucho en eso.

También Calvin y John, con vestimenta algo más discreta de lo habitual, han querido estar presentes. Lo han hecho en un segundo plano, pero he valorado muchísimo su gesto. Y eso que apenas nos conocemos.

Y, por supuesto, junto a los dos componentes de The Dumpsters se encontraba el impresentable. Esto que voy a decir suena horrible, pero es la verdad: parapetada tras mis gafas de sol, he estado más pendiente del roquero que del muerto.

Desde la noche del estreno he pensado demasiado en él. Y cuando digo «demasiado» debo añadir inconscientemente. Y eso que no hemos estado a solas. Cuando regresamos al apartamento, tras la penosa obligación del reconocimiento, solo me dijo:

—Descansa, ya hablaremos, Tati.

Me dio un beso rápido en los labios y nada más.

Y algo tan simple me encendió.

Así que me muevo entre la culpabilidad por desear a un hombre con mi marido recién fallecido y la ganas de volver a sentirme viva. Porque eso es lo que consiguió el impresentable en solo una noche.

Ahora mismo estoy recostada en la cama. Falta una hora más o menos para que deba ir al teatro a prepararme. Según me han comentado, han colgado el letrero de NO HAY ENTRADAS para las funciones de los próximos quince días. El morbo vende; la desgracia también.

He recibido un sinnúmero de llamadas de medios de comunicación para que conceda una entrevista. La excusa es mi trabajo en la ópera rock; no obstante, sé que tan solo me harán dos o tres preguntas al respecto y que enseguida se interesarán por los entresijos de mi matrimonio, ya que un informante anónimo ha abierto la veda.

En uno de esos horribles programas de cotilleos se ha dicho que Eladio era homosexual y que se casó conmigo para encubrirlo. Y que yo, al saberlo, lo he matado.

Además, la Policía, con su ambigüedad, tampoco ayuda. Fernández y Martínez han vuelto a interrogarme porque la autopsia revela que, por la altura y disposición de las marcas, tuvo que matarlo alguien de menor estatura que él y, claro, han deducido que una mujer encajaría. También han examinado el móvil de Eladio y resulta que no estaba donde decía estar. Aún no me han dicho dónde vivía y de qué, pues, al cortar yo la financiación, no disponía de recursos.

Unos golpes en la puerta hacen que me incorpore y vaya a abrir.

—Buenas tardes, señora Belmonte —me saluda de manera impersonal Martínez—. Ya sé que no es el mejor momento, pero...

Ese tono me preocupa.

—¿Qué ocurre? —pregunto preparada para lo peor—. ¿Han venido a detenerme?

—No. Solo a hablar con usted —puntualiza Fernández.

—¿Debería llamar a mi abogado?

Ambos policías cruzan una mirada.

—No, tranquilícese.

—¿Y qué desean?

—Mostrarle unos vídeos.

A pesar de saber que no es conveniente que esté a solas con ellos, les hago un gesto para que entren, aunque me cuido muy mucho de ofrecerles asiento. Estamos de pie, en el recibidor. Fernández saca una tableta, masculla algo por lo bajo mientras trastea y después me muestra el vídeo.

En él veo a Eladio caminando por una calle cercana al teatro.

—Lo captaron las cámaras de seguridad de un supermercado una semana antes de morir. —Recupera la tableta, toquetea algo y me muestra otro vídeo—. Aquí se lo ve justo en el portal de este edificio. Mire la fecha, tres días antes de su muerte.

—¿Y qué me quieren decir con esto?

—Hay más grabaciones, también de las cámaras de seguridad del teatro, señora Belmonte.

—Hable claro.

—Sospechamos que o bien usted se entrevistaba con él en secreto...

—¿Cómo?!

—O la espiaba con algún fin que desconocemos.

—¡Váyanse! —les espeto, y abro la puerta de malas maneras.

—Solo hacemos nuestro trabajo —se justifica Martínez.

—¡Fuera!

Echar a dos policías del caso no ayuda a mi causa. Sin embargo, me he quedado bien a gusto despachándolos. Claro que la información que me han transmitido...

Regreso al dormitorio y saco ropa para arreglarme. Lo haré de forma somera, ya que enseguida en el teatro pasaré por maquillaje y demás.

La pantalla de mi móvil se ilumina, acaba de entrar un mensaje de WhatsApp del impresentable.

¿Lista para dejarlos a todos boquiabiertos?

Sonrío.

Sí, creo que sí.

Lo vamos a petar, Tati.

Te espero en la puerta.

He de decir que su comportamiento es impecable. Sigue llamándome Tati, pero ya no me fastidia tanto como al principio..., quizá por el tono ronco que a veces emplea. Le respondo.

Ahora salgo.

Nada más darle a «Enviar» me siento igual que una chica joven tonteando a través del móvil.

Impaciente me hallo.

¿Le envió uno de esos dibujitos que usa la gente para no escribir?

No, mejor no.

Lista (o al menos así quiero creerlo) para la función, camino hasta la puerta y me encuentro al impresentable esperando en el sillón del descansillo y..., bueno...

—El negro te hace mayor —comenta al verme.

—Soy viuda —replico. Sí, he elegido un atuendo más bien sobrio. Nada que ver con sus pantalones estampados con mariposas rojas y negras y la sudadera a juego.

—Un día de estos tú y yo vamos a ir de compras —sugiere mientras se acerca a darme un beso en los labios; sin embargo, yo lo rechazo. No quiero que nadie nos vea.

Cuando salimos a la calle, vemos que hay un par de periodistas apostados junto a la acera. Eso quiere decir que a la porra con la intimidación. Han averiguado dónde nos alojamos.

—Pasa de ellos —murmura el impresentable y me coge de la mano.

Yo intento soltarme, van a malinterpretar el gesto. Los compañeros de trabajo no se dan la mano.

—¡Killian! —le grita una de las reporteras—. ¡Killian!

Y el impresentable, sin detenerse, les hace una peineta a todos. Madre mía.

En el acceso principal al teatro también hay gente apostada, aunque entramos por la zona destinada a los trabajadores. La mayoría de los que participan en *Entre mis recuerdos* ya están aquí. Debo admitir que no me miran con lástima y que al menos me saludan.

—Tatiana, ven que te muestro tu nuevo camerino —me dice una de las asistentes.

Sigo a la chica y en silencio agradezco el detalle del equipo de producción. Al pasar por delante del camerino anterior, respiro hondo. Aún está precintado. El sello de la Policía Científica es como un doloroso recordatorio de lo que ha pasado recientemente. No tengo ni idea de cuándo lo retirarán.

Me siento delante del espejo y enseguida comienzan a arreglarme. La de veces que he pasado por esta situación, pero en todas ellas mi cabeza estaba puesta en la obra, no en mi vida, o, mejor dicho, en el desastre en el que se ha convertido esta.

Mi móvil emite un pitido, ha entrado una notificación. Abro el enlace y veo que se trata de un artículo de prensa en el que me mencionan. Sé que, por mi tranquilidad, debería apagar el

teléfono.

No obstante, mi lado estúpido toma el control y comienzo a leer.

La sorpresa ha sido mayúscula. Nadie esperaba que la mezzo Tatiana Belmonte aparcara su carrera operística para cambiar de registro. Las críticas han sido benevolentes con ella y su nuevo espectáculo. Sin embargo, a tenor de los últimos acontecimientos en su vida privada, empezamos a entender a qué se deben estos cambios. La reciente muerte de su marido, del que según algunas fuentes se estaba divorciando tras meses de desencuentros, no la ha afectado tanto, pues nos ha llegado una nota de prensa anunciando que estará hoy sobre el escenario. Además, testigos que acudieron al sepelio de su difunto esposo afirman que se mostró impasible...

—Esto es basura —murmuro cabreada antes de dejar el móvil de malas maneras sobre la mesa.

Terminan de acicalarme; sigo sin verme del todo a gusto porque esta imagen de chica ingenua no va conmigo. De todos modos, son exigencias del guion.

Otra pitido del teléfono. ¿Lo miro? ¿Resisto la tentación?

Miro la hora; aún me queda un rato. Me despido de las chicas y, sola en el nuevo camerino, caigo en la peligrosa tentación de leer:

Vaya pájara, la Tatiana.

El comienzo es, cuando menos, inquietante.

Casada y con un amante, porque a nadie se le escapa que su pobre marido ha muerto mientras ella se divertía con su compañero de función. Las imágenes no dejan lugar a dudas...

El comentario va acompañado de una foto mía con el impresentable al lado, saliendo de la comisaría. Eso quiere decir que algún funcionario ha filtrado imágenes. «Estupendo, más carnaza.» Pienso, quizá producto de la paranoia, que Martínez y Fernández pueden tener algo que ver. No sé, estoy demasiado tensa como para ser racional.

Dan unos toquitos en la puerta, lo que quiere decir que debo salir a escena. Olvidemos durante dos horas la realidad.

* * *

—¿Por qué no me has besado?

Ignoro la pregunta del impresentable.

Me ha seguido hasta el camerino y ha cerrado de un portazo. La función ha resultado un éxito, nos han aplaudido y vitoreado, pese a que yo, en la escena final, he apartado la cara y no nos hemos besado.

—No voy a alimentar rumores maliciosos sobre nosotros —digo tras sentarme y comenzar a desmaquillarme.

—¿Rumores?

—La prensa.

—¿De qué cojones hablas?

Busco el comentario en el móvil y se lo muestro. El impresentable lo lee y replica:

—Gilipollices. Nadie puede saber qué ha ocurrido entre nosotros.

—Y que no va a volver a suceder —sentencio. A continuación me peino de forma rabiosa para eliminar los restos de fijador de pelo.

—No digas bobadas, Tati. —Se coloca tras de mí para inclinarse y que su rostro quede a la altura del mío. Cruzamos las miradas en el espejo—. Tú y yo tenemos mucho pendiente...

Esto último lo ha dicho con un tono susurrante que me revoluciona, pero al que debo hacer frente.

—¿Pretendes que vuelva a acostarme contigo?!

—Sí —afirma con rotundidad.

Abro los ojos como platos.

—Acabo de quedarme viuda —le recuerdo de manera innecesaria, pues bien lo sabe.

—¿Y? ¿Las viudas no follan?

—¿Cómo puedes ser tan insensible?

—Tati, no desvaríes —murmura antes de darme un pequeño mordisco en el lóbulo de la oreja. Justo lo que no necesito—. Y no te mientas a ti misma.

—Yo no...

—Sí, eres viuda; punto. Sin embargo, no hace falta que representes el papel de viuda desconsolada. Tu matrimonio estaba muerto.

—Gracias por recordármelo —mascullo molesta.

—Así que no pasa nada porque sigas adelante con tu vida. Nadie va a juzgarte.

—Eso no te lo crees ni tú —le rebato y, cuando intento levantarme para poner distancia, él me lo impide.

—Nadie va a juzgar nuestra intimidad porque no la vamos a compartir. Es algo entre nosotros, Tati. Tú y yo.

—Eso es fácil decirlo. Si se llegan a enterar, a ti te colgarán una medalla y a mí me crucificarán.

—Bobadas. Y siendo discretos...

Aparta la tira del vestido que llevo en la última escena y comienza a recorrer la piel de mi hombro con sus labios.

—No estoy de humor... —susurro, y sé que miento.

—Voy a demostrarte lo contrario.

Se las ingenia para que yo gire la cabeza y, a pesar de lo complicado de la postura, accede a mi boca. Comienza despacio, tentándome para que poco a poco separe los labios. Y lo hago, además de ir girándome para quedar cara a cara.

Pero me doy cuenta de que no me conformo con besarlo. Quiero más.

—Soy lo peor... —me lamento en voz baja pese a que me he puesto en pie para rodearle el cuello con los brazos y sentirlo lo más cerca posible.

—Esta es mi Tati... —jadea al tiempo que me agarra del culo.

De repente me levanta y me veo sentada sobre la mesa, excitada. Las piernas separadas y él colocado entre ellas. Sus manos buscando la cremallera lateral de mi vestido.

Gimo de manera contenida y de pronto oigo un sonido de tela desgarrándose, lo que me pone en alerta.

—¡Espera!

Me echo hacia atrás, pese a su resistencia, y compruebo horrorizada que al bajar la cremallera esta se ha atascado con la tela y se ha rasgado, dejando un nada bonito roto en el vestido.

—¡Mira lo que has hecho!

—Puto vestido —gruñe—. Quítatelo, que al final lo desguazamos entero.

Como no obedezco, es él quien de nuevo me pone las manos encima dispuesto a desnudarme.

—Esto se nos va de las manos. ¿Qué le digo yo mañana a la modista?

—Que estabas a punto de follar y la puta cremallera se ha atascado —me espeta sin rastro de humor.

—¿Lo dices en serio?

—Tati, deja de discutir y desnúdate. —Niego con la cabeza—. Ya sé lo que quieres...

—Ir a casa y descansar.

—No —me contradice—. Me provocas para que actúe con contundencia. Eres tan hipocritilla que, a pesar de estar cachonda, prefieres fingir lo contrario.

Trago saliva. Su diagnóstico se acerca bastante a la realidad. Lo deseo, más de lo que estoy dispuesta a admitir.

—Es que...

Me sujeta de la barbilla y me da un beso suave en los labios.

Algo tan ligero resulta incendiario y mi excitación hace el resto. Me pongo en pie y, con cuidado de no causar más destrozos en el vestido, me lo quito, consciente en todo momento de la mirada fija del impresentable sobre mi cuerpo. Él se saca por la cabeza el jersey de ochos azul que usa en escena y acto seguido la camiseta blanca.

Me muerdo el labio inferior y respiro hondo.

—He follado en muchos camerinos —dice. Yo parpadeo confusa—. Pero te aseguro que no va a ser igual.

—¿Pretendes que me comporte como una fan histérica?

—Quiero que te dejes llevar, Tati.

Vuelve a besarme al tiempo que me desabrocha el sujetador. Lo lanza por encima de su hombro y agacha la cabeza para chuparme un pezón. Yo enredo las manos en su pelo y me arqueo. Cualquier cosa para sentir su contacto.

—Hummm...

—Como una moto me pones al oír tus gemidos —dice con la voz ronca—. Y que me toques, me muerdas, me arañes...

—Hummm... —repito cuando cambia de pezón.

Si pensaba que sus labios no podían ser más agresivos, me equivocaba, pues succiona con ganas, muchas, y yo no estoy acostumbrada a esta intensidad.

—Tati..., joder... Tati...

Oír mi nombre con semejante tono es de lo más erótico. Ningún hombre me ha hablado así. O, si lo hizo, yo no me di cuenta, no estaba pendiente. Ni con Eladio sentí algo similar.

Tengo la garganta seca y noto cómo mi cuerpo se va deshaciendo en pedacitos.

—Tengo una idea... —dice de repente. Nos miramos y él esboza una sonrisa que calificaría de peligrosa.

—Deberíamos parar —replico nerviosa, pues seguro que su idea me meterá en problemas.

—No digas chorradas. ¿Ahora? ¡Mira cómo estamos!

—¿Y por qué has parado?

—Por esto...

Aprovechando la ley de la ventaja, me agarra hasta darme media vuelta y colocarme de cara al espejo del tocador. Él se sitúa detrás y me empuja hasta doblarme sobre la mesa. No contento con ello, me da un azote en el trasero y se refrota con él.

—Ahora vamos a follar —sentencia.

—¿De esta forma?!

—Es la mejor.

Se desabrocha los pantalones.

A través del espejo veo cada uno de sus movimientos, las expresiones de su cara y, sobre todo, el deseo reflejado en sus ojos.

Enseguida noto cómo sus dedos me acarician entre las piernas y presionan sobre mi clítoris al tiempo que me penetra de un golpe, dejándome clavada en el sitio.

No me reconozco. La mujer que refleja el espejo no soy yo.

Él comienza a moverse, a embestirme. No está siendo brusco, aunque sí muy hábil. Es un ritmo lento, constante. Con cada envite (al que yo respondo con jadeos y apretando los músculos vaginales) he de sujetarme al borde para no chocar con el espejo y acabar con la frente magullada.

Los potingues y otros cachivaches de maquillaje que hay esparcidos por el mueble comienzan a desplazarse y sé que acabarán en el suelo, debido a la intensidad con la que me embiste.

Pero si la fuerza que emplea ya es de por sí atronadora, la mirada es salvaje, primitiva. Cierro un instante los ojos; no es por vergüenza (bueno, un poco sí), sino porque quizá piense que esto es un sueño. Pero no, porque al abrirlos sigo viendo a una mujer desconocida, excitada, mientras un tipo a su espalda hace maravillas con su cuerpo, exprimiéndolo como nunca antes.

—Joder... Joder... —gruñe sin perder el compás—. ¿Te das cuenta, Tati?

Nada más formular la pregunta me da un golpe justo entre las piernas y yo reacciono de forma irracional, aullando y experimentando un clímax que me deja anonadada.

Aunque si pensaba que ya estaba todo hecho, me equivocaba, pues el impresentable, lejos de disminuir el ritmo, acelera y vuelve a azotarme, esta vez en el trasero, reactivando mi interés.

—No puedo más —jadeo.

—¿Cómo que no? —replica con tono exigente.

Y la exigencia la traspasa a sus manos, una entre mis piernas sin dar un respiro a mi sensibilizado clítoris y la otra atrapando un pezón para dejarme sin aliento.

—Vamos, Tati, córrete conmigo.

Y la mujer del espejo obedece.

Capítulo 20

—No sé por qué escondes tu lado sexual y salvaje, Tati —me susurra sin dejar de recorrer mi espalda con las yemas de los dedos. Con cada roce siento un electrizante escalofrío que me recorre entera, aunque donde hace estragos es en mi sexo. Es desconcertante, pues esta sensación no sé manejarla bien y temo meter la pata.

Tras el interludio del camerino, el impresentable ha insistido en «dormir» juntos. Y ahora estamos en mi habitación, desnudos, en penumbra, cuando lo más sensato habría sido volver cada uno a su apartamento y distanciarnos un poco..., lo suficiente para que al menos yo no me sienta tan culpable. Porque tras la euforia sexual han aparecido los remordimientos; claro, que no son tan fuertes como para mandar a paseo al roquero.

—Prefiero ser discreta —alego consciente de que es una justificación bastante pobre.

Suspiro porque cada caricia me recuerda que estoy desnuda con él en la cama. algo cien por cien decadente e inusual en mi vida. Al menos hasta ahora. Me sorprende que un tipo tan grosero en público sea tan delicado en privado.

—Bueno, no me quejaré —dice en voz baja.

Se inclina para darme un sonoro beso justo sobre la separación de mis nalgas.

—Tampoco me gusta ser vulgar o explícita —añado tras contener un suspiro de placer.

—Depende del momento, Tati —susurra—. Entre amantes es mejor ser sinceros, hablar sin tapujos.

Tuerzo el gesto. El tema amantes no lo tengo muy controlado.

—Para ti quizá sea fácil; sin embargo, yo no me crie en un ambiente muy liberal que digamos.

Su mano sube y baja por mi columna vertebral, a veces mueve los dedos como si yo fuera un piano.

—Cuéntamelo —me pide en voz baja.

No sé si debo hablarle de mi vida, de mi infancia o de cualquier otro aspecto personal. Ya sé que entre amantes se habla de muchas cosas, se hacen confidencias. No obstante, hay ciertos secretos que ni siquiera le confié a Eladio.

—¿Por qué te interesa?

—Soy de natural curioso —responde, y detecto cierta burla en sus palabras—. Y, si quieres, luego te hablaré yo. Pero antes, venga, cuéntame cómo era la Tati pequeña en un ambiente represor.

—Yo no he dicho que fuera represor —lo corrijo—. Fue... aburrido, educado...

Pienso en mi infancia, en aquellos años en los que, como hija única, mis padres podrían haberme mimado y consentido a placer. Y, sin saber por qué, comienzo a contárselo todo.

—Mis padres llevaban quince años casados y ya habían perdido la esperanza de tener hijos. Sin embargo, sin saber cómo, mi madre se quedó embarazada cuando ya había cumplido cuarenta y dos. No fui consciente, hasta que cumplí diez años, de que yo era alguien a quien cuidaban, alimentaban y poco más por responsabilidad. Mis padres habían organizado por

completo su vida de pareja sin hijos, así que viajaban, salían... sin tener que dar cuenta a nadie de nada, sin obligaciones, y yo... pues... llegué para convertirme en un estorbo. Así que de muy pequeña me cuidaban niñeras y cuando fui un poco mayor me metieron en un colegio interna.

—Joder...

—Solo iba a casa durante las vacaciones y en contadas ocasiones especiales, y ellos me visitaban apenas algunos domingos.

—Eras una niña... —musita sin dejar de acariciarme.

—No quiero que me tengas lástima —le advierto. Cuando intento apartarme, él me lo impide.

—Tati, no seas petarda. Y no es lástima. Anda, sigue hablando.

—El caso es que me crie sola o con extraños. Además, durante las vacaciones que pasaba en casa, como mis padres no estaban dispuestos a cambiar sus planes y su estilo de vida, decidieron buscarme actividades extra y acabé en un coro cuando tenía doce años. —Hago una pausa y el impresentable aprovecha para cambiar de postura de tal forma que, en vez de acariciarme con la mano, lo hace con los labios—. Yo no quería ir, prefería pasar tiempo con ellos, pero después de eso me apuntaron también a clases de música.

—Y allí descubrieron tu potencial.

—No, porque me rebelé. Odiaba las clases, la disciplina y las mojas que me mortificaban, tanto del internado como de las extraescolares. Tanto fue así que mis padres tomaron cartas en el asunto y me amenazaron con enviarme interna a un colegio fuera del país. Entonces reculé y pensé que era mejor estar cerca de casa, aunque solo me visitaran de vez en cuando.

—Vaya marrón.

—Al final te resignas, así que comencé a implicarme hasta que un profesor se dio cuenta de que no era una cantante más. Habló con mis padres y les propuso que yo recibiera clases especiales de canto. Y, cómo no, accedieron encantados —prosigo—. Aunque en su momento todo aquello me causó cierta pena, después el resultado lo ha compensado.

—Eso es lo que te gusta pensar —puntualiza.

Me incorporo sobre los codos y lo miro.

—¿Qué tiene de malo mi exitosa carrera musical?

—En principio, nada. —Por la cara que pone sé que va a añadir algo. Y sí, lo hace—. No obstante, me da la sensación de que no te sientes realizada, como si fuera solo una obligación, sin pizca de diversión.

—Según tú, supongo que he de subirme al escenario y hacer el ganso.

—Deberías, sí. —Me sonrío al tiempo que se aparta el pelo con la mano. Un gesto muy sensual, desde luego—. Improvisar, no todo es técnica.

—La gente que acude a la ópera no espera sorpresas, sino calidad —apostillo muy seria.

—Eso era antes, Tati. Los tiempos cambian. No hace falta ser un estirado de mierda para ir a la ópera.

—Por desgracia, así es. Cada vez hay más público que va vestido de cualquier manera —me lamento.

—Mira que eres clasista, querida...

Para que no replique, se inclina y atrapa mi labio inferior y acto seguido me besa con contundencia. Y yo respondo de igual modo, por lo que ambos acabamos otra vez excitados, aunque él decide (no me preguntéis por qué) parar.

Acaricia mis labios con el pulgar y musita:

—Venga, sigue contándome cosas...

—No hay mucho más —le indico, porque no quiero hablar de mí, que ya lo he hecho bastante—. Y tampoco es que sea muy relevante.

—Dame el gusto.

Me aparto, ya que él no va a ceder, hasta quedarme boca arriba. Intento que mi postura sea elegante, por eso doblo una rodilla.

—Di mi primer recital, como invitada, al cumplir los dieciséis. Me seleccionaron en un *casting* que hicieron en la academia. Buscaban a una chica para hacer de relleno en un espectáculo navideño ante un público al que lo mismo le daba el repertorio. Solo eran cinco minutos. Canté *Ombra mai fu*.

—Si no recuerdo mal, es el aria de apertura de *Jerjes*.

—Exactamente —murmuro sorprendida, pues no esperaba que supiera el dato.

—Y supongo que los dejaste a todos con la boca abierta.

—No, solo conseguí que me volvieran a contratar para dar recitales en pequeños teatros. Mis padres no se opusieron, pues entre viajes y demás me pasaba bastante tiempo fuera de casa. A veces iban a verme.

—Lo has dicho como si te estuvieran haciendo un favor, cuando debería ser al contrario.

—Ya te he dicho que mis padres tenían su forma de ser y yo no iba a cambiarlos.

No quiero admitir delante de él que sí, en efecto, cuando llegaba al hotel de turno y me quedaba sola, echaba de menos a alguien con quien hablar. Y, por supuesto, cuando veía a mis padres entre el público, me sentía feliz. Sin embargo, aprendí a sobrellevar aquella soledad, a concentrarme en mi carrera.

—Una pena, la verdad —comenta. Yo me encojo de hombros porque todo aquello ya pasó—. ¿Y cómo diste el gran salto?

—En una de aquellas galas conocí a Diego. Como buen *mánager*, buscaba a gente a la que llevar y que tuviera futuro. Así que se presentó y habló con mis padres porque me faltaban un par de meses para alcanzar la mayoría de edad.

—Te lanzó al estrellato, ¿eh?

—No. Me hizo trabajar duro, ensayar y contrató a los mejores profesores de canto y música —lo corrijo, y se me escapa una pequeña sonrisa al recordar mis inicios con mi todavía agente.

—Lo típico, vamos —dice. Pero yo niego con la cabeza.

—Te equivocas. Diego me hacía trabajar durante los ensayos o las clases, pero también se ocupaba de que tuviera una vida. Y me animaba a ello, a salir, a divertirme...

—¿Te buscaba..., ya me entiendes?

—¿Amantes? —puntualizo. Él asiente.

—No, tanto como eso no; ahora bien, si notaba que alguien me gustaba, pues... —Suspiro porque relatarle esto es hablar de asuntos muy personales y no sé hasta qué punto debo confiar en él—. La verdad es que Diego veía con buenos ojos que tuviera amigos especiales, nunca ha sido un representante de esos controladores. Hasta me reñía si me quedaba en casa. Incluso ahora insiste en que haga vida social.

—Vaya. Un buen consejo. —Vuelve a tocarme.

En esta ocasión, al estar yo boca arriba, tiene completo acceso a mis pechos y, de nuevo utilizando sus dedos, realiza lentas pasadas alrededor de la areola. Es un contraste increíble, pues en el camerino ha sido de todo menos delicado.

—Sí, Diego es mucho más que un agente. Es un amigo —añado en voz baja.

—Lo he notado por cómo te trata y se preocupa. Aunque también me da la sensación de que

no ha sido nunca tu amante.

—No —admito.

—Y que no sentía mucho aprecio por tu marido.

Inspiro. Este es un tema muy delicado. Pero negarlo es estúpido.

—No lo sentía, es cierto. Nunca entendió por qué me casé con Eladio.

—¿Y por qué lo hiciste?

—Mis relaciones anteriores, debido a los compromisos, habían sido esporádicas. Conocí a Eladio y noté que era diferente, no sé... —Ahora me siento ridícula porque me dejé llevar por una falsa sensación de seguridad. Creí estar enamorada por primera vez y lo que estaba era más bien ciega.

—Te entiendo —musita, y al mirarlo percibo que a lo mejor no siempre ha sido el típico tío que cada día está con una sin importarle nada. Quizá me estoy dejando llevar por la situación de intimidad que hemos creado, pero algo me indica que el impresentable también ha sufrido algún que otro engaño.

Nos miramos unos instantes. Yo estoy siendo brutalmente sincera y él me escucha atento cuando lo lógico, a tenor de su forma de ser (o la que se esfuerza en mostrar), sería que ahora mismo pasara de mí. Al fin y al cabo, ya ha obtenido lo que buscaba en el camerino.

No quiero derrumbarme, de ahí que decida ser yo quien haga las preguntas.

—Ahora te toca a ti. Cuéntame cómo eras de pequeño.

—Un angelito —responde, haciéndome reír.

—No te creo.

—Un angelito travieso —puntualiza, adoptando una expresión de no haber roto nunca un plato.

—¿Y tu familia?

Hace una mueca.

—A ver, pues una bastante corriente, que pasaba apuros para llegar a fin de mes y que vivía de alquiler en una casa vieja con goteras.

Lo ha dicho con bastante sencillez, no se le nota muy avergonzado.

—Cuéntame algo más. —Y, en un arranque de atrevimiento, soy yo quien se acerca y le muerde el labio. Él responde con un gemido muy entusiasta y un beso profundo que nos entretiene durante un buen rato. Beso al que añadimos caricias.

—Tati..., eres un vicio muy difícil de vencer —musita.

Sonríó complacida por el halago.

—Estabas hablándome de tu familia.

—Ah, sí. Bueno, mi padre es de Cádiz, emigró a finales de los ochenta y se colocó como mecánico. Conoció a mi madre, que trabajaba de dependienta, y, mira, flechazo anglo-hispánico.

Ahora entiendo por qué se maneja tan bien en español. Lo de ser hijo de mecánico y dependienta ya lo había leído en la web oficial del grupo.

—¿Hermanos?

—Uno. Travis. Un peñazo.

—Eso lo dices porque es más guapo que tú, seguro —bromeo. Él tuerce el gesto.

—También es mecánico, para no perder la tradición.

—Entonces, el único que se ha desviado eres tú.

Él asiente.

—Culpable —admite con esa sonrisa que conquista y que, además, me excita—. Era un

pésimo estudiante. No destacaba en nada, así que con los colegas, Calvin y John, nos escapábamos del instituto y hacíamos el gamberro. Lo normal, vaya.

—¿Normal? —repito riéndome.

—Lo normal para unos chicos de barrio obrero sin muchas expectativas de futuro —precisa.

—¿Y cómo llegó lo del grupo?

—Como imaginarás, producto de otra gamberrada...

Me cuenta la versión que aparece también en la web oficial de The Dumpsters, con una diferencia: al escucharla de su voz es mucho más divertida. Me sorprende que en ningún momento se avergüenza de ser un tipo que se «llevaba» cosas de las tiendas sin pagar para revenderlas. De este modo me cuenta que, por casualidad, se quedaron con unas guitarras. Se pusieron a tocar para dar por el culo en el barrio (palabras textuales) y después subieron el vídeo a YouTube, en donde tuvieron más repercusión de la esperada.

—¿Y qué opinan tus padres de tu carrera musical?

—Que soy un maleducado, que desperdicio mi talento y que eso de enseñar la polla es de descerebrados —responde. Yo me río.

—Totalmente de acuerdo —digo.

—A ver, admito que, bueno, el escándalo siempre vende, llama la atención en redes y blablablá. Cantantes hay a patadas, buenos y malos. Hay que provocar para que te escuchen.

—¿Calvin y John también enseñan sus partes? ¿Y qué me dices del bajista, de Steven? —A este último solo lo conozco de oídas; se incorporó al grupo después y, por lo que me han contado, su relación con el resto de los miembros no es tan estrecha como ocurre con los tres amigos.

—¿Sus partes? —se guasea antes de darme un pellizco en el muslo—. Anda que no eres cursi. No, ya no enseñan la polla. Solo yo.

Es inevitable dirigir la mirada hacia su entrepierna. Él se percata de ello y... se la agarra y comienza a tocarse.

Trago saliva.

—¿Qué haces?

—Provocarte, Tati. Que llevas un buen rato cachonda y quiero ver hasta dónde eres capaz de llegar.

—Ya lo hemos hecho en el camerino.

—Cierto; sin embargo...

Estira la mano libre y la mete entre mis piernas. Me encuentra tal y como ha afirmado. No se burla al respecto, sino que utiliza dos dedos para acariciarme los labios vaginales antes de penetrarme con ellos y susurrar:

—Me apetece comerte el coño. Siéntate en mi cara.

—¿Perdón?

—Tati, un poco de sexo oral, venga, que te va a gustar —dice zalamero.

—Voy a ducharme y vuelvo enseguida. —Pero hago amago de incorporarme, él me lo impide colocándose encima.

Me besa y me inmoviliza y yo, que nunca he sido amiga de demostraciones de fuerza masculina, me rindo sin oponer resistencia, hasta retorcerme bajo su peso por el mero placer de sentir el roce, el calor de piel contra piel.

—Hummm..., así me gusta, Tati. Saca tu lado más erótico.

—Lo intentaré.

Capítulo 21

Otra vez, y ya he perdido la cuenta de las veces que la Policía se ha presentado en mi apartamento, he tenido que soportar sus mañas inquisitoriales. Han aparecido más vídeos de Eladio rondando el teatro y las fechas coinciden con los ensayos de *Entre mis recuerdos*, así que los dos agentes han establecido la absurda teoría de que mi difunto marido y yo manteníamos contacto a menudo. Eso es algo del todo incierto que me he tenido que esforzar por aclarar. Lo que ocurre es que en algunos momentos no tengo coartada, me encontraba sola en casa; por eso los policías dejan caer una y otra vez la idea de que miento.

El informe forense tampoco me va a ayudar. Diego (no sé cómo se las ha ingeniado) ha conseguido una copia antes que nadie y en él se afirma que Eladio murió por asfixia (nada nuevo), pero que las marcas, la posición, determinan que probablemente fue una mujer.

Así que mi agente, además de darme ánimos, ha contratado los servicios de un prestigioso investigador para que rastree la vida de Eladio en los últimos meses.

Hoy es día de descanso, no hay función. Voy a aprovechar para pasar por el *spa* y regalarme un tratamiento completo. Anoche, cuando lo comenté de pasada con el impresentable, quiso acompañarme. Y se puso muy pesadito con el tema. Menos mal que al final desistió; eso sí, enfurruñándose un poco, pues él no ve el riesgo de que alguien nos descubra juntos.

Todavía pululan por la red comentarios de sus fans acribillándome ante los rumores de que estamos juntos. Me tachan de asaltacunas, vieja verde, salidorra y no sé cuántas lindezas más ante la posibilidad de que un roquero de treinta y dos años esté con una mujer seis años mayor.

Como sospecho que a lo mejor el impresentable decide sorprenderme en el *spa* sin avisar, le he mentido al decirle la hora de la cita, por lo que él se ha ido al gimnasio tan tranquilo.

Salgo del apartamento, camuflada con ropa un tanto lúgubre y por supuesto unas enormes gafas de sol, innecesarias pues el día está nublado. Me subo al taxi, le indico la dirección al conductor y este inicia la marcha sin darme excesivo palique. Mejor.

Tiene sintonizada una emisora de noticias y, qué casualidad, una periodista (o tertuliana sin más) dice a través de las ondas:

—Una fuente de toda confianza que trabaja en el teatro donde se representa *Entre mis recuerdos* nos ha comentado que las desavenencias entre la quisquillosa Tatiana Belmonte y el resto del equipo son continuas...

Me muerdo la lengua. ¿Cómo pueden inventarse algo similar?

Le pido al taxista, lo más amablemente que puedo, que suba el volumen. La inventiva de la gente nunca dejará de sorprenderme.

—Su fama de poco sociable es merecida —prosigue ella—. Además, se rumorea que está implicada en la muerte de su esposo, el gran y añorado director de orquesta Eladio Guillén...

¡Cómo exageran algunas!

—Fuentes policiales confirman que están investigando a fondo el caso y que no descartan ningún sospechoso. —Y suelta una risita para rematar—: o sospechosa.

El resto de los contertulios también se ríen.

¿Dónde queda la presunción de inocencia?

—Joder, es que los famosos son la repera —comenta el taxista, y no me hace ninguna gracia.

Tampoco le replico algo así como «¿Usted qué sabe?».

—¿Y no hay rumores más jugosos? —oímos preguntar a un tipo a través de la radio.

—A ver, hay quienes dicen que Tatiana va detrás de Killian; sin embargo, nadie se lo cree.

—Ha habido especulaciones en redes sobre eso —apunta otro tertuliano.

—Seamos serios, por favor. ¿El cantante de The Dumpsters liado con una señora mayor?

¡¿Señora mayor?!

—Mira Madonna qué jóvenes se los busca.

Hasta el taxista se une al coro de risas de los tertulianos.

—Mientras no empiece a destrozarse la cara con las cirugías... —Comentario seguido de risitas.

—Las mujeres de cierta edad deberían quedarse en casa y no hacer el ridículo —comenta el conductor con ese tono tan asqueroso como arcaico.

Ya se ha quedado sin propina.

—El caso es que Tatiana quiere sentirse joven —continúa especulando la pseudoperiodista—, pero dudo mucho que un tipo como Killian le haga caso.

—En el escenario tienen bastante química.

—Son actores, deben fingir.

Me han puesto a caldo sin motivo alguno. Por eso, en cuanto llego al destino, abono la carrera con la tarjeta de crédito y me bajo lo más rápido posible con tal de no seguir escuchando majaderías sobre mí.

* * *

Algo más relajada y con la piel increíblemente suave, regreso al apartamento. Nada más salir del ascensor me encuentro al núcleo duro de la banda de rock desgañitándose en el descansillo, pues falta el bajista, como siempre.

—¡Tatiana! —exclama Calvin al verme. Acto seguido deja en el suelo su guitarra y se acerca con rapidez para darme un gran abrazo. Hasta me coge en volandas—. ¡Qué alegría verte!

—Lo mismo digo —respondo una vez que mis pies tocan el suelo de nuevo.

—¡Hueles de maravilla! —Este es John, que también se ha acercado a saludarme.

—¿Has ido al *spa*? —pregunta el impresentable dejando implícito que he ido sola.

—¿Y a ti qué te importa dónde va Tatiana? ¡Ni que fueras su perro guardián! —le espeta Calvin.

—Sí, necesitaba relajarme.

De reojo veo al impresentable arquear una ceja. Es evidente que le he mentado. Sin embargo, era necesario. Ya resulta lo suficientemente mortificador ver lo que se escribe de mí en redes sociales o lo que se comenta en programas de cotilleo.

—¿Te quedas con nosotros a ensayar? —inquire Calvin.

—Sí, por favor —me anima John.

—Tengo cosas que hacer, chicos —me disculpo, y ellos me ponen carita de perro abandonado.

—Dejad tranquila a Tati —interviene el impresentable—. Y no le hagáis la pelota, que luego

se lo cree.

—No seas borde, tío —le recrimina John—. Ella canta mil veces mejor que tú y su opinión me interesa.

A ver, yo no quiero crear conflictos entre los miembros de The Dumpsters, aunque admito que me siento muy halagada por cómo Calvin y John me invitan a participar.

El sonido de un móvil nos interrumpe. El impresentable frunce el ceño y se acerca hasta la mesita a coger su teléfono (la funda es hortera, pues está repleta de diamantes de imitación).

—Joder —masculla, aunque no responde.

El teléfono se calla durante cinco segundos y vuelve a sonar. Y no reconozco el tono, pues hasta donde yo sé siempre usa una parte de la canción *Sexy and I know it*. Lo sé porque un día se lo pregunté. Y ahora suena uno que desconozco.

—Coge el puto móvil —le grita Calvin al impresentable.

Él termina obedeciendo, aunque se mete en su apartamento para hablar.

—Siempre que suena este tono se pone tenso —me aclara John; pero la explicación de bien poco me sirve, así que me dispongo a preguntar; sin embargo, Calvin se adelanta.

—Siempre que suena *I put a spell on you* sabemos quién es.

Parpadeo, porque sigo igual de confusa.

—Su ex —añade John—. Una cabrona de cuidado.

—Ah.

—Seguro que lo quiere putear con el crío —murmura Calvin negando con la cabeza. Agarra su guitarra y rasga un poco las cuerdas.

¿El impresentable tiene un hijo?

—¿No lo sabías? —inquire John al ver mi cara. Niego con la cabeza y él prosigue—: Killian Júnior. Va a cumplir quince años y es un dolor de huevos.

¿Quince? ¡Si el impresentable tiene treinta y dos!

—Vamos, que ha salido repelente de cojones —apostilla Calvin—. Saca notas alucinantes, es un prodigio. Nadie se lo explica, porque el padre es un alcornoque y la madre fumaba maría todo el tiempo.

—¿Y cuál es el problema? —pregunto con cierta cautela.

—Pues que seguramente la madre quiere irse de fiesta y no puede quedarse con el chaval y se lo quiere encasquetar a Killian —explica John.

Es una información muy sensible; pertenece a su vida privada y, por lo tanto, yo debería disculparme y no hacer preguntas. Ahora bien, ¿quién puede resistirse a la hora de averiguar detalles sobre los asuntos de un amante?

Que levante el dedo la persona con la suficiente fuerza de voluntad como para resistir la tentación. Ya os digo que yo no soy capaz.

—De fiesta a costa del dineral que cada mes le ingresa Killian, que es tonto del culo —aclara Calvin.

—Y, claro, tiene que buscar a alguien que le cuide el niño y ese es el gilipollas del padre.

—Yo no veo nada raro en que un padre se ocupe de su hijo —apunto procurando ser objetiva.

—Claro que no, el problema es que la madre se pasa por el forro el acuerdo y al final es Killian quien está la mayor parte del tiempo con el chaval.

—Y no somos muy buena influencia que digamos —remata Calvin riéndose.

Sonríó porque ha tenido bastante gracia el comentario.

—Tampoco sois tan malos como hacéis creer a la gente —les digo, ante lo cual ellos me

ponen carita de niños traviesos.

—La verdad es que nos estamos volviendo unos pringaos —reflexiona John.

El impresentable regresa y trae cara de pocos amigos. Me mira y doy por hecho que prefiere no hablar delante de mí, así que me levanto con la intención de entrar en mi apartamento. No tengo derecho a exigirle explicaciones, aunque admito que me habría gustado que confiara en mí y me hablara de su hijo.

—Os dejo con vuestras cosas —murmuro.

—Espera un puto segundo —me interrumpe el roquero con tono brusco.

—No seas grosero —lo regaña John.

—Vais a tener que ayudarme a hacer de niñera —les dice a sus compañeros de grupo con un resoplido de resignación.

—¿A su madre no le importa? —pregunta Calvin.

—Esa, con tal de ir de fiesta, dejaría a su hijo en una perrera —apunta John.

—Y luego se quejará porque somos una mala influencia para el chaval —farfulla Calvin.

Mucho cariño no le tienen, dicho sea de paso.

—¿Cuánto tiempo?

—Dos semanas. Mañana voy a recogerlo.

—Supongo que se alojará aquí, contigo —indica Calvin.

—Sí —responde el impresentable, y me mira.

—¿Y sus estudios?

—Como va bastante avanzado, asistirá a clases de forma telemática —responde a John, y me resulta chocante verlo hablar en la faceta de padre.

—En fin, con el chico por aquí, nada de fiestas ni desmadres —se queja Calvin, aunque creo que está de broma porque The Dumpsters tienen fama de gamberros, pero después, en las distancias cortas, no lo son.

Me siento un poco como el convidado de piedra, ya que no digo nada, solo observo. Entre ellos es evidente que se conocen bien y existe la suficiente confianza como para hablar sin tapujos.

—A lo mejor le pido a tu chaval que me explique otra vez la teoría de la relatividad, porque a mi edad no he sido capaz de entenderla —murmura John, y el impresentable se acerca para darle una colleja.

—Os lo advierto, nada de meterse con él, ¿estamos? Que luego se lo dice a su madre y me da la tabarra.

—Odio ser responsable —dice Calvin—, pero lo intentaré.

Sonrío por su tono tan teatral.

—Tati, ven —me exige señalando con un gesto la entrada de mi apartamento.

Calvin y John o bien se hacen los tontos o no se enteran de nada, porque se ponen a hablar entre ellos de asuntos musicales.

Entramos en mi piso, él cierra la puerta y murmura:

—Conociéndote, a saber qué estás pensando...

—¿La verdad? —Él asiente—. Que tus asuntos privados no me incumben.

Obviamente estoy mintiendo.

El impresentable se deja caer en el sofá, estira las piernas y dice:

—Sí, tengo un hijo, adolescente para más señas.

Me mira de reajo. Yo procuro no mostrar ninguna reacción, a pesar de que me gustaría

formular cien preguntas.

—A ver... —continúa mientras se suelta el pelo. De inmediato vuelve a recogerlo en un moño—. Yo estaba en el último año de instituto.

—Se supone que eras un gamberro —comento. Él hace una mueca.

—Bueno, sí, de hecho repetía curso. El caso es que Fiona iba a la misma clase y, ya sabes, el aura de chico malo da mucho juego.

—Un romance juvenil, qué tierno. —No puedo evitar ser sarcástica.

—Qué romance ni qué hostias, yo andaba loco por meterla en caliente y ella por perder la virginidad y presumir de que se lo había hecho con uno de los malos del instituto —me corrige—. El caso es que a los quince días ya pasaba de ella, era muy plasta y yo digamos que...

—Tenías un buen surtido donde elegir —remato la frase por él y asiente.

—Así que ni volví a hablar con ella. Pero un día, como cuatro meses después, al llegar a casa mi padre me agarró de las orejas y me sentó en el sofá del salón, en donde estaba Fiona con sus padres.

Me siento incómoda a pesar de que me hago una idea de lo que viene a continuación.

—¿Y?

—Pues que la niñata sabía desde hacía tiempo que estaba preñada y, en vez de contármelo para tomar una decisión, se lo había callado para pillarme.

—A ver, si tú hubieras sido responsable...

—¡Usé condón, joder! —exclama.

—¿Todas las veces?

—Sí —afirma con rotundidad—. Lo que pasa es que, salvo la primera vez, fue ella quien se encargó de comprarlos.

—¿Me estás diciendo que saboté los preservativos?

—Sí, me lo confesó años más tarde.

—¿Y por qué?

—Estupideces de niña católica que quería largarse de casa. ¡Yo qué sé! Fiona siempre ha sido muy fantasiosa.

—¿Y qué hiciste?

—Como habrás deducido tú sola, apechugar con la responsabilidad. Sus padres querían que me casara, pero yo me negué en redondo. Así que nació el crío y le puso mi nombre.

—Todo un detalle —El impresentable no se muestra muy de acuerdo.

—Los primeros años fueron un caos. Mis padres dándome la turra, ella exigiéndome que me ocupara de la «familia» que había creado...

Esto último lo dice con aire burlesco.

—Y tú te dedicaste al gamberrismo.

—Sí, necesitaba evadirme. No pensar. Me limitaba a darle la pasta que necesitaba y punto. Mis padres se ocupaban de todo...

—No parece estar orgulloso de ello.

—Pues no, joder. —Por cómo habla da la sensación de que es un tema complicado para él—. Yo, un niñato que no había cumplido los veinte, ocupándome de un crío. ¿Te lo puedes creer?

—Cosas más raras se han visto —contesto en un intento de que esta conversación no acabe en drama.

—El caso es que, gracias a mis padres, el crío ha estado atendido, porque Fiona..., bueno, tampoco va a ganar el premio a madre del año.

—Me parece injusto que la critiques.

—Ya lo sé, hostias, pero la diferencia es que ella me engañó y se quedó preñada. Yo creí que tomaba precauciones y no sirvieron para nada. Perdóname, pero tengo derecho a estar un poquito suspicaz con el tema.

—Esa no es una excusa válida. Hay un niño de por medio. Todo lo demás no importa.

—¡Vaya, ya salió santa Tati! —exclama con tono marcadamente burlón y se pone en pie.

—No soy ninguna santa —me defiendo—. Ahora bien, soy responsable.

Me fulmina con la mirada.

—Yo tenía ilusiones, ¿vale? Cuando empezamos con la tontería de The Dumpsters no creía que funcionase; sin embargo, era una forma cojonuda de olvidarme de mis miserias.

—Sin embargo, funcionó —indico, y él asiente.

—Empezamos a ganar pasta y, ¡fíjate!, a Fiona se le olvidaron los reproches, porque recibía más dinero cada mes para divertirse.

—Y eso te suponía cierto alivio, ¿me equivoco? —alego. Mi comentario no le gusta nada, su mirada así lo indica.

Vale, admito que a lo mejor la madre de su hijo fue una lianta, hasta ahí de acuerdo. No obstante, estoy hasta la peineta de oír a los hombres soltar el mismo argumento. Una cosa es exigir respuestas a una mujer y otra muy distinta es descargarse de responsabilidades.

—Maldita sea, no me hagas parecer un cabrón —protesta—. Lo he hecho lo mejor que he podido y he intentado refloatar esa relación con su madre más de una vez...

Me muerdo la lengua y no replico algo así como «¿Seguro?», para no echar más leña al fuego.

—Sea como sea, ahora te toca ejercer de padre.

—Ya lo sé, joder. El problema es que mi hijo es... un tanto particular.

—¿En qué sentido?

—Es el empollón de la clase.

Capítulo 22

El impresentable está más tenso de lo habitual. Ya no bromea del mismo modo; parece forzado, como si quisiera mantenerse en su papel de bufón esforzándose. No me toma el pelo, y si lo hace, la verdad es que carece de gracia; le falta la espontaneidad de antes. Hasta los compañeros de trabajo se han dado cuenta. Otro cantar son las miradas o los gestos de los que solo yo me percató, o quizá estoy tan confundida que imagine lo que no es y sus miradas sean solo eso, miradas y nada más.

Como en su biografía oficial no dice nada de que tenga un hijo, a Killian Júnior lo ha presentado como a un sobrino y el chaval ni se ha inmutado. Ya está instalado en el apartamento de su padre y permanecerá allí los quince días.

Yo no estaba muy conforme con la idea de conocerlo; sin embargo, sorpresas de la vida, ha sido el propio Killian Júnior quien ha insistido y, dejándome pasmada (no solo por el parecido físico con su padre), me ha saludado con entusiasmo y admiración, pues es un gran fan de la ópera, tanto que me hizo sentir muy especial. Y solo tiene quince años.

Ahora bien, es un adolescente educado, viste de forma sencilla (incluso podría decirse clásica) y, si no fuera por su fisionomía, nadie diría que el impresentable ha aportado el ADN.

Su padre estuvo presente durante el encuentro; no habló, solo observó sin perder ripio. De reojo comprobé que se sentía orgulloso de su hijo. Y no es para menos, Killian Júnior es muy especial. Resulta increíble (y admirable) que un chaval tan joven demuestre unos conocimientos sobre ópera tan extensos. De no ser por la interrupción del impresentable, me habría quedado durante horas hablando con él. Una conversación que ha quedado aplazada y que ambos tenemos intención de mantener; eso sí, sin observadores.

Hoy, pese a la oposición de su progenitor, ha acudido a la representación de *Entre mis recuerdos* y de nuevo, al acabar, he recibido sus halagos, junto con los de Calvin y John. Los tres me han prometido fundar un club de fans exclusivo.

Por supuesto, el impresentable se ha burlado, pero no le hemos hecho ni caso.

Y ahora estoy sola en el apartamento, acostada en la cama escuchando el último disco de The Dumpsters e intentando que no me explote la cabeza. Pensaréis: «¿Esta tía es masoca?». Pues un poco, para qué lo vamos a negar; sin embargo, quiero entender al impresentable y sé que a través de sus canciones transmite algo.

También sufro al oír cómo maltrata sus cuerdas vocales, en algunas canciones las lleva al límite. No sé si ha visitado a un foniatra, pero debería hacerlo ya para que lo guíe, pues en un futuro no muy lejano aparecerán problemas.

—Vaya, tus gustos musicales van mejorando —me interrumpe una voz con cierto matiz burlón.

Me incorporo de repente y, pese a reconocer la voz, me siento igual que una niña a la que han sorprendido haciendo una travesura. Por eso pauso la reproducción en la tableta con cierto nerviosismo.

—¿Qué haces aquí?

—Vengo a dormir contigo, Tati —dice todo ufano al tiempo que comienza a desnudarse.

—¿Perdón?

—Y a follar. Pero si te digo eso, te pones en plan mojigata y te asustas.

—¡No puedes pasar aquí la noche!

—¿Por qué no? —replica mientras lanza los pantalones deportivos naranjas con topos negros a saber dónde. Claro, que me muestra unos bóxeres amarillos con corazones rosas. No sé cuál de las dos prendas daña más a la vista.

—Tu hijo está ahí, a poco metros, durmiendo. —Con un brazo señalo en dirección al otro apartamento, al que ocupa—. ¿Qué va a pensar?

El impresentable se encoge de hombros y aparta las sábanas para meterse dentro.

Ah, por si lo queréis saber, ya no lleva los bóxeres ni ninguna otra prenda.

—Que su padre es la caña porque se folla a la mejor mezzosoprano del momento.

—Muy gracioso. Lo digo en serio.

—A ver, el chaval no está solo. Le he buscado dos niñas, Calvin y John —se justifica como si tal cosa.

—¡Es tu hijo! —exclamo perpleja ante su desapego.

—Ay, Tati, qué alterada te veo —dice zalamero pegándose a mí con intención de tocarme, pero lo esquivo—. No te hagas la difícil.

—No vamos a hacer nada —le advierto muy seria.

¿Y cuál es su reacción?

El impresentable me hace una pederreta... Sí, una pederreta, como si fuera un crío de cinco años.

—Deja de decir chorradas y ven aquí. —Da unos golpecitos en el colchón—. Necesito mimitos.

Yo niego con la cabeza.

—He dicho que no —me obstino. Pero él, en un movimiento rápido, estira el brazo y me agarra hasta pegarme a su cuerpo.

—Esta noche, tú y yo vamos a follar —sentencia—. Olvídate del resto del mundo.

—Es que...

—Es que nada, joder —me interrumpe y aprovecha para apartar las tiras del camisón y besarme en el hombro—. Y vamos a lo importante.

—Según tú, solo esto es importante —replico en un intento de mantenerme firme, pero me es imposible, ya que una de sus manos desciende hábilmente hasta detenerse entre mis piernas y presionar.

Sucede lo inevitable, que se me escapa un gemido (he intentado que sea suave, aunque mucho me temo que he fracasado) y él, atento a cada una de mis reacciones, presiona de nuevo hasta que soy incapaz de contenerme.

Así que, despacio, me giro en sus brazos y me lanzo a por su boca. No encuentro resistencia alguna, todo lo contrario: un entusiasmo increíble que me enciende y me hace desear cosas inalcanzables, como por ejemplo que esta relación vaya más allá del acuerdo que tenemos. Un acuerdo que a todas luces tiene la etiqueta de absurdo, pero que, pese a todo, estoy cumpliendo.

—Hummm... Tati, cuando te pones cachonda eres una tentación.

Como veis, sus comentarios son muy explícitos.

Cambiamos de postura hasta quedar él tumbado y yo encima. Me está dando el control y yo

me temo que no sabré aprovecharlo. Lo único que se me ocurre (tras tratar inútilmente y sin mucho énfasis de negar la evidencia) es mostrarle mi cuerpo. Para ello dejo caer una tira del camión, después la otra. Observo en todo momento sus ojos, fijos en los míos, y su respiración agitada.

Cuando el camión queda arrugado en mi cintura, él se relame y alza las caderas, instándome a que continúe. Posa las manos en los costados, subiéndolas y bajándolas como si moldeara mi cuerpo.

—Cántame algo, Tati... —sugiere, y me clava los dedos en el trasero.

—¿Ahora?

—No, mejor después, cuando esté durmiendo a pierna suelta y no te pueda oír —replica con sarcasmo.

—¿Alguna sugerencia?

—Lo más erótico que se te ocurra.

Pienso a toda velocidad y me doy cuenta de que en el mundo lírico abundan piezas de desamor, de celos, de venganzas, de amor, de deseo, pero siempre expresadas con eufemismos, nada de palabras explícitas. Así que va a ser difícil...

Se me viene a la cabeza *O del mio dolce ardor* y, si bien no he preparado la voz, entono la primera estrofa. No lo hago en el tono adecuado, para no forzar mis cuerdas vocales y así de paso darle un aire más sensual.

El impresentable, excitado, se queda quieto escuchándome y yo, además de sentirme extrañamente poderosa, disfruto con cada nota, pues es muy diferente interpretar un aria en un escenario ante decenas de desconocidos que hacerlo en la intimidad, desnuda y ante un solo oyente.

—... *cerco te, chiamo te, spero e sospiro*... —concluyo el aria.

Solo nuestras respiraciones rompen el silencio.

Empiezo a inquietarme.

Sus manos siguen sujetándome de las caderas.

Y noto la presión de su miembro entre mis piernas.

—Las hostia puta, Tati... —susurra finalmente, y se incorpora para quedar sentado.

Me acuna el rostro y, al estar tan cerca, veo que se le ha escapado una lágrima.

—¿Tal mal lo he hecho? —pregunto en voz baja limpiándole con el pulgar esa lágrima.

—¿Eres consciente del poder de tu voz? No solo me la has puesto dura, sino que también me has dejado desarmado.

Trago saliva porque, si bien la primera parte de su extraño halago la entiendo y la percibo, la segunda no me queda tan clara.

—¿Eso qué significa?

—Que te voy a follar como un animal —sentencia, y experimento una especie de cortocircuito interno—. Porque, querida Tati, tu voz es un afrodisíaco...

Yo, sinceramente, con este hombre me siento desconcertada. Tan pronto utiliza un tono íntimo y elegante como pasa a ser el más primitivo.

Me besa, acunando mi rostro. Lo hace de una manera lenta y profunda. Yo me agarro a sus hombros y me dejo llevar por las sensaciones tan intensas que experimento. No solo es deseo sexual (ya de por sí extraño en mí), sino algo más profundo que por ahora no quiero etiquetar.

—No dejo de imaginarme al público, oyéndote cantar, quieto en sus asientos, cachondo... —musita durante la breve pausa en la que no me devora los labios.

—Hummm... —jadeo, porque la imagen que se dibuja en mi cabeza es perturbadora.

—... Y solo yo, cuando me pongo cachondo escuchándote, tengo el privilegio de hacer realidad mis fantasías.

Sin dejar de besarnos, de gemir y de volvernos locos, él me sujeta del culo para posicionarme de tal forma que pueda penetrarme. Me dejo caer despacio, sintiendo cómo se va acoplando en mi interior, y cuando quedamos unidos por completo, él me da un suave y erótico azote en el trasero.

—Ahora, muévete.

Antes de obedecer, y siguiendo un impulso, lo beso. Busco sus labios de una manera que podría tildarse de desesperada. Sigo sin entender mi comportamiento, por qué me dejo llevar, pero actúo y lo disfruto. Cada uno de sus jadeos me excita como nunca antes y me empujan a ser más atrevida.

Al estar a horcajadas sobre él, tengo la potestad de hacer lo que me venga en gana y dudo mucho que el impresentable ponga objeciones, porque las ideas que se me vienen a la cabeza son morbosas y nadie duda que el impresentable está de vuelta de todo.

Sin embargo, no soy tan valiente como me gustaría. Así pues, me muevo como si danzara al ritmo de una melodía que se reproduce solo en mi mente y que, curiosamente, él también debe sentir.

No entiendo cómo conseguimos esta conexión, pero ocurre.

—Tati... —gime mi nombre, algo que me encanta porque evoca pasión.

Y no se limita a gemir, también sus manos obran magia, tocando cada punto sensible de mi cuerpo al que tienen acceso, descubriendo incluso algunos que yo había pasado por alto.

Cada vez que me pellizca un pezón o que con la yema del dedo recorre la separación de mis nalgas, por un lado me incomoda por ser algo extraño, pero por otro admito que me excita.

—Hummm... —jadeo enredando las manos en su pelo y aferrándome a él a medida que mi cuerpo va entrando en ebullición.

La melodía más erótica que una es capaz de imaginar continúa guiando mis movimientos..., cada vez más desinhibida, más primitiva. Él succiona mi pezón de una forma dolorosa y yo acelero el ritmo, como si el metrónomo que marca la velocidad se hubiera descontrolado. Va más allá del *allegro*, se acerca a un *allegro prestissimo con fuoco*.

Traducido: una auténtica locura.

—Apriétame fuerte, Tati, joder —suplica—. Quiero que me dejes seco.

Yo no creo haber dejado seco a un hombre en mi vida. ¿Eso cómo se hace?

Una palmada en mi culo hace que abra los ojos como platos. Escuece, excita.

No sé si mi reacción es la adecuada. Recurriendo a la fuerza de las piernas, me elevo para acto seguido dejarme caer y que la fricción sea brutal. Él jadea o gruñe (no me queda claro), por eso repito el gesto una y otra vez.

Él empuja desde abajo, elevando sus caderas para salir a mi encuentro. Cada vez es más brusco y temo que nuestros movimientos no se sincronicen; no obstante, tal circunstancia no ocurre y, como si ambos fuéramos partícipes de un preciso mecanismo de relojería, nos mantenemos unidos logrando sensaciones indescriptibles.

Yo no soy muy proclive a gemir, o al menos no de manera escandalosa, de ahí que intente ser moderada en mis expresiones de placer. Aunque, a medida que sus empujones causan estragos en mi sexo, mi contención se está yendo a pique.

—Tati... —gruñe, y busca mi boca para darme un beso arrollador—. Tati...

No soy capaz de pronunciar su nombre, pese a que mi cuerpo lo está gritando a los cuatro vientos. Y mis manos, aferradas a su cabello, transmiten cada una de las sensaciones que experimento.

Otro azote en el trasero, más fuerte si cabe. Y otro...

—Más rápido, móntame con más brío, Tati. Soy tu puto esclavo —jadea. Y, en un arranque de espontaneidad, lo muerdo en el hombro.

Quizá mi reacción os parezca ridícula, poco arriesgada, pero ya os adelanto que para mí, tan acostumbrada a la moderación, es un paso de gigante.

Sus azotes son constantes, creo que me van a dejar el trasero irritado, aunque, lejos de molestarme, se me antoja algo tan íntimo y tan retorcido que mañana, cuando me vista, el roce de mi ropa interior me recordará lo que ahora mismo estoy viviendo.

—Hacía una eternidad que no follaba así... —murmura, y mi lado más dañino me recuerda que para él esto es lo normal.

Debo hacer un gran esfuerzo y no pensar en las cientos de mujeres con las que ha estado y que con toda probabilidad ha experimentado lo que para mí es inimaginable. Resulta difícil; ahora bien, ninguna de esas *groupies* me van a estropear esta noche.

Cuando creo que voy a recibir el enésimo y ansiado azote en el culo, me preparo para disfrutarlo... Sin embargo, él cambia de estrategia. Mete un dedo entre la separación de mis nalgas, recorre ese espacio de forma preocupante hasta que se detiene en...

—¿¿Qué haces?! —jadeo al sentir una presión desconocida en ya imagináis qué parte de mi anatomía.

Una zona que yo nunca he querido relacionar con el sexo, aunque no soy tan ignorante como para desconocer que hay personas que sí lo hacen.

—Meterte un dedo en este lindo culito para que te corras con más fuerza —admite sin rastro de vergüenza.

—No, por favor —suplico, porque para mí es terreno vedado.

—Ya verás... —afirma dejando la frase en suspenso pero empujando el maldito dedo de tal forma que me tenso al sentir la invasión— como después... —otro pequeño avance que me deja inmóvil— me pedirás a gritos... —ya está en mi interior por completo; ¡el dedo está dentro!— que sea mi polla la que te folle el culo.

Esto último solo es una de esas cosas que se dicen en un momento de desenfreno, ¿verdad?

Pero, por cómo mete y casa el dedo, creo que no es una amenaza, es cierto. ¡Cielo santo! No puedo permitirle algo así. Si un dedo me está resultando incómodo... Espera, no, esa ha sido la primera impresión.

A lo mejor...

Que no, que eso no va conmigo.

Nunca he sentido una presión similar.

Quizá...

¡Esto no es decente!

—Tati, joder, no te imaginas la fuerza con la que me estás apretando la polla...

«Yo tampoco me imaginaba esto», pienso, y voy (en contra de mis ideas preconcebidas) asimilando que ese dedo tan indecente no es tan desagradable como mi lado convencional me incita a creer.

Retomo el vaivén de mis caderas. Él gime y vuelve a buscar mi boca. Si sus besos antes han sido avasalladores, ahora ya no encuentro palabras para describirlos. Es como si quisiera fundirse

conmigo y lo logra cuando yo, desesperada como nunca antes por alcanzar el clímax, le muerdo el labio inferior y me muevo de forma salvaje hasta lograrlo.

—Eres una puta fiera —jadea, y a continuación emite un resuello/gruñido primitivo antes de alcanzar su orgasmo.

Nos quedamos unidos, abrazados, respirando de forma irregular hasta que noto cierto frío en la espalda debido al sudor. Sin embargo, no me aparto, no le pido que se vaya. Continúo en sus brazos, aferrada a él como si no quiera soltarlo jamás.

Y él parece sentir lo mismo...

Capítulo 23

La intimidad con un hombre en todos los casos es peligrosa, o dicho de otro modo: poco recomendable si se quiere mantener cierto misterio. Hay quien afirma que ellos jamás deberían vernos recién levantadas sin arreglarnos (poco o mucho, según el caso), y por supuesto nada de atender necesidades fisiológicas. Se corre el riesgo de caer en lo desagradable.

Yo, durante mi matrimonio, seguí a rajatabla ese precepto. Por tal motivo, y pese a las sensaciones de la noche anterior, en las que creo que me mostré más desnuda que nunca, me deshago de su abrazo y, con sigilo, voy al cuarto de baño.

Tras lo que imagináis y no voy a mencionar (soy humana aunque haya quien afirme lo contrario), abro el grifo y, tras comprobar en el termostato que la temperatura es la adecuada, me meto bajo el agua.

Mientras me enjabono el pelo, aspiro el aroma a menta de mi champú y pienso en lo vivido y sentido durante la noche anterior. Por estúpido que parezca, hay momentos en los que llego a pensar que la mujer que estaba encima del impresentable no era yo.

Semejante desinhibición es tan impropia en mí que sigo dándole vueltas. Creeréis que soy una exagerada, que lo sucedido anoche es lo más normal. Pues os garantizo que no. Lo siento, yo jamás he sido tan atrevida.

Dejo que la mascarilla capilar haga su magia mientras utilizo el gel exfoliante. Os puede parecer una estupidez, pero mientras me enjabono y me toco por razones obvias, experimento una extraña sensación. Algo tan mundano como enjabonarse me excita.

¿Alguien que me lo explique, por favor?

—Eres maaaaaiaaaaa —susurra una voz con aire siniestro, y yo, en una reacción cercana al pánico, me cubro el pecho y la entrepierna con las manos y grito cual protagonista de *Psicosis*.

—¡Me has dado un susto de muerte! —exclamo.

El impresentable (desnudo, obviamente) se echa a reír.

—Tati, Tati, Tati, qué brujilla. Ahí mojada, desnuda, tocándote...

—¡Solo estaba enjabonándome! —me justifico.

—Lo que tú digas... —me dice como si yo fuera culpable de algo.

Y, todo ufano, se da media vuelta para situarse delante del retrete y...

¿Es que no tiene vergüenza?

Pues no, ni pizca. Cuando acaba, tira de la cadena y se dirige hacia mí.

—¿Qué haces?

—Ahorrar agua. Hazme sitio —responde metiéndose bajo el chorro, para lo cual me hace a un lado. Agarra mi champú y sin más comienza a lavarse.

Observo impávida cómo se enjabona el pelo y, cuando cierra los ojos para aclarárselo, se me escapa un suspiro... que, por fortuna, el ruido del agua oculta.

—He estado pensando... —dice al acabar de lavarse la melena.

—¿En qué? —inquiero con cautela.

—En que no tengo claro si arrodillarme y comerte el coño o esperar a que salgas de la ducha y tumbarte en la cama. —Se me escapa un jadeo—. Lo digo porque la duchas son traicioneras.

Trago saliva. ¿De verdad ha dicho lo que he oído?

—No pongas esa cara de susto —añade riéndose.

—Tengo que aclararme el pelo.

—Déjame, anda.

Me da la vuelta, para empujarme hasta quedar bajo el chorro de agua, se sitúa a mi espalda y me da un masaje en el pelo para eliminar los restos de la mascarilla.

Y, maldita sea, esto siento de maravilla. Es incluso mejor que cuando acudo al *spa* para relajarme. Va a ser imposible no gemir de gusto.

Al final, esos dedos acariciándome, despacio, con movimientos expertos... Soy incapaz de contenerme y se me escapa un gemido.

Y él, que está al tanto de todo, se percata de ello y me da un azote en el trasero.

—Qué viciosa eres, Tati —se guasea antes de acabar con el aclarado de mi pelo.

Claro que, si el masaje en la cabeza es bueno, cuando sus manos van descendiendo por la espalda hasta detenerse en mi culo... Un inciso, si en el cuero cabelludo ha sido delicado, en mi retaguardia no, ni por asomo.

Esto es un magreo en toda regla y, para mi más absoluta perplejidad, me gusta. Empiezo a cogerle el gusto a la vulgaridad.

—Al final me vas a tener de rodillas... —susurra, y acto seguido adopta la posición—. Ahora date la vuelta, separa las piernas.

—No —murmuro (admito que sin la vehemencia precisa) y hasta niego con la cabeza pese a que, esa viciosa que según él vive en mi interior (y que hasta la fecha nunca había hecho acto de presencia) está a punto de obedecer y hasta de exigirle que no pierda ni un segundo más.

—Joder, Tati —me besa justo encima del monte de Venus—, no mientas. —Mete un dedo y comprueba lo excitada que estoy, algo que el impresentable ya ha intuido—. Mira cómo estás.

Primero, con ese dedo curioso, que entra y sale de forma muy precisa, consigue que me muerda en labio inferior y, para no caerme de bruces, me apoyo en la fría pared de azulejos. Ni siquiera me molesta el contraste de temperatura.

Segundo, sin quitar el dedo, utiliza la lengua. Inspiro hondo y busco a tientas algo a lo que agarrarme porque las piernas empiezan a flaquearme.

—Por favor... —jadeo derretida a medida que su lengua profundiza.

—¿Hummm? —Deja un instante mi sexo para darme un mordisquito en la cadera; ahora bien, el dedo sigue entrando y saliendo de mi cuerpo.

—Por favor... —repito con tono suplicante.

—Por favor, ¿qué, Tati? ¿Más fuerte? ¿Más rápido?

—No lo sé —gimo porque no tengo ni idea.

Solo sé que me gusta, que mi cuerpo responde a cada uno de sus toques, que me tiene sin cuidado lo que haga con tal de que siga. Que haga conmigo cuanto quiera.

—Quiero oírlo, quiero escuchar tus deseos —dice con un tono tan erótico como su boca sobre mi sexo—. Hummm... Y esto no ha hecho más que empezar.

¿De verdad? Pues yo estoy a punto de acabar, porque desconocía que esto se pudiera hacer en una ducha.

Abro los ojos un instante y me arriesgo a mirar hacia abajo. Si no lo he hecho antes ha sido por pura vergüenza. Acaricio o más bien agarro de manera brusca sus mechones rubios

humedecidos y, por cómo reacciona el impresentable, creo que mi agresividad le da alas para mostrarse más voraz.

Ataca con más precisión si cabe, ya no solo me penetra con un dedo. Debe usar al menos tres y todo sin dejar de presionar con la lengua sobre mi clítoris, al que no da ni un segundo de tregua.

Y yo no resisto ni un segundo más. Me llevo el puño a la boca para tratar de disimular mis jadeos, pero es una pérdida de tiempo. Es la suma de todos los elementos que asaltan mis sentidos (tanto físicos como emocionales) y acabo gimiendo como una de esas mujeres que siempre he tildado de exageradas.

Sin darme un instante para recuperarme, se pone en pie con agilidad y me aplasta con su cuerpo, buscando mi boca para darme uno de sus característicos besos. Cuando quiero darme cuenta, me ha elevado los brazos por encima de la cabeza. Es entonces cuando exige:

—Ahora es tu turno de hincar rodilla, Tati.

No me molesta su vulgaridad y lo que implica como debería, sino todo lo contrario.

—Yo...

—Me vas a comer la polla.

Trago saliva porque de repente experimento una sensación semejante al miedo escénico. Te sabes la letra, pero no la recuerdas. La orquesta ha ensayado un sinfín de horas; sin embargo, no entran todos al mismo compás. Las luces fallan, el público se mueve en sus butacas y la diva no emite ni una nota. Muda de golpe.

—Que ya va siendo hora —dice antes de mordirme el labio inferior y frotarse contra mi sexo, aún sensible tras el clímax.

Aquí el problema es que conozco la teoría, sé qué quiere y quiero ofrecérselo sin duda alguna; no obstante, el miedo al fracaso, a decepcionarlo por mi falta de experiencia en estas lides, hace que me quede inmóvil.

Él se aparta el pelo mojado de la cara con un movimiento brusco. Me mira fijamente y arquea una ceja a la espera de que yo hinque rodilla.

Miedo escénico... Maldita sea.

—¿Tati? —me apremia. Yo pongo cara de circunstancias—. ¿A qué esperas?

Inspiro hondo.

Vamos allá...

Temblando, digamos que un veinte por ciento de frío porque el impresentable ha cerrado el grifo y el resto debido a los nervios, me apoyo en su cuerpo, disfruto tocándolo. Escucho su respiración, está expectante. Y sé que lo voy a decepcionar.

Cuando las rodillas por fin tocan el plato de ducha, bajo la vista. No me atrevo a mirarlo a los ojos. Si ya estoy muerta de la vergüenza, encima sentir sus ojos azules sobre los míos resultaría insoportable.

Con los ojos cerrados, me inclino poco a poco hacia delante y, claro, en vez de posar los labios sobre su erección, más bien me choco con ella.

—Perdón —musito sintiéndome una inútil.

—Tati..., métetela en la boca.

¿Ha sonado a orden o a súplica?

Entiendo (tan tonta no soy) que esto a los hombres los vuelve locos; así pues, habrá que ponerse a ello.

Le sujeto el miembro erecto por la base y comienzo a acariciárselo. Lo hago despacio, nada

que delate mi nerviosismo..., como si mi intención fuera calentarlo (algo innecesario, obviamente) para ir subiendo la intensidad.

—No te he pedido una gayola... —suspira al tiempo que empuja las caderas—. Aunque me encanta sentir tus manos sobre mi polla.

Se agradece el comentario, pese a que me está pidiendo más contundencia.

Mantengo los ojos cerrados y, humedeciéndome los labios, me dispongo a darle un beso justo en la punta. Ya sé que es ridículo, pero para mí es un comienzo.

Lo oigo respirar más fuerte cuando mis labios entran en contacto con su sensible piel. Yo mantengo una mano en su pene y sigo con la ronda de pequeños besos. Al impresentable parece gustarle, pues balancea las caderas y emite suspiros de satisfacción. Hay que profundizar más, así que, pese al miedo al ridículo y a las arcadas, separo los labios y rodeo con ellos el glande. De inmediato noto cómo él se tensa y de nuevo murmura algo; espero que debido al placer.

Guiándome de la intuición, voy abarcando un poco más, aunque convencida de no ser capaz de llegar a hacerlo por completo.

—Chupa fuerte, Tati... —Aprieto los labios cuanto me es posible con cuidado de no hacerle daño, pero no debe de ser suficiente porque añade—: Más presión, joder.

No muy convencida, obedezco y ejerzo tanta fuerza cómo me es posible al tiempo que albergo más centímetros en la boca. Ni yo misma doy crédito.

Él se contonea y empieza a acariciarme la cabeza.

—Joder, las ganas que tenía de follarte la boca... —gruñe.

«De eso no me cabe la menor duda», pienso sin dejar de acoger su verga en mi boca.

¿Verga?, ¿he dicho verga? No os echéis a reír, lo siento; si hay una palabra mejor, decídmela, la usaré.

Poco a poco voy cogiéndole el tranquillo, estoy controlando las arcadas y él no parece molesto cuando freno sus empujes con la mano. Con la otra mano aprovecho para acariciarle las piernas, utilizando tan solo las yemas, y por cómo jadea es evidente que le gusta.

—Pasa la lengua por las pelotas... —me pide.

No quiero abrir los ojos y acato su sugerencia. Deslizo la punta de la lengua por la piel que rodea los testículos y eso parece que lo vuelve loco. El impresentable nunca ha sido contenido a la hora de gemir y, aun así, me sorprende cómo lo hace ahora.

Debo admitir que esto me envalentona, me da ánimos para avanzar. Quizá yo no sea una de esas *groupies* expertas; no obstante, tan mal no debo de hacerlo cuando percibo la tensión, que por cierto va en aumento.

Tras lamer sus testículos a conciencia, regreso a su miembro, de nuevo controlando la profundidad. Chupo y sigo presionando con los labios a través de su longitud.

—Voy a correrme en tu boca, joder..., qué bueno.

«No sé si estoy preparada para tanto realismo», pienso, aunque continúo con su miembro dentro de la boca. Reconozco que para mí esto es toda una novedad y que no resulta tan desagradable como imaginaba.

Él se vuelve más agresivo; no llega a causarme molestias, pero sí alguna inquietud porque no sé bien cómo actuar llegado el momento. Por si acaso, mantengo firme una mano sujetando su erección en la base y con la otra lo distraigo acariciándolo entre los muslos. Por desgracia obtengo el resultado contrario, pues las caricias lo estimulan para ser más brusco.

—Tati... Joder..., Tati... —repite una y otra vez.

Y al igual que yo le he tirado del pelo a medida que me acercaba al clímax, él hace lo propio y

me agarra del cabello sin piedad, provocándome un ligero dolor que lejos de resultar desagradable me produce cierto hormigueo entre las piernas.

—Trágatelo todo —exige, y yo, pensando que es una frase hecha, no tengo tiempo de prepararme y noto cómo me inunda la boca.

Él se sujeta la cabeza, se queda quieto y espera a que yo trague.

No tengo otra opción.

A pesar de todos los remilgos que siempre me han causado situaciones como esta, termino por tragarme su semen y esperar a que esto se dé por concluido pese a que no sé qué cara poner.

Y para mi perplejidad más absoluta, no soy yo quien se aparta primero, sino él, que saca despacio su verga, aún erecta, de mi boca y dice, o más bien ordena:

—Abre los ojos.

—Prefiero no hacerlo —replico en voz baja confiando en que me permita una vía de escape al menos digna antes de cruzar la mirada con él de nuevo.

—Parece que tenías ganas de comerme la polla, ¿eh, Tati? —se guasea mientras se inclina para ayudarme a ponerme en pie—. Mírame.

—No, por favor...

—Desconocía que tenías cierto talento para las mamadas. No ha sido la mejor ni de lejos, pero sí podría decirse que podrás llegar un día al *top ten*.

Niego con la cabeza, pero él me sujeta de la barbilla y me da un beso rápido en los labios. Llevada por un cierto orgullo, a punto estoy de murmurar algo similar a «¿De verdad?», pero enseguida recuerdo que el impresentable ha sido objeto de cientos de atenciones por parte de sus fans y que está de vuelta de todo.

—Me estoy quedando fría —murmuro recurriendo a una excusa estúpida.

—Y yo —replica con decisión—, así que ahora mismo nos metemos en la cama y vuelta a empezar, que me he quedado yo con ganas de follar.

Capítulo 24

Estoy convencida de que entre el impresentable y yo existe una norma no escrita. Cuantas más reticencias expongo, más perseverante es él a la hora de convencerme.

Es una especie de juego que por lo visto nos gusta a ambos. Ya me he dado cuenta de que él es provocación pura y dura y que si le respondiera que sí a la primera insinuación sexual, se sorprendería y no tendría la misma gracia.

A pesar de que confieso que al principio me sentía realmente incómoda ante su sinceridad (todavía me sonrojo ante las palabras tan crudas que utiliza en relación con el sexo), poco a poco me siento menos violenta. Quizá porque (a pesar de los rubores) despiertan en mí un lado erótico al que nunca había prestado atención. Y si no lo había hecho hasta la aparición del impresentable era o bien porque tenía la cabeza en otra parte (mi carrera como mezzosoprano) o bien porque nadie se había tomado la molestia de llamar a mi puerta preguntando por mi lado sexual.

Lo primero es medianamente razonable y lo segundo muy triste. ¿De verdad no he despertado en ningún hombre ciertos arrebatos sexuales como para sacarme de mi zona de confort?

Habrán quienes digan: «Bonita, la culpa la tienes tú por mostrarte fría e inalcanzable». De acuerdo, acepto mi parte de responsabilidad; sin embargo, un poquito de esfuerzo no habría venido nada mal.

Y sí, todo esto viene a colación porque acabamos de nuevo en la cama y no para descansar. Hasta la hora de salir para ir al teatro no abandonamos mi apartamento y tuve que pasar por el extraño trance de comer desnuda.

Algo que por lo general jamás habría consentido, y no solo por el pudor que la situación entraña, sino por la parte digamos higiénica.

Y digo «extraño» por definirlo de una manera elegante. Nunca había pasado tanta vergüenza en mi vida y no solo por el hecho de quedar expuesta (y viceversa), sino también porque, sin poder evitarlo, mis miradas se dirigían (más de lo prudente) a su entrepierna, lo cual desembocaba en comentarios jocosos, vulgares y explícitos, como, por ejemplo, «¿Me quieres comer la polla?» (casi me atraganté al oírlo y aún me ocurre al recordarlo) por parte del roquero sobre mi supuesta recién estrenada faceta de perversa.

Y así, entre una cosa y otra, van pasando los días. El desagradable asunto de mi difunto marido sigue aún candente en la prensa, pues no sé quién continúa filtrando información sobre los descubrimientos de la Policía. Y por si fuera poco, resulta que Eladio, no contento con llevarme a la ruina económica y además abandonarme, tenía dos amantes a las que financiaba. Esto lo he sabido por mi representante, ya que ambas tiparracas, al ver clausuradas sus fuentes de ingresos, han decidido hablar con los medios, contando hasta el más íntimo detalle sobre su relación con mi esposo. Y admito que, tras la estupefacción inicial (conmigo nunca fue un amante notable y ahora lo sé pues tengo con quién compararlo), me he parado a pensar en si Eladio, además de una doble vida, también tenía otro tipo de vicios que yo, ignorante de mí, financiaba.

La Policía (creo) me ha descartado como sospechosa, pues los dos agentes que llevan el caso ya no me molestan con preguntas acusadoras, sino que más bien pretenden obtener información que les permita unir las piezas.

Porque Eladio, además de invertir donde no tenía que hacerlo y mantener relaciones múltiples, intentó estafar a quien no debía y, por si no fuera bastante, fue tan idiota que no supo cubrir sus huellas. Así que la investigación está dando un giro notable y ya hay quien apunta hacia un ajuste de cuentas.

En una de las viviendas que alquiló (de lujo, a mi costa obviamente) han encontrado información sobre sus tejemanejes y vídeos (que por recomendación de Diego no he querido ver) en los que Eladio daba rienda suelta a su imaginación.

Gracias a la tecnología han comprobado las fechas de las grabaciones y algunas (por desgracia no todas) coinciden con actuaciones mías a kilómetros de distancia.

Una de las amantes ha insinuado que yo participaba como *voyeur* en muchas de las sesiones y, por supuesto, la he demandado.

Todo se está enredando de manera que mi reputación, si ya estaba bastante en entredicho, ahora ha quedado a la altura del betún, pues cuando hablan de mí lo hacen como la esposa ultrajada que busca resarcirse.

Y por si esto no fuera lo suficientemente grave, están los comentarios sobre la relación que mantengo (fuera del escenario, se entiende) con el impresentable. Nadie sabe nada y a pesar de ello las especulaciones son dañinas. Para algunos soy la cuarentona que busca sentirse joven con un tipo menor. Para otros se trata de un intento desesperado de ganar notoriedad. También hay quienes opinan (sin pudor, sin conocimiento ni vergüenza ni miedo a ser demandados) que he comprado al impresentable. Así, como suena.

Si supieran el estado de mis finanzas...

O, ya puestos, si conocieran un poco al roquero...

Hoy es nuestro día libre, así que he decidido descansar, sin salir del apartamento. El impresentable continúa dormido en la cama (todas las noches insiste en que las pasemos juntos y revueltos) mientras que yo divago sentada en la cocina procurando reflexionar sobre la vida que llevo ahora y si es algo temporal o, por el contrario, cuando las representaciones de *Entre mis recuerdos* finalicen, volveré a ser la de antes.

¿Quiero ser la de antes?

Pues he aquí el dilema, no lo sé. Por un lado, la tranquilidad, la rutina y la comodidad que disfrutaba resultan tentadoras. Nada de sobresaltos, nada de emoción. En definitiva, nada. Por otro lado, el ir a salto de mata, la improvisación, la emoción, los sobresaltos, estar en el punto de mira, la tensión constante...

Es imposible decidirse porque lo deseable sería el término medio. Y eso no es factible, de ahí mi preocupación.

De repente un ruido me saca de mis pensamientos. Bueno, no es un ruido, sino una de esas composiciones estridentes que tanto le gustan al impresentable. Es su móvil el que suena. Cuando estoy a punto de acercarme al dormitorio para que responda, suena mi teléfono. Es Diego, así que respondo.

—Buenos días, Tatiana. ¿Qué tal llevas la mañana?

—Tranquila —murmuro en respuesta.

—Pues ya te voy a amargar un poco el día, querida —replica mi representante con un deje de humor.

—¿Un nuevo escándalo que atañe a Eladio? —pregunto.

—No, por suerte, de momento tu difunto esposo sigue criando malvas —dice, y percibo que, a pesar de haber muerto, aún lo detesta.

—¿Entonces?

—La productora de *Entre mis recuerdos* quiere reunirse contigo y con Killian hoy mismo.

—¿A qué viene tanta urgencia?

—No me lo han querido decir.

—Suenan a algo malo.

—Deja los malos augurios para otro momento, Tatiana. Arréglate, te envío un coche para que te recoja. ¿De acuerdo?

—Si no hay más remedio...

Finalizo la llamada y me dirijo al dormitorio, donde un tipo rubio, despeinado, desnudo y con cara de pocos amigos está sentado en mi cama masturbándose mientras habla por teléfono.

—Que sí, no seas plasta, que ya voy, joder.

Tira su móvil sobre la cama y me mira antes de decir:

—Un polvo rápido, que Herman me ha puesto de mal humor.

—El sexo no es la solución a los problemas —replico.

—No seas tan repipi y ven aquí.

Niego con la cabeza y me dirijo al armario para buscar ropa adecuada.

—No soy repipi, soy sensata —arguyo, y antes de que pueda escapar, lo noto a mi espalda... maniobrando para abrirme la bata.

—Ahora no quiero discutir, quiero follar, y por lo visto me vas a hacer trabajar de lo lindo, porque así, de pie, tengo que esforzarme más. —Cuando ha conseguido abrir la prenda, me agarra los pechos, apretujándolos con fuerza.

—Tengo una reunión.

—Y yo, pero soy la estrella del *show* y llego cuando me sale de los cojones. —Y añade—: Echa el culo hacia atrás y agárrate donde puedas.

—¿Cómo?

La respuesta es un azote en el trasero, bien fuerte, tanto que siseo y él se encarga de que adopte la postura indicada.

Nada más hacerlo, me penetra desde atrás con brío y masculla:

—Tu coño es adictivo.

No se trata del piropo que una espera, pero es un halago.

Comienza a embestir. Golpes secos que me desestabilizan y que a duras penas me permiten sostenerme. A pesar de mi negativa inicial, admito que este interludio sexual, imprevisto y brusco, me gusta. Me hace sentir viva y hace que me olvide (mientras oigo nuestras respiraciones y el ruido seco de dos cuerpos chocando) de los dilemas que me rodean.

—Concéntrate, que estoy a punto de correrme. —Por si no obedezco o no estoy en la misma onda que él, mete una mano entre mis piernas, encuentra sin titubeo alguno mi clítoris y los frota con furia hasta hacerme perder las pocas inhibiciones que me quedaban y jadear mientras alcanzo el clímax.

Noto un mordisco en el hombro, que apenas me duele, y acto seguido capto un gruñido que ya me resulta muy familiar y que interpreto a la primera.

—Joder, cómo me gustan los polvos mañaneros antes de ir a trabajar —murmura con una evidente satisfacción mientras se retira. Entonces añade—: ¿Quieres ducharte conmigo?

Le miro por encima del hombro y él se ríe.

—Mejor no.

—Tienes razón, no acabaríamos nunca. Me voy a mi apartamento, para no caer en la tentación. Voy a darme una ducha. Por cierto, la mascarilla del pelo se te está acabando.

Todo ufano me lo dice y con las mismas se da la vuelta y entra en el cuarto de baño, no sin antes regalarme otro azote en el trasero.

Y empiezo a disfrutarlos.

Ah, por cierto, se ha llevado mi mascarilla capilar.

A pesar de la satisfacción sexual, soy consciente de que tengo una cita pendiente, así que me ocupo de arreglarme para estar a la hora.

Cuando me miro en el espejo para darle el último retoque a mi maquillaje, pienso en qué colores utilizará hoy el impresentable para sorprendernos. Se me escapa una sonrisilla, pues si bien sigue siendo una excentricidad, ahora me resulta divertida.

Un mensaje me avisa de que el coche que Diego ha enviado para recogerme ya está abajo.

Salgo del apartamento y al hacerlo me encuentro esperando el ascensor a Killian Júnior. Este me sonríe y me saluda con un afecto que me llega a lo más profundo.

Tras darnos dos besos, le pregunto:

—¿Adónde vas? Sé que no tienes clases.

—A una biblioteca que me han recomendado.

—¿Y eso? —Siento curiosidad porque hoy en días los chavales buscan toda la información en Internet y porque, al estar lejos de su casa, está de vacaciones.

—Sé que te parecerá una estupidez, pero me gusta consultar libros. —Se sonroja levemente. Es un encanto de chaval—. Me encanta tocar el papel y encontrar información que a priori no sirve de mucho para un trabajo, aunque me entretiene. Mi padre dice que soy raro.

—No lo eres, Killian. —Sonrío con aire maternal—. Eres una joya.

El hijo del impresentable me sonríe agradecido ante el cumplido.

—Resulta difícil ser hijo de alguien famoso —murmura—. En el instituto cantan las canciones de The Dumpsters solo para molestarme.

—¿No te gusta esa música?

Tuerce el gesto en respuesta.

—¿La verdad? Me horroriza.

—Pues ya somos dos —digo.

Nos despedimos en el portal con un abrazo y le deseo lo mejor antes de subirme al coche en el que me espera Diego. Su cara no presagia buenas noticias.

Eso es algo que ya me temía.

—Dame las malas noticias, para estar preparada.

—Si te soy sincero, me pillas fuera de juego —admite, y lo miro de reojo un tanto sorprendida—. La reunión la han convocado de urgencia, así que me enteraré de qué se trata en el mismo momento que tú.

La respuesta no me convence, pues es raro que mi representante y amigo no esté al tanto de la situación. Si por algo es alguien en quien confío (respecto a cualquier aspecto relacionado con mi vida personal y profesional) es por su capacidad para obtener información, enterarse de todo y adelantarse a mis necesidades. No obstante, mantendré silencio hasta llegar a la reunión y salir de dudas. Confieso que me resultará difícil, por corto que sea el trayecto, no darle vueltas al asunto, pues soy de esas personas que se manejan terriblemente mal en la incertidumbre.

Para no pensar en ello, mi mente recurre a lo vivido en las últimas horas con un protagonista bien definido: el impresentable.

Con cierto disimulo, aprieto los muslos porque con el simple hecho de recordar dónde estuvieron sus manos, su boca y, por supuesto, su miembro siento un cosquilleo entre las piernas a la vez incómodo (por estar acompañada de Diego) y excitante, lo cual deriva en un pensamiento aún más extraño en mí: quiero repetir, cuanto antes.

Y es que en mi vida no han existido momentos tan sexuales ni tan curiosos. Me he dejado llevar (algo que a priori me daba pánico porque la obsesa del control que vive en mí siempre ha sacado las uñas para mantener la estabilidad) y no me ha pasado nada (malo).

Pero he de ser cauta y prepararme para el desenlace. El trato que me propuso el impresentable es muy simple: mientras dure el espectáculo. Y eso, traducido, significa que esta especie de locura tiene fecha de caducidad.

A ver, ahora seguro que hay quienes me gritarían: «¿Tú eres tonta? ¿No te puedes buscar a otro que te proporcione lo mismo o incluso más?». Pues en teoría sí. Sin embargo, lo admito, yo no tengo la capacidad de iniciativa, al menos en el terreno amoroso o sexual. Ya lo habéis visto, me dejo llevar.

—Estás muy callada —murmura Diego cogiéndome de la mano y dándome ese apretoncito amistoso que tantas veces he agradecido.

—Tengo la cabeza hecha un lío. —Suspiro.

—Me lo imagino —dice comprensivo—. Estás viviendo una situación extraña y tú, Tatiana, no eres muy dada a la improvisación.

—Ni te lo imaginas.

—Pero si me admites un consejo... —Diego sonrío de forma cómplice—. Aprovecha lo bueno, lo divertido. Vive el momento y no le des tantas vueltas a todo, querida Tatiana.

¿Qué ha querido decir con eso?

Capítulo 25

No había vuelto por estas oficinas desde el día que firmé el contrato para protagonizar *Entre mis recuerdos*.

No sé si este hecho es una buena o una mala señal.

El caso es que camino junto a Diego por los pasillos en dirección a la sala de reuniones. Mi agente mantiene una actitud calmada y silenciosa.

Sigue sin gustarme este mutismo.

Una secretaria nos indica que ya podemos pasar y nos pregunta si deseamos tomar algo. Yo niego con la cabeza y Diego pide un café.

Accedemos a la sala, donde ya se encuentra la directora de la obra, Cuca, entretenida con su móvil, que deja al instante sobre la mesa para acercarse y saludarnos.

Después nos presenta al señor Márquez, al cual estrecho la mano y sonrío cuando me halaga:

—Señorita Belmonte, es un placer conocerla al fin.

—Gracias.

Es un contacto rápido, seco, de negocios, y por el aspecto del señor Márquez me arriesgo a decir que se trata de un hombre que siempre priorizará el aspecto empresarial y económico sobre el artístico.

—¿Y el señor Weisser? —pregunta el directivo, como si yo supiera su paradero.

A punto estoy de decirle que estará en el departamento de chapa y pintura; sin embargo, me encojo de hombros. Como si no hubiéramos pasado la noche juntos y practicado sexo antes de venir aquí.

Vuelvo a sentir el hormigueo entre las piernas.

—Estará al llegar —lo disculpa Herman, su mánager, que acaba de entrar.

—Tomemos asiento, pues —indica el señor Márquez.

Como pasa siempre en este tipo de reuniones, el mutismo y las miradas de soslayo hacen que un minuto suponga una gran tortura. Por fortuna nadie hace comentarios recurrentes sobre el tiempo para llenar el silencio.

Mi representante consulta su móvil; Cuca hace lo propio; Herman, tres cuartos de lo mismo, y yo sonrío (de forma forzada) porque el señor Márquez me mira y no sé, no sé...

Mientras esperamos al impresentable, aprovecharé para describiros al señor Márquez porque no quiero tener en estos momentos pensamientos relacionados con mis actividades nocturnas y acabar sonrojándome de tal forma que ni mi maquillaje lo disimule.

El señor Márquez viste de marca, Hugo Boss si no me falla la vista. Es evidente que su intención es dar imagen de triunfador. Debe de estar cerca de los cincuenta a juzgar por sus canas y no tiene pinta de quedarse calvo a corto plazo. No es guapo ni feo, estatura media y poco más. Se trata de uno de esos tipos en los que no te fijarías a no ser que haga ostentación de sus recursos y quieras a un hombre al que sacar dinero.

Cuca se inventa algo para marcharse (no la culpo) y así evitar permanecer callada fingiendo

que en el móvil hay algo interesante.

Suena un teléfono a mi lado, rompiendo el silencio, y Diego se disculpa para atender la llamada y sale de la sala. El señor Márquez tamborilea con los dedos sobre la mesa, lo cual evidencia que no está acostumbrado a esperar. Yo tampoco; ahora bien, desde que el impresentable apareció en mi vida, acepto lo que antes detestaba y encima con cierto toque de humor, porque espero ansiosa a que aparezca para ver su estilismo.

Herman me sonrío, como si se disculpara por la tardanza de su representado. Es algo innecesario, aunque yo respondo con un gesto de cierta indiferencia. De ninguna manera le voy a dejar entrever que, además de la relación laboral, mantengo otra mucho más íntima con él.

Diego regresa a la sala. Sigo sin interpretar su expresión, así que toca morderse la lengua.

—¿Sabe si el señor Weisser tardará mucho para poder empezar? —pregunta el directivo evidenciando su malestar.

—Voy a llamarlo —murmura en tono cortés Herman, que ni se inmuta porque tiene que estar más que acostumbrado al comportamiento del impresentable.

—Podemos ir comentando el orden del día —propone Diego para que el ambiente no sea tan tenso.

—No, es mejor que estemos todos —sentencia Márquez, que le hace un gesto a la secretaria que se asoma por la puerta para que pase y nos pregunte si queremos tomar algo.

Cincuenta y dos incómodos minutos después...

—¿Me echabais de menos?!

La voz cuasi burlona y para mí sensual irrumpe por fin en la sala de reuniones. Los presentes —Herman, Diego, Márquez, Cuca y yo—, llevábamos ya bastantes minutos visiblemente incómodos, pues, a pesar de los intentos tanto de mi representante como del del impresentable de mantener una conversación aceptable, no ha habido manera.

—¿Quién se ha muerto? —pregunta ya sabéis quién mientras se sienta tan pancho.

—Nadie, Killian —responde Cuca sonriendo, y el impresentable le lanza un beso.

Lo miro con disimulo (no vaya a notar el resto de los reunidos aquí lo que ocurre entre nosotros fuera del escenario) para asimilar el *outfit* del día.

Ha elegido un pantalón rosa brillante con chaleco a juego.

Respirad, que eso no es todo.

Camisa naranja.

Sí, naranja butano. Y no sé de dónde ha sacado unas gafas con la montura del mismo color. Lleva el pelo suelto y, por supuesto, se ha maquillado. No lo describiré al detalle, pues me faltan las palabras; tan solo mencionaré que el tono que más ha utilizado es el azul.

Sí, lo sé, una combinación imposible.

—Ahora que estamos todos... —comienza a decir el señor Márquez al tiempo que trastea unos segundos en su tableta antes de proseguir—... quería aprovechar, en primer lugar, para daros las gracias por asistir.

—¿Ya nos podemos ir? —interrumpe el impresentable. Yo disimulo una sonrisa ante su falta de contención. Antes me irritaba, lo admito. Ahora me divierte porque expresa en voz alta lo que pensamos todos.

—En segundo lugar, y de hecho es el motivo de esta reunión, quiero hablar del funcionamiento de la obra desde su estreno hasta hoy.

Nos muestra la pantalla de su tableta, en donde observamos un gráfico. Los artistas, por lo general, no nos fijamos en esos detalles. Por supuesto, sabemos cuándo un espectáculo funciona, leemos las críticas, pero no vamos a la taquilla a contar la recaudación.

—Como se refleja en la estadística, el estreno fue muy bueno y durante las semanas posteriores, aunque decayó la asistencia de público, se mantuvieron los ingresos. —Márquez muestra otra gráfica y la línea descendente no presagia nada bueno.

—La competencia es feroz —murmura Cuca—. Pero, si bien no se llena el teatro, todas las funciones son un éxito.

—Eso no es suficiente —la corta Márquez—. Mirad este otro gráfico. ¿Lo veis? —Yo asiento, aunque me importa más bien poco.

—Claro, me he traído las gafas. —Como si fuera uno de esos tertulianos que pretenden hacerse los intelectuales antes de soltar una estupidez, el impresentable se baja las gafas hasta mitad del puente de la nariz.

—Cuando estalló el escándalo de la señora Belmonte... —me mira como si me pidiese disculpas antes de continuar—, la afluencia de público fue significativa. Tanto que hubo problemas en la web con la venta de entradas, ya que fue tal la demanda...

Se calla, no solo por la falta de delicadeza, sino por la mirada de advertencia de Diego.

—El morbo vende, cierto —comenta mi representante con su aplomo habitual y me coge de la mano en señal de apoyo—. No obstante, es preferible que solo las dotes artísticas de Tatiana y del resto del equipo sean el reclamo para acudir a ver *Entre mis recuerdos*.

—Sí, sí —dice con desdén Márquez.

—Propongo desnudarme en el escenario, enseñar la polla también vende entradas —sugiere el impresentable.

—Killian, por favor —lo reprende Herman.

—No hay que llegar a esos extremos...

Me preparo para lo peor: ¿quieren que me desnude yo?

—A mí no me importa —comenta el roquero. Yo mantengo la vista al frente, no me atrevo ni a mirarlo.

—De momento no hemos contemplado hacer cambios en el guion —le espeta Márquez, poco o nada acostumbrado a las salidas de tono del impresentable—. Recurriremos a la publicidad en redes.

—Invertir en publicidad siempre da resultados —apunta Cuca.

—No me refiero a invertir, ya se ha sobrepasado la inversión inicial en más de un quince por ciento —replica Márquez cada vez más enfadado.

—¿Y qué propone? —pregunta Herman.

—Buscar notoriedad en redes, pero sin gastar un céntimo.

—¿Colaborar con *influencers*? —indaga Diego.

—He dicho «sin gastar» —puntualiza Márquez.

—Lo veo difícil —murmura Cuca.

—Es sencillísimo.

No me gusta nada cómo lo ha dicho.

—Explíquese, por favor —pide mi mánager.

Conozco bien a mi representante y sé que tanto rodeo le molesta, aunque disimule.

—Bien, hoy en día los escándalos, los cotilleos y demás avatares del estilo suscitan cientos de comentarios en redes y en ciertos medios de comunicación. Sirva como ejemplo la desafortunada muerte del marido de la señora Belmonte...

Trago saliva; ¿no será capaz de insistir en ese asunto para vender entradas? Casi prefiero la propuesta del impresentable, por obscena que sea.

—Mis disculpas de antemano, no pretendía ofenderla —se dirige a mí.

—Vaya al grano —exijo con sequedad.

—Contamos con colaboradores entre cierto sector de la prensa que nos ayudarían a... —Hace una pausa que si pretende ser dramática, fracasa, porque solo siento ganas de levantarme y dejarlo con la palabra en la boca... que el montaje fuera creíble.

—¿Qué montaje? —inquire Herman.

—El romance entre los protagonistas —aclara Márquez.

Abro los ojos como platos. ¿De verdad ha dicho lo que he oído?

—¿Perdón? —murmura Cuca tan desconcertada como yo.

—¿Nos hemos vuelto locos? —comenta Herman.

—¡Me niego! —exclamo. Acto seguido me pongo en pie, aunque Diego me hace un gesto para que no abandone la sala.

—Por una vez, y sin que sirva de precedente, estoy de acuerdo con Tati —dice el impresentable sin parecer molesto—. Es una argucia que no dará resultado.

—¿Por qué? —masculla Márquez a punto de perder la educación.

El roquero se pone en pie. Sonríe y explica:

—Vamos a ser serios, por favor. ¿Quién se va a creer que yo, en la flor de la vida, con cientos de mujeres cada noche aguardando en mi camerino dispuestas a todo, se va a liar con una viuda cuarentona?

Herman se aclara la garganta.

Diego me coge de la mano.

Cuca mira hacia la ventana.

Yo no salgo de mi asombro ante el insulto que, por otro lado, desmontaría la artimaña de Márquez. Es decir, el comentario me deja a la altura del barro y al mismo tiempo es la coartada perfecta para que nadie descubra nuestro *affaire*.

Vaya paradoja...

—Señor Weisser, usted lleva tiempo en esto del espectáculo —interviene Márquez—. No le resultará extraño que se lleven a cabo cientos ardidés para conseguir publicidad gratuita.

—Prefiero enseñar la polla —afirma—, es más rápido y efectivo.

Herman resopla y niega con la cabeza. Yo evito mirar al autor de semejante propuesta. Márquez frunce el ceño. Cuca se ríe cada vez con menos disimulo y Diego, tres cuartos de lo mismo.

—Seamos serios, por favor —dice Márquez tajante, y yo me pregunto si hacer un montaje es serio—. Del éxito de *Entre mis recuerdos* en su primera temporada depende una segunda y, por supuesto, que la producción salga de gira.

A ninguno de los presentes se nos pasa por alto que estas palabras esconden una amenaza.

—Yo propongo una nueva campaña de marketing —apunta Cuca. La mirada de odio que recibe por parte de Márquez es significativa; aun así, la directora prosigue—: Aunque enfocada de otro modo. Una parte del público ya conoce el talento de los protagonistas; sin embargo, hay quienes todavía desconfían y por eso deberíamos lograr que los medios reproduzcan pequeños

fragmentos, escogidos por nosotros, y que tanto Killian como Tatiana acudan a entrevistas y hablen del espectáculo.

—¡He dicho que no vamos a gastar ni un céntimo más! —sentencia Márquez perdiendo ya la paciencia.

—Pues yo me niego a fingir que me estoy follando a Tati —dice el impresentable con mucha guasa—. Mi reputación se vería dañada. ¡Es muy vieja para mí!

Doy un respingo ante el comentario que me deja en un lugar poco agradable.

—Respecto a la reputación, creo que yo tampoco puedo mostrar mi conformidad —interviene Diego sujetándome para que no hable más de la cuenta—. Si se llegara a saber lo del montaje, todos nos veríamos afectados.

—Eso no pasará —asevera Márquez—. Los periodistas son de absoluta confianza y nosotros filtraríamos imágenes seleccionadas.

—¿Tengo que besarla fuera del escenario? —pregunta el roquero con cara de ¿asco?—. Que no soy tan buen actor, joder.

—Killian, por favor —masculla Herman.

—Todo depende del enfoque. Haréis apariciones en lugares públicos, convenientemente preparados. Las fotografías insinuarán que tenéis un romance. La idea es que todo el mundo especule sobre vosotros —explica Márquez. Por su forma de hablar, deduzco que no es la primera vez que recurre a esta artimaña para hacer negocios.

—¿Y qué ocurriría si un periodista al que no controlamos los cazara, por ejemplo, en actitud distante o, casi peor, haciendo claramente el paripé? —plantea Herman con toda lógica.

—Eso no tiene por qué pasar, ya que ambos —nos señala— mantienen vidas independientes. Esto es surrealista.

—No me convence —digo irritada ante la situación.

—Yo no voy a poder —insiste el impresentable—. Miradla, si viste como mi madre, nadie se tragará este cuento.

—Si no le importa, nos gustaría reflexionar sobre el asunto —propone mi agente, que se pone en pie y me insta a seguirlo.

—Yo ya lo he pensado. No, no y no —indica el roquero—. ¿Salir a cenar con Tati y cogerle de la mano como dos tortolitos? —Su voz destila burla por los cuatro costados—. ¿Darle besitos bajo una farola? ¿Follármela en el asiento trasero del coche?

—Señor Weisser, es un maldito montaje —replica Márquez irritado—. Bastará con gestos, detalles y poco más. Queremos que las redes, los programas sensacionalistas y hasta el puto telediario hablen de un posible romance. ¿Está claro?

—Pues me voy a tener que emborrachar y tomar alguna pirula, porque si no...

—¡Ya vale, Killian! —exclama su representante.

—No se me va a poner dura ni de coña —remata pasándose por alto la advertencia de Herman.

—Señores, por favor, un poco de sentido común —pide Cuca.

Y yo, harta de este esperpento de reunión, me pongo en pie y me dirijo a Márquez con altanería.

—No sé qué tipo de negocio dirige usted, pero ya puede buscarse a otra para sus chanchullos.

Acto seguido, me dirijo a la puerta sin mirar atrás. Oigo unos pasos y cuando ya estoy junto a los ascensores, me doy cuenta de que es Diego quien está a mi lado.

—Tatiana, relájate.

—¿Que me relaje después de lo que acabo de oír?!

—Sí, no queda otra. Hay que tomárselo con deportividad.

—Me han insultado de varias formas, Diego. Primero ese idiota de Márquez creyendo que yo soy una famosilla del tres al cuarto que necesita montajes para salir en los medios... y después...

El sonido del ascensor avisando de su llegada a la planta hace que me calle porque no voy a montar una escena en público.

Diego me acompaña y hasta que no estamos a punto de subirnos al coche no hablo.

—Ya puedes ir buscándome otro trabajo, dimito —adviento.

Mi agente niega con la cabeza.

—Incumplir el contrato, además de acarrear complicaciones económicas, dañaría aún más tu imagen, y no dudes de que ese cabrón de Márquez lo aprovecharía para sacar rédito en los medios afines.

Maldita sea, tiene razón.

Capítulo 26

La Policía, o al menos algunos de sus agentes, tiene menos sensibilidad que un guante de goma de fregar. Una hora antes de subir al escenario y cuando ya había logrado aplacar un poco mi enfado, se ha presentado en mi camerino para mostrarme más imágenes de Eladio. En este caso, con un tipo al que desgraciadamente conozco. Se trata de un famoso presentador televisivo amigo de la polémica por insultar a diestro y siniestro. En el vídeo grabado desde las cámaras de seguridad de un restaurante, se los ve muy acaramelados y, claro, mi cara es un poema. Entonces ¿Eladio me engañaba a dos bandas?

Pues las imágenes dicen que sí, aunque, vete tú a saber por qué, de mi difunto marido ya me espero cualquier cosa... además de la humillación, por supuesto. Y es que una se pregunta cómo es posible que estuviéramos juntos tantos años y yo no llegara ni a sospechar qué hacía por ahí. Con mi dinero, que no se me olvida ese detalle.

Por si fuera poco, el famoso presentador siempre ha mostrado bastante tirria hacia mí, algo que pasaba por alto; sin embargo, ahora empiezo a comprender el motivo.

—Señora Belmonte, ¿me está diciendo que usted no sabía nada acerca de las aportaciones económicas que recibía su difunto marido por parte de este señor?

—Ya le he dicho que, respecto a las finanzas de Eladio, yo no tenía control, de ahí que me haya arruinado —he respondido mencionando por enésima vez lo mismo.

Y puede que eso explique por qué mi marido tonteaba con otro hombre. Sus escrúpulos (nunca vi el menor indicio de homosexualidad en él) quedaron olvidados en el mismo momento en el que encontró un benefactor.

—¿Y sobre sus infidelidades?

—Obviamente, tampoco, o no hubiera seguido casada con él, ¿no cree?

Esta pregunta me la han hecho demasiadas veces. ¿Qué pretenden, pillarme en un renuncio?

—¿Y no decidió usted tomarse la justicia por su mano?

—Si intentan acusarme de algo, tendré que poner fin a esta conversación.

—De acuerdo, disculpe.

—O llamar a mi abogado —apostillo y la sola mención de este les inquieta, y es que el impresentable, en su versión seria, se muestra implacable.

Los he mandado a paseo, porque su insistencia solo responde a un motivo: pillarme fuera de juego.

Y con todo eso en la cabeza he subido al escenario, interpretado mi papel y besado al coprotagonista. Y él ha actuado como un profesional.

Sin mostrar titubeos ni desafinar. Tampoco me ha dirigido más miradas de las necesarias. He notado cierto distanciamiento, algo que me ha dejado intranquila porque aprovecha cualquier momento para soltarme indirectas.

La sala no se ha llenado y eso me preocupa, porque Márquez insistirá en poner su plan en marcha. Eso me molesta profundamente, sin olvidar los comentarios del impresentable sobre mi

edad. ¿Cómo es capaz de fingir tan bien cuando después se cuelga en mi dormitorio y logra que venza casi todos mis prejuicios?

—¿Se me permite la entrada en el santuario?

Inspiro al oír su voz. El impresentable, haciendo honor a su nombre, entra en mi camerino (con su chulería de serie), aún vestido con la ropa de la obra y sin esperar a que le dé paso.

Su pregunta solo ha sido una excusa para burlarse.

—No estoy de humor. —Tuerzo el gesto.

¿Se habrá dado cuenta de que miento?

Desde que ha acabado la función y me he refugiado en el camerino, he mirado la hora en el móvil más veces de lo que se consideraría normal.

—Aún sigues ofuscada, ¿eh? —pregunta con retintín. Tras acercarse hasta mí, se queda detrás y cruza la mirada conmigo en el espejo.

Sus ojos, casi siempre risueños y por supuesto guasones, me molestan y me excitan.

—No.

—Mentirosa —replica con arrogancia—. Tati, estás rabiosa por lo del otro día. ¿A que sí?

Si se refiere a la reunión con Márquez, la cual intento olvidar porque fue humillante, sí, todavía me escuece. Escocer es poco, me resultó hiriente, tanto por la propuesta como por la fórmula que el impresentable utilizó para negarse.

—Un poco —digo con los dientes apretados mientras agarro de malas maneras el envase de agua micelar para comenzar a desmaquillarme.

Él me quita la toallita de las manos y se ocupa de mi cara.

—Déjame cuidarte —musita, y aunque mi impulso inicial era negarme, al final lo consiento.

Yo cierro los ojos y, a pesar de mis manías respecto al cuidado de la piel, le permito que se ocupe. Me desmaquilla con mimo y después, al aplicar la crema hidratante, recibo un agradable masaje facial que me relaja. Al finalizar el proceso, me da un beso en la frente y dice:

—La verdad es que para tu edad tienes una piel muy buena.

Abro un ojo y veo cómo se ríe. ¿Me está vacilando?

—Gracias —digo con sequedad. Intento apartarme. Aún tengo que vestirme para volver al apartamento.

—¿Echamos uno rapidito aquí? —pregunta sin apartarse del todo, aún puede tocarme.

—No —respondo preocupada y excitada.

—Qué aguafiestas eres, Tati. Si después jadeas encantada.

Tiene razón, maldita sea.

—¿No puedes esperar?

—No, porque me encanta demostrar que mientes y sentir tus uñas en la espalda cuando te corres.

—Tanta sinceridad es innecesaria —replico.

—Mira que eres cursi —Se ríe.

—¿Y por qué no puedes esperar? —inquiero pese a que es un error de manual, ya que demuestro un interés por él que pretendo disimular.

—Hoy he quedado. No sé si iré a tu cama —murmura. Y no sé por qué estúpida razón siento celos.

—Pues otro día será —mascullo mientras me acerco a las perchas donde está mi ropa.

—No te pongas celosona, Tati —canturrea burlón—, que no pienso hacer un trío con Calvin y John por mucho que ambos insistan —me suelta con chulería, y antes de que pueda reaccionar o

analizar sus palabras, estoy aprisionada entre la pared y su cuerpo.

Coloco las manos sobre su pecho; no es un gesto defensivo, sino para tocarlo. Bajo la palma, noto las pulsaciones y de reojo veo que está excitado. Por un lado pienso: «Yo, la que se acerca a los cuarenta, logro que un tipo de treinta y pocos reaccione y eso que tiene un millón de fans dispuestas a todo», aunque también aparece el lado pesimista y me recuerda que soy un entretenimiento pasajero.

¿Los hombres fingen?

El impresentable se inclina y, como si me olisqueara, me roza con la nariz la sensible parte del cuello para acto seguido rozarme con los dientes. Se me escapa el primer gemido y me muerdo el labio inferior ansiosa por que me bese. Sin embargo, no capta mis deseos, o los ignora, pues sigue la ronda de suaves toquitos en mi cuello y en la oreja..., algo tan sutil como excitante.

—No seas impaciente, Tati —musita, y con la punta de la lengua recorre los pliegues de mi oreja, recordándome que también lo ha hecho en otros pliegues de mi anatomía.

Y por si fuera poco, presiona su pelvis contra la mía. Solo llevo la ropa interior y un kimono, por lo que la suavidad del tejido contra mi piel resulta irremediabilmente perturbadora.

—Hummm... —gimo cuando me muerde el lóbulo.

—Joder, Tati, qué cachondo me pones —confiesa con un tono ronco.

—¿Una cuarentona? —lo provocho en parte porque me escoció mucho su comentario, pese a que me dejaba fuera del tejemaneje de Márquez.

—Precisamente por eso, estoy hasta los cojones de insulsas veinteañeras —susurra en respuesta, que, por cierto, no sé si tomarme como un cumplido.

Abandona el cuello. Sé que mañana, si me olvido de darme crema, mi piel delatará qué estoy haciendo, aunque cuando avasalla mi boca mando al cuerno cualquier reparo. Y con el verbo «avasallar» me quedo corta, pues el impresentable me besa con firmeza, exigiéndome que siga su ritmo.

Las manos que tenía apoyadas en la pared, por encima de mi cabeza a modo de jaula, ahora están amasándome el culo. Es un gesto tan grosero que lo disfruto. Hace que me entregue a algo que antes despreciaba y, por supuesto, que anhele más, mucho más.

Después de una ardua sesión de magreo, en la que yo no he sido muy participativa, él me coge en brazos y, demostrando su pericia e impaciencia, me lleva hasta la mesa donde están mis cosméticos, que, como si de un tópico se tratara, acaban en el suelo porque él de un manotazo los aparta.

—Deja que te arranque las bragas.

No está pidiendo permiso, pues estas acaban junto con los cosméticos y presumo que además no las volveré a utilizar.

—Por favor... —suplico sin saber expresar bien mis deseos, confiando en que el impresentable los satisfaga.

—Tati, joder, Tati... —gruñe mientras se desabotona los vaqueros, tarea en la que quiero participar.

—Déjame a mí —le pido, y él me besa mientras yo maniobro.

Al menos no hace comentario alguno sobre mi torpeza, lo cual agradezco. No es sencillo, aunque al final lo consigo. Cuando él ya tiene los pantalones por debajo del trasero, gime y me muerde el labio inferior.

—Agarra mi polla, Tati —dice suplicante.

Lo hago, no con la contundencia que él espera pero sí con ganas e impaciencia. Lo acaricio,

disfruto del tacto y sí, se la aprieto entre mis dedos hasta que logro un gruñido.

El impresentable coloca sus manos sobre mis rodillas, forzándome a separar las piernas todavía más, y se coloca entre ellas. Me priva de seguir agarrándosela y, antes de que pueda protestar, me penetra, dejándome sin aliento.

—Mira hacia abajo. —Yo obedezco. Entonces añade—: Mira cómo entra y sale de tu coño...

¿Por qué no ha dicho cuerpo? Lo habría entendido del mismo modo, resultaría igual de excitante y evitaríamos palabras tan vulgares.

—Hummm... —me limito a murmurar.

—Tan caliente, tan húmedo... —prosigue sin dejar de moverse.

Ahora es cuando yo respondería: «Oh, sí, y tú tan duro», ¿verdad? Pues soy incapaz de pronunciar semejantes vocablos, pese a que mi mente los piensa. Y que conste: ya es un gran avance. Termino optando por algo sencillo:

—Hummm...

Él mantiene un ritmo constante, con pequeñas variaciones. Hoy no se muestra tan brusco como de costumbre. Sus palabras son vulgares, pero sus movimientos no.

Y vaya por delante que, se comporte como se comporte este impresentable en nuestros encuentros sexuales, más contundente a veces... o menos rudo como ahora, me gusta.

—Ni te imaginas cómo me pone metértela...

Volvemos a las obscenidades.

—No hables —le pido sabedora de que es inútil. Si pudiera, lo besaría. Al no alcanzar su boca debido a la postura, se la cubro con la mano.

Y de nuevo me sorprende, pues en vez de callarse sin más, aprovecha para empezar a mordisquearme los dedos y a chupármelos.

Ambos jadeamos porque, pese al ritmo lento, es igual de intenso que cuando él opta por ser contundente.

—Tati..., cómo me gusta clavártela hasta el fondo... —gruñe. Yo respondo con un gemido que con toda probabilidad han podido oír, lo que me recuerda que estamos en el camerino y que no hemos cerrado con el pestillo...

—¡Oh, Dios mío! —exclamo preocupada mientras aparto la mano de su boca.

—Ni Dios ni hostias. Mira bien quién te está follando —replica—. Es mi polla la que te está volviendo loca.

—Ya sé con quién estoy, maldita sea —arguyo—. ¡El problema es que no hemos cerrado la puerta con llave!

—¿Y eso te preocupa? —inquieta riéndose, aunque no pierde el ritmo.

—Sí... —jadeo porque se ha apartado, dejándome con ganas de sentirlo para acto seguido arremeter con fuerza.

—Mentirosa... —susurra entre jadeos—. La posibilidad de que nos pillen aquí, follando, te pone tan cachonda como a mí.

—¡No!

Sí, ahora que lo ha dicho, es cierto. Pero no le voy a dar la razón.

—Siempre ocultando a la pervertidilla que vive en ti, ¿eh? —me provoca con sus palabras y con golpes secos de cadera.

—Yo no soy... —No termino la frase, pues mi cuerpo, incapaz de mentir, reacciona experimentando un clímax atronador.

Él, atento a todo, sonríe durante apenas cinco segundos diciéndome sin palabras el odiado

«Lo sabía» antes de adoptar una expresión más seria, concentrada.

Me agarra por detrás de las rodillas, clavándome los dedos y forzando un poco mi postura. De esta forma consigue un ángulo diferente de penetración que reactiva mi sexo, y eso que no hace ni un minuto que he llegado al orgasmo.

Todas las terminaciones nerviosas que rodean mi ser y alrededores se reactivan y buscan de nuevo alcanzar el placer.

—Vamos, Tati —gruñe a un ritmo endiablado—. Córrete otra vez, tú puedes.

—Hummm...

Me penetra con fuerza, alternando golpes secos y duros con otros menos bruscos, aunque yo diría que igual de certeros.

—Tócate mientras te follo —exige.

—¿Perdón?

—Frótate el clítoris, joder —puntualiza.

No lo veo muy claro, pienso que todo va estupendo y no entiendo la petición. Pero como siempre pasa con el impresentable, desatender una petición sexual no es una opción viable, por lo que me agarra de la muñeca y él mismo se encarga de que obedezca.

Acariciarme implica vencer otra vez cierto pudor y además tener cuidado de no acabar con dolor de espalda, pues he de forzarla en esta postura.

Como en una clase de pilates, pero con mayor placer.

—Oh, joder... —jadea debido al esfuerzo.

—Lo mismo digo —musito.

Si yo pensaba que no iba a ser posible aumentar la velocidad, el impresentable una vez más me descoloca y empuja con tal fuerza que la inestabilidad del mueble se manifiesta y los golpes contra el espejo (si no lo han hecho ya nuestros jadeos) van a delatarnos.

No obstante, soy incapaz de detenerlo, o de mostrarle mis reparos, pues creo que estos se han ido de vacaciones y ahora solo soy capaz de pensar en el placer.

Y cuando por fin aparece, me dejo llevar y él...

Él se queda dentro de mí, respirando de manera errática y abrazándome.

Capítulo 27

—Diego, por favor, no insistas. Voy a terminar con una jaqueca horrible —le ruego a mi representante y amigo tras una conversación en la que intenta convencerme de que aceptar la artimaña de Márquez es lo mejor dadas las circunstancias.

Estamos tomando un aperitivo en una coctelería de moda en el centro. Yo he pedido un Aperol spritz y él un Tom Collins. La bebida es lo de menos, la cuestión es que Diego haya visto con buenos ojos lo del montaje. Y a mí semejante situación me saca de quicio.

—Tatiana, deja el melodrama y las jaquecas, sé razonable —replica en tono de advertencia, pues me conoce demasiado bien y con él los fingimientos no funcionan—. Todo esto es algo muy especial. Las cifras no mienten, la recaudación ha bajado y terminarán por cancelar *Entre mis recuerdos*. Y ya te imaginas lo que eso significa.

Su tono condescendiente me molesta.

Finalizar antes de tiempo una obra es sinónimo de descrédito en el mundillo, de fracaso y, además, de que la carrera de quienes participan atravesase un bache. Hay cientos de ejemplos de artistas que tras cancelarles un proyecto se pasan meses, incluso años, sin que les ofrezcan nada. Y mi carrera no estaba precisamente boyante cuando acepté el papel de Pastora en esta obra.

—Ya sé que puedo parecer desagradecida, pero —me froto las sienes— es tan duro que yo acabe participando en un montaje.

—Lo sé, cariño. Lo sé —murmura, y me da un apretón de mano, como si ayudara a convencerme—. Y si existiera otra forma menos torticera de hacer que esto funcionase...

—¡Tiene que haberla! —exclamo, porque si hoy en día con un buen espectáculo no se atrae al público, mal vamos.

—El espectáculo es perfecto, Tatiana.

—Eso ha sonado condescendiente —mascullo mientras doy otro sorbo a mi Aperol spritz.

—Da igual, es el mercado, joder —me rebate. Yo inspiro porque me resisto con uñas y dientes.

—Desde que todo esto comenzó... —me lamento.

—Tampoco te está yendo tan mal —replica en un tono que me pone en alerta.

—¿Qué insinúas?

—No soy tonto; me lo hago, que no es lo mismo, y te conozco muy bien, Tatiana Belmonte.

Cuando se dirige a mí de esa manera me siento igual que cuando era joven y Diego me pillaba en algún renuncio.

Le mantengo la mirada en un intento de ocultar mi preocupación por si mi representante ha descubierto mis escarceos con el impresentable. Hemos tenido muchísimo cuidado; sin embargo, todas sabemos que no existe el crimen perfecto. Tarde o temprano se comete un error por exceso de confianza.

Yo me estoy dejando llevar más por las emociones que por la razón. Pero... ¿es tan fácil olvidarse de ser una chica formal!

Y divertido, obviamente.

Y satisfactorio.

Y emocionante.

—Y no mencionaré nada más sobre el asunto porque me parece estupendo —añade con una sonrisa cómplice.

Lo sabe, y desde hace días.

¿Quizá nos ha oído al acercarse a mi camerino y se ha retirado con discreción?

Diego siempre ha sido así, discreto. Nunca le ha importado que yo mantuviera mis romances (o lo que fueran) con tal de que no interfirieran en mi vida profesional, o al menos no como lo hizo mi matrimonio con Eladio.

—Me gustaría volver a mi vida de siempre —afirmo, y tengo claro que estoy mintiendo.

—Tu casa sigue alquilada, tienes que cumplir un contrato y de momento te aguantas —sentencia Diego, lo cual hace que frunza el ceño mientras remuevo el hielo de mi bebida con la pajita.

—Voy a cumplir con mis compromisos, no te preocupes —murmuro.

—Me parece bien. —Disimula una sonrisa que viene a significar «Te he pillado y no puedes hacer nada». Acto seguido añade—: Y ahora vamos a lo importante...

* * *

Ni una sesión de *spa*, la más cara y completa que ofertaban, ha conseguido que me relaje. Ni creo que encuentre nada que lo consiga.

Ceder en algo tan importante para mis principios ha supuesto un quebrantamiento sin precedentes en mi orgullo. Las malas lenguas (compañeros de reparto envidiosos o prensa afín a cierta cantante de ópera ya retirada que me criticó sin piedad desde el principio de mi carrera) me han tildado de arrogante, intratable y de difícil trato.

Yo nunca lo he visto así, sencillamente he sido exigente con todo lo concerniente a cualquier espectáculo. ¿Por qué me iba a conformar con un camerino de dimensiones ridículas? ¿Por qué no se me iban a suministrar los productos que necesitaba? ¿Por qué me iba a resignar con personal incompetente?

Diego siempre negocia en mi nombre y también se muestra exigente; la única diferencia es que él maneja mucho mejor que yo la diplomacia. Y en esta ocasión quizá debería mantenerme firme, no ceder a la presión, pero si mi propio agente me anima a ello, me temo que estoy sola.

Mientras recibía el masaje he estado buscando una solución, algo que me ayude a evitar la vergüenza de caer en los montajes; no obstante, aparte de mis principios, no hay nada que me sirva para escaquearme.

Márquez, el productor, maneja los hilos y si decide cancelar *Entre mis recuerdos*, no solo yo me quedo sin trabajo, sino también muchas personas que día a día sacan la función adelante.

Hay quienes pensarán: «Sí, claro, ahora resulta que te preocupas por los trabajadores cuando hasta la fecha ni te has molestado en conocerlos. ¿No será que en esta ocasión hay alguien del elenco que sí te interesa?».

En cierto modo, sí, no me queda más remedio que declararme culpable.

Hay una persona que me afecta más de lo prudente y con la que, a pesar de arrastrarme fuera de mi zona de confort, caigo una y otra vez en la provocación y cada vez oponiendo menor resistencia.

Y sí, tiene un nombre: el impresentable.

Ahora mismo no tengo ni idea de dónde está. Esta mañana ha salido temprano de mi apartamento tras pasar una nueva noche de locura juntos y en vez de despedirse con algo cariñoso, lo ha hecho con un mensaje específico:

—Esta noche me la chupas otra vez, que ya le vas cogiendo el tranquillo.

Imaginad mi reacción, además de sonrojarme como una colegiala ante su primer piropo, lo cual ha hecho que añada:

—Ay, Tati, cuando aprendas a mamarla bien, me vas a dejar seco.

Más sonrojo y sin capacidad de réplica. Me he atragantado para después recordar mis esfuerzos nocturnos por satisfacer sus demandas. Esfuerzos que me han dejado en evidencia por mi falta de pericia. Menos mal que él, en vez de criticar, ha optado por darme instrucciones.

Imaginad, cómo no, que las instrucciones han sido en todo jocoso y explícito.

Yo me he quedado un rato más en la cama hasta que he recibido la llamada de Diego. Llamada que por otro lado me gustaría no haber respondido. No obstante, apagar el móvil y esconderse no era un opción viable.

Llego al apartamento con la intención y el tiempo suficiente para realizar mis ejercicios vocales y usar el humidificador. Nada más salir del ascensor me encuentro a Calvin solo en el sofá del descansillo. Tiene cara de enfado o tristeza, no lo sabría decir con exactitud. Su maquillaje está borroso y le da un aspecto de dejadez. Sobre la mesa hay varios botellines de cerveza vacíos, papeles arrugados y la guitarra tirada de cualquier manera.

—Calvin, ¿estás bien? —inquiero acercándome despacio.

Él levanta la cabeza y entonces me doy cuenta de que tiene los ojos enrojecidos. ¿Los roqueros lloran?

—No, estoy hecho una jodida piltrafa. —Se deja caer sobre el respaldo del sofá muy al estilo decadente, como si el mundo estuviera en su contra.

—¿Quieres hablar?

Desde que conocí a Calvin siento una predilección por él increíble. Me parece un tipo cariñoso, que si bien se peina y se viste como el impresentable para llamar la atención y mantener un personaje, por dentro es un hombre encantador.

—¿De qué sirve hablar si todo se va a la puta mierda? —reflexiona en voz alta.

Como si yo tuviera la respuesta a la pregunta. Ya me gustaría, ya.

—No estamos muy optimistas hoy —murmuro mientras me siento a su lado.

—Es que el amor es una basura, Tatiana —añade con pesar—. Una muy grande que nos han vendido.

—Una definición interesante...

—Hazme caso, folla por ahí, diviértete, pero no te enamores —afirma. Lo veo tan dolido que lo cojo de la mano en señal de apoyo.

Empieza a hablarme de sus problemas amorosos. Que él lo está dando todo por su relación y que su pareja no termina de implicarse. Que cuando se enamora no admite término medio, para Calvin es todo o nada. Y que ha luchado muchísimo por la relación, rompiendo muchos estereotipos, como para que ahora todo se acabe.

Admite que al principio le costó asumir sus sentimientos, pero que al hacerlo se sintió mucho más libre y mandó a paseo cualquier reserva. Se pasó por el arco del triunfo las críticas y todo por mantener una relación intensa, pasional y sin medias tintas. Aunque, por lo visto, a la otra parte le está costando más de lo normal.

Y eso lo desespera, por lo que han discutido y Calvin se ha largado de la habitación de hotel que comparten para tirarse en este sofá y beber solo.

—Perdona, tía, que tú también tienes lo tuyo y yo aquí dándote el coñazo —se disculpa en voz baja y me mira con cara de niño bueno.

—No importa, de verdad. Somos amigos, Calvin.

—Lamento ser un plasta. Lo debes de estar pasando de puta pena con lo de tu marido...

—Prefiero no hablar de ello —lo interrumpo sintiéndome una hipócrita, porque, si bien es cierto que Eladio me está jorobando incluso muerto, hay quien me hace olvidar los malos rollos.

¿Yo he dicho «malos rollos»? Ya hablo como el impresentable.

—Eres una tía cojonuda, ¿lo sabías?

—Nunca me habían dicho eso —comento con una sonrisa.

—Lo eres, y sé de lo que hablo porque el noventa y nueve por ciento de las tías que se acercan a nosotros solo quieren sacar tajada —sentencia.

—¿No exageras un poco?

—La ex de Killian, menuda es. Una vividora chantajista.

—Bueno, seguro que hay mujeres geniales...

Niega con la cabeza.

—Yo paso de esas tías desde hace tiempo.

—Es tu decisión, Calvin.

—Aunque tampoco me va nada bien... —se lamenta.

Esta conversación es confusa; sin embargo, yo le he cogido mucho cariño a Calvin y lo considero un buen amigo. Y en cierto modo esto de escuchar los problemas ajenos es una novedad (otra más en mi historia reciente).

—Por cierto, ¿es verdad esa mierda de que tienes que fingir ser la amante de Killian? —me pregunta; no me queda más remedio que asentir.

—Por desgracia, sí. Es lo que han pensado para reflotar el espectáculo.

—Vaya puta basura. —Si bien yo no hubiera utilizado las mismas palabras, Calvin ha definido a la perfección todo esto—. Ya nadie tiene principios en el *show business*.

—Lamentablemente, he de darte la razón.

Me hace un gesto de asentimiento, como si se solidarizara conmigo.

—Pues ten cuidado con Killian.

—¿Por qué? —pregunto intrigada—. ¿Crees que puede hacerme daño?

—¡Todo lo contrario! —responde, y tal aseveración me deja aún más confusa.

—¿Entonces?

Se aparta para buscar en la mesa un botellín de cerveza, coge uno al azar ya abierto y da un trago.

—Puaj, que puto asco, está calentorra.

No quiero que me deje con la intriga, por eso busco la manera de indagar sin parecer muy ansiosa por conocer la respuesta.

—Calvin, ¿a qué te referías...? —Me detengo porque el ruido del ascensor hace que me vuelva precavida. Lo último que necesito es ser pillada in fraganti curioseando sobre la vida del impresentable.

—Ah, sí, la tendencia de Killian a enamorarse. Es un maldito romántico. Y, claro, así le va con las tías. Se aprovechan de él, lo despluman y después lo dejan hecho una mierda.

—¿Perdón? —murmuro, pues creo que he oído mal.

El integrante de The Dumpsters niega con la cabeza antes de puntualizar:

—Mira, Killian es idiota, ¿vale? Pero no le gusta reconocer que lo es. Prefiere desquitarse follando aquí o allá para olvidar a la gilipollas de turno. No te haces una idea de lo mal que lo pasó y la fase *destroyer* que atravesó cuando la madre de su hijo lo dejó definitivamente.

Esta explicación no casa para nada con la idea que yo tengo del impresentable. O al menos la que proyecta. Pero nada de nada, pues no lo veo yo muy afectado en desamores. ¡Si todo se lo toma a guasa!

—Así que no te rayes, ¿de acuerdo? —prosigue Calvin—. Si tienes que fingir que estás enamorada de él...

—Fingir... —digo en un suspiro sin querer hacerme la pregunta del millón.

—Déjale claro que es solo otro *show*, un montaje, ¿estamos? Que luego se pilla por ti y una mujer como tú nunca se enrollaría con un tipo como Killian.

—¿Por qué no? —inquiero curiosa.

—Pues porque tú eres inteligente, tienes las ideas claras, madurez..., todo lo que nos falta a nosotros —explica convencido.

—Gracias, me acabas de llamar señora mayor —replico con sorna y hasta hago una mueca.

—¿Puedo abrazarte?

—Me vas a hacer sentir como si fuera tu madre —bromeo.

—¡Qué va, tú eres más fea! —exclama riéndose, risa que me contagia, porque es bueno tomárselo con humor.

Nos fundimos en un abrazo y cuando estamos a punto de separarnos, se oye el ruido inconfundible del ascensor deteniéndose en esta planta y al abrirse las puertas, aparece el impresentable con su hijo.

—¿Qué está pasando aquí?! —inquieta el roquero con tono acusatorio cual amante ofendido al encontrar a su objeto de deseo en brazos de otro, aunque sé muy bien que está actuando.

—Hola, Tatiana —me saluda Killian Júnior con su amabilidad de siempre.

Dejo a Calvin en el sofá, miro de reojo al impresentable y me acerco al chico para abrazarlo.

—¿Cómo te ha ido el día? —pregunto al adolescente.

—Fenomenal, gracias por preguntar —me responde con una educación digna de mencionar—. He estado en dos museos, uno de arte contemporáneo y otro de ciencias naturales.

—Qué poco se parece a ti —apunta Calvin señalando al impresentable—, que no has pisado un museo en tu vida.

—Ni pienso hacerlo —sentencia mi amante.

—No mientas, papá, que has pasado el día conmigo —lo contradice su hijo, y se me hace rarísimo imaginarme al impresentable como padre.

Arqueo una ceja y Killian Júnior me puntualiza:

—Me ha hecho pasar vergüenza porque —mira al impresentable en busca de ayuda— dos alemanas lo han reconocido y —Killian Júnior está mintiendo— se han puesto a babear.

—¿De verdad? —murmuro dejando implícita mi incredulidad.

—Me las he tenido que follar en los aseos —añade orgulloso.

—¿Cómo dices eso delante de tu hijo, pedazo de bruto? —le recrimina Calvin.

—Que el niño sea un empollón no significa que sea tonto —aclara el padre de la criatura.

—Mejor me voy —dice Killian Júnior algo sonrojado.

—Vosotros dos ¿qué estabais haciendo? —pregunta el impresentable una vez que el chaval ha entrado en el apartamento.

—Hablar de nuestras cosas. ¿Por qué? ¿Te molesta? —replica Calvin en tono chulesco.

—¿Has llorado otra vez? —le suelta el impresentable.

—Pues sí, ¿qué pasa?

—Pues que estoy hasta los cojones de que seas tan blando, joder.

—A lo mejor esto me inspira un tema de la hostia —dice Calvin agarrando su guitarra.

—Eso espero, aunque a tu amante no le va a hacer ni puta gracia.

—Que espabile.

—Yo, si no os importa, me retiro —murmuro y doy media vuelta con la intención de meterme en mi apartamento, pese a que la conversación sobre amantes de dos roqueros tiene su atractivo.

No he terminado de cerrar la puerta cuando oigo unos acordes de guitarra y la voz inconfundible del impresentable. Por lo visto el desamor sí es un poderoso aliciente para la creación de temas musicales

Capítulo 28

—Eres una cotilla, ¿lo sabías?

Ahora mismo deben de ser cerca de las dos de la madrugada. Yo no suelo trasnochar (o dicho de otro modo, no solía), pues de todos es sabido que un buen descanso es fundamental para empezar cada jornada con las pilas cargadas y ganas de trabajar. Pues bien, después de semejante obviedad, aclararé qué motivos existen (de peso o no, cada cual que juzgue) para que se haya producido esta situación.

Después de la conversación sobre mal de amores, relaciones de pareja complicadas o como quieran llamarse con Calvin y la aparición del impresentable en escena con su hijo (reitero mi devoción por Killian Júnior), pensaba que él ya no me visitaría esta noche; que se quedaría con su compañero de The Dumpsters ahogando penas en alcohol, componiendo o largándose a algún local de moda para estar rodeados de fans dispuestas a todo por complacerlos (malditos celos) o lo que sea que hagan los roqueros en semejantes circunstancias.

Otra opción (poco probable aunque recomendable): que pasara la velada con su hijo.

Sin embargo, pensar en qué va a hacer el impresentable es una soberana estupidez, ya que con el roquero una nunca sabe a qué atenerse.

Confieso que cuando estaba acostada, escuchando la *Sinfonía número tres* de Schubert, y unos pasos nada sigilosos de sus botas (hoy llevaba unas azules con remaches negros que, si me preguntáis, no sabría decirlos dónde pueden adquirirse porque no imagino quién es capaz de diseñar y fabricar algo semejante) me han advertido de su presencia, he sentido un cosquilleo general, el cual ha ido aumentando a medida que se acercaba al dormitorio. Cosquilleo intenso y a la vez preocupante.

—Hummm... —murmuro sin admitir la acusación (sí, he sido una cotilla. Solo lo admito para mí y para quienes leéis esto), porque una mano recorre mi espalda de forma lenta y sensual mientras poco a poco el sueño se va apoderando de mí. Hago verdaderos esfuerzos (baldíos) por no sucumbir (voy a caer con todo el equipo, lo presiento) y disfrutar del placer que proporciona una caricia tan sencilla tras un atronador encuentro sexual del que he sido parte implicada.

Y calificarlo como «atronador» es quedarme corta.

—¿Por qué te interesa la vida sentimental de mis compañeros de grupo? —pregunta cuando su mano llega adonde la espalda pierde su nombre. Se demora un rato recorriendo la separación de mis nalgas y retoma el camino ascendente.

Mi reacción no le pasa desapercibida porque gimo y me estremezco.

—Calvin me cae muy bien, solo eso.

—Cotilla —me acusa de nuevo con cierto tono de guasa.

—Y me afecta verlo mal por una mujer —añado como si esto lo justificara todo.

—¿Una mujer? —Percibo cierto cachondeo.

—No creo que esté así por su mascota.

—Calvin no se tira a una mujer desde hace diez años —afirma, y parpadeo porque no he

debido de oír bien—. Que yo sepa, claro.

—¿Es célibe?

—Folla siempre que puede, Tati.

Esto es demasiado confuso.

Frunzo el ceño. ¿He entendido bien?

—Me ha dicho que tenía problemas con su pareja —comento en voz baja.

—Siempre los tiene —responde el impresentable con desdén—. Yo no le hago ni puto caso porque estoy hasta los cojones de sus idas y venidas amorosas.

—¿No habláis entre vosotros?

—¿Me estás preguntando si les he contado que follamos como conejos?

«En parte sí», estoy a punto de decirle, porque tarde o temprano lo va a saber todo el mundo. Y de nuevo los comentarios serán mordaces. Los dirigidos a mí, claro, no los que le dediquen al impresentable.

—No —miento; y para reconducir la conversación añado—: Vaya amigo que estás hecho, menos mal que le queda John para hablar.

—Sí, claro, es justo el mejor candidato al que Calvin puede recurrir para contarle las penas amorosas —resopla.

—¿Por qué no? —inquiero, pues, si bien a veces se pelean o se lanzan pullas, es evidente que estos tres componentes de The Dumpsters tienen confianza entre ellos... Respecto a Steven, el bajista, este queda fuera de la ecuación. Ni siquiera ha pasado por aquí en todo este tiempo.

—Porque son pareja, Tati —me suelta—. Que no te enteras de nada.

Me incorporo de repente y, a pesar de la escasa iluminación, lo miro. Ya no lleva ni pizca de maquillaje. Si os interesa saber cómo iba cuando ha llegado, os diré que bastante comedido en relación con lo que es habitual en él. Creo que las botas ya eran de por sí lo suficientemente llamativas como para abusar del maquillaje.

Su expresión es de lo más burlona.

—¿Perdón?

El impresentable se echa a reír.

—Ay, Tati. —Carcajadas que molestan, la verdad—. ¡Si lo sabe todo el mundo! —acierta a decir entre risas.

—¿Estás diciendo que Calvin y John...?

—Son pareja de ida y vuelta, sí —me confirma.

Me siento estúpida, pues yo no había captado nada.

—Yo pensaba...

—A ver, se enrollaron en el instituto, que yo sepa, pero no tenían nada claro. La inmadurez y tal. Así que han ido probando aquí y allá. Pero siempre han terminado volviendo juntos. Aunque, la verdad, yo estoy hasta los cojones de sus peleas —me explica el impresentable.

—Vaya...

—Reconozco que cuando discuten, Calvin compone buenos temas. Sin embargo, aguantarlo es una tortura. John es más callado y no dice nada. Se va por ahí, se desquita y luego regresa arrepentido —continúa contándome. Yo no salgo de mi asombro.

—¿Y Calvin lo perdona?

—Sí, porque hace lo mismo.

—Es tan raro...

—Sobre todo, lo que se da por hecho, que los músicos follamos solo con tías, ¿a que sí?

Trago saliva y no asiento, pero sí, tiene razón. Se sobreentiende que son heterosexuales.

—¿Y tú...? —murmuro con cautela, porque entramos en un terreno íntimo, aunque dudo que al impresentable le moleste hablar de su vida sexual.

—Claro que he probado esto, lo otro y lo de más allá, faltaría más —admite.

—Qué moderno —murmuro con acritud.

—No obstante, abandoné la senda fluida hace tiempo, no me convence —puntualiza con un gesto que calificaría de arrogante y excitante—. Y eso que hay tíos que la chupan de puta madre, no te lo voy a negar. —Hace una pausa para acariciarme la mejilla, aunque no logra borrar mi expresión de desconcierto—. Pero soy de coños, Tati, me convencí hace mucho.

—Vaya, cuánta sinceridad —comento sin hacer mención de que además ha sido explícito.

Como lo es siempre, claro.

—¿Y para qué te voy a mentir? —replica sonriendo—. ¿Tú me ocultas algo, Tati?

«Muchas cosas», debería decir. Empezando por mis sentimientos, por cómo me afecta estar con él y por no controlar la situación. Por sentirme descolocada, algo que nunca había experimentado.

—Sí, por supuesto —contesto, porque a veces la verdad es la mejor mentira.

—Lo sé —susurra. A continuación se inclina para morderme el labio inferior mientras me sujeta de la barbilla—. Por eso me la pones dura...

Acto seguido me besa, de forma tan suave que me desconcierta. Del mismo modo, se va acoplando encima de mí hasta quedar alineado con mi cuerpo. Con naturalidad, separo las piernas para sentir el roce más íntimo. Y lo obtengo. Una fricción que me hace desear más contundencia.

—Tati... —susurra con su tono erótico-burlón—. ¿Estás cachonda?

—Hummm...

—Eso no es una respuesta —dice, y se aparta lo imprescindible para hacerme sufrir, aunque, al tenerlo encima, el calor que emana de su cuerpo resulta increíble.

Enredo una mano en su pelo y, en un alarde de exigencia, tiro ligeramente y hasta me atrevo a morderlo en la barbilla ante de musitar:

—¿Te sirve esto como respuesta?

—Puede... Aunque me encantaría escuchar de tu boca las palabras más vulgares que se te ocurran; que la viciosilla que llevas dentro tome el control.

«Eso es algo complicado», pienso mientras me besa, pues si en mi cabeza ya es complicado reproducirlas, en mi boca para qué hablar. Y estoy decidida a no pensar, solo a sentir.

Mantengo una mano hundida en su pelo mientras que con la otra recorro su espalda a mi antojo. Cuando llego a su trasero, me vuelvo osada y le doy un buen apretón seguido de una palmada.

—¿Quieres jugar duro? —jadea alzándose sobre sus brazos para mirarme a los ojos.

—Dudo mucho que yo sea la primera que te da en el trasero —replico en voz baja; él hace una mueca.

—¿Por qué te empeñas en competir con las mujeres que me he follado antes? —inquire no sin cierta lógica.

—Y hombres, que no se te olvide —añado, y al momento me doy cuenta de lo bruja que estoy siendo, pero es que soy incapaz de olvidar su abultado pasado sexual y que yo soy una triste anécdota que olvidará cuando nuestro acuerdo finalice.

Otra vez la he fastidiado pensando en lo que no debo.

—Sí, hombres también. —Suspira, como si quisiera dar el tema por zanjado—. ¿Y?

Sé que debería morderme la lengua; no obstante...

—Es que no comprendo por qué estás conmigo.

—Creía que ya lo sabías —aduce mientras se inclina para atrapar un pezón con la boca.

Comienza a succionarlo y trago saliva. Se supone que estamos en medio de una conversación medianamente importante y el impresentable intenta distraerme.

—No, no lo sé —digo con la garganta seca tras un gemido que me deja en evidencia.

—Hicimos un trato, ¿lo recuerdas?

—¿Y solo tienes relaciones conmigo? —pregunta mi lado celoso.

—Sí, solo follo contigo. ¿Quieres que llame a alguien para hacer un trío?

—No te burles —lo advierto. Entonces cambia de pezón para proseguir sus maniobras de distracción o seducción, no me queda claro—. Y contesta.

El impresentable resopla y abandona mi pecho para hablar.

—¿Y qué importa eso ahora?

Nos miramos a los ojos, fijamente. Yo inspiro hondo. Intuyo que la respuesta quizá me desagrade... o, aún peor, me cause dolor.

—Importa.

—Joder, Tati —se queja.

—¿Tan difícil es responder? —insisto consciente de que he estropeado un momento íntimo.

—No tengo ni puta idea de por qué, con lo insufrible que eres, me pones cachondo. ¿Te vale así?

—Preferiría algo más elaborado.

—Joder... —vuelve a protestar, y en vez de apartarse, como haría alguien enfadado, arremete con sus caderas y me penetra de golpe.

Y no se queda ahí la cosa: se retira para embestir de nuevo, con mayor violencia que al inicio. Repite una y otra vez el gesto hasta que jadeo de forma elocuente. No se detiene ahí, me empotra con furia y yo me agarro a sus hombros.

Pensaré: «¿Lo he provocado a propósito para que reaccione de esta manera?». La respuesta es: no lo sé.

—Te empeñas en estropear las cosas, Tati —gruñe sin perder comba.

—Es una duda lógica —arguyo.

—Soy un tipo de sensaciones, de experiencias.

—Lo sé —gimo siguiendo su ritmo, aunque poco puedo hacer, pues él tiene todo el control.

Alzo las caderas para salir a su encuentro. El movimiento lo satisface, pues oigo sus gemidos. El contacto entre ambos no puede ser mayor ni más placentero.

—No me paso el puto día analizando las cosas y dando por el culo como tú —alega con la voz ronca.

—Yo no doy por el...

No acabo la frase porque me besa. Justo cuando iba a soltar una ordinariez, me interrumpe.

—Tati... —susurra apartándose un segundo de mi boca para que los dos cojamos aire antes de volver a besarme con ganas.

—Hummm...

—Si quieres darme por el culo, que sea en sentido literal, por favor —apostilla. Yo abro los ojos como platos, por lo que él continúa—: Imaginarte con un arnés sujetando un buen vibrador es mi sueño recurrente de los últimos días.

—Dices eso para despistarme —murmuro, porque no puede existir otra explicación a semejante declaración.

—Pues no —afirma. Dejo de moverme, aunque él continúa embistiendo—. Y mañana mismo compro lo necesario.

—No te olvides el lubricante —apunto con sarcasmo; porque, si bien yo no estoy al tanto de los pormenores, sí sé algunas cosas al respecto.

—¿Ves como eres una viciosilla?

Capítulo 29

Márquez ha cumplido su palabra (yo lo llamaría «amenaza») y todo está organizado.

Diego me ha comentado los pormenores de lo que yo bautizaría como lamentable operación de marketing. Le he hecho el caso justo, porque en mi interior algo sigue recordándome que estoy cayendo cada vez más bajo... y que si he accedido a esta pantomima, a saber cuál será la siguiente.

¿Anunciar que espero un hijo?

O, peor aún, ¿que el impresentable me ha dejado embarazada?

Justo a las puertas del restaurante han montado el típico *photocall*. Claro, que mi acompañante y yo no hemos sido los primeros en desfilar. La organización ha dado prioridad a no sé qué niñatos procedentes de un *reality*. Desde luego, estamos perdiendo el norte.

Me he visto obligada a posar y sonreír acompañada de ya sabéis quién. Eso sí, manteniendo las distancias. A las preguntas de los reporteros, yo he respondido lo que se me ha indicado con la vehemencia justa para resultar convincente:

—Somos compañeros de trabajo, nada más. Muchas gracias.

Y, por la cara que han puesto los reporteros, no me han hecho ni caso, pues han estado más pendientes de la contestación del impresentable.

Como era de esperar, no los ha defraudado y ha aportado su granito de arena a esta farsa..., no sé si ayudándome o hundiéndome en la miseria informativa.

—No pienso enrollarme con Tati, tranquilos. —Incluso se ha reído—. Ya tengo otro plan para después de la cena.

Sí, con esas palabras ha respondido a una *influencer* invitada cuando le ha planteado:

—¿Cómo va vuestra historia fuera de los escenarios?

Con un «somos amigos, gracias» habría bastado, tal y como nos han indicado los asesores de Márquez. Pero no, el roquero tenía que dar su toque personal.

A la cuestión «¿Y qué se siente al besar a un tipo como Killian Weisser?» yo he respondido según el guion:

—Ambos somos profesionales ante todo.

—Hay muñecas hinchables que le ponen más pasión a un beso que Tati —ha aportado el roquero, y un coro de risas le ha comprado la gracia.

Ahora mismo, una camarera bastante desagradable (conmigo, obviamente, no con el impresentable) nos está guiando hacia la mesa del restaurante que hoy inauguran.

El productor dispone de los suficientes contactos (y dinero, porque según Diego ha untado a los dueños) para que estemos aquí. Por supuesto las directrices son naturalidad y evitar (de momento) contacto físico. La idea es que los periodistas invitados especulen sobre si existe una relación entre el cantante de The Dumpsters y yo. Más adelante tendremos que mostrarnos cariñosos, para facilitarles un «robado» en toda regla.

Como podéis comprobar, este *show* se va a desarrollar en diferentes actos.

—Vaya horterada de decoración —comento una vez acomodados en la mesa.

No tengo ni la más remota idea de cuánto habrán pagado al decorador de turno por la remodelación de este local ubicado en el centro. En su tiempo fue una librería de renombre. Han mantenido la fachada clásica de madera oscura, pero el interior es un horror de corte industrial: lámparas enormes sujetas con sogas, vigas metálicas con pintura que imita el óxido, mesas y sillas llenas de toscos remaches.

—Pse, me trae sin cuidado —comenta encogiéndose de hombros—. Yo no me fijo en esas cosas.

—Vaya, teniendo en cuenta tu afición por la moda...

—Te has fijado, ¿eh? —replica a mi comentario, obviamente sarcástico.

—Cómo no hacerlo —murmuro. Después aparto la mirada un instante para comprobar con espanto que el restaurante está hasta la bandera. Estupendo, el espectáculo tiene público suficiente.

—¿Hacemos ya manitas por debajo del mantel?

—No —respondo cortante, porque el problema es estar aquí, fingiendo una relación de cara a los medios con un tipo vestido para la ocasión con un traje de estampado cebra y con el que me acuesto a escondidas.

—Tienes razón, con ese vestido tan deprimente es difícil ponerse cachondo.

Para este primer acto de la farsa titulada «Cómo fingir un romance con mi compañero de reparto mientras oculto que me acuesto con él por las noches» he elegido un sobrio vestido color café, cuello reina Anna. Lleva un fino cinturón a juego y queda justo por debajo de la rodilla.

—A lo mejor no llevo ropa interior —miento, porque en mi vida se me ocurriría semejante atrevimiento.

El impresentable arquea una ceja y dice en voz baja:

—Separa las piernas.

Acto seguido tira la servilleta al suelo.

—Ni hablar.

—Aguafiestas —me suelta después de recoger la servilleta, la cual por cierto un camarero se afana en cambiarle—. Si de verdad tuvieras el coño al aire, me lo habrías mostrado.

—¿Y no crees que es más elegante dejarte con la duda?

—Hummm..., quizá...

—Pues piensa en ello —añado, y por una vez creo que lo he dejado fuera de juego.

Al cabo de medio minuto de reflexión dice:

—Nah, necesito saberlo.

Y otra vez la servilleta al suelo.

Niego con la cabeza y mantengo las piernas juntas, además de fruncir el ceño.

—Alegra esa cara, Tati —me pide sonriente.

Me da la sensación de que disfruta esto mucho más que yo, porque ceder al chantaje de Márquez ha supuesto una patada a mi dignidad.

Y mucho me temo que recibiré alguna más.

—¿Te parece bien así? —pregunto cuanto fuerzo una sonrisa.

—Un detalle, querida. Quien más va a ver su imagen dañada soy yo, ¿no te parece? —replica, y cuando se acerca el sumiller con la carta de vinos le dice—: El más caro. —A lo que el empleado hace un gesto de asentimiento y el roquero añade cuando estamos a solas—: Paga Márquez, que se joda.

—Yo habría hecho lo mismo —comento con una sonrisa cómplice.

—Si estás pensando arrastrarme a los baños de señoras para echar un polvo rápido, ya te adelanto que te contengas.

—Muy gracioso.

No me pasan desapercibidas las miradas de otros asistentes, y no solo porque nos hayan sentado en una zona privilegiada del local, sino por quiénes somos.

Se me va a hacer la velada muy cuesta arriba...

Hora y cuarto más tarde...

—He cambiado de idea —dice él tras indicarle al camarero que no desea postre porque yo estoy a dieta y no quiere hacerme un feo. Así, tal cual lo ha mencionado.

—¿Sobre qué? —pregunto con cautela, pues durante la cena hemos conversado con más o menos normalidad.

Y es que cuando el impresentable se lo propone hasta saber comportarse. Aunque de vez en cuando necesita soltar un comentario sarcástico. Pero me he dado cuenta de que si tiene público se viene arriba.

—Sobre follar en los lavabos.

—¿Perdón?

—Ve tú delante, a retocarte y eso, y me esperas. En cinco minutos voy yo.

—¿Y por qué no vas tú a retocarte? —replico, pues, como habréis imaginado, su maquillaje es mucho más llamativo que el mío.

—Mira que te gusta llevar la contraria —suelta mientras se pone en pie—. Pero tú ganas. Cinco minutos.

Me deja sola en la mesa, con cara perpleja. ¿Va en serio? ¿Se atreverá a saltarse las indicaciones?

No negaré que la propuesta me ha excitado. Es correr un riesgo en toda regla. Hoy el restaurante (debido a la inauguración y, por ende, a la gratuidad, menos para nosotros, que Márquez ha hecho una inversión para que cenemos aquí) está lleno y eso significa que los aseos no serán una excepción.

¡Un momento!

¿A qué baños debo ir?

¿Señoras o caballeros?

¿Está jugando conmigo?

¿Es una prueba?

Miro alrededor. La gente, por fortuna, está enfrascada en sus cosas. A los periodistas ya los han despachado hace rato. Solo los estúpidos (a los que pagarán por hacerlo) están pendientes de sacar fotos con el móvil y colgarlas en las redes.

Si no me falla la memoria, los baños están en la planta de arriba, he visto la señalización al entrar. Eso significa caminar por la sala y ser objeto de miradas, sobre todo cuando se percaten de que nuestra mesa está vacía. No nos llamarán la atención por pensar que nos vamos sin pagar, sino porque saltará a la vista cuáles son nuestras intenciones.

¿Y por qué soy tan imprudente? La respuesta es que estoy junto a uno graduado cum laude en

imprudencia y que el riesgo es afrodisíaco, algo que yo desconocía hasta ahora.

Como si por dentro no sintiera el cosquilleo previo a un encuentro con el impresentable, que me resulta muy difícil disimular, me levanto y, fingiendo indiferencia, camino por la sala... sin prisas, pese a que me gustaría echar a correr. Incluso que el repiqueteo de mis tacones fuera más elocuente.

Nada más poner un pie en el primer escalón me topo con quien menos me espero, uno de los agentes de Policía que me siguen y dan la lata.

—Buenas noches, señora Belmonte.

—Buenas noches —respondo de mala gana, y hago amago de pasar de largo y subir; sin embargo, él, con una sonrisa falsa y estudiada, me lo impide.

—Veo que disfruta de los placeres de la noche.

Es evidente que me ha estado observando y, por tanto, sabe con quién he compartido mesa y mantel.

—¿Es delito salir a cenar con un compañero de trabajo?

—A estas alturas, da la sensación de que el señor Weisser y usted son algo más que compañeros de trabajo.

Bueno, seré positiva: el inspector, al igual que el resto de los presentes, ha mordido el anzuelo y ya especula sobre nuestra relación. Porque es imposible que sepa la verdad...

¿O la sabe?

De pronto recuerdo mi primer encuentro con Fernández y Martínez en mi apartamento, cuando vinieron a comunicarme la muerte de Eladio y el impresentable apareció, presentándose como mi abogado, con solo unos bóxeres naranjas puestos y el pelo revuelto. Sin duda esa mañana ya sacaron conclusiones.

En todo caso, como ponerme a la defensiva sería darle munición, le pido con falsa amabilidad:

—¿Me permite?

—Disfrute de la noche, señora Belmonte —me espeta con un tonillo bastante desagradable.

El policía se aparta y yo subo las escaleras lo más despacio que mis nervios me permiten mientras me pregunto por qué un inspector de Policía se ha molestado en seguirme. No es precisamente un encuentro que me tranquilice.

Llego a los aseos. Como me figuraba están concurridos, así que, con la normalidad que una es capaz de simular, entro en los de señoras. Me encuentro a varias mujeres parloteando, retocándose, esnifando y hablando por el móvil. Hay dos cubículos de los cuatro ocupados. ¿Cómo voy a averiguar si el impresentable está en uno de ellos? ¡No puedo arrodillarme para vez el calzado y así salir de dudas!

Consigo hacerme un hueco delante del espejo para mirarme y utilizar la manida maniobra de pintarse los labios, a la espera de que los cubículos con la puerta cerrada se desocupen y salir de dudas.

Del primero sale una mujer con cara de aburrimiento y, respecto al segundo, tras esperar lo que me parece una eternidad, nada, la puerta ni se mueve. Como el baño no se despeja, tengo que recurrir a otro truco. Envío un mensaje de WhatsApp:

No sé dónde estás.

La respuesta tarda apenas unos segundos:

Esperándote, Tati.

¿Dónde?

Y ya no escribe nada más.

Se han oído varios móviles avisando de la entrada de un mensaje, por lo que es imposible averiguar si el del impresentable es uno de ellos.

¿Y si está en el servicio de caballeros?

Armada de paciencia y sintiéndome en cierto modo una estúpida por seguirle el juego, adopto una actitud arrogante porque voy a hacer algo impensable. Cualquiera que me haya conocido lo sabría.

Salgo del aseo de señoras y me acerco a la puerta del de caballeros. Está tanto o más concurrido, así que la vergüenza será proporcional si alguien descubre mis verdaderas intenciones.

—¡Usted no puede entrar aquí! —exclama un tipo al que ignoro.

—¡Pero ¿quién se ha creído que es?! —dice otro.

Yo, manteniendo mi expresión altiva, llamo con los nudillos a la primera puerta cerrada y oigo una voz desconocida.

—¡Ocupado!

Así que toca probar con las otras dos y todo bajo la mirada reprobadora de los caballeros presentes.

—¡Ocupado! —repiten en otra puerta.

Menos mal que mi maquillaje y mis años de experiencia en los escenarios disimulan el sonrojo por hallarme en una situación tan vergonzosa.

—¿Qué está ocurriendo aquí?

Me doy la vuelta al oír su voz y me cuesta una barbaridad no sonreír.

—Esta señora, que se ha colado en los aseos de caballeros —explica un imbécil.

—Llama al encargado —dice el impresentable dejándome patidifusa—. Es una mirona.

—¡Cierto! —corroborra otro imbécil—. Si fuera al revés, y uno de nosotros se colara en el servicio de mujeres, nos detendría la Policía.

Parpadeo atónita, esto es bochornoso. Sin mediar palabra, abandono los baños masculinos y, con la dignidad justita, camino hasta el guardarropa para exigir que me den mi chaqueta. Quiero salir de este restaurante cuanto antes y olvidar lo sucedido.

A la porra Márquez y sus maquinaciones, yo no lo soporto más.

Uno de los encargados de seguridad se acerca y me pide con una fría cortesía:

—¿Puede acompañarme un instante, señora?

¿Otra vez «señora»?

—¿Qué ocurre? —replico molesta.

—Acompáñeme, por favor —insiste.

Me siento molesta por el trato que me están dispensando, pero no puedo armar un escándalo, ya que hay gente observando con el móvil en la mano. Lo que me faltaba, que mañana los titulares fueran «Tatiana Belmonte, mezzosoprano, provoca un escándalo en la inauguración de un restaurante de moda y es obligada a abandonarlo».

No, esperad, que los periodistas o los *influencers* pueden ser más crueles: «La señora Belmonte, no contenta con protagonizar un musical en un patético intento de ganar dinero, es detenida en un local de moda por la Policía al intentar abandonarlo sin pagar la cuenta».

Ninguno de los dos sería cierto; sin embargo, atraerían el interés y más hoy en día, cuando todo se mueve a base de bulos que dan titulares.

Camino lo más distante posible del encargado de seguridad y este me conduce hasta la zona administrativa. Me señala una puerta y acto seguido me indica que entre.

Lo fulmino con la mirada y pregunto:

—¿Sería tan amable de darme sus datos para poner una reclamación por este trato tan lamentable?

—No se ponga chula, señora Belmonte. Y entre de una maldita vez —me espeta.

Como no obedezco con la rapidez que espera, abre él mismo la puerta y de nuevo me indica con un gesto que pase al interior.

—Ay, Tati, Tati, Tati... ¡Cómo te gusta el melodrama!

Capítulo 30

—Eres un...

—Frena esa lengua, Tati —me interrumpe con una sonrisa de oreja a oreja. No contento con ello, añade—: O al menos cierra la puerta, que el escándalo en el servicio de caballeros ha sido memorable.

—¡Por tu culpa! —lo acuso.

—No quieras añadir otro esta noche.

—¡Impresentable!

—Gracias.

Cierro de un portazo, mostrando mi enfado por su jugarreta y avergonzada también porque a estas alturas el cotilleo se habrá extendido por todo el local.

¿Jugarreta? Me quedo corta. Es mucho más que eso, me ha dejado en evidencia.

—No era un cumplido —le espeto.

—¿Ponemos música?

—Quiero volver a casa.

Como si oyera llover, se acerca a uno de esos dispositivos domóticos que hasta te dicen cuántos yogures te quedan en la nevera y le pide:

—*Creep*, Radiohead.

—Interesante elección —comento tras treinta segundos en los que nos hemos mirado a los ojos creo que sin pestañear.

—¡Si es la primera vez que la escuchas!

—Cierto.

El impresentable, obviando mi enfado, me hace un gesto con el dedo que tildaría de arrogante para que me acerque. Mantiene su sonrisa lobuna y provocadora. Yo niego con la cabeza pese a seguir excitada; no se lo voy a poner tan fácil.

Primero debería disculparse por hacérmelo pasar tan mal.

—¿Quieres que me arrodirle?

Arqueo una ceja ante semejante pregunta.

—Una disculpa no estaría nada mal —digo, y continúo manteniendo las distancias.

Es él quien da un paso hacia mí.

—De mi boca no saldrá ni una sola palabra de disculpa —afirma. A continuación se muerde el labio inferior.

Me está provocando.

Y lo peor de todo es que funciona. Si ya he entrado excitada a esta estancia, ahora mi respiración está a punto de traicionarme.

Otro paso más hacia mí.

—Venga ya, Tati. Seguro que has mojado las bragas...

Cuánta chulería en una sola frase.

—Eso no puedes saberlo —replico.

Ya puede tocarme; sin embargo, se limita a quedarse lo suficientemente cerca como para que huela su perfume.

—Hummm...

—Más que nada porque no llevo ropa interior —miento de nuevo.

Creo que cada vez se me da mejor esto del juego de la seducción. ¿No pensáis igual?

Acaba la canción que ha pedido y comienza otra, que tampoco conozco. Al final el impresentable va a tener razón y debo ponerme al día con lo que algunos consideran clásicos modernos.

—Dudo mucho que vayas por ahí sin bragas —murmura en voz baja junto a mi oreja.

Siento su aliento, su respiración y el calor de su cuerpo.

—¿Por qué?

—Eres demasiado estirada para arriesgarte —se guasea.

No me toca, mantiene las manos quietas. No le hace falta, pues su cercanía funciona igual que la más erótica de las caricias.

—¿Qué canción es esta? —inquiero no porque me interese, sino para tener la ocasión de ganar unos tristes segundos y respirar.

—*Numb*, de Linkin Park. Y no finjas que te importa. Vamos a lo que sí te importa...

—Lo que tú digas —lo desafío.

Me mantiene aprisionada entre su cuerpo y la puerta. Es una sensación de falsa inmovilización, como si no me permitiera escapar. No obstante, sé que solo pretende crear expectación, caldear el ambiente, pues sé que puedo marcharme en cualquier momento.

La cuestión es que no quiero hacerlo.

—Veamos si mientes —me provoca en un susurro.

Noto su mano colarse por debajo de la tela del vestido. Ni el tejido más suave es comparable a la sensación que me produce el contacto de su piel por encima de mis medias.

Cuando llega a la altura de la blonda, musita.

—Hummm..., qué interesante.

Asciende un poco más y roza despacio la piel de la cara exterior del muslo, hasta toparse con el borde de mi *culotte*.

—Tenía razón —afirma con altivez—. Llevas bragas y así, al tacto, de abuela, de las grandes. Para no pasar frío, supongo.

—Qué poquita cultura lencera —replico altanera, pues al elegir mi vestuario para este *show* he seleccionado de mi ropero un *culotte* color café que, si bien no es tan elocuente como un tanga, me ha parecido idóneo.

Decirle algo semejante sería absurdo, pues habrá visto de todo, en todos los colores y formas y tamaños en lo que a lencería femenina (y masculina) se refiere.

—Es que estoy acostumbrado a que las mujeres vengan con las bragas en la mano, ahorrándome el trabajo de quitárselas —explica con petulancia, y hasta se ríe.

—No lo dudo —murmuro con acritud.

—Ay, Tati, es que me las pones en bandeja —añade con gracia—. Deja de marear la perdiz y admite ya que has mojado lo que sea que te has puesto esta noche bajo el vestido de mojugata.

Continúa describiendo círculos en la parte exterior de mi muslo. Desearía que me tocara en el interior. Y sí, mi excitación ha dejado rastro. Yo no soy tan vulgar como él.

—¿Decías? —pregunta todo ufano cuando murmuro algo similar a «por favor...».

Adelanta sus caderas, presiona su cuerpo contra el mío. Noto su erección. Quiero que me bese ya.

—¿No te ibas a arrodillar? —lo provoco.

—Qué forma tan sutil de pedirme que te coma el coño —replica en voz baja mientras me muerde el lóbulo de la oreja.

—Hummm...

—Si has sido capaz de colarte en el aseo de caballeros y soportar la vergüenza, te mereces la mejor sesión de sexo oral que puedas imaginar...

Con la lengua recorre cada pliegue de mi oreja, humedeciéndola y activando, además de las terminaciones nerviosas de la zona, la memoria, pues es imposible no recordar en qué otro concreto punto de mi anatomía ha estado esa lengua y qué ha hecho.

—Nunca te lo perdonaré.

—Nunca te pediré disculpas —susurra con su deje burlón tan característico que ya no me ofende; todo lo contrario, me excita todavía más.

—Arrodíllate —exijo en un alarde de autoritarismo que me sorprende, pues yo, en el terreno sexual, nunca he sido mandona.

—Oblígame —me reta al tiempo que recibo un pellizco en el culo, pues su mano no deja de tocarme, aunque evita llegar a mi sexo.

Inspiro hondo.

Exigir no supone ningún problema para mí, siempre y cuando sea en otros ámbitos. Me he ganado la fama de intratable precisamente por tal motivo; ahora bien, obligar a un hombre (uno como el impresentable nada menos) a que haga lo que yo deseo es otro cantar.

—Las mujeres que me dan órdenes me ponen muy cachondo —añade.

A punto estoy de replicar con arrogancia «Vaya novedad», como haría una mujer versada en estas lides para seguirle el juego e incluso animarlo; en cambio, no dejo de sorprenderme por su reacción, por lo que murmuro:

—Ah, ¿sí?

—Mucho —añade con su voz más ronca—. Así que venga, saca el látigo y domíneme.

Lo más sensato sería responder «Lo haría si supiera cómo» y dejar que él me guiase (una vez más) al lado más erótico y excitante; no obstante, me limito a gemir porque el impresentable vuelve a lamerme el lóbulo de la oreja.

—No tengo ningún látigo a mano.

—Joder, Tati, solo pones pegas —se queja con un resoplido—. Usa la imaginación.

Como si fuera tan sencillo.

Lo agarro del pelo, tirando levemente de él para que se aparte y deje de volverme loca con su lengua, y lo miro a los ojos. ¿Quizá lo he sorprendido?

Ojalá.

—Haz lo que te pido y no repliques —le espeto recurriendo a mis dotes de actriz.

Otra cosa muy distinta es que mi cuerpo (traidor donde los haya) me deje en evidencia.

—¿Y qué quieres?

—Que te arrodilles.

—¿Nada más?

—¡He dicho que no me repliques!

Con su sonrisa burlona, me responde sin palabras.

Da un paso atrás y se deja caer delante de mí con un gesto demasiado teatral, el cual me hace

enarcar una ceja. Es un desafío. El impresentable nunca podrá someterse.

—Levanta el telón —dice en voz baja.

—Hazlo tú.

—Pues luego no te quejes si se te arruga el vestido cursi antierecciones que te has puesto hoy.

—Creo que no es antinada —contraataco, porque salta a la vista que se ha excitado.

—Eso es porque me he tenido que concentrar para empalmarme.

—O te has tomado alguna sustancia.

—Muy graciosa.

Me río entre dientes, no por el comentario en sí, más bien por el tono de cuasi ofendido. Y yo me pregunto: cuando una mujer digamos que no está por la labor de mantener relaciones sexuales, sea por el motivo que sea (físico o emocional), ¿a que no importa si toma algo o utiliza..., qué sé yo..., lubricantes?

—Pero te voy a comer el coño igual —sentencia interrumpiendo mi pregunta mental—. Así que vamos al lío.

Y no ha sido una amenaza, lo va a cumplir, ya que levanta la parte inferior de mi vestido hasta dejarlo arrugado en la cintura (yo colaboro sujetándoselo) y se inclina para darme un sonoro beso justo encima del elástico del *culotte* después lo agarra con los dientes y hasta ruge. Supongo que es para crear un contexto primitivo.

Jadeo cuando siento su respiración a medida que va bajando las bragas y en el momento en el que está a la altura de las caderas gruñe:

—A tomar por el culo tanta tontería. —Y utiliza un mano para finalizar la tarea.

Sonríó una vez más ante sus ocurrencias. Pero el gesto se me borra en el acto cuando noto que con las yemas de los dedos se abre paso en mi sexo hasta dejar al descubierto lo más íntimo y sensible.

Continúa con la yema del dedo, cada roce me hace gemir. Lo hace malditamente despacio.

Echo la cabeza hacia atrás e inspiro profundamente. Con las manos me agarro a su pelo y le clavo las uñas. ¿Entenderá el mensaje?

Seguro que sí, pero, como es habitual en el impresentable, hará lo que le venga en gana.

Durante unos minutos se limita a rozarme, a tocarme entre las piernas y a desesperarme. Finge ser un tipo inexperto, hecho que debiera enfadarme; no obstante, sé que su comportamiento obedece a una razón y no es otra que llevarme al límite de mi paciencia e invertir los papeles. Que sea yo quien suplique.

Por fin, cuando pensaba que se iba a limitar a jugar con las yemas de los dedos, acerca su boca y entra en contacto con mi cuerpo. Tantea, a modo de provocación, con la punta de la lengua, sabedor de que estoy muy sensible y ansiosa.

—Hummm..., qué rico —musita. Yo no respondo con palabras, sino con un jadeo muy elocuente.

Tiro de su pelo, deseo que se comporte con mayor precisión, pues, a pesar de que me está lamiendo de una forma increíble, sé muy bien que puede ser aún mejor.

Separo un poco más las piernas, para que tenga mayor acceso, y enseguida él se vuelve más voraz y peligroso. Con la lengua continúa recorriendo cada pliegue; sin embargo, noto una mano yendo hacia atrás, a una zona digamos... vetada. Aunque es evidente que para el impresentable no existen vetos, pues tantea con un dedo por detrás haciéndome dar un respingo.

—Tarde o temprano va a pasar, Tati —me advierte con arrogancia.

—Ni hablar —digo, aunque él obvia mis palabras e intenta introducir un dedo.

—Deja que ocurra... —me provoca mientras comienza un ataque por dos frentes.

Ahora sí me ofrece con la boca lo que tanto ansío y soy tan idiota que no me doy cuenta de su maniobra hasta que es demasiado tarde y siento una presión desconocida.

Me muerdo el labio y, sin saber muy bien por qué, comienzo a mover las caderas, buscando algo que no soy capaz de definir. Él sí sabe muy bien qué está ocurriendo y cómo manejarme a su antojo.

No aparta ni un milímetro la boca de mi sexo, lame, presiona, incluso hace sonidos que me resultan tan obscenos como eróticos. Y todo sin apartar ese maldito dedo de mi trasero.

—Vas a correrte en mi boca, Tati... —predice, y apenas unos segundos más tarde se me escapa un grito que han debido de oír fuera.

Y el impresentable, en vez de apartarse, tras llevarme al orgasmo, continúa (algo más despacio) lamiéndome y penetrándome por detrás hasta que me oye decir suplicante:

—Por favor, no puedo más.

Se ríe y con rapidez se pone en pie para besarme en los labios y hacerme partícipe de mi propio sabor.

—Ahora, si no es mucho pedir, inclínate sobre esa mesa y deja que te folle.

Asiento, obediente.

Capítulo 31

Es complicado, y hasta se podría decir que humillante, ver cómo las maniobras de un productor marrullero surten efecto. Y también resulta algo incomprensible, pues el público da prioridad al morbo antes que a la calidad del espectáculo.

Incomprensible pero cierto.

Por lo visto son los aires que corren hoy en día y no queda más remedio que aguantar. Ahora bien, como le dejé claro a Diego hace un par de días, en cuanto finalicen las representaciones de *Entre mis recuerdos*, quiero volver a mis orígenes musicales. Le he pedido que busque alguna representación más clásica.

Y ahora me recordaréis, como hace mi agente, que actuar en esta obra no ha sido tan malo. Bueno, es cierto, como también que he conocido a un tipo indescriptible que derrumba una y otra vez mis creencias.

Vale, lo acepto: protagonizar una ópera rock como *Entre mis recuerdos* me ha dado una nueva perspectiva vital.

Sí, lo sé, yo soy la primera que me quejé una y otra vez sobre la ópera rock; sin embargo, a medida que se ha ido representando, he comprobado cómo todos dan lo mejor de sí mismos para que cada función sea mejor que la anterior, empezando por Cuca, la directora, que cada noche toma notas de lo que sucede en el escenario, y terminando por el servicio de mantenimiento, que se encarga cada mañana de que el teatro esté a punto.

Llevamos quince días llenando el teatro, aunque a costa de mi imagen, pues tanto en redes como en medios de comunicación las especulaciones sobre la relación entre los protagonistas de la obra están siendo la comidilla.

Al impresentable le hacen gracia; a mí, ninguna.

Porque soy objeto de burlas sobre la diferencia de edad entre nosotros y también porque soy viuda. Como si eso fuera ya un impedimento de por vida a la hora de encontrar pareja.

El problema es que según el calculador de Márquez y sus ¿periodistas? a sueldo, asesores y demás camarilla, todo va estupendamente, pues nadie ha logrado una sola imagen fuera de los escenarios en la que se nos pueda ver claramente juntos. Por supuesto hemos acudido a locales para dejarnos ver en público con tal de aumentar las habladurías. Y siempre teniendo cuidado.

Todo es especulación pura y dura, con la intención de que se hable del impresentable y de mí para que otros medios se hagan eco y, por lo tanto, se mencione *Entre mis recuerdos* y el público, intrigado, acuda a ver la ópera rock.

Así que toca continuar con la farsa de una posible relación entre un roquero deslenguado y una estirada mezzosoprano (a quien tachan de viuda alegre asaltacunas). Este comentario (hiriente) es uno de los que más se repiten.

Yo he hablado con Diego y le he preguntado hasta cuándo. Como respuesta, mi representante se encoge de hombros y se limita a decir: «Tranquila, Tatiana. Tampoco lo estás pasando tan mal».

Para mi sorpresa, nadie ha mencionado el incidente del aseo de caballeros durante el primer acto de este lamentable *show* mediático. Intenté sonsacar al impresentable para que me contase cómo evitó que aquellos hombres expandiesen el succulento cotilleo de una cantante de ópera colándose en el servicio de hombres y él, en vez de asumir que se ocupó del asunto, me espetó: «Tati, que no eres tan famosa como crees».

Para matarlo a pellizcos. No se os ocurra decirme que no.

Y encima los dos agentes de Policía siguen a la carga porque la vida (oculta) de Eladio es todo un serial. Han encontrado más documentos sobre sus chanchullos. Y en algunos, por desgracia, aparezco yo. Diego ha asegurado que se demostrará la verdad, que mi difunto esposo falsificó mi firma y utilizó el poder notarial que le otorgué para que gestionara mis finanzas de modo fraudulento. Pero imaginaréis que eso conlleva un complicado y desesperante proceso porque a quienes estafó Eladio buscan ahora resarcirse. Para más inri, yo me encuentro en la picota debido a las maniobras de Márquez para llenar el teatro.

Y no a mucho tardar empezarán a llegarme demandas para recuperar el dinero que Eladio estafó, lo cual me llevará de nuevo a una situación financiera inestable, por lo que me veré obligada a seguir con la farsa del falso romance con tal de que *Entre mis recuerdos* siga en cartel y yo cobre por mi trabajo.

Los únicos momentos que me resultan atractivos (además de los que me proporciona mi masajista) son los que paso en el dormitorio junto al impresentable. Él tiene la virtud (si se puede llamar así) de distraerme no solo con sexo, sino con anécdotas (a veces subidas de tono) sobre situaciones en las que se ha visto envuelto.

También he de escuchar temas que él sugiere y que según su opinión son clásicos musicales que todo el mundo debería conocer. Hay piezas que me gustan; por ejemplo, escuché *Extreme ways*, de un tal Moby si no recuerdo mal, y me convenció; otras me horrorizan y se lo hago saber. *The kids aren't alright* me pareció discordante, demasiado estridente. Eso sí, a la menor oportunidad se burla sobre mis escasos conocimientos de música moderna, algo que ya no me molesta, pues he de reconocer que tiene razón.

Yo contraataco con mis recomendaciones y no deja de sorprenderme que él conozca la mayoría de las piezas que le propongo. Fue muy intenso escuchar *Donde lieta uscì*, de *La bohème*, mientras él la tataba a su manera y se encargaba de darme besos casi superficiales por toda la espalda y el trasero.

Ahora mismo estoy en el camerino, tras la función de esta noche. Por suerte hoy no tengo que actuar en la otra «función»; eso será dentro de tres días, cuando acudiremos al estreno de una película. *Photocall*, periodistas, *influencers*, posado, comentarios... Lo de siempre. Aunque no me acostumbraré jamás. ¿Dónde están los periodistas especializados que se interesaban por tu trabajo? Los echo de menos, la verdad.

Por eso quiero cambiarme de ropa e ir cuanto antes al apartamento para acostarme. Supongo que acompañada. Aunque algunas noches el impresentable se ha limitado a tumbarse junto a mí, charlar y dormir.

También me abraza. Un gesto que me confunde, lo admito.

Suspiro y termino el ritual de desmaquillarme, guardo los útiles y me dirijo al perchero para coger el sencillo vestido de punto azul marino que voy a ponerme para ir luego a casa. Justo cuando me quito el kimono, se abre la puerta, sin llamada previa, y me pilla en ropa interior.

—No te tapes, Tati, que me gusta ver tus bragas de señora mayor.

—Muy gracioso.

—El caso es que me ponen cachondo... —Me ofrece una sonrisa torcida.

Ya habéis imaginado quién interrumpe de modo tan grosero en el camerino. Las primeras veces me cubría, ahora ni me molesto.

—¿Dónde está el fuego? —pregunto de manera retórica, porque lo veo un tanto azorado. Acaba de salir de la ducha, es obvio al ver su camiseta rosa chicle mojada en los hombros. Los pantalones vaqueros negros rotos por mil sitios y sujetos con imperdibles son incalificables.

—Tati, ven conmigo —me exige. Yo arqueo una ceja, pues desconfío.

—Esta noche no tenemos planes —le recuerdo.

Lo cual agradezco, pues fingir que entre nosotros hay un posible romance para que los periodistas especulen y al mismo tiempo fingir que no dormimos juntos resulta un ejercicio increíble de concentración.

—¡Que vengas, coño!

—Primero dime adónde.

—No seas petarda, joder.

Se acerca y me arrebató el vestido de punto para encargarse él mismo de ponérmelo. Después agarra los primeros zapatos que ve y se agacha cual vendedor de calzado para colocármelos.

—Andando, sígueme.

Me coge de la mano y tira de mí sacándome del camerino a remolque.

Nos cruzamos por los pasillos con gente de la obra que ni se inmuta, pues ya están aburridos de las esperpénticas salidas de tono del impresentable. Cuca, al vernos, sonrío de medio lado. Y yo sospecho... ¿Qué sabe en realidad?

El impresentable se detiene en una salita, acondicionada para visitas más o menos importantes a las que se les da la oportunidad de ver lo que pasa entre bastidores sin ser molestadas por el público. Allí me encuentro con una pareja que debe de rondar casi los sesenta, acompañada de otro hombre rubio más o menos de mi edad; también están Killian Júnior y Calvin, que charla animado. Hoy no se ha maquillado mucho.

—Buenas noches —interrumpe el impresentable.

—Hola, hijo —dice la mujer al tiempo que se acerca a darle un beso en la mejilla al roquero, que, por cierto, no me suelta de la mano.

¿Hijo? ¿Ha dicho hijo?

—Ya era hora —le espeta Calvin—. Llevamos esperándote un buen rato.

—Es culpa de Tati, que tarda una eternidad en arreglarse.

¡Si ni siquiera me ha dado tiempo a maquillarme!

—No te metas con ella —me defiende Killian Júnior.

—Bueno, menos dar por el culo. Empecemos con las presentaciones —irrumpe el impresentable.

—A este plasta ya lo conoces —dice refiriéndose a Calvin—. Y a mi hijo también.

—Hola, Killian —murmuro sonriéndole—. ¿Cómo te va?

—Pse —contesta encogiéndose de hombros—. Voy a echar de menos charlar contigo.

—Lo sé. —En unos días se marcha de vuelta con su madre.

¿Os he dicho ya que adoro a este chaval?

—Deja de hacerte la víctima —le suelta el impresentable, aunque por la cara de Killian Júnior intuyo que es una especie de broma entre ellos—. Mamá, esta es Tati.

La mujer rubia me sonrío y yo, con la educación que me caracteriza, le estrecho la mano, un tanto turbada por el hecho de que el roquero me presente a sus padres.

—Encantada, Tatiana. Killian carece de habilidades sociales. Llámame April. Tenía muchas ganas de conocerte —dice ella con más naturalidad.

Después me presentan al hombre, moreno, de nombre Manuel; no se parece apenas al impresentable, pero este me dice que es su padre. También le estrecho la mano y le sonrío.

—Es un honor, Tatiana —me saluda Manuel con una sonrisa afable.

—Y, por último, el imbécil de mi hermano mayor, Trevor. Un dolor de huevos.

Este, en vez de estrecharme la mano, se acerca y me da dos besos.

—No sé cómo aguantas al impresentable de Killian —me dice con una sonrisa muy similar a la del aludido que confirma su parentesco.

—Hay días mejores y peores —comento sin entrar en detalles.

—Bueno, hechas las presentaciones, nos vamos todos a cenar —añade el roquero todo ufano.

—Encantada de haberos conocido —murmuro, y doy un paso atrás en retirada, pues se trata, obviamente, de una reunión familiar.

—Eh, Tati, que te vienes con nosotros —me suelta el impresentable. Después mira a Calvin—. Tú no, que eres un pelma deprimente.

Su compañero de grupo le hace una peineta.

—Calvin se viene con nosotros, faltaría más —interviene el padre del impresentable, con el cual, la verdad, apenas le saco parecido, pues si bien tiene el pelo salpicado de canas, es evidente que en su día era cien por cien oscuro, nada que ver con el rubio que lucen el roquero y su hermano. Respecto a su fisonomía, ambos han salido también a la madre.

—Por supuesto que se viene con nosotros —tercia la madre, y con cariño le acaricia la mejilla a Calvin—. Para mí es como un hijo más.

—April, yo también te quiero.

—No se hable más. Que tenemos mesa reservada —indica Manuel.

—¿Podemos abandonar a Killian a su suerte? —propone Trevor riéndose.

—Vete a tomar por el culo —replica el impresentable—. O no, que a lo mejor te gusta.

—¡Niños! —exclama la madre negando con la cabeza—. Dejad de pelearos.

—Ahora volvemos —indica el roquero mirándome, y nos apartamos del grupo en dirección al camerino.

Una vez dentro del mío y segura de que nadie puede oírnos, le espeto:

—¡Pero ¿tú de qué vas?!

—Arréglate, que nos están esperando —me pide tan pancho mientras se acerca hasta mis productos de maquillaje para usarlos.

Ya ni me molesto en regañarlo por hacerlo.

—No voy a ir —afirmo. Él resopla.

—¿Por qué? —inquieta sin ver lo obvio.

—Es tu familia.

—¿Y? —murmura acercando la cara al espejo para ver bien y aplicarse la sombra de ojos color chocolate que ha elegido.

—¿No es obvio?

—¿El qué?

—¡Grrr! —gruño exasperada ante su pachorra.

—Ya conoces al repelente de mi hijo, con el que por cierto te llevas mejor que yo —argumenta. Pesa al calificativo con el que lo ha descrito, no se percibe mala fe—. Mis padres son grandes admiradores tuyos y llevan dándome la lata varias semanas para conocerte. Con Calvin

haces buenas migas. El único que es un dolor de huevos es mi hermano mayor, pero te dejo que le claves un tenedor en el brazo.

—Muy gracioso —rezongo.

—Así que venga, ponte algo mono y vámonos.

—Mejor no.

—Deja las paranoias para otro momento, Tati —comenta serio cuando acaba con el maquillaje y empieza a peinarse la melena rubia antes de recogerla en una coleta un tanto desastrosa, por lo que, a pesar de mis reticencias a tocarlo en este momento, me acerco hasta él y sin mucha ceremonia le quito la goma y empiezo a peinarlo—. Te gusta jugar conmigo a las muñequitas, ¿eh?

—Calla.

—Y por si te lo estás preguntando, no, no le he dicho nada a nadie sobre lo que ocurre entre nosotros.

—¿Y qué pasa con nuestro *show* de fuera del escenario?

—Ya se lo he explicado, para que no haya problemas. Además, mis padres viven un tanto al margen de mis escándalos mediáticos.

—Soy un escándalo, por lo que veo —mascullo, y le doy un tirón en el pelo.

—Uno muy grande, Tati —se guasea.

—Gracias —farfullo con sequedad.

—Oye, no te pongas digna —me regaña con aire burlón.

—Pensaba... —Me detengo a tiempo para no hablar más de la cuenta, pues mucho me temo que los sentimientos me pueden jugar una mala pasada ante él.

Oigo cómo suspira.

Acabo de cepillarle el pelo y le hago una coleta mucho mejor de la que él se había hecho. Entonces se da la vuelta y me mira.

—Tati, no empieces a darle vueltas a las cosas, que te veo venir —me advierte. De verdad, le lanzaría el frasco de mi mejor perfume a la cara por decir algo tan insensible.

Sí, lo sé, la típica escena de arrebato femenino que tantas veces se atribuye a mujeres un tanto histéricas, pero en ocasiones es la mejor forma de sacudirse el enfado.

—Déjame sola.

—Que conste: ahora te pones petarda, jugando a la ambigüedad. ¿Y qué pretendes que haga yo?

—Déjame sola —repito.

—Ya, claro, así te puedes hacer todas esas pajas mentales que tanto te gustan para luego ponerme mala cara. ¿Me equivoco?

—No te he pedido nada.

—Pero algo te pasa e intuyo que quieres jugar al escondite conmigo, ¿eh? Que te siga el juego, que te pregunte una y otra vez qué demonios te ocurre y así tenerme pendiente de ti. ¿A que sí?

Lo fulmino con la mirada, no solo por el hecho de que me molesten sus suposiciones, sino porque desgraciadamente se acercan bastante a la realidad.

Como era de esperar, el impresentable ni se inmuta ante mi gesto.

—Solo quiero tranquilidad —murmuro, y hasta yo me doy cuenta de que me he salido por la tangente.

—Buscas un perrito faldero, que no es lo mismo.

—¡Qué sabrás tú! —protesto, y acto seguido muevo las perchas sin ton ni son, como si entre la ropa estuviera la solución a mis problemas.

—Porque siempre has estado rodeada de aduladores y así te va.

—No sé por qué estamos discutiendo.

—Es tu especialidad, Tati, dar por el culo hasta cuando todo va de puta madre —aduce. Y no contento con ello añade—: Has sido tú la que desde el principio se ha empeñado en ocultar la realidad. Si no fueras tan estrecha de miras y petarda, esto sería más fácil de lo que piensas.

—Pero ¡si tú eres el primer interesado en ocultar la realidad para que no te critiquen por estar con una mujer mayor que tú! —le espeto molesta.

Muy molesta.

—Desde luego, qué idiota eres. ¡¿Tú crees que me importa eso?! Joder, Tati, que me importa una mierda bien grande lo que opinen de mí o de mi culo. O, ya puestos, de mi polla, que cuando es necesario, o sin serlo, la enseño en público.

Casi me hace sonreír.

—Entonces, ¿por qué haces esos comentarios?

—Para tocarte las narices, obviamente, y para alejar cualquier sospecha, que pareces tonta.

Preguntarle ahora «¿Eso quiere decir que te importo?» es sin duda un salto al vacío. Y tan estúpida no soy como para lanzarme.

—Lo pasamos de puta madre juntos, nos llevamos bien y hoy vas a cenar gratis, ¿qué más quieres?

—No lo sé. —Toda esta situación se va enredando más y más.

Cada paso que doy es más difícil de asimilar que el anterior. Y eso me tiene descolocada.

—Deja el melodrama para el escenario y arréglate, que nos están esperando.

Capítulo 32

—¡Me has mentido! —estallo cuando regresamos al apartamento tras cenar con sus padres.

—¿Yo? —replica como si no tuviera nada que ver. Hasta pone cara de inocente.

—No te hagas el tonto, sabes muy bien a qué me refiero —le grito no todo lo alto que quisiera para no parecer histérica, aunque por dentro estoy hirviendo.

—Ya empezamos... —protesta al tiempo que comienza a desnudarse ajeno a mi cabreo tras pasar la velada con su familia.

—¿No pensarás dormir aquí? —inquiero estupefacta mientras miro de reojo sus bóxeres verdes con dibujos de piñas.

—¿Quieres que lo haga a los pies de tu cama como un buen perrito faldero? —se burla.

—Me has hecho quedar como una pánfila delante de tu familia —me quejo con amargura.

—¿Yo? —replica señalándose a sí mismo antes de encogerse de hombros e ir al cuarto de baño.

Lo sigo; por supuesto, no voy a dejar esta conversación a medias por mucho que él se muestre indiferente.

—Sí, tú. —Me quedo a un lado mientras comienza a desmaquillarse.

—Te veo peleona esta noche —comenta empleando un tono sugerente.

—No me vaciles.

—Vas a sacar las uñas. ¡Qué emoción! —exclama con un deje burlón.

Y hasta tiene el descaro de fingir un escalofrío.

—Me temo que vas muy desencaminado. Estoy enfadada contigo por no decirme la verdad sobre tus padres.

Cruza la mirada conmigo a través del espejo y dice:

—A ver, Tati, que el problema es tuyo por sacar conclusiones precipitadas sobre mis padres.

—¡Me dijiste que tu padre era mecánico!

—Y lo es.

—¡Mecánico aeronáutico! —exclamo conteniendo la rabia.

Si llegáis a ver mi cara cuando Manuel ha hablado de su trabajo...

—Lo que pasa es que, con esa arrogancia que te gastas y ese elitismo habitual, tú, como muchas personas, piensas que solo hay una clase de mecánico.

No le falta razón, maldita sea.

—Y me contaste que tu madre era dependienta.

—Claro que lo es.

—¡De su propia cadena de tiendas de regalos!

—¿Y cuál es el problema de trabajar para una misma? —retruca. Y como ya se ha quitado todo el maquillaje, comienza a darse la crema de noche (la mía) que tanto le gusta.

—Me soltaste un cuento sobre un niño de familia de barrio obrero que pasaba apuros para llegar a fin de mes y que vivía de alquiler en una casa con goteras —le recuerdo.

—A ver, eso es cierto —contesta sin perder su aire tranquilo pese a que yo estoy muy cabreada—. Cuando se casaron, no les iba tan bien.

Es que me siento estúpida porque al llegar al restaurante y ver los precios de los menús, me he sentido en la obligación de pedir lo más barato, ya que tenía en mente que la familia del impresentable no estaba acostumbrada a semejantes lujos debido a su origen humilde, pese a que el roquero con su banda habrá ganado bastante como para pagar la cuenta.

Y por si fuera poco el ridículo, he realizado comentarios un tanto desafortunados y que sí, han sonado elitistas, al intentar hablar de las respectivas profesiones de Manuel y April. Como, por ejemplo: «Tiene que ser difícil sacar a dos hijos adelante con salarios tan abusivos. Porque a nadie se le escapa que las dependientas cobran poco y trabajan muchas horas».

Me quería morir. Menos mal que Calvin me ha echado algún que otro cable al mencionar trastadas de juventud junto al resto del grupo y que han desviado la conversación hacia otros derroteros.

Y luego está el asunto del hermano. Trevor, que es ingeniero aeronáutico, cuando en teoría, y siempre siguiendo la versión del impresentable, empezó a trabajar de ayudante junto a su padre.

—¿Y por qué no me dijiste la verdad?

Se encoge de hombros.

—No tengo por qué hacerlo. —Y se pone a lavarse los dientes.

Mi frustración va en aumento y todo por haber hecho el ridículo. ¿Qué habrá pensado la familia del impresentable de mí? Pues lo que mucha gente: que soy bastante esnob, algo que me fastidia y considero injusto.

Lo dejo en el cuarto de baño mientras le doy vueltas al asunto. He de encontrar la manera de hablar con sus padres y que estos se lleven otra impresión de mí, una imagen más amable y menos petarda.

Y creo que el único capaz de ayudarme es Killian Júnior.

Comienzo a desnudarme. El hijo del impresentable no es tonto y con toda probabilidad se habrá dado cuenta durante la cena de la situación. Y además Calvin estaba presente. Y yo, preocupada más de mí misma que de otra cosa, ni siquiera me he molestado en preguntarle si ya ha arreglado las cosas con John, al que por cierto hace días que nadie ha visto.

Me pongo un camisón gris bastante normalito y espero a que el impresentable salga del baño para entrar yo. Esta rutina doméstica me tiene un poco confundida, pues durante mi vida conyugal jamás compartí aseo, cada uno utilizaba el suyo.

—¿Aún sigues mosqueada? —me pregunta al salir del cuarto de baño.

—Sí.

Se ríe.

—En estas situaciones, por norma general, debes decir que no, que no te pasa nada, y con cara de perro —se mofa, y de un salto se tumba en la cama y hasta tiene el descaro de dar unos golpecitos en el colchón para que me una a él.

Me muerdo la lengua y entro en el aseo. Me desmaquillo y me hidrato la piel. Me ocupo de mis cosas y cuando regreso al dormitorio me encuentro al impresentable dormido como un bendito. Bueno, no, como un bendito no, porque con esos bóxers jamás podría calificarlo como tal.

No quiero que coja frío ni despertarlo para que se meta bajo las sábanas, así que busco algo en el armario y lo cubro con una colcha. Se me escapa una sonrisa mientras lo observo a placer, ahora que su mirada burlona no puede intimidarme.

Me he enamorado del impresentable.

Sí, lo admito, sin ambages, sin paños calientes. Me he enamorado de un tipo más joven que yo, con un descaro sin igual y una irreverencia incomparable.

¿Qué voy a hacer ahora?

Porque yo no sé gestionar las emociones. He procurado, a lo largo de mi vida, que estas no interfiriesen demasiado ni me apartasen de mi objetivo.

Mi matrimonio con Eladio estaba basado en la comodidad y la independencia. Claro, que mirad el resultado. Y no lo digo por ser viuda, sino por el embrollo en el que aún me veo inmersa.

Me acuesto en mi lado de la cama y, no sé si por solidaridad o estupidez, me acurruco junto a él bajo la colcha y enseguida noto sus brazos rodeándome. Además, emite un murmullo no sé si de satisfacción.

Cierro los ojos e intento dormir; soy consciente de esta falsa sensación de bienestar, pero dejadme que me la crea durante unas horas y así poder descansar.

* * *

Por lo general yo me levanto antes que el impresentable; sin embargo, hoy no ha ocurrido así y al despertar ya estaba sola. Mi lado controlador se pregunta adónde habrá ido este hombre.

Después de la discusión de anoche, esperaba que al menos diera la cara por la mañana. ¡Qué menos que una explicación! Pues entre una cosa y otra evitó hablar del tema.

Ahora, mientras observo el desayuno dispuesto sobre la encimera (obra del impresentable antes de largarse), me pregunto por qué el roquero tiene estos detalles conmigo. Por un lado es sarcástico y por otro se comporta como el más atento de los amantes.

Como aún me siento mal por la situación con sus padres, pese a que ellos en ningún momento se mostraron molestos, opto por poner en marcha mi plan para al menos no quedar como una elitista.

Decido enviar un mensaje a Calvin porque además me interesa su estado; anoche lo vi animado, pero no tanto como otras veces.

Buenos días. ¿Estás despierto?

De todas las tentaciones que hay en el plato, escojo el bizcocho y me sirvo una pequeña porción mientras espero la respuesta. Está buenísimo, con un ligero sabor a limón. Voy a tener que recurrir a toda mi fuerza de voluntad para no servirme otra ración.

Hola, preciosa. ¿Nadie te ha dicho
que los roqueros no madrugan?

Me río ante su respuesta y tecleo.

¿Desayunamos juntos?

Dame tres cuartos de hora
y soy todo tuyo.

¿A que es un amor?

Ya sé que a lo mejor me meto donde no me llaman, pero la tentación de hacer de celestina y

ayudar a Calvin se me hace irresistible. Este chico se merece lo mejor. ¿O no estáis de acuerdo?

Mientras le espero, aprovecho para darme una ducha. Me resulta inevitable, mientras me enjabono el pelo y siento la caricia del agua, pensar en las descaradas manos del impresentable cuando me tocan.

Y en cuándo volverán a hacerlo.

Porque ¿anoche me comporté como una gilipollas? No me refiero solo al hecho de meter la pata con sus padres, sino por encararme con él.

No sé..., esta es otra de esas situaciones que me pillan fuera de juego.

Durante mi matrimonio con Eladio, las discusiones eran inexistentes. En primer lugar, porque yo dedicaba más atención a mi carrera y él a ocultarme su doble vida. Cuando algo me disgustaba, en vez de echárselo en cara, optaba por largarme con la excusa del trabajo. Y él (ahora lo sé) aprovechaba para engañarme.

Termino la ducha, excitada y resignada. Comienzo a aplicarme la crema hidratante y justo cuando tengo las manos embadurnadas suena el timbre.

O Calvin es más rápido de lo que dice arreglándose o a mí se me ha pasado el tiempo sin darme cuenta. Creo que más bien ha sido esto último.

—¿Te he dicho ya cuánto te quiero? —es el alegre saludo de Calvin nada más abrirle la puerta. Se inclina y me da un sonoro beso en la mejilla.

—Anda, no seas zalamero.

Me dedica una sonrisa deslumbrante. No soy especialista en interpretar actitudes; sin embargo, algo me dice que anoche le fue bien después de la cena con los padres del impresentable.

Nos acomodamos en la barra de la cocina y Calvin me sirve una taza de café. Sin preguntarme, sabe cómo lo tomo habitualmente. Es un hombre muy detallista. Y debo mencionar lo guapetón que ha venido hoy. Sí, lo sé, hace unos meses me habría horrorizado ver a un hombre maquillado, con ropa llamativa y un colgante de calaveras metalizadas. Y no olvidemos su peinado. Da la sensación de que no ha tocado un peine; no obstante, yo sé que se trata de un cuidado estilismo. Ese aire desaliñado es producto de gel fijador.

—Te veo muy contento esta mañana —murmuro tras probar el café—. Y muy guapo.

Calvin me lanza un beso.

—Lo mismo digo.

—¿Me vas a contar el motivo? —inquiero con una sonrisa.

Él suspira y me pone carita de enamorado.

—Anoche conocí a alguien...

—¿Cuándo?

—Después de la cena, me fui por ahí con Trevor a tomar unas copas y...

—Pareces uno más de la familia —comento. Así de paso saco el tema que es mi principal interés.

Sí, lo admito, es una actitud un tanto manipuladora.

—Los adoro a todos. Siempre me han tratado como a uno más de la familia.

—¿Desde cuándo los conoces? —Cojo una galletita con trocitos de chocolate y le doy un pequeño mordisco. Estas tentaciones las tengo que mantener a raya.

—Uff, desde el colegio por lo menos. Prefería estar en casa de Killian antes que en la de mis padres.

—¿Por qué?

—A ver, el ambiente familiar era muy... complicado, ¿vale? Cuando estaba en el instituto, se divorciaron y, ya sabes, el niño, o sea yo, era un arma arrojadiza. Si a eso le sumas mis problemillas de comportamiento...

—Entonces es cierto lo que pone en la web de The Dumpsters —planteo.

Calvin asiente antes de explicar:

—Un poco sí, aunque el publicista le dio un toque más dramático. Vende mucho lo de chicos gamberros que hacen música, ¿sabes?

—Y gracias a la música dejan de ser gamberros —añado yo.

—¡Eso nunca! —exclama riéndose—. Aunque en los últimos tiempos estamos todos más tranquilos que de costumbre. La edad, supongo.

—Comparados conmigo, sois unos chiquillos —digo.

Él frunce el ceño.

—¡Tatiana, no digas bobadas! —Estira el brazo para apoyar su mano en la mía y darme un apretón—. Si lo que pretendes es que te eche unos piropos, lo siento. Soy atrevido, pero no tanto.

—Me gustan los piropos. ¿Por qué no ibas a decírmelos?

—Porque Killian podría partirme la cara.

Intento, en serio que lo intento, disimular mi sorpresa. Pero, por la expresión de Calvin tras sus últimas palabras, sé que no lo he logrado. Él sonríe de medio lado. Mantiene su aspecto cuasi inocente, aunque salta a la vista que está al tanto de todo.

—¿Desde cuándo lo sabes? —pregunto en voz baja.

Calvin resopla.

—Esto que voy a decir suena feo, ¿vale?, pero no te lo tomes mal.

—Lo intentaré —miento, porque para estas cosas soy muy puntillosa.

—Me di cuenta de algunas señales, cosas tontas, y lo comenté con John...

«Genial», pienso, todos están al tanto. Y cuando digo «todos» no creo que nadie del reparto de *Entre mis recuerdos* siga en la ignorancia.

Sin olvidar, obviamente, las indirectas (a veces no tanto) de Diego. Mi representante no ha dejado de hacer comentarios que no he querido tomar todo lo en serio que debiera haber hecho.

—Me siento...

Gilipollas, avergonzada, humillada...

¿Os parece que exagero?

Poneos un minuto en mi lugar, por favor, a ver si no os sentís parecido.

—Tatiana, cariño, a mí me parece estupendo —afirma Calvin.

Yo me pongo en pie para evitar su mirada.

—Joder... —mascullo frotándome la frente. Yo nunca utilizo palabras como esta. Por desgracia, es la más acertada para expresar mi situación.

Oigo el leve chirrido de las patas del taburete y acto seguido noto la presencia de Calvin a mi lado. Me da un toquecito en el hombro para que lo mire, pero yo me cubro la cara con ambas manos.

—A ver, no seas tonta —susurra con cariño mientras me agarra con suavidad de las muñecas para que aparte las manos—. Conozco a Killian y, de verdad, eres, con diferencia, la mejor tía con la que ha estado desde hace...

Se me escapa una lágrima que él me limpia con la yema del dedo.

—... ¡Qué coño! Nunca ha estado con una tía decente —apostilla. Yo parpadeo.

Ahora es cuando debería sonreír.

—No sabes de qué hablas...

—Sí lo sé, Tatiana. Killian no ha estado con tantas como presume. —Tuerzo el gesto ante semejante afirmación—. Bueno, vaaaaale, sí, ha follado con un montón, como todos al principio, por la novedad y todo eso, porque pasamos de no comernos un rosco a tener lo que queríamos sin ni tan siquiera chasquear los dedos, pero hace ya un tiempo... nada de nada. Creo que a veces ni las toca, pero eso ahora da igual.

—Calvin...

—Lo que quiero decir es que... Killian es muy especial, ¿sabes? No es de esos que dicen cuatro zalamerías para convencer a una chica, no lo necesita. Si está contigo es porque realmente le interesas.

—No puede ser...

—Lo es. Solo le he conocido otra relación, la que tuvo con la madre del crío, y acabó fatal. No por él, sino por ella, que menuda pieza es. Lo jodió mucho, no solo económicamente. Le hizo mucho daño, Killian intentó arreglarlo, pero esa asquerosa solo quería pasta y más pasta. Hasta que se aseguró una buena pensión, estuvo jugando con él.

—¿Qué me quieres decir con eso?

—Que Killian no es tonto, pero cuando se pillá de verdad... Desde entonces detecta a las caraduras al minuto. Y si se ha fijado en ti es porque mereces la pena.

Niego con la cabeza.

—Hablas sin saber, Calvin.

—Hazme caso. Solo te voy a pedir una cosa, Tatiana —susurra.

Yo, de verdad, no quiero parecer una cuarentona atolondrada que se emociona, aunque es muy difícil no hacerlo al oír estas palabras.

—¿El qué?

—No le hagas daño, ¿vale? Killian es un buen tío. Es cierto que es un dolor de huevos, se maquilla como el culo y va de listo. Ahora bien, en el fondo es muy sentimental. Esconde sus sentimientos, pero los tiene... y está loco por ti.

Imaginad mi perplejidad. ¿El impresentable tiene su corazoncito y está loco por mí?

—Me cuesta tanto creerlo...

—Te lo aseguro, está enamorado de ti hasta las trancas Así que, por favor, sé buena con él. ¿Me lo prometes?

Asiento aún ojiplática. Pero me doy cuenta de que hay un detalle que aún no he averiguado.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Capítulo 33

Cuando me siento aturullada, confusa, opto por esconderme. Por huir. Diréis que es una actitud pueril y cobarde. Me da igual. Es mi vida y la gestiono como me da la gana.

¿Arrogante? Sin duda; sin embargo, a estas alturas, no tengo que dar explicaciones y si la forma de superar mis miedos es esta, pues que así sea.

Que conste: de haber sido posible, estaría en un avión, rumbo a algún paraje poco poblado en donde alejarme del mundanal ruido. Pero ya conocéis mis circunstancias y no me lo puedo permitir.

Por eso he ido al único espacio donde poder relajarme y ocultarme al menos durante tres horas: el *spa*.

Al llegar le he preguntado a la chica de recepción cuál era el tratamiento más largo (sin importarme le precio pese al estado, nada boyante, de mis finanzas) y he dicho que sí antes de que finalizara su explicación.

Ahora mismo están colocándome en la espalda piedras volcánicas calientes. En teoría mi cabeza debería desconectar para que el cuerpo reaccionara a los estímulos; no obstante, no dejo de darle vueltas a la conversación que mantuve con Calvin.

Un inciso: adoro a este muchacho.

No, no solo lo adoro; creo que es todo un descubrimiento como persona.

Bien, el integrante de The Dumpsters me habló de su situación personal, no todo iba a girar en torno a mí. Escuché con una sonrisa en los labios cuando me contó cosas del tipo al que había conocido la noche anterior y con el que está muy ilusionado. Quiere dejar atrás de una vez por todas su tumultuosa relación con John. Aunque admite que no será sencillo, porque, por desgracia, lo sigue queriendo. Y, encima, a corto plazo no van a poder distanciarse, pues tienen que preparar nuevas canciones.

Y porque dejó entrever que sigue enamorado de su compañero.

Calvin preferiría alejarse de John el tiempo suficiente como para recuperarse de la enésima pelea entre ambos, pero tanto Herman, el representante de The Dumpsters, como su distribuidora presionan para que publiquen nuevos temas. Mientras me lo contaba, entonó la archiconocida *The show must go on*. Terminamos cantándola a dúo, porque hasta yo me sé la letra. Al finalizar nuestro pequeño momento musical, Calvin me rogó que fuera su musa en una de sus composiciones y que la cantara con ellos, que incluso escribiría una letra educada para que yo me sintiera cómoda.

No me atreví a negarme y así evitar decepcionarlo; sin embargo, sigo sin verlo. ¿Yo interpretando una canción con The Dumpsters en público? ¿Con esas palabras malsonantes? Ya lo de la música estridente sería lo de menos.

Y luego, como no podía ser de otro modo, hablamos de mi no tan oculta relación con el impresentable. Vaya por delante que Calvin me aseguró que de él jamás saldrá una palabra que me comprometa y que si tiene que partirla la cara a quien se le ocurra hacerlo, lo hará sin dudar.

Sabe muy bien lo que es ser el centro de las burlas de algunos pseudoperiodistas, *influencers*, *opinólogos* y demás gilipollas (calificativo empleado por Calvin con el que concuerdo al cien por cien) debido a su condición de gay, por eso odia a quienes se meten con la vida privada de la gente.

Lo dicho, Calvin es un amor. Y sí, admito que en un primer instante, al verlo con esas pintas, no pensé nada agradable de él. Sin embargo, me he dado cuenta de que todo su maquillaje, estilismos y demás son solo complementos.

Estaréis impacientes, como cotillas incorregibles que sois, por saber qué me dijo Calvin respecto a mi relación con el impresentable.

Para empezar, me dio más detalles sobre la relación del roquero con las mujeres en general (rollo folleteo) y con una en particular (Fiona, la madre de Killian Júnior), la cual le amargó la vida y se la sigue amargando..., además de sacarle dinero, que, según Calvin, mi compañero de reparto paga con gusto con tal de no verla aparecer.

Me quedé un tanto contrariada al saber (siempre según la versión de Calvin y no tiene razón para mentir) que el cantante de The Dumpsters siempre ha sido enamoradizo y que por eso apenas ha mantenido relaciones serias, pues (y he aquí una gran paradoja dada su verborrea desatada y su arrogancia) teme que le hagan daño cuando lo conozcan de verdad.

¿En serio os podéis creer esto?

Yo no daba crédito, pero si es Calvin quien lo afirma, cuestionarlo resulta difícil. También lo describió como un hombre romántico, cariñoso, fiel, sensible...

Imaginad mi cara y cómo los engranajes de mi cabeza empezaron a girar de manera errática al procesar la información. Igual que si un inexperto manipulara un preciso mecanismo de relojería y al salirse de su recorrido el primer piñón, el resto terminara por funcionar a trompicones hasta que se detuviera.

Y a veces incluso podría ser una avería irreparable.

Este es mi miedo.

—Se esfuerza en parecer todo lo contrario —murmuré, y Calvin me miró con cariño antes de decir:

—Lo sé, a veces es un idiota de cuidado. Pero es su forma de evitar que le hagan daño. Hay mucha hija de puta suelta que está dispuesta a todo.

—Es que es tan difícil de creer...

Entonces Calvin continuó hablándome de su compañero de grupo, para que me creyera sus palabras.

—Desde que trabajas con él, ¿cuántas veces has visto a mujeres rondándolo?

—Unas cuantas —respondí, porque integrantes de la producción, desde maquilladoras, pasando por limpiadoras, hasta incluso figurantes sin frase, se han afanado por acercarse a él y llamar su atención.

De todos modos, aunque estas féminas sí lo han tanteado, lo cierto es que no se han producido los típicos alborotos que se presume arman las fans de grupos de rock para llegar hasta su ídolo. Es más, al acabar las representaciones diarias de *Entre mis recuerdos*, no he visto mujeres en su camerino. Solo ha atendido a espectadores, al igual que yo, de forma profesional. Eso sí, con más paciencia, pues yo detesto posar delante de un móvil mientras finjo una sonrisa y dejo que un desconocido me pase las manos por encima del hombro.

—Eso no puede evitarlo —comentó riéndose—. ¡Si hasta lo intentan conmigo tras los conciertos y eso que saben que soy gay!

—¿Y qué me quieres decir con eso?

—A ver, que tener tías pululando alrededor de nosotros es normal, incluso inevitable; no obstante, piensa: ¿con cuántas se va a un lugar privado?

—Hasta donde yo sé, no le importaría que lo vieran en actitud comprometida en público —afirmé sin ocultar mi crítica con cierto sarcasmo, a lo que Calvin se rio.

—Vale, tuvo, tuvimos una época muy loca, y si te digo la verdad, a veces, cuando me pongo cachondo... —se detuvo un instante, quizá avergonzado, aunque no lo noté debido al maquillaje y le hice un gesto para que prosiguiera—, pues eso, que te da igual.

—Comprendo...

Me reí, claro, ante su sinceridad y porque desde que me relaciono con estos chicos roqueros cada vez me asusto menos.

—Total, si todos los de la banda hemos enseñado el culo en público —apostilló.

—Y lo que no es el culo.

—¿Alguien ha estado cotilleando en YouTube? —inquirió con tonillo acusatorio y bromista.

Asentí, era una estupidez negar la evidencia. Y acto seguido opté por mantener un poco mi dignidad.

—Yo preferiría que no me sorprendieran en actitud comprometida. Me harían trizas porque ya tengo una edad y... —dije.

—Chorradas —me interrumpió con vehemencia—. A ver, solo nos llevamos seis años, deja de flipar. Además, como si las de cuarenta no pudieran follar, ¡no te jode!

Más risas, por supuesto.

—Tienes razón.

—En todo caso, a Killian le importa una mierda si eres mayor que él, porque está loco por ti, Tatiana, de verdad. Hacía mucho que no le veíamos tan enamorado. ¡Si hasta sus padres se dieron cuenta!

—Eso es imposible... —susurré recordando la cena de la noche anterior con la familia del impresentable.

—Te lo digo yo. Y que conste: les causaste muy buena impresión —añadió tan seguro de sí mismo y de sus palabras que quise creerlo.

—Metí la pata hasta el fondo —admití con pesar, y enseguida Calvin me dio un abrazo.

Aún a riesgo de ser repetitiva, os diré que adoro a este hombre.

—Bueno, sí, un poco —admitió entre risitas—. Pero eso es culpa del gilipollas de Killian. Le encanta fingir que es el chico pobre.

—Por lo menos tú me echaste un cable.

—Lo que haga falta, Tatiana.

—¿De verdad les gusté?

—Si hasta Trevor, que es de lo más exigente con las mujeres, te halagó —afirmó—. Ah, y ten cuidado, que a lo mejor intenta seducirte.

—¡Bromeas!

Calvin negó con fuerza.

—Dudo que lo haga porque Killian lo amenazó con publicar fotos de cuando éramos jóvenes en las que aparece su hermano.

Fue inevitable, y todavía lo es mientras disfruto de la sesión en el *spa*, que mi corazoncito diera brincos al escuchar todo aquello. Aunque luego mi maldita conciencia me recordara todos

los contras que existen si llegado el caso decidiera hacer pública la verdadera naturaleza de nuestra relación.

—¿Y qué se ve en esas fotos? —indagué.

—Pues ahí donde lo ves, el pijo de Trevor era el más chungo de todos. —Abrí los ojos como platos—. Sí, ahora va de traje, de marca, peinado y tal. Sin embargo, tiene varios tatuajes en el culo. Llevaba pendientes hechos con imperdibles vamos, un gótico de manual.

Como no me lo creía, Calvin recurrió a la tecnología y me mostró fotos de hacía al menos quince años y sí, costaba reconocerlo pero ahí estaba el hermano del impresentable con su aire gótico. Y no solo me mostró fotos, sino que también hizo de comentarista con multitud de anécdotas. A veces lo contaba con ironía, pero siempre desde el cariño, lo cual confirmó que es un tipo estupendo y que conocerlo ha sido de lo mejor que me ha pasado en los últimos tiempos.

Pasé un rato estupendo con el que ya puedo considerar un amigo fantástico. Seguimos hablando. Lo escuché lamentarse de su mala suerte con los hombres. Confesó que enseguida se encariña y, claro, se lleva muchos chascos. Ha intentado olvidar a John, se han sido infieles mutuamente. En el caso de John, por vicio, y en el de Calvin, por pagarle con la misma moneda.

—No me siento nada orgulloso de haber follado con otro por desquite —murmuró apesadumbrado.

—Yo no sé si sería capaz...

Como ya habíamos dado buena cuenta del desayuno, decidimos que era una idea estupenda salir por ahí juntos. Así que me arreglé y nos fuimos primero a dar un paseo. Me sentí verdaderamente a gusto charlando y sin tener que disimular sobre mis sentimientos, porque confesé que mi situación con el impresentable era de todo menos normal. Calvin se rio cuando me oyó decir por enésima vez:

—Es que soy mayor que él y eso no está bien visto.

Por supuesto, me llamó idiota (con cariño) y replicó:

—¿De nuevo con esa pijada?

Asentí a pesar de que por dentro no dejaba de repetirme que era el argumento de más peso para no ver un posible futuro juntos. ¿Por qué Calvin lo llamaba «pijada»? ¿Es que no había visto los comentarios en redes y demás que me acribillaban?

—Mándalos a todos a la mierda, Tatiana. Fóllate a Killian y disfruta. Quienes hablan así es por envidia.

—Como consejo no está nada mal, el problema es que yo no soy capaz de actuar de semejante manera.

—Solo te voy a pedir una cosa, como amiga que te considero: no le hagas daño a Killian —me volvió a plantear.

Esta petición, que expresé muy serio, me confundió un poco, pues hasta ese momento siempre había pensado que quien saldría más perjudicada sería yo. Sin embargo, Calvin me dio un argumento bastante convincente:

—Conozco muy bien al impresentable, como tú lo llamas... —Se me escapó durante la conversación porque siempre me refiero a él de esta forma y Calvin se echó a reír y me dijo que era la definición perfecta para Killian—... Pero quítale las capas de maquillaje y verás que está enamorado de ti. Joder, que desde que supo que actuaría contigo no ha dejado de darnos la chapa. Y no solo eso, más de una vez lo pillamos viendo actuaciones tuyas. Sin olvidar que está pendiente de ti y, ¡hostias!, cómo te mira, y no me refiero a la pastelada que representáis sobre el escenario.

¿Tengo que creerlo?

Como dos viejos amigos, decidimos irnos, tras la reveladora conversación de toda esa mañana, a comer juntos. Optamos por un restaurante en apariencia sencillo con el que nos topamos mientras caminábamos sin un destino definido. Al fin y al cabo, yo tenía disponibilidad hasta la hora de la función.

Capítulo 34

—¡Me has sido infiel!

Fulmino con la mirada al impresentable porque no es momento de hacer bromas y menos con público delante, hecho que me impide replicar como quisiera. Y encima lo dice con una desfachatez que me irrita aún más.

—Killian, por favor —le pide su representante, Herman, que está presente junto con Diego, Márquez, la directora de *Entre mis recuerdos*, Calvin y yo.

Ah, y la *community manager*, creo que se llama Pía, aunque tampoco es que esta haya prestado demasiada atención. Es una chica muy mona, jovencita, que apenas habla y que no aparta la mirada de su tableta, como si desde su dispositivo se controlase el mundo.

A su favor diré solo una cosa: no se ha derretido al ver al impresentable y, pasmaos, este tampoco le ha hecho mucho caso, a pesar de llevar un escote considerable.

Nos hemos reunido en las oficinas de la productora con carácter de urgencia porque han aparecido unas fotos de Calvin y yo paseando, riendo, comiendo juntos... Es decir, dando la impresión de que tenemos un *affaire*. Porque, he de admitirlo, la persona que nos fotografió ha sabido enfocar de tal forma que lo que ha sido un encuentro amigable se puede malinterpretar. Y, como pasa siempre, han buscado el lado más retorcido de unas imágenes y, evidentemente, los comentarios han sido punzantes. Ahora no solo soy una cuarentona que se enrolla con uno más joven, sino que también hago hasta tríos con los de la banda The Dumpsters.

Hay quien, con muy mala leche, ha publicado: «¿Cuándo se llevará la Belmonte a John al huerto? ¡Porque esta mujer no para!».

—Hay que reconducir toda la situación —propone Diego más calmado que nadie.

—Sí, claro. Además de liarme con una vieja, ahora resulta que me pone los cuernos y encima tengo que sonreír —protesta el impresentable.

Se lo está pasando en grande, de eso no cabe duda. Calvin le espeta:

—Tatiana es mi amiga, no te pases con ella.

—¡Mirad cómo la defiende! —exclama burlón.

—Dejad de hacer el gilipollas —los regaña Herman, que debe de estar harto de verlos discutir, pelear, coger berrinches, emborracharse... Lo normal en una banda de rock.

—Esto, sin duda, perjudica nuestros planes. Habíamos conseguido que se creara debate sobre la posible relación de ambos —comenta Márquez, y nos señala—. Y ahora, tras muchos esfuerzos, todo se desintegra.

Del tono se desprende, como habréis deducido, su reprimenda por salirnos del guion.

—¡Solo somos amigos! —declara Calvin—. Joder, que soy gay, todos lo saben.

—Sí, te gustan los rabos —comenta el impresentable—. No me lo recuerdes.

Calvin le hace una peineta a su compañero.

Yo preferiría estar sola y evitar toda esta basura.

—Sabíamos los riesgos que este montaje entrañaba —interviene Cuca, lo que no sienta nada

bien a Márquez, que frunce el ceño, aunque por lo visto no amedrenta a la directora, que añade —: Nunca sale bien.

—Bobadas —sentencia Márquez—. Es el pan nuestro de cada día en este mundillo. Así que lo primero es redactar un comunicado para desmentir cualquier tipo de relación sentimental entre ellos.

—¿Y no será mejor esperar unos días a que la situación se calme? —pregunta mi agente.

—El perjudicado soy yo —tercia el impresentable llamando la atención..., como si su traje amarillo no fuera ya lo suficientemente estridente como para no fijarse en su persona. El maquillaje, si nos atenemos a sus elecciones habituales, hasta resulta discreto.

Y lo más desternillante de todo es que la noche anterior la pasamos juntos, en la cama..., ajenos, por supuesto, al revuelo mediático que se ha formado esta mañana cuando han aparecido las fotos.

Y cuando digo que pasamos la noche juntos es porque tras la representación diaria de *Entre mis recuerdos* nos marchamos al apartamento. Él se empeñó en que nos diéramos una ducha, obviamente al mismo tiempo, y lo que empezó siendo un simple ejercicio de aseo personal derivó en algo sexual y admito que divertido.

Lavarle el pelo a un hombre no tiene nada de especial, pero si este está arrodillado y con la boca a la altura de tu sexo, todo adquiere una visión muy diferente.

—Cállate, Killian —le espeta Calvin—. Y deja de tocar los huevos.

—Qué más quisieras que yo te los tocara.

—Mejor no, que se te da de pena.

—Es que tienes los huevos más deformes que he visto en mi vida.

—Y tú la polla más pequeña.

—Mis fans no opinan lo mismo.

Yo, como habréis observado, permanezco en silencio porque en este nuevo capítulo del sainete en el que me he visto envuelta prefiero ser una figurante sin frase.

—¿Y cómo procedemos? —pregunta Herman, que ni se ha molestado en interrumpir el diálogo entre los dos integrantes de The Dumpsters mientras se echaban «piropos».

—Yo dejaría de jugar a los montajes —suelta Cuca con un tono más vehemente de lo normal—. Ahora que la obra va bien, deberíamos evitar riesgos. Publicar un comunicado sería dar más carnaza.

—Gracias —le digo en un murmullo a la directora por su coherencia.

—Ni hablar —sentencia Márquez—. Ya hemos establecido contactos para representar la obra por varias ciudades.

Cielo santo, tal y como está todo, no sé si salir de gira es una buena noticia.

—¿Se han firmado los contratos? —inquire Diego, a lo que Márquez niega con la cabeza antes de responder:

—No, pero falta muy poco y no quiero que todo se venga abajo.

—Sería recomendable ver esas fechas, pues The Dumpsters tiene compromisos —apunta Herman profesional.

—Yo estoy componiendo como un loco gracias a Tatiana —interviene Calvin, y me dedica una sonrisa.

Ojalá se olvide de la terrible idea de que yo cante uno de esos temas.

—Pelota —lo acusa el impresentable.

La *community manager* se acerca a Márquez y le muestra algo en su tableta. Solo a él,

dejándonos al resto con la intriga. El productor reacciona torciendo el gesto y dice:

—De momento, haré que el departamento de Prensa redacte el dichoso comunicado.

—Antes quiero darle el visto bueno —se pronuncia Diego.

—Y yo, por supuesto —lo secunda Herman.

—Ya lo escribo yo —propone el impresentable, y todos sin excepción nos mostramos preocupados ante semejante despropósito.

—Pago a gente para que se encargue de esa tarea —le suelta Márquez. Acto seguido mira de reojo a Pía por si se ha sentido ofendida, ya que eso es de su competencia, pero la chica ni se inmuta.

—Y yo soy abogado —le recuerda el roquero poniéndose en pie para encararse con el productor.

—Lo es —confirma Calvin con un deje de guasa—. Pero muy malo, que conste.

—Calla la puta boca —le espeta el aludido. Después mira a Márquez, que tampoco tiene cara de creérselo—. Sé redactar un jodido comunicado y más cuando me afecta.

—De acuerdo, házmelo llegar —acepta el productor a regañadientes.

Dicho esto, el impresentable abandona la reunión sin ni tan siquiera despedirse.

Yo miro a Diego; seguro que en la cara se me nota el temor a que el impresentable haga de las suyas y en vez de arreglar la situación termine por enfangarla por completo.

Como ya está casi todo dicho, el resto de los presentes también salimos de la sala. Calvin me pide disculpas por todo (¿Os he dicho ya cuánto adoro a este hombre?) y yo le recuerdo que no es responsable de nada y que estoy muy contenta por el tiempo que pasamos juntos.

Y que tengo intención de repetir si a él le apetece.

Cuando Diego y yo nos quedamos a solas, me dice:

—La que has liado, Tatiana.

No me pasa por alto su tono guasón.

—No estoy para bromas —le advierto.

—Tienes a la gente desconcertada, incluido a mí —añade sonriente—. ¿Cuál será tu próximo movimiento?

—Veo que te diviertes con mis desgracias —le espeto seca.

—Es que esto es mil veces más entretenido que tus salidas de tono habituales, querida Tatiana.

—Esto que a ti te hace tanta gracia solo va a hundir aún más mi prestigio como mezzosoprano, querido Diego —replico, y él saca su móvil para pedir un coche.

Frunzo el ceño; que mi representante se divierta a mi costa no es plato de buen gusto. Y lo que más me chirría es que Diego, siempre tan formal en lo que respecta a mi carrera, no vea el peligro. En fin, respiraré hondo y confiaré en que aparezca pronto un coche que me lleve a donde sea.

Pero no es un vehículo corriente el que se detiene a nuestro lado, sino uno más bien cutre del que se apean dos viejos conocidos: los policías que me tienen hasta la peineta con sus constantes apariciones. Ni que me estuvieran siguiendo.

—¿Me están siguiendo? —les pregunto sin disimular mi malestar. Me responde el más idiota, Martínez.

—No, señora Belmonte, solo hemos venido a hablar con usted. ¿Puede acompañarnos?

Diego, que está a mi lado, tercia:

—¿Es una citación oficial o informal?

—Queremos explicarle algunas cosas —nos informa el inspector Fernández, que también es idiota y cansino.

—No es buen momento —indica mi agente.

—Creo que debería atendernos, señora Belmonte —insiste Fernández.

—¿Han descubierto algo nuevo? —pregunto dejando implícito que, además de idiotas y cansinos, los considero incompetentes.

—Sí, al asesino de su marido.

No me caigo de culo porque..., bueno, no sé por qué. Quizá Diego, al sujetarme de la mano, me ha transmitido la fuerza suficiente para aguantar.

Los dos policías me piden que suba con ellos a su coche, a lo que me niego. Ni loca voy en un vehículo policial. No les queda más remedio que claudicar y por ello me citan para dentro de treinta minutos en la comisaría.

* * *

—¿Reconoce a esta mujer?

Es lo primero que me preguntan cuando tomo asiento en una sala de reuniones un tanto desordenada.

Miro la foto que me muestran en una tableta y sí, conozco a esa mujer. Por desgracia, añadiría.

Diego, que ha insistido en acompañarme, inquiere:

—Han dicho que conocen al asesino de Eladio Guillén, ¿a qué viene esta nueva pérdida de tiempo?

—Todo está relacionado, créame. ¿Conoce a esta mujer? —reitera el policía.

Miro a Diego antes de contestar, porque él también sabe quién es.

Y en mi cabeza se repite la frase «No puede ser...».

—Se trata de la señora Concepción Alsina —contesto sin titubear.

—La asistente que tuvo durante el año pasado —puntualiza Diego.

Concepción fue mi secretaria/recadera/asistente durante el año y medio que estuve actuando en una serie de conciertos de público reducido. Me lo sugirió mi marido; decía que Diego no era capaz de ocuparse de todo y que me vendría bien una ayudante.

No acabamos demasiado bien, pues ella se inmiscuía excesivamente en mis asuntos personales, pero la aguanté porque al ser familiar de Eladio, era como hacerle un favor.

—Eran primos, mi marido y ella —añado por si acaso.

—Una mentira más, supongo —comenta Diego al darse cuenta de las miradas que han cruzado los policías.

—Sí, así es.

—Entonces eran amantes... —digo yo.

—No solo eso, eran compinches. La señora Alsina fue quien lo introdujo en el mundo de los negocios fraudulentos y para engatusarlo mantenía una relación con él, aunque ella estaba casada con un tipo...

Una pausa dramática. Maldita sea, quiero conocer la verdad y acabar con esto.

—Diga lo que tenga que decir.

—Un tipo poco o nada dado a tolerar engaños. Descubrió que su esposa, la señora Alsina, y Eladio querían huir con el dinero —apunta Fernández.

—Y nos da la impresión de que, además, el marido, muy celoso, no perdonó tampoco la otra traición y fue a por Eladio tras deshacerse de su esposa.

—A nadie le gusta que lo estafen ni que le pongan los cuernos —comento con sequedad.

—Es que... hay más... Su difunto marido...

—¡Hable ya! —exijo harta de circunloquios.

—El señor Guillén también se acostaba con ese tipo —dice el policía apartando la mirada.

Inspiro hondo y le hago un gesto para que dé más detalles, pero no por morbo, sino por conocer la verdad sobre el infame de Eladio.

A regañadientes, uno de los dos incompetentes me muestra fotografías. No hay duda, es mi difunto marido en actitud sexual. Si recurriera a las palabras del impresentable, desde luego sería más explícita. Pero seguro que me habéis entendido, porque ver al canalla de Eladio en la cama con otro hombre resulta... turbador. Él, que siempre se quejaba de la cantidad de homosexuales que había por el mundo...

—Gracias, es suficiente —murmuro mientras aparto la mirada de la pantalla.

—Todo ha salido a la luz a raíz de encontrar el cadáver de la señora Alsina.

Me pongo en pie. Me han vilipendiado, puesto en jaque durante la investigación de la muerte de Eladio y ahora me dicen esto como si tal cosa. Hablan con una parsimonia que desespera, como si solo me hubieran puesto una multa por aparcar mal y luego resultara que no era cierto.

—Lamentamos mucho las molestias, señora Belmonte —dice el policía en voz baja.

La disculpa ha sonado mecánica, descafeinada.

—Es usted completamente libre, se cierra el caso —añade el otro con la evidente intención de dar carpetazo al asunto.

—¿Así, sin más? ¿Me han tratado como a una asesina y resulta que ahora debo olvidarme de todo como si nada?

—Tatiana, por favor —interviene Diego, que intuye uno de mis ataques de ira.

No va desencaminado.

—¡Exijo una disculpa pública y formal! —exclamo.

—Debe comprenderlo, son daños colaterales.

—¡¿Me toma el pelo?! —le espeto sin controlar mi enfado y alzando la voz.

—Vámonos —me pide Diego, que me agarra del brazo con la intención de pararme los pies y evitar así que diga algo de lo que luego me pueda arrepentir.

—Ni hablar. Este par de inútiles han ensuciado mi nombre. Ni siquiera acertaron con el informe forense, ya que según este las marcas, la posición, determinaban que fue una mujer. He sido calumniada en redes sociales, acusada de viuda alegre y cientos de insultos más por culpa de dos inútiles con placa.

—Señora, por favor —se queja Fernández ante mi ataque.

Pues no he hecho más que empezar.

—¡Ni señora ni gaitas! —les chillo—. Esto no va a quedar así, ¿me oyen?

—Nunca hemos presentado una acusación formal, solo hemos estado haciendo nuestro trabajo —vuelve a disculparse de una forma que no suena sincera.

—¡¿Y no podían haberlo hecho de manera discreta?! —

Ambos se sonrojan porque saben que estoy en lo cierto.

—A veces hay filtraciones...

—¡Mienten! —los acuso sin ambages—. Se desarrollan cientos de investigaciones y jamás se sabe nada de ellas.

—Señora Belmonte...

—Ni siquiera emitieron una nota de prensa pidiendo la presunción de inocencia —añado elevando el tono.

—A veces los medios de comunicación...

—Echaron leña al fuego, conscientes de que dañarían de manera irreparable mi reputación.

—Estamos dispuestos a emitir una nota de prensa...

—Tendrán noticias de mi abogado —sentencio interrumpiendo sus peregrinas excusas y, como buena diva, abandono el escenario dejando a la audiencia confusa y expectante.

O al menos eso espero.

Capítulo 35

—Tu tendencia al melodrama me pone cachondo.

Ya ni pongo los ojos en blanco. Si me hubiera dicho algo sensato, sí, me habría sorprendido. Este es el comentario del impresentable tras resumirle mi tenso encuentro con dos incompetentes que cobran un sueldo mensual del Estado, porque me niego a considerarlos agentes de Policía.

Acabo de llegar al apartamento y me lo he encontrado tirado en el sofá, solo con una toalla alrededor de las caderas, recién salido de la ducha.

—Muy gracioso. —Tuerzo el gesto porque esperaba..., no sé..., ¿un poco más de comprensión, quizá?

—A ver, si quieres nos ponemos de mala hostia, eso también funciona, y nos destensamos aquí mismo en el sofá.

Da unas palmaditas sobre la tapicería invitándome a sentarme junto a él. Ganas no me faltan, pero... estoy muy enfadada.

—No creo que esa sea la solución a mis problemas —me quejo.

Me quedo de pie, junto a la ventana. No hay nada especialmente llamativo en la calle; sin embargo, necesito fijar la vista en un punto para no mirarlo a él, ahí, tan relajado, tan pancho.

—Tati, sabes que no voy a seguirte el juego ni hacer de perrito faldero —dice, y no es la primera vez que lo hace—. Ya me conoces.

—¡Eres mi abogado! —exclamo solo para hacerlo saltar, a ver qué dice.

—Ya no necesitas un abogado, querida —replica sin moverse del sofá—. Mira, la Policía la ha cagado contigo, no te falta razón; no obstante, al final han hecho su trabajo, así que deja de dar por el culo y ven aquí.

—No —farfullo. Pero él insiste ofreciéndome otro argumento.

—Aún faltan tres horas para ir al teatro, allí podrás dar rienda suelta a tu tendencia melodramática.

—¿Pretendes que no haga nada? ¿Que lo deje pasar sin más?

—Exacto. ¿Quieres remover la mierda? Adelante, pero te garantizo que olerá cada vez peor.

—Vaya consejos que me das —mascullo, y me doy media vuelta.

Estoy cabreada. Sé parte del motivo, obviamente. Pero lo acrecienta más la pasividad del impresentable o, mejor dicho, su conformismo.

Alguien pensará que mi reacción es exagerada, que solo pretendo llamar la atención... o, aún peor, que me comporte como se supone que debo hacerlo, no porque me siente realmente enfadada.

Pues me da igual, tengo derecho a mi berrinche.

Sin decir ni una palabra más, abandono la sala y me encierro en el dormitorio. Portazo incluido. Ya buscaré a otro abogado, con más agallas y menos pasotismo, para que me ayude a presentar una demanda contra esos inútiles por lo que me han hecho pasar. ¿Nadie se da cuenta de las repercusiones públicas que acusarme de la muerte de mi marido ha tenido?

Ahora sí, vale, saldrá un comunicado oficial, dirán que soy inocente; sin embargo, el daño queda ahí. Para más de uno seguiré siendo culpable de la muerte de Eladio, que me conozco el panorama.

De hecho, corro el riesgo de autoflagelarme, pero agarro el móvil. A estas horas ya se habrá hecho pública la noticia sobre mi inocencia, aunque dudo mucho que decir la verdad sea tan importante como hablar de un escándalo. Antes de bucear por Internet, dejo la ropa sobre la banqueta del dormitorio y busco un kimono para cubrirme y estar cómoda. Entonces oigo «toc, toc».

Lllaman a la puerta con los nudillos de forma educada. No hay duda de quién es. Y si no entra como de costumbre, es tan solo un modo de molestarme.

Me aprieto con ganas el nudo del cinturón, quizá demasiado.

No respondo y abro el navegador en el móvil en pos de noticias sobre mí. Obviamente los coletazos de la posible relación entre Calvin y yo siguen ahí. Se me escapa, pese a la sarta de mentiras que aparecen, una media sonrisa.

Toc, toc.

Sin duda, puestas a estar en la picota, es más gratificante que te relaciones con un treintañero roquero que ser acusada de homicidio.

¡Dónde vas a parar!

Toc, toc.

Nada. Como imaginaba, los medios aún no se han hecho eco de mi inocencia. Continúan despellejándome sobre mis gustos respecto a los hombres más jóvenes. ¿Por qué hacen tanto hincapié en la diferencia de edad? Además, ¡solo nos llevamos seis años!

—¿Vas a abrir ya la puerta de una puta vez o prefieres que la tire abajo? —canturrea el impresentable con su tono más guasón.

Yo lo ignoro y continuo mortificándome en la red. Mejor no responder a su pregunta porque a lo mejor sí tira la puerta abajo.

Veo con cara más o menos de estupor un montaje bastante chapucero con mi rostro y los de los integrantes de The Dumpsters disfrutando de una orgía. También un tuit en el que una estúpida sin conocimientos básicos de ortografía se pregunta si acostarme con jovencitos ayuda a dar el do de pecho.

Toc, toc.

Y así todo. ¿Es que nadie va a tener la decencia de decir algo aceptable sobre mí?

—¡Tati! —me llama recurriendo al falsete, y casi se me escapa una risa—. Estaba pensando que a lo mejor prefieres que llame a tu amiguito Calvin y así tomáis galletitas y té juntitos.

—Mira que eres idiota —susurro mientras dejo caer el móvil sobre la cama. Diréis que es la típica escena de alguien con tendencia al melodrama. Me da igual.

A continuación me tumbo de espaldas sobre el colchón y cierro los ojos.

—¿Galletitas de chocolate o de coco? —insiste con la misma voz.

Oigo el sonido de la puerta abriéndose y los pasos de sus pies descalzos que se detienen a la altura de la cama. Abro un ojo, solo por el placer de observarlo ante mí, sin una gota de maquillaje, el pelo húmedo y suelto y con un poco de suerte sin toalla.

—No has tirado la puerta abajo.

—Haber echado el pestillo si querías una demostración de hombre de las cavernas —me espeta burlón.

Es cierto, a veces se me escapa alguna cosilla.

—¿Y las galletitas? —inquiero.

—Ahora mismo me pongo a hornearlas —replica recuperando su voz habitual.

—Sería un detalle —murmuro con sequedad.

—Las haré con forma de polla, así te comes una y otra. Lo disfrutarás mucho más.

Me atraganto ante la posibilidad de que me traiga galletas con forma fálica.

—El té ¿cómo lo quieres? —añade.

—Mejor dejamos lo de las galletas para otro día.

Siento sus manos sobre las rodillas. Aparta la tela del kimono sin deshacer el nudo del cinturón. Me separa un poco las piernas y me es inevitable abrir los ojos para observar sus movimientos. Se ha arrodillado para acto seguido inclinarse y besarme justo donde han estado sus manos.

Inspiro hondo. No he sido partidaria en mi vida de buscar desahogos en el sexo. Quizá porque nadie me los ha ofrecido, pero admito que podría funcionar. Sobre todo si son los labios del impresentable los que actúan.

—Hummm... —musita ascendiendo por el interior de mi muslo—. Voy a darme un atracón de Tati.

—Vale —es lo único que se me ocurre decir.

Ya sé que ha sonado poco o nada erótico, no me critiquéis por ello. Intentaré ser más elocuente expresando mis sensaciones.

El problema es que a veces mi lado racional ejerce demasiada presión y, claro, estropeo la situación.

Más besos, más caricias. Está a punto de llegar a mi sexo cuando el inoportuno lado racional hace que hable.

—Por cierto, ¿has redactado ya el comunicado?

Su reacción es levantar la cabeza y decir:

—Solo tú eres capaz de joder un momento como este con una sola frase.

—Lo..., lo siento —me disculpo sabedora de que es tarde y de que ya he metido la pata.

—Tati, Tati, Tati, ¿qué voy a hacer contigo? —pregunta de manera retórica mientras me da un mordisquito por encima de la rodilla. De inmediato, alza la cabeza y me mira, a la espera de una respuesta que, obviamente, seré incapaz de dar o no será adecuada.

—No lo sé —reconozco en voz baja sintiéndome tonta.

El impresentable arquea una ceja, un signo inequívoco de desafío; sin embargo, yo mantengo la boca cerrada. Como le pasa a mucha gente, cuando encuentre la réplica apropiada ya será demasiado tarde.

—Pues a no ser que sea para gemir mi nombre... —Y hace una pausa para inclinarse y agarrar con los dientes la parte delantera de mi *culotte*, tirando de él para indicarme con este gesto que va a por todas.

Eso es algo que ya intuía.

—Hummm... —Se me escapa un gemido y eso que aún no he disfrutado del contacto directo.

—... o para pedirme que te folle en algún lugar concreto, cierra esa boquita y permite que disfrutemos los dos un poco, anda —me espeta recurriendo otra vez al falsete. Y sin esperar mi réplica, va directo a por mis bragas negras y se deshace de ellas, dejándome expuesta de cintura para abajo.

Decirle que es una prenda cara de lencería y preguntarle dónde la ha tirado resulta innecesario y sería una forma de estropear el momento, ¿verdad?

Él me separa un poco más las piernas y con sus hombros las mantiene en una posición que solo puede tildarse de obscena; obscenamente acertada, pues antes de que consiga asumirlo, me agarra de los tobillos para que mis pies descansen sobre su espalda.

¿Y yo qué hago ahora?

Aparte de disfrutar, claro.

¿Debo permanecer pasiva mientras siento cómo con la lengua presiona cada terminación nerviosa de mi sexo?

Me muerdo el labio inferior porque ahora está haciendo algo todavía más perverso. Pequeños círculos alrededor de mi clitoris, evitando rozar la parte central. Quisiera gritar, ser descarada y conseguir que fuera justo ahí, donde más lo necesito.

—Grita, Tati —murmura exigente.

Me aclaro la garganta y dejo escapar un tímido jadeo que no va acorde con la intensidad de lo que experimento. Él lo sabe y por eso se vuelve más agresivo con la lengua hasta que yo gimo de la manera más alocada y desinhibida que recuerde.

Lo cual, sin duda, parece espolear al impresentable. No solo me atormenta con esa lengua curiosa y hábil, sino que también añade un par de dedos que, lejos de acariciarme sin más, intentan internarse donde yo no espero.

Muevo un poco el trasero, para dificultarle la maniobra; sin embargo, él pasa por alto una vez más mis temores y avanza.

Inspiro hondo, ¿se lo voy a consentir?

—Por favor... —suplico, consciente de que él lo va a interpretar como más le convenga.

Pero... ¿por qué no soy capaz de negarme con contundencia?

Pues porque es demasiado tarde, me ha penetrado totalmente con un dedo por detrás y me embarga la confusión, el pudor y la sensación de lo desconocido, aunque ya hizo una primera pequeña incursión con un dedo por ahí, más discreta, y no estuvo tan mal, ¿no? En todo caso, para mi asombro no aparece el rechazo.

Así que me rindo a las maniobras del impresentable y procuro disfrutar cada desconocida sensación que me produce. A pesar de notar una cierta incomodidad, no me disgusta tanto como pensaba, o puede que su lengua, incansable y provocadora, me distraiga de tal modo que acepte sin rechistar.

—Tati, joder, Tati, córrete en mi boca —gruñe/ordena. Yo quiero obedecer, claro que sí; no obstante, esto es tan bueno que, aunque parezca una estupidez, quiero prolongarlo unos minutos más.

Para decirle sin palabras lo mucho que me gusta, lo cerca que me encuentro de alcanzar el clímax y lo rendida que estoy a sus encantos y en general a él, enredo una mano en su pelo y tiro levemente.

—Eso, saca las garras... —me insta.

Hago caso a su sugerencia y tiro con ganas de su melena rubia. Me hace sentir poderosa, dominante. Incluso me atrevería a decir que más que cuando, tras una deslumbrante actuación, pongo a todo el público en pie.

Aunque todo esto es muy diferente, estamos el impresentable y yo solos. Nadie va a aplaudir al final.

—Más... —ruego, y debería sentir vergüenza por decirlo.

—Por supuesto —accede él. Y si ya estaba llevándome a un punto de no retorno mientras combinaba dedo y lengua, ahora todo se vuelve más... No lo sé, soy incapaz de encontrar la

palabra—. Hummm..., me encanta comerte el coño.

Él sí sabe expresar en una frase lo que siento.

«Olvídate de definiciones —me digo— y disfruta.»

Como la mujer descarriada que siempre he evitado ser, me restriego y jadeo. Le tiro del pelo, ahora con la dos manos. Tenso cada músculo del cuerpo y acepto que también me gusta un dedo por detrás (impensable hasta hace nada).

—Sí... —gimo—. Sí...

No sé cómo, supongo que por la experiencia, interpreta a la perfección cada una de mis reacciones y eso desemboca en un orgasmo que me deja, curiosamente, con ganas de más.

Es como el chocolate, no puedes comer solo una onza.

Y hasta no hace mucho en mi dieta no había chocolate.

Los labios voraces dan paso a otros más calmados y poco a poco recorren el camino ascendente hasta mi boca.

—Qué rica estás... —Me besa.

Me doy cuenta, mientras respondo a su encendido beso, de que a lo mejor debería..., no sé..., ¿sorprenderlo?

La cuestión es que sí, he de hacerlo.

Así que pongo fin al beso y le acuno el rostro con las manos para mirarlo fijamente.

—Me estás preocupando —murmura acompañando sus palabras con una sonrisa torcida.

—No sé qué me ocurre... —Me callo antes de decir «contigo», pues sería igual que saltar al vacío emocional.

Y darse el batacazo, claro.

—Que estás cachonda y quieres más.

—Es una forma de verlo —admito con un suspiro, aunque no abarca por completo mis sentimientos, solo una parte, la física.

Como meterme en vericuetos verbales solo me causaría problemas, decido pasar a la acción.

Lo empujo para quitármelo de encima. Sí, lo sé, esta no es una maniobra muy erótica. De hecho, la cara del impresentable cambia de risueña a ceñuda debido a mi brusco gesto.

Y para que no se preocupe, decido usar un tono autoritario y que de ese modo intuya que pretendo (más o menos), porque la idea es sorprenderlo.

Pese a que sorprender a un tipo como él sea casi misión imposible.

—No te muevas —ordeno. Y, como si fuera un niño rebelde, muevo el dedo diciéndole claramente: «No te atrevas a contradecirme».

—Vale —musita interesado, pues ha captado mi idea. Se queda tumbado, boca arriba. Su expresión de desafío es obvia.

¿Seré capaz?

Con esa mirada, que ni parpadea y está atenta a todos mis gestos, no resultará sencillo. Despacio, procurando ser lo más sugerente que mi pudor me permite, abandono la cama y me quedo de pie.

Desato el cinturón del kimono, lo cual me cuesta más de lo previsto. Lo consigo y dejo que la seda resbale por mi cuerpo hasta quedar arrugada a mis pies.

—Te vas a enfriar —se chotea, y hasta se inclina para ver la exquisita pieza tirada en el suelo antes de acomodarse cual marajá a la espera de que una de sus concubinas lo satisfaga.

Como quiero sorprenderlo, no me queda más remedio que preguntar:

—Dime algo que siempre hayas querido hacer... —¿Mi voz os ha parecido sugerente?

—Hummm... —murmura reflexivo.

—Y que yo pueda ofrecerte... —añado dispuesta a casi todo.

—A ver, Tati, no te quiero desanimar, pero...

—¡Pues míenteme! —lo interrumpo ante el tonito tan condescendiente, pues no me hace mucha gracia que me recuerde su amplia experiencia sexual.

—No sé mentir.

—¿Me estás vacilando? —pregunto, a punto de recoger el kimono del suelo, cubrirme y mandarlo a paseo.

—Un poco sí —admite riéndose.

Respiro hondo y me doy media vuelta. A tomar viento.

Pero antes de dar dos pasos, me agarra de la cintura y me pega a su cuerpo.

—Tati, joder, mira cómo me tienes.

Ya habréis adivinado, pues seguramente sois más avispadas que yo, que está excitado y presiona su erección contra mi trasero.

Corrijo: presiona y restriega.

Y además una de sus manos ha escalado hasta mi pecho y lo aprieta.

Ahora tengo dos opciones. A saber: ser la de siempre y que mi carácter orgulloso lo mande a paseo por vacilarme o bien aceptar que el impresentable tiene las armas para derretirme.

—Sabes que puedes hacer conmigo lo que te venga en gana —me susurra con su tono más ronco sin dejar de presionar con su erección.

—Eso dices, pero después... —susurro bajito, porque definitivamente estoy derretida.

Entonces, de la misma manera que me ha agarrado, me suelta y percibo en el acto la falta de su calor corporal. Me doy la vuelta despacio y lo veo tumbado en la cama, con los brazos en cruz, fingiendo estar amarrado al cabecero.

¿Alguien sabe cómo dominar a un hombre en la cama?

Capítulo 36

Nadie tuvo la amabilidad de explicarme cómo se domina a un hombre en la cama, que conste. Esperaba un poco más de colaboración, la verdad. No obstante, admitiré que, pese a mis carencias en estas lides, me las apañé bastante bien.

Para empezar usé el cinturón del kimono y le até las muñecas por encima de la cabeza, aunque hice un nudo tan flojo por miedo a herirlo que el impresentable se desató a los tres minutos. Y en vez de disimular, tuvo la desvergüenza de decirme:

—Átame otra vez, anda, que vaya porquería de nudo que has hecho.

Le clavé las uñas en el pecho y evité responderle.

El caso es que a medida que avanzaba en mi primera incursión en el mundo de la dominación, me iba sintiendo a gusto y con ganas de más. Mantener la expectación de un hombre como el impresentable es difícil; sin embargo, creo que lo conseguí.

Sentí en todo momento su excitación, cómo esperaba ansioso a que lo tocara, y cuando por fin me decidí y me arrastré hacia abajo... me miró de una forma que me volvió loca. Y eso que aún no había llegado hasta el final.

—¿En qué estás pensando? —me pregunta Calvin.

En que anoche posé mis labios sobre... ¡no puedo decirlo! Haced un esfuerzo e imaginadlo.

—Eh..., nada, cosas mías —farfallo, y aparto la mirada.

Calvin ha llegado hace un rato al camerino para hacer realidad uno de mis mayores temores: pedirme que cante un tema escrito por él en el próximo disco de The Dumpsters.

Yo debo arreglarme, tras la función, para acudir a uno de esos eventos programados por Márquez y fingir que mantengo un romance con el solista de dicho grupo. En este caso es la presentación de la nueva gama de relojes de una marca de lujo. Me han regalado uno valorado en veinticinco mil euros y, a pesar de todas mis objeciones, lo he acabado aceptando. Claro, que el impresentable ha aprovechado, cuando recogíamos los relojes (a él también lo han obsequiado con uno igual de opulento, aunque en versión masculina), para cantarme *Material girl*. No conocía la canción, así que después la he escuchado en YouTube y, lo admito, me ha escocido un poco.

¡Yo no soy así!

Desde de que empezara a ganar dinero, sí, me he rodeado de artículos exclusivos, pero que quede una cosa muy clara: siempre pagados por mí.

—Oye, ya he publicado en redes un montón de comentarios aclarando que tú y yo somos buenos amigos y que mi admiración por ti es jodidamente sincera. No puto marketing.

Sí, lo escribió tal cual.

—Lo sé, Calvin. —Me acerco y le acaricio la mejilla—. Pero la gente es...

—Una hija de puta envidiosa.

—Yo no lo habría definido mejor —comento con una sonrisa.

—Así que olvídate de eso, ya encontrarán a otro famoso al que dar el coñazo —dice resuelto,

y agarra la guitarra dispuesto a tocar su composición.

No quiero hacerlo y la razón no es que cuestione el talento musical de Calvin, sino que... ¿yo cantando con The Dumpsters? Si ni tan siquiera soy capaz de pronunciar en voz alta ciertas palabras que se refieren a lo que hice anoche en ciertas partes del cuerpo del impresentable, como para cantarlas en público.

Me siento enfrente de él, dispuesta a escucharlo y a sugerirle, una vez acabada su interpretación, que deben buscar a otra. Lo haré de manera diplomática.

—Se titula *Fucking true love*.

—¿De verdad? —pregunto traduciendo mentalmente, algo inevitable que habréis hecho sin duda.

Justo cuando va a tocar el primer acorde, llaman a la puerta. El impresentable no es, porque él entra como un elefante en una cacharrería. Me levanto y voy hasta la puerta, tal vez un tanto aliviada porque pospongo el asunto de la canción de Calvin.

—¿Está aquí?

Parpadeo; con John apenas tengo relación. De los tres miembros de The Dumpsters con los que mantengo contacto, es el más introvertido, al menos conmigo.

Miro por encima del hombro a Calvin, que suspira y agacha la cabeza.

—Os dejo solos —digo en voz baja, pero mi mejor amigo se levanta y viene con rapidez hasta mí.

—No te vayas, por favor —me pide.

«Yo no quiero estar en medio de esto», pienso.

—A mí no me importa que esté ella —comenta John. A continuación cierra la puerta y se queda apoyado en la superficie de madera.

—Chicos, por favor —replico evidenciando mi incomodidad.

—He venido a pedirte perdón —se arranca a decir John pasándose la mano por la cara.

¿Dónde está el impresentable cuando se le necesita?

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué.

—¿Por tratarme como una mierda? ¿Por avergonzarte de mí? ¿Por engañarme con otros? ¿Por no querer hablar de tus sentimientos? —le recrimina Calvin.

—Sí, por todo eso.

—Pues llegas tarde.

Cielo santo, qué melodrama. Y yo en medio de estos dos hombres hechos y derechos, aunque con más pintura en la cara que yo.

—También te pido perdón por... ser un cabrón contigo y...

Mi amigo suspira. Sé lo mucho que esto le afecta y lo difícil que le resulta pasar página. Me coloco a su lado, limitándome a apoyarlo en silencio. Ya sé que una no debe posicionarse en asuntos de pareja, pero, lo siento, Calvin es muy importante para mí.

—John —intervengo a pesar de que calladita estaba mejor—, será mejor que habléis en otro momento. Y a solas.

—Él siempre busca el mejor momento —apunta Calvin con acritud.

—¡Oye, estoy haciendo un esfuerzo para sincerarme y arreglar las cosas contigo!

—Pues vas de puto culo.

—¡Así no hay manera! —se lamenta John.

¿Qué debería hacer yo ahora aparte de apoyar a Calvin?

—Llevo meses callado —musita Calvin. Después se pone el puño a la altura del pecho para darse unos golpecitos al tiempo que se aparta de mí hasta quedar cerca de su examante—. ¡Meses! Sufriendo, llorando, preguntándome qué he hecho mal, por qué eres tan cabronazo conmigo. No mereces ni una puta lágrima más.

Trago saliva. Ha sonado tan, tan sincero y desgarrador que se me parte el alma. La profundidad de su dolor es conmovedora y demuestra una vez más que Calvin es un tipo que merece ser amado, respetado.

Ahora me diréis que como todos. Bueno, disiento, hay gente que no se merece nada.

—Calvin... —susurra John, y levanta la mano para acariciarle la mejilla, aunque mi amigo esquiva el gesto—. Me ha costado comprender que tú y yo...

—Ni se te ocurra decirme que me quieres —lo interrumpe Calvin con lágrimas en los ojos.

—Es la verdad y te echo mucho de menos.

—Echas de menos a alguien a quien pisotear cuando te sientes frustrado. Echas de menos al perrito faldero que te sigue a todas partes y al que das una patada cuando te molesta —le espeta Calvin.

Miro a ambos; tienen mucho que decirse y yo sé que estorbo. Aprovecho que se miran el uno al otro para escabullirme. Por fortuna no me detienen.

Cuando salgo al pasillo, veo a gente de la compañía que va de aquí para allá. Inspiro hondo porque escucharlos ha sido muy emotivo. Confío en que Calvin sepa tomar la decisión adecuada. Aunque ¿cuál es?

—Tatiana, ¿estás bien? —me pregunta Cuca al verme alicaída y pensativa apoyada en la pared junto a la puerta de mi camerino y sin arreglar; aún llevo la ropa del último acto de *Entre mis recuerdos*.

—Sí —murmuro.

La directora sabe que miento.

—¿Quieres hablar?

No, no puedo hablar de esto con nadie. Ni tampoco de lo que me pasa a mí.

—Otro día —me excuso—. Aún me queda asistir a un evento programado.

—Ah, sí —masculla evidenciando que detesta las maniobras de Márquez tanto como yo—. Pues que te sea leve.

—Gracias.

No sé qué estará pasando en mi camerino, pero yo no quiero quedarme aquí, en el pasillo, expuesta a que los compañeros me vean abatida. Así que avanzo hasta la siguiente puerta. Levanto el puño para llamar, me detengo en el último segundo y pienso: «¿De verdad que es el único sitio al que puedo ir? ¿De verdad voy a llamar antes de entrar?».

Abro la puerta sin más y me encuentro al impresentable hablando por teléfono, o más bien ladrando al teléfono. Solo lleva unos vaqueros, los mismos apretados que usa en escena y con los que hace promoción de sus partes..., aunque son del dominio público, pues muchos y muchas las habréis visto en vivo y en directo.

No estoy celosa.

—¡Ya está bien, joder! —vocifera al teléfono—. Te paso una pasta gansa cada año para que vivas de puta madre y no me toques los cojones, así que si quieres hacerte otro jodido retoque, pides un crédito.

Está hablando con la madre de Killian Júnior.

Me siento en un taburete y él arquea una ceja al darse cuenta de que aún no me he arreglado

para la actuación (la segunda) de esta noche.

—Mira, déjame en paz, ¿estamos? Acaba de entrar una fan al camerino y me la voy a tirar.

Abro los ojos como platos.

¿En serio le ha dicho eso a su ex?

¿Yo soy una fan?

¿Lo vamos a hacer aquí?

De las tres preguntas no sé cuál me inquieta más.

—Y ni se te ocurra chantajearme con lo de irte del pico. La última vez te salió el tiro por la culata —le advierte muy serio—. Si quieres ponerte grasa del culo en la cara, por mí, perfecto, pero te lo pagas tú.

El impresentable cuelga y tira el móvil sobre la mesa, donde tiene mil cachivaches desordenados y hasta la camiseta que luce en escena hecha un gurrño.

—¿Qué haces aquí y sin arreglar? —pregunta mientras se recoge el pelo en una coleta rápida. Qué guapo es sin maquillar.

Suspiro.

—Han invadido mi camerino —respondo y él enarca una ceja, por lo que me veo obligada a explicar—: Dos amantes, no sé si habrá reconciliación.

—¿Y no te has quedado a mirar? —pregunta con su tonito irónico.

—Necesitan intimidad.

Agarra una camiseta del perchero y dice:

—Venga, vamos a echar un vistazo.

—¡No seas tonto! —exclamo aguantando la risa—. John le está pidiendo perdón a Calvin.

—Ah, no, entonces no quiero mirar, ya los he visto follar unas cuantas veces —apunta poniendo cara de desdén y dejando caer la camiseta al suelo.

—¿Eso es lo único que te importa de tus amigos? —Me acerco hasta él, incluso lo apunto con un dedo en el centro del pecho... y me doy cuenta de que lo que en realidad deseo es tocarlo.

Y que me toque, obviamente.

—Mira, ese par me tiene hasta las pelotas con sus peleas, llantos, reconciliaciones, infidelidades... Que los den por el culo, a los dos —sentencia y añade—: En sentido figurado, claro. Porque de lo otro ya se encargan ellos.

—No sé cómo te lo tomas a broma —le replico.

Baja la mirada hasta mi dedo, que sigue apuntándolo y rozando su pecho.

—¿En serio has venido a hablarme de esos dos cansinos?

—Sí. —Desvío un instante la mirada porque sé que no estoy diciendo toda la verdad.

—Mentirosa.

Me ha pillado.

—¿Yo?

—Sí, tú —susurra. Y se inclina hacia mí; busca mi boca, siento su respiración.

—¿Por qué iba a mentir?

El impresentable sonríe, ya se le ha debido de pasar el enfado con su ex.

—Que nos conocemos, Tati...

¿Admitir que tiene razón y que estoy aquí porque, maldita sea, lo deseo es rebajarse?

De perdidas al río.

Alzo el brazo y le rodeo el cuello. Acercó mis labios a los suyos y lo rozo con suavidad hasta que me responde y lo beso. No encuentro resistencia alguna y enseguida nos dejamos llevar. No

toma el control, no se muestra agresivo. Ese papel lo deja en mis manos.

Y actúo en consecuencia.

Tiene un no sé qué el hecho de llevar la batuta. A la excitación propia del momento se añade algo más potente. Casi igual a lo que experimento en el escenario.

Mantengo una mano en su cuello, presiono incluso, y la otra, aprovechando que lleva el botón de los vaqueros desabrochado, se cuela justo ahí. El impresentable gime y adelanta sus caderas instándome a que le meta mano con más contundencia.

Poseída a saber por qué espíritu, lo voy empujando hasta que él puede apoyarse en la pared; esto nos da algo más de estabilidad.

—Tati, vamos a llegar tarde —gime cuando le muerdo el labio inferior.

—Lo sé. Odio ser impuntual —jadeo sin dejar de tocarlo.

—Yo nunca llego a la hora —añade en el mismo tono.

¿Cómo podemos hablar de este tema cuando nos estamos metiendo mano?

Bueno, sí, vale, yo le estoy metiendo mano, pues el impresentable se ha quedado con los brazos colgados a ambos lados y yo no dejo de besuquearlo en el pecho.

Y sí, tampoco he sacado la mano de sus pantalones.

Vale, ahora mismo hay dos opciones: la primera, hacer lo correcto, suspirar y ser responsable...

No me apetece, y mira que es raro en mí.

Y la segunda: dejarse llevar...

Elijo la número dos.

Ahora bien, no solo voy a dejarme llevar, que es lo que él espera, sino que, llegados a este punto, no me queda más alternativa.

—Vuelve a poner la mano donde la tenías —gruñe y yo, actuando como la chica mala que nunca he sido, niego con la cabeza y hasta me muerdo el labio inferior.

El impresentable, ante una actuación deplorable, seguro, arquea una ceja, desafiándome.

Veamos el lado positivo: al menos no se ríe a mi costa.

Inspiro hondo.

Cuando le hice la primera felación me dijo que no era ni de lejos de las mejores que le habían hecho, pero al poco tiempo que comentó que ya le estaba cogiendo el tranquilo. Sé que quiere que practique con él las mamadas para llegar por lo menos al *top ten*.

Vamos allá.

Para no echarme atrás, evito mirarlo mientras me voy arrodillando hasta que mi cara queda a la altura de ya habréis calculado dónde.

Mirando al frente (insisto, esto me da mucha vergüenza no solo por la postura, sino por el miedo al fracaso) desabrocho los botones restantes. Oigo cómo su respiración cambia al sentir mis manos arrastrando su ropa hacia abajo.

—Tati... —jadea, y adelanta las caderas.

Cierro los ojos y, dejándome llevar, separo los labios, los humedezco y lentamente rozo la punta de su erección. Ya sé que es insuficiente para un hombre acostumbrado a algo más intenso, pero permitidme que coja confianza.

Del primer y liviano roce paso a otro más preciso y, a pesar de mis temores (que no borraré jamás), me voy soltando lo suficiente hasta que atrapo parte de su miembro entre mis labios.

El impresentable mantiene las manos inertes, o eso creo, pues soy incapaz de abrir los ojos. Voy abarcando su miembro presionando con los labios, pero me doy cuenta de que no va a ser

posible metérmelo entero. Oigo sus gemidos y noto cómo sus caderas se mueven.

Esto es muy complicado, a mi falta de técnica hay que sumar mis prejuicios sobre el asunto. No obstante, parece que no le disgusta tanto, porque no deja de jadear y de susurrar vocablos muy explícitos sobre lo que está sintiendo.

Eso me da confianza, el impresentable no es de los que fingen.

Mantengo su erección entre mis labios, moviendo la lengua a su vez y procurando que mis dientes no le hagan daño y estropeen el momento, al tiempo que se la agarro con ambas manos, le beso y le acaricio.

¿Es lo habitual, no?

—Tati..., me estás matando —dice entre dientes.

Despacio, quizá más de lo prudente, voy acogiendo en mi boca su longitud a pesar de ser consciente de que no lo haré por completo. ¿Quién podría?

Noto que él preferiría moverse, le debe de estar costando horrores quedarse estático. Sus caderas quieren adelantarse, pero, no sé si por respeto hacia mí o por cautela para no espantarme, logra contenerse.

Sin embargo, si algo he aprendido desde que conocí íntimamente al impresentable es que no hay medias tintas. Vas o no vas.

Dejándome guiar por un instinto desconocido y supongo que primitivo, muevo los labios por toda su erección, metiéndola y sacándola despacio, ejerciendo presión, y me doy cuenta de que no solo él disfruta. Por incomprensible que parezca, estoy excitada mientras realizo una felación.

—Joder, Tati, qué tarde vamos a llegar —gruñe, y casi me atraganto de la risa.

Enreda con fuerza una mano en mi pelo. No me hace daño. Me gusta la sensación.

Vale, toca ir un poco más deprisa. Asumiendo el riesgo de hacerlo mal, muevo la cabeza hacia delante y hacia atrás más rápido e intento formar una «o» con los labios para mantenerlo atrapado en mi boca.

—¿Te lo vas a tragar? —pregunta con la voz ronca a medida que se acerca a su clímax, porque su mano aprieta cada vez con mayor fuerza mi cabello. Es una señal, ¿verdad?

No respondo, no puedo. Sigo acogéndolo en mi boca, chupando, succionando, asumiendo que desde que estoy con él esto no me parece tan impúdico como antes. Me atrevo a acariciarle los testículos y hasta a ser un poco agresiva apretándoselos, algo que le gusta si tengo en cuenta sus gemidos.

—Tati, que me corro...

Ha sonado a advertencia.

Yo continúo a lo mío, él ya no se queda tan inmóvil. Sus caderas se mueven hacia delante y me tira del pelo con las dos manos para imprimir un ritmo mayor. Siento un pequeño dolor que lejos de molestar me resulta excitante.

Inspiro por la nariz, debe de estar cerca... Sé que debo aguantar hasta que acabe, así que me concentro para ello, vuelvo a respirar, continúo con los ojos cerrados. Él gime descontrolado. Mañana quizá yo sienta una leve molestia en las rodillas y en la garganta.

—Oh, mierda... —exclama, y se corre, aunque yo, a diferencia de la primera vez que se la chupé, me he apartado en el último segundo, lo que ha sido peor, pues me ha salpicado en la cara.

Pero el impresentable, haciendo honor a su mote, en vez de facilitarme algo con lo que limpiarme, se echa a reír. Yo me incorpоро y me aparto.

—No tiene gracia —le espeto, y utilizo mi ropa para quitarme «eso» de la cara.

—¡Joder que no! —añade sin disimular su regocijo.

En vez de dejarme tranquila, se acerca hasta mí tras subirse los pantalones, que no abrochárselos, y me acuna el rostro; me besa despacio y cuando aparta sus labios susurra:

—Ha sido la mejor mamada que me han hecho en mucho tiempo.

Capítulo 37

Las fiestas a las que me he visto obligada a asistir algunas noches, tras la función, para pasear y alentar los rumores del supuesto idilio entre el cantante de The Dumpsters y yo han sido un ejemplo perfecto de estupidez.

Porque cada vez soporto menos a la gente, su postureo e imbecilidad. Y teniendo en cuenta que nunca he sido muy proclive a aguantar tonterías...

A la fiesta de la presentación de relojes de lujo le han seguido otras: en un concesionario de coches deportivos impagables para el noventa y nueve por ciento de la población; perfumes sobrevalorados; accesorios de baño horteras; restaurantes en los que se explota a becarios, y presentaciones de libros de famosos que no han escrito ni el título...

El caso era aparecer en público, dejar que nos hicieran fotos juntos, contestar a preguntas idiotas y hacer de tripas corazón al día siguiente cuando en redes sociales me ponían verde y especulaban una y otra vez sobre cómo era posible que un tipo como el impresentable estuviera conmigo.

Al regresar a casa tras la fiesta de turno, pensaba: «Siempre el mismo patrón: gente sonriente que no tiene nada mejor que hacer, ropa de diseño pagada a plazos y, por supuesto, un roquero insolente a mi lado que de nuevo ha desafiado a la prensa con sus comentarios».

Al principio esto último me molestaba, pero al final resulta que es lo único que ha hecho llevadera esta pantomima. Bueno, y saber que después del teatrillo el idilio ficticio pasaba a ser real. Porque, a pesar de que en público ha soltado perlas como: «Tati tarda dos horas en el departamento de chapa y pintura antes de aparecer en público» o «Tati hoy no puede comer nada, lleva una de esas fajas reductoras», después, una vez a solas, me ha demostrado que es aún más canalla y me ha llevado por el mal camino.

Yo he cumplido con mi papel: sonrisas, posados, frases educadas y, cómo no, acercamientos calculados al impresentable para que los fotógrafos captaran la instantánea que acrecentara los chismes. Y no obviemos el aguante estoico sobre unos tacones que me han martirizado los pies... O quizá simplemente he estado tan harta que solo pensaba en huir al apartamento y olvidarme de la gente.

Hoy tenemos una nueva (espero que sea la última) reunión con Márquez y su equipo para analizar el resultado del bochornoso montaje y ver qué comunicado se da a la prensa para evitar el lamentable trance de que se descubra la verdad y que yo quede como una montajista. Eso sería lo que me faltaba para rematar este último año que se resumiría en: arruinada, viuda, con actuaciones correctas sin más, sospechosa de asesinato, con la carrera en horas bajas, amante impensable... y, lo que es peor, con un futuro incierto tanto en lo personal como en lo profesional.

Ya nos han anunciado que *Entre mis recuerdos* llega a su fin. La cuestión es de qué forma.

El impresentable está en la ducha, cantando (desafinando a propósito) *Fucking true love*, la canción que ha escrito Calvin para mí. Lo hace para pincharme, obviamente. Yo espero en la

sala, desayunando sin ganas. Por cómo me ha transmitido Diego el mensaje, me da la sensación de que el final va a ser lamentable.

Y estoy triste.

El móvil me avisa de que tengo un mensaje de WhatsApp. Es de Calvin. Lo leo.

Anoche cometí un error. Follé con John.

¿Qué respondo a eso?

¿Quieres que hablemos?

Sí, por favor.

Esta tarde, antes de la función.

¿En tu camerino?

Sí, allí estaré.

Gracias. Bss.

En fin, a ver cómo ayudo yo a mi amigo.

El teléfono vuelve a pitar. Otro mensaje. Ahora, de Killian Júnior.

Buenos días. ¿Cómo estás?

Sonrío, a pesar de que es uno de esos días en los que nada parece ir bien. Hace un rato he visto los comentarios sobre el impresentable y yo. Siguen metiéndose conmigo. Soy un blanco constante de burlas en redes. Supongo que Killian Júnior los ha visto, de ahí su mensaje. No le voy a dar detalles, es algo tan vergonzoso que prefiero evitar el asunto.

Bien. ¿Y tú?

La gente es muy injusta contigo. Yo sí quiero que estés con mi padre.

Gracias, cielo. ¿Qué haces ahora?

Obviamente, prefiero no hablar de esto con él, de ahí que desvíe la conversación... Aunque sienta cierto alivio de contar con su apoyo.

Discutir con mi madre. ¡¡¡¡NO LA AGUANTO MÁS!!!!

«Un tema que no me incumbe», pienso.

Respira, por favor. Y si quieres hablar, llámame.

Gracias, Tatiana, eres la mejor.

No sé en qué momento he pasado de ser una persona solitaria a alguien que escucha los problemas de los demás. Y no solo los escucha, sino que además se interesa por ellos. Un cambio más en mi vida, y ya van tantos...

—¿Quién osa perturbar tu desayuno? —pregunta el impresentable recién salido de la ducha.

Se sienta a mi lado y mira de reojo la tostada de pan con semillas de amapola y aguacate con

salmón. No pregunta, la coge y le da un buen mordisco. Pone cara rara, pero sigue comiendo.

—Si lo prefieres, te preparo un Bloody Mary. Una leyenda del rock no puede desayunar sano —murmuro. Él se ríe.

—Bah, hoy haré una excepción. Venga, dime: ¿quién te ha tocado la moral tan pronto?

—Calvin y tu hijo —respondo.

—Paso de Calvin, seguro que ha follado con John y ahora se arrepiente, es el cuento de nunca acabar.

Ha dado en la diana, de pleno.

—¿Y no te interesa tu hijo?

—Se habrá peleado con su madre... —Se levanta para ir hasta la cafetera—. Ahora lo llamo y le digo que se vaya con los abuelos.

—¡Qué insensible eres! —estallo ante su pachorra—. Es tu hijo, dile que se venga contigo.

Él arquea una ceja.

—¿Quieres ejercer de madrastra? —pregunta apoyado en la encimera.

—Lo adoro, que conste.

A punto estoy de decirle que no me importaría, pero me callo. Sería una madre terrible, exigente y poco afectuosa. Al menos es lo que he pensado siempre.

—Te garantizo que el sentimiento es mutuo —replica, y noto cierto aire envidioso.

—¿Te molesta?

—No.

—Entonces, ¿por qué no le dices que venga aquí, con su padre?

—Porque no quiero que se encariñe contigo, Tati —responde muy serio. Y lejos de explayarse, deja la taza de café de forma ruidosa y se marcha dejándome confusa ante una afirmación tan extraña.

No voy a dejar este tema aquí, así que lo sigo hasta el dormitorio. Ha tirado la toalla al suelo y me muestra una panorámica de su trasero.

—¿Qué has querido decir con eso?

—Tenemos una reunión con Márquez, no te pongas ahora melodramática. —No me gusta nada su tono, tan cortante—. Arréglate y acabemos con esto de una puta vez.

* * *

Ver al impresentable con un aire tan serio es una novedad. Está sentado delante de mí, junto a Herman, su representante. Cuca, a mi lado, con el ceño fruncido por lo que ya es una realidad, se distrae haciendo dibujitos en un papel. Diego revisa sus correos en el móvil y Márquez se dispone a hablar, con su asistente de pie tras él.

Me temo lo peor.

—*Entre mis recuerdos* seguirá solo una semana más en cartel.

—¿A pesar de las buenas cifras? —inquire Cuca un tanto desafiante.

—No ha alcanzado los márgenes de beneficios deseados —replica hablando como un hombre de negocios pragmático.

—Mejor, estoy hasta los cojones de esta mierda —masculla el impresentable.

Inspiro para relajarme.

Se acabó. Ya lo sabía, pero hacerlo así, de manera tan abrupta, no me gusta.

—Como se estipuló en el contrato, el elenco y demás trabajadores recibirán las

indemnizaciones correspondientes —indica Márquez sin despeinarse.

No sabe que para algunos las indemnizaciones son una birria.

—¡Pues no lo entiendo! —exclama Cuca poniéndose de pie con la evidente intención de encararse con Márquez—. Toda la producción es una maravilla, el público acude al teatro. Llenamos muchísimas noches. Es un espectáculo rentable.

—No lo suficiente.

—¡Putos beneficios! —se queja la directora. Yo me sobresalto, pues ella rara vez se expresa con tanta vehemencia.

—Ese no es el único problema... —comenta Márquez, y si ya la noticia de la cancelación de la obra es dura, mi instinto me dice que aún queda una noticia peor. Y que me incumbe de pleno.

—Habla ya —lo insta el impresentable.

Por cierto, hoy lleva unos vaqueros negros, sencillos y recatados, solo un roto en la rodilla, y camiseta gris. Su maquillaje es inexistente. Está irreconocible.

—Ya hemos redactado un comunicado anunciando que... —contengo la respiración porque Márquez me ha mirado... el señor Weisser y la señorita Belmonte...

—¿Ya he roto con ella? ¡Menos mal! —interrumpe quien imagináis.

—Cierra el pico, maldita sea —lo regaña Herman, y en su mirada detecto una disculpa.

Le hago un gesto de asentimiento para que no se preocupe por mí. Estoy acostumbrada a semejantes comentarios y sé que no son con malicia.

Márquez se recoloca la corbata antes de seguir hablando.

—Anunciaremos que todo ha sido un malentendido, fabulaciones de la prensa; que la señora Belmonte aún extraña a su marido y que lamenta profundamente su pérdida, pero que necesitaba distraerse para no hundirse en su pena. Dejaremos claro que solo ha asistido a los actos junto a su compañero de reparto para...

—¡Ya está bien! —Me pongo en pie porque no voy a aguantar ni un segundo más que, después de toda la farsa, encima ahora se me tilde de viuda alegre. Porque me lo veo venir.

—Qué carácter —apunta el impresentable, y detecto su aprobación, pese que a ojos de los presentes haya sonado irónico.

—Se acabó, me niego a seguir fingiendo lo que no es.

—Tatiana, por favor —me pide Diego en un intento de evitar la tragedia. Me conoce y sabe que si pierdo los papeles (algo muy probable), después me arrepentiré.

—¡Ni por favor ni nada! —le espeto.

—Señora Belmonte, ¿insinúa que quiere seguir acompañando al señor Weisser a fiestas y hacer creer al mundo que mantienen un romance?

—Normal que quiera, soy un buen partido —suelta el aludido.

—¡No he dicho eso! —replico furiosa—. Estoy harta de maquinaciones, de comentarios insidiosos, de faltas de respeto.

—¿Pretende decir la verdad ante los medios? —pregunta la asistente de Márquez dejando entrever que es una locura... o, mejor dicho, que yo estoy loca.

—Sería un suicido —apunta el productor.

—Lo sé —admito, y miro de reojo a mi mánager porque niega con la cabeza—. Sin embargo, es lo más recomendable, ¡estoy harta de fingir!

El impresentable da un respingo. ¿Preocupado tal vez?

—Señora Belmonte —intercede Herman—, quizá es mejor dejar que todo esto se vaya olvidando.

—Estoy de acuerdo con ella —apunta el roquero. Se pone en pie y me mira un instante antes de continuar—: A la mierda con todo. Total, si ya da igual.

—Es imposible, nos lapidarían si llegara a descubrirse...

—Pues haberlo pensado antes —lo interrumpe Cuca, que evidentemente está de nuestro lado.

—¡No puede saberse! —estalla Márquez.

El impresentable sonrío igual que un jugador de póquer que descubre el farol del contrincante.

Capítulo 38

Y llegó el temido y no por ello inevitable momento de la despedida.

Ayer se representó la última función de *Entre mis recuerdos*.

No sé si fue la mejor, pero sí la más intensa. Todo el reparto y, por supuesto, la gente que trabaja para que todo salga perfecto nos mirábamos de manera distinta.

Había que mantener el tipo, salir al escenario y dejar fuera los sentimientos que una, quiera o no, experimenta cuando está al tanto de una mala noticia.

Para mi sorpresa, noche a noche he ido estableciendo cierta relación con los compañeros, algo impensable en otros espectáculos. Y todo gracias al impresentable, que se ha empeñado en que me uniera a ellos e interactuase. Tras una función, todavía en el teatro, me dijo:

—Deja de ser petarda y bebe esto.

—¿Qué es? —pregunté sospechando lo peor.

—¡Bebe, coño!

Me dio un vaso de plástico en el que habían servido cava rosado. A pesar de querer opinar sobre ello, cerré el pico y lo bebí. Al parecer aquel gesto me hizo parecer humana ante el resto.

También, pese a mis reticencias iniciales, comencé a compartir momentos cotidianos. Por ejemplo, en los espectáculos anteriores siempre comía sola en mi camerino (si exceptuamos los del inicio de carrera); en cambio, en este incluso he acabado más de un día sentada en un taburete mordisqueando un bocadillo que alguien de producción me había traído.

Y ahora, por desgracia, todo se acabó.

No os molestéis en recordarme que yo era quien no apostaba ni un céntimo por *Entre mis recuerdos*; sé muy bien lo que dije al respecto de la obra y cómo esta hundiría mi carrera. Pues bien, mi carrera artística podré recuperarla, el problema es mi vida sentimental.

¿Quién es capaz de explicarme que haya cambiado tanto en tan poco tiempo?

Y ya, puestas a reflexionar, ¿cómo he dejado que ocurriera?

Seguro que el primer nombre que os viene a la cabeza es el mismo que me parece a mí. Y sí, es cierto; sin embargo, seré sincera porque ya no tiene remedio: yo necesitaba el cambio.

Estaba sumergida en mi mundo, ajena a todo, incluido mi matrimonio, y, como ocurre siempre, hasta que no hay una especie de catástrofe que saca a la luz lo malo, no somos capaces de ver lo positivo.

Entre mis recuerdos es y será el punto de inflexión de todo.

Nos despedimos, la mayoría del equipo entre lágrimas. Yo no lloré, aunque sí lo hice más tarde, a solas..., pues me marché del teatro a hurtadillas y di un buen rodeo antes de llegar al apartamento. No quería que el impresentable me viera triste porque no solo se ha acabado la función, sino todo lo demás.

Ahora diréis: «¿Y por qué no le propones seguir con esta especie de relación o como se llame?».

No me llaméis timorata, aunque todo indique que lo sea. Pero os diré que una mujer como yo,

a pesar de sus deseos, es realista y sabe que alargar esta relación es ir directa al suicidio emocional.

Ni hablar.

Miro de reojo la ropa que cuelga del armario; en breve vendrá un asistente que se encargará de meter mis cosas en cajas para la mudanza. Por fin vuelvo a mi casa; Diego asegura que ya está limpia después de que la hayan usado como plató de rodaje. Y que, a pesar de haberles instado a marcharse antes de lo convenido, han pagado la cifra total del alquiler. Un respiro para mi economía, que sigue sin ser boyante porque el banco me quita una buena cantidad para liquidar la deuda de mi difunto marido.

Oigo pasos y miro un fugaz segundo por encima del hombro, pese a saber de quién se trata. He quedado con Calvin para comer y aún no estoy lista.

—¿Estás bien? —me pregunta con su amabilidad habitual; hasta me da un beso en la mejilla.

—Más o menos —murmuro.

—Voy a partirle la cara a más de uno, por hijos de puta. ¿Cómo se atreven a hablar así de ti?

Su reacción se debe a los comentarios hirientes que me han dirigido una vez que se ha sabido que mis apariciones públicas con el cantante de The Dumpsters era un montaje para atraer público al teatro. Márquez, que por lo visto tiene amigos en el infierno o mucho dinero con el que comprar opiniones, apenas ha recibido críticas. En cuanto al impresentable, como es tan sincero, le espetó a un *instagramer*:

—Me coméis la polla por turnos y luego diré quién gana.

Así, tal cual, y ya lo dejaron más o menos tranquilo.

Diego está buscando trabajo, lo necesito, así que en breve conoceré si de nuevo debo rebajar mi caché y cuánto.

—No hace falta, Calvin. Pero gracias.

—Oye, ¿nos vamos unos días de vacaciones, tú y yo? —propone, y al ver mi cara añade—: Joder, como amigos. No te vayas a pensar...

—Gracias, de verdad —le acaricio de forma maternal la mejilla, es tan buen chico...—, pero tengo cosas que hacer.

—Vale —acepta con resignación.

—¿Dónde me vas a llevar a comer?

—Donde tú quieras, Tatiana.

—Me da igual, confío en ti.

* * *

Al final, Calvin ha elegido un restaurante sencillo y discreto de comida tradicional. Lo importante es poder estar a gusto y hablar sin que nos molesten.

Tras pedir la comanda, le pregunto sobre su relación con John. Al parecer todo les va bastante bien. Por lo visto su amante ha visto las orejas al lobo y se está portando aceptablemente.

Yo, por supuesto, les deseo lo mejor..., aunque sigo sin fiarme de John, no solo porque se muestre tan hermético y una no sepa a qué atenerse, sino por su falta de empatía. No sé, estaré atenta.

—¿Y tú qué planes tienes ahora con el impresentable de Killian?

—No te entiendo —murmuro. Lleno la copa de agua para disimular.

—Venga, Tatiana, somos amigos. Puedes hablar conmigo.

Suspiro, no sé si es buena idea. Anoche estuvimos juntos, revueltos, a lo loco; sin embargo, esta mañana se ha levantado pronto y se ha marchado. Tenía un motivo, recoger a su hijo porque se van unos días. De todos modos, esperaba una despedida más..., menos..., no sé, ¿diferente? Aunque entiendo que después de nuestra última conversación es lo mejor.

—¿La verdad? Ninguno.

—Joder, cariño, ¿no le vas a dar una oportunidad a ese impresentable?

—¿Yo? ¿A él? —inquiero sin entender.

—A ver, vaya por delante que Killian es un grano en el culo. Uno bien gordo.

Sonrío, entre ellos siempre se dedican piropos tan «cariñosos» como este, aunque sé muy bien que en el fondo se quieren y respetan. Para los tres componentes fundadores de The Dumpsters es un juego, a ver quién es más sarcástico, supongo. Ignoro si con Steven pasa lo mismo, sigo sin conocerlo.

—Brindo por eso —comento alzando mi copa de agua.

—Pero, oye, yo os veo un futuro juntos. No me preguntes por qué, es una especie de pálpito.

—¿Pálpito?

—Intuición masculina —puntualiza con una sonrisa—. Ya sabes que, a pesar de que los tíos no hablamos de sentimientos...

—Tú sí lo haces.

—Cierto, porque soy muy sensible. —Ambos sonreímos—. Pero no me líes, que intentas no responder. ¿Por qué no estás con Killian? Y te lo advierto, sé sincera.

Inspiro hondo, tomo otro trago de agua.

—No tenemos ningún futuro juntos —respondo en voz baja antes de apartar la mirada porque la de Calvin dice: «No te lo crees ni tú»—. Esa es la realidad.

—A otro perro con esa mierda de hueso, Tatiana —me espeta enfadado.

—¿Y qué pretendes que haga? —replico ante la insistencia de mi amigo.

—Para empezar, no seguir con el cuento de que no te gusta Killian o de que eres muy mayor para él. —Me hace una pedorreta de lo más infantil—. Que no soy tonto.

—Sencillamente, prefiero dejarlo pasar. Esto solo ha sido un momento tonto, un despiste, y ahora toca afrontar la realidad. Ya lo he hablado con el impresentable y se ha ido...

—Vale, como quieras —farfulla en tono enfurruñado—. Pero luego no te quejes al darte cuenta de que has perdido una oportunidad única.

Cierro los ojos un instante; es inevitable recordar lo vivido junto al impresentable, la intensidad de instantes únicos, y pienso: «La lógica me coge de la mano y me lleva por un camino seguro. Mi lado emocional, en cambio, me arrastra a uno incierto, plagado de contradicciones y dificultades».

—Si fuera tan sencillo... —musito.

Calvin no es el único, aunque sí el más directo, que ha puesto sobre la mesa la alocada idea de que el impresentable y yo deberíamos intentar algo, lo que sea.

Killian Júnior, por ejemplo, me ha lanzado ya sutiles comentarios sobre ello.

Diego, que nunca se ha caracterizado por callarse su opinión, ahora intenta ser más discreto, porque me conoce y sabe que abordar la cuestión de frente puede que me ofenda y yo termine a la defensiva.

Herman, que en asuntos privados tiende a meterse lo justo, solo ve el momento de que yo cante *Fucking true love*, pues según él sería un bombazo musical. El que además haya un romance entre el impresentable y yo sería como un bonus.

Los padres del cantante, con la madre como intermediaria, también están en el ajo. ¿Por qué? No me lo explico. Pero ya me ha llamado en más de una ocasión para charlar conmigo y, si bien lo hacemos de temas en apariencia inocuos, lo cierto es que percibo alguna que otra cuña publicitaria.

Y el que ya me desconcierta del todo es Trevor. El hermano del impresentable me ha invitado a cenar. Puede parecer que la idea es irritar al roquero, aunque algo me indica que no, que se trata de algo diferente.

—Y lo es, cariño —comenta y estira el brazo para darme un apretón de mano amistoso.

Adoro a este hombre. No me cansaré de repetirlo. Y es una suerte que seamos amigos.

—Para ti puede que sí.

—Deja esa puta actitud pesimista, ¿vale? Ya sé que te van a criticar.

—Me van a despellejar —puntualizo.

—¿Sabes por qué lo hacen?

—Porque casi he cumplido los cuarenta —murmuro con pesar, pues es sin duda una razón que por lo visto nadie perdona.

—No, es por envidia cochina, Tatiana —sentencia tan convencido que me encantaría creerlo.

Resulta inevitable esbozar una sonrisa, un tanto triste, ante sus palabras de ánimo.

—Eres increíble, ¿lo sabes? —digo en un intento de ser amable y acabar con esta conversación.

Calvin, que ya empieza a conocerme, arquea una ceja. Mira que es guapo, a pesar de su aspecto tan estrafalario. Puñetero también, cuando se lo propone. Y por encima de todo, un romántico empedernido.

—Tú me has dado consejos, así que ahora te aguantas y te ahorras esa cara de buena persona.

—¿Qué harías en mi lugar? —le planteo, porque de pronto necesito encontrar una salida.

No quiero volver a mi triste e insulsa vida anterior, ya no. Tal vez ha llegado el momento de lanzarme al vacío sin red, algo que he estado esquivando..., pero no tengo ni idea de cómo hacerlo. Lo que sí tengo claro es que si no lo intento, no lo lograré.

—Hummm... —murmura haciendo lo que es sin duda una pausa dramática.

—Suéltalo, Calvin —le exijo.

—Lo primero que debes hacer, respecto a todas esas críticas y estupideces que se dicen sobre ti, es pasar. Toma una actitud similar a la nuestra, haz que no te afecte, ríete de eso, y te irá mucho mejor en la vida. Total, ¿qué puede pasar?, ¿qué te critiquen? Eso ya lo hacen ahora. Además, pon en orden tus cosas, tus prioridades, antes de actuar.

—Tienes razón. Y cuando lo consiga... ¿qué me recomiendas respecto al impresentable?

—Para empezar, ni se te ocurra llamarlo de vez en cuando en plan amigueta y preguntarle qué tal está —me aconseja poniendo voz de falsete.

—Vale —acepto con una media sonrisa.

Él lo ve tan sencillo y yo, tan cuesta arriba.

—Y para terminar, tienes que darle una sorpresa con la que se caiga de culo y se le rompan las pelotas. Con eso lo tendrás ganado, porque, como te dije, está loco por ti y no quiere sufrir gratuitamente, así que tendrás que demostrarle que vas en serio, a por todas.

—Ya me dirás cómo...

Capítulo 39

Unos desesperantes meses después...

KILLIAN

Tener un hijo como el mío es un cúmulo de paradojas. Posee un coeficiente intelectual que no sé de dónde ha sacado porque ni su madre ni yo fuimos bendecidos con ese don, pero estoy profundamente orgulloso de ello, aunque al mismo tiempo resulta ser un dolor de muelas porque hay miradas que te descolocan.

A ver, seré sincero. Nació cuando yo no estaba preparado para ser padre y han tenido que pasar muchas cosas para que lo asumiera. Menos mal que tengo una familia cojonuda, porque si hubiera tenido que contar solo con la madre o conmigo, el pobre chaval sería carne de psicólogo.

Es algo que todavía no me perdono. La excusa de la juventud y la inconsciencia me sirvió durante un tiempo para sobrellevar la situación; no obstante, ahora quiero enmendar de alguna manera todo aquel desastre. A veces me pregunto cómo es posible que el crío, con unos padres tan descerebrados, haya salido tan bien. Bueno, supongo que sus abuelos paternos tienen mucho que decir al respecto. De no haber sido por ellos... Mejor no pensarlo.

La cuestión es que llevamos una temporada viviendo juntos y, bueno, nos soportamos la mayor parte del tiempo. Es complicado, pues él apenas ha convivido conmigo. A su madre no la aguanta. No porque él sea el típico adolescente contestón, sabelotodo e irracional —él es más bien lo contrario—, sino porque a ella no la aguanta ni su perro. Y al niño ya no lo engaña como antes.

Tampoco es que me alegre de las discusiones entre madre e hijo; sin embargo, lo entiendo. Ella es demasiado egoísta. Solo piensa en el dinero y de ahí que yo la evite como a la peste. Ya os he dicho que no la aguanta ni su perro.

Cuando me comentó su intención de venir a vivir conmigo, me pareció estupendo; una forma de afianzar nuestra relación padre-hijo. No obstante, pasados unos días, comencé a sospechar que su intención no respondía a ese supuesto interés paterno filial. Escondía algo (ya sé que queda feo desconfiar de un hijo), pues él, tan poco proclive a acompañarme a los conciertos, ha insistido en acudir a algunos. Y no solo eso: durante las pruebas de sonido trastea con los técnicos y bromea con Calvin y hasta con John. Vaya por delante que mis compañeros siempre lo han tratado con muchísimo cariño, desde el principio.

¿Es o no para sospechar?

¿Debería sonsacarle?

Tonto no soy y sé que mantiene habitualmente conversaciones telefónicas de más de una hora con cierta diva de la ópera, de las cuales no menciona una palabra. Cuando le pregunto, se limita a sonreír, me dice que son amigos, que ella lo escucha y se hacen confidencias.

Pero me jode, no lo puedo evitar.

Ojo, no me jode que se lleven bien, sino que ella pase de mí y que mi hijo me dedique ciertas miradas que no sé cómo interpretar. Ni que fuera yo el culpable de esta situación, porque encima no voy a cargar con la culpa cuando ni siquiera se dignó darme una explicación de por qué se largaba. Cierto es que me dijo que no teníamos futuro, pero luego desapareció sin más, sin darme oportunidad de nada.

Aunque si lo que pretende es provocarme para que mueva ficha o utilizar a mi hijo, va lista. Ya se lo dije una vez: «Yo no voy a ir detrás de ti como un gilipollas meneando la colita a la espera de que me des un premio de consolación».

Esta noche arranca una minigira. Es una especie de pretemporada para ver cómo está el ambiente, si The Dumpsters sigue contando con el favor del público. Porque, admitámoslo, en redes es fácil tener seguidores, es gratis. Otro asunto bien distinto es llenar auditorios.

Los ánimos están digamos que en niveles normales..., gracias quizá a que John y Calvin han conseguido mantener una relación aceptable y no me tocan los cojones con sus peleas. Han logrado, no me preguntéis cómo, entenderse. John no se ha ido por ahí en busca de rollos de una noche con tíos desconocidos que se la chupan por ser famoso y hasta se muestra algo más abierto a hablar de sus sentimientos.

Y ahora, después de esta parrafada inútil, seguro que querréis saber detalles sobre qué ha pasado con Tati, porque... ¡cómo os gusta el cotilleo!

Pues os lo diré: nada.

Joder, nada.

Ella se marchó, o mejor dicho, huyó como una cobarde. Hablé con su representante y amigo porque no me salió de las pelotas llamarla y comportarme como un perrito faldero. Él me contó que Tati necesitaba desconectar y, bueno, aquello lo entendí, era lógico después de todo el *show* mediático que soportamos (ella más que yo, todo hay que decirlo). Unos días de relax vienen bien..., pero la muy capulla no ha dado señales de vida después.

Y ha pasado más de medio año desde que nos vimos por última vez.

¿Y qué he hecho yo durante todo este tiempo?

Pues básicamente estar más con mi hijo, hablar con él y acercarnos en cierto modo, hasta darme cuenta de que he estado demasiado tiempo ausente.

También he discutido con su madre porque me busca las cosquillas a la menor oportunidad. Si no quiero aguantarla, tengo dos opciones: bloquearla en el móvil o darle más pasta. Aunque últimamente he optado por una tercera vía: la indiferencia, a ver si se entera de una maldita vez de que no pinta nada en mi vida y me deja tranquilo. Ha funcionado durante el último mes, ojalá la racha continúe, ya me ha jodido bastante la vida.

Además, les he cerrado el pico a bocachanclas que seguían dando caña a Tati por el supuesto rollo conmigo. Me harté de sus cabronadas y los amenacé con demandas o con partirles la cara, según el caso. ¿Por qué la machacan sin piedad? Vale, me saca unos años, seis, pero si yo soy el que está con ella y no me importa, que les den por el culo y sin vaselina, joder. Además, si la diferencia de edad fuera al revés, ni siquiera se habría mencionado, hostias.

He preparado nuevos temas con la banda, que se nos echa el tiempo encima y hemos estado (sobre todo yo) muy vagos. Hay buen material, otra cosa es que mi estado de ánimo no ayude.

Me he matado a pajas. Sí, ¿qué pasa?

Me he follado a un par de tías, sin mucho interés, todo sea dicho, para ver si tenía algún problema con las mujeres o acababa montándome un trío con John y Calvin. Salí de dudas, a mis

dos compañeros los dejaré tranquilos.

Me he aburrido en casa, porque no estoy acostumbrado a estar tanto tiempo en el mismo sitio y menos aún pensando en una mujer. No me habían dado calabazas desde el instituto, maldita sea.

He visitado a mis padres. Una actividad, a priori, inocua; ahora bien, con mi madre uno no sabe nunca a qué atenerse, porque ya sé a quién ha salido mi hijo a la hora de no decir una palabra y crisparte los nervios.

He leído. Sí, he dicho leer. ¿Qué? Tenía un montón de libros pendientes.

He mandado a la mierda al tocapelotas de mi hermano; con todo el cariño fraternal, por supuesto.

He discutido con Herman sobre fechas porque si de él dependiera, estaríamos todo el puto día sobre el escenario, de promoción o chuminadas variadas. Vale, es nuestra profesión; sin embargo, a veces ni condenadas ganas tengo de aparecer en público.

Me he comido el coco pensando en una diva cobarde, que no se merece ni un segundo de mi tiempo por huidiza. Pero la mente es una hija de la gran puta y te recuerda, cuando menos lo necesitas, que tienes un asunto pendiente.

Me he gastado un pastón en cremas y mientras las usaba he fruncido el ceño porque utilizo los cosméticos que ella me recomendó..., con excelentes resultados para mi piel. Hasta ese punto me ha influido la gran mezzosoprano.

He ensayado y compuesto para ir dejando temas cerrados. No he estado muy inspirado, aunque mis compañeros, por fortuna, sí.

Me he matado a pajas (¿eso ya lo he dicho?). Sí, a la menor oportunidad lo hago.

El caso es que le he dado mil vueltas al asunto porque no tiene sentido.

A ver, vaya por delante que la estupidez del pacto fue solo una técnica para ver cómo reaccionaba ella. Una triquiñuela bastante cutre que, si bien fue una forma de provocarla, sorprendentemente funcionó. Pero, aunque de verdad todo empezó de una manera casual y ridícula, digo yo que ambos somos lo suficientemente maduros como para admitir que esa relación fue cambiando con el tiempo y que estábamos de puta madre juntos. Y revueltos, claro.

Pero Tati, visto lo visto, además de cobarde e inmadura, es incapaz de mandar a la mierda a quienes la critican. A ver, es cierto que se ensañaron con ella. ¿Y? No me habría importado en absoluto partírle la cara (casi lo he llegado a hacer ante preguntas chorras de inútiles sin carné de periodista) a quien fuera necesario.

Y después de la tempestad viene la calma: ya nadie la menciona. No solo porque haya desaparecido del mapa, sino porque hay otros escándalos más jugosos.

Sí, vale, que nos vieran juntos de nuevo sería reavivar la polémica. ¿Y? Me importa una puta mierda. Pero, por lo visto, Tati es una timorata. Ahora es el turno de los cabronazos que me diréis: «¿Y si es otra la razón por la que pasa de ti?».

A ver, no os voy a partir la cara, pero ya os adelanto que la posibilidad de que ella pase de mí por el sencillo hecho de que no sienta nada es altamente improbable. ¿Cómo estoy tan seguro?

De nuevo diréis los cabronazos: «¡No eres tan irresistible como crees!».

Idos todos a tomar por el culo, eso de entrada.

No es cuestión de ser irresistible, que lo soy; es cuestión de que, aunque os resulte incomprensible, yo noto cuándo una mujer está interesada en mí (y no me refiero solo a mi polla o a mi cuenta bancaria) y Tati, pese a ser una petarda estirada, no fingía. Joder, que a mi edad sé cuándo una tía finge... o al menos casi siempre.

* * *

—Killian, tonto del culo, ¿estás listo? —me grita John aporreando la puerta.

Me miro en el espejo del camerino.

—¡Sí, cabrón cansino! —exclamo en respuesta.

—Pues venga, deja de meneártela y sal de ahí, joder.

—Ya me la he meneado y limpiado con tu camiseta favorita.

Me río porque si os sorprenden los piropos que nos lanzamos, a mí no. Los que acabáis de ver son bastante descafeinados.

Otra miradita en el espejo y me largo.

* * *

—¡A ver, cabrones! —grita Calvin desde su micro al finalizar el último tema del repertorio. Yo lo miro y arqueo una ceja, porque por norma general se dedica a hacer alguna floritura con la guitarra y soy yo quien se mete con el público o les enseña la polla. Pero hoy no he hecho ninguna de las dos cosas—. ¿Queréis escuchar en primicia nuestro nuevo tema?

El público, como era de esperar, grita que sí a coro. Y yo me pregunto: «¿Nuevo tema?». Si los tenemos muy verdes; hemos ensayado, pero más bien poco.

—¡Pues os vamos a dar el gusto! —exclama John, y esto empieza a mosquearme en serio porque él no suele hablar; es don introvertido de los cojones.

—Como Killian canta de puta pena... —sigue Calvin, y menos mal que lo abuchean por meterse conmigo.

—... os hemos buscado a alguien espectacular —añade John.

Yo no sé qué coño está pasando aquí. Miro a un lado, donde está Herman, pero este se encoge de hombros; a mi hijo, que pone cara de no haber roto un plato, y a la gente del *staff*, que está a lo suyo. Miro al otro lado y parpadeo, solo trabajadores y el bajista, Steven, con cara de póquer.

¿Quién narices va a cantar?

—Nuestro próximo tema se titula *Fucking true love* —anuncia Calvin, y sí, lo hemos hablado, me gusta la canción (pese a ser un pelín pastelosa), pero no hemos hecho ni siquiera los arreglos. Va a ser un mierda, yo aún no le he pillado el punto.

John comienza la intro y yo me quedo de pie a la espera de que solo sea un pequeño avance para contentar al respetable; sin embargo, tras los acordes iniciales, empiezo a oír una voz que me deja helado.

Una voz que reconocería en cualquier parte.

Hago un barrido visual por el escenario hasta encontrarla. Y aparece tal cual es ella, tras los focos del fondo y con un aspecto tan pulcro que desentona con el resto de la banda, pero canta como los putos ángeles cada palabra de *Fucking true love*.

Observo al público, nadie se esperaba esta aparición. En las primeras filas veo cómo la escuchan embelesados y a mí se me pone dura. Joder.

También hay imbéciles más preocupados de grabar con el móvil que de disfrutar del espectáculo.

Ella camina por el escenario con el aplomo y confianza propios de una diva. Se detiene junto a Calvin. Se sonríen. Tanta complicidad significa que han estado pasando tiempo juntos y sin

decírmelo.

Miro a John y el muy cabronazo se encoge de hombros. Estaba metido en el ajo. Don introvertido y don romántico no solo han estado haciéndose arrumacos.

Mis dos compañeros han estado maquinando a mis espaldas. Serán mamones. Respecto a Steven, tengo claro que no está en el ajo, su asombro es evidente.

Y yo, como un cretino, contándoles (empujado por el consumo excesivo de alcohol) mis penurias a Calvin y a John cuando resulta que se reunían con ella para ensayar.

Porque está bordando la canción.

Lógico, su voz es espectacular.

Cuando acaba *Fucking true love*, el recinto se queda mudo. Yo me preocupo, no es lógico. Esta panda de borregos no sabe apreciar una voz única y especial ni dándoles una patada en los huevos.

Pero, no sé cómo, de repente el auditorio se viene abajo. Todo el mundo vitoreando, nada de aullidos ni gritos, solo aplausos y palabras de halago.

—¡La gran Tatiana Belmonte! —exclama Calvin antes de hacerle una reverencia.

John se acerca hasta ellos y, pásmate, se abrazan los tres. Y yo, como un estúpido, incapaz de moverme del sitio.

Los asistentes siguen aplaudiendo, ella se lleva la mano al corazón y después les lanza besos. Ha puesto a todo el público en pie y a mí de rodillas.

—Gracias —susurra Tati emocionada con ese tono de voz tan elegante.

El público empieza gritar que cante otra, pero en vez de hacerlo de manera grosera, lo hacen con educación y una vez más con aplausos y vítores de admiración.

—Piltrafas, que ya no hay más —anuncia Calvin, que, como despedida, le da un beso, ¡en la boca!, a Tatiana y, por si no se me ha parado el corazón, le da otro a John antes de salir del escenario.

¡La madre que los parió!

Capítulo 40

KILLIAN

—Sois un par de capullos cabronazos. —Agarro de malos modos una toalla que me lanza John y me seco con ella el sudor de la cara, dejándola hecha un asco debido al maquillaje.

—¡Y tú un gilipollas! —replica Calvin antes de hacerme una pedorreta.

John se ríe y no dice ni pío.

—¿Me vais a contar lo que ha ocurrido en el escenario o tendré que sonsacárosllo a hostia limpia?

—Vete a tomar por el culo, Killian —dice Calvin.

Y en vez de concederme la oportunidad de réplica, se da media vuelta, coge a John de la mano y se largan a su camerino. Sí, son tan cursis que comparten camerino. Y van de la mano por ahí. Como parejita que se ha reconciliado, dan mucho asco que me restrieguen su buen rollo por delante de mis narices. Casi, fijaos bien lo que os voy a decir, casi prefiero que estén peleados. Me ahorro el pasteleo.

Hecho una mierda y cabreado, porque..., bueno, porque sí, ahora no me voy a parar a pensarlo, camino de malos modos hasta mi camerino con la intención de encerrarme ahí. Pero miro atento a todo el que se cruza conmigo para ver si entre el maremágnum de gente está ella. Y no, no tengo suerte. La diva se ha esfumado otra vez.

Herman se acerca a mí, le gruño y me dice:

—Si la señora Belmonte acepta grabar *Fucking true love* con vosotros, será un pelotazo.

Arqueo una ceja.

—Joder, no seas cabrón tú también —le suelto. Vale, es nuestro representante, pero podría tener un poquito de sensibilidad, maldita sea.

—Ya sabes que no me meto en tus asuntos personales, Killian.

—Cuando me desfasaba en los hoteles, bien que me tirabas de las orejas.

—Porque no quería que acabases destrozado.

—¿Y qué ha cambiado ahora?

—Sigues siendo un inconsciente, pero al menos te desfasas de forma moderada —me suelta todo ufano. A continuación me da unas palmaditas en el hombro—. Venga, descansa, que todo ha ido estupendo.

—Estupendo de cojones —rezongo, y lo dejo con la palabra en la boca.

Capto el griterío de algunos fans que pretenden llamar mi atención. Lo bueno de estos casos es que tengo dos opciones. La primera, hacerles caso; y la segunda, enseñarles el dedo corazón. En ambas situaciones quedo bien porque ya se sabe que las estrellas de rock somos insoportables.

¿Habéis adivinado qué opción he escogido?

Exactamente.

Una vez en la zona reservada, me topo con mi hijo; está al teléfono y con la otra mano me enseña el pulgar hacia arriba. Que le haya gustado el concierto de esta noche no es de extrañar, aunque el motivo ha sido sin duda la aparición de la diva. Así que, venciendo todos los reparos de padre, me acerco a él y le hago un gesto para que finalice la llamada. Cuando se guarda el móvil, pregunto:

—¿Lo sabías, verdad?

—Eh...

—Joder.

—A ver, no podía decirlo.

—¿Por qué cojones no?

—Se lo prometimos a Tatiana —me anuncia apartando la mirada.

—¿Ni a tu propio padre?

—Especialmente a ti, eras el único que podía estropearlo todo. Con tu carácter...

Vaya mierda de confianza que tienen en mí y en mi condenado carácter. Ni que yo fuera intratable.

—¡Joder! —Me paso la mano por el pelo aún sudado porque no he podido ir a la ducha.

—Estás cabreado, ¿verdad?

—Un poco sí —miento, pues lo cierto es que estoy cabreadísimo.

—Lo siento, papá. Era necesario.

Que me llame «papá» es raro de narices, pero tampoco voy a darle más la murga con esto. Sé que mi hijo adora a la gran Tatiana Belmonte y esta, como buena manipuladora, se ha aprovechado de tal circunstancia.

—Vale, está bien —murmuro para que no se lleve un mal rato—. Me quito este olor de mierda, me cambio y nos vamos al hotel, ¿de acuerdo?

Mi hijo niega con la cabeza.

—He quedado con una amiga.

Arqueo una ceja. Mi hijo no tiene amigas. Vale, sí las tiene; el problema es que me ha sonado más como amiga de esas que luego se quedan a dormir. Ya me entendéis.

—¿Por qué pones esa cara? —me pregunta ceñudo.

—Por nada.

—A ver, papá, admito que es raro, pero esta chica me cae bien y, no sé, a lo mejor...

—Haz lo que quieras —comento, porque yo tenía asumido, después de una larga conversación que mantuvimos el año pasado, que Killian Júnior era gay y ahora me viene con estos cambios—. ¿Necesitas algo?

—No, gracias.

—Vale. Nos vemos mañana.

—Oye, ¿no me vas a preguntar por qué ahora he quedado con una chica?

Niego con la cabeza.

—No, es cosa tuya.

—Gracias.

Y me deja perplejo al darme un abrazo antes de marcharse.

Entro en mi camerino. Suena *The last day* y me extraña, esta canción de Moby no la tengo en mi *playlist*. Aunque me llama más la atención otro detalle: lo veo todo organizado, recogido. Frunzo el ceño, así no estaba antes de la actuación. Y quienes me conocen y saben cómo soy están al tanto de lo mucho que detesto que me toquen mis cosas.

Y lo peor de todo: hay una tía husmeando entre mi ropa, ¿vestida con un vestiducho de tela azul, zapatos baratos y el pelo revuelto? Joder, que no quiero ser desagradable, pero...

—¡A la puta calle! —le digo manteniendo la puerta abierta para que después no vaya por ahí contando lo que no ha pasado.

Ella se tambalea un poco. Hostias, encima va pedo.

—Voy a llamar a seguridad —añado con tono firme.

—Hazlo —murmura con un tono ronco que me eriza hasta el último pelo del cuerpo.

Cierro de un portazo, ella se da la vuelta y me mira.

Me llevo las manos a la cabeza. Parece la niña del exorcista tras tres noches seguidas vomitando puré de guisantes. Se la ve incómoda porque intenta con disimulo sujetarse el escote. No sé cómo ha conseguido meterse en ese vestido ni a qué peluquero ha ido.

A lo mejor no está borracha.

A lo mejor...

Si se tambalea mientras se acerca es porque lleva calzado barato y con excesivo tacón.

—Vamos a pasarlo bien —me suelta. Y sin pedir permiso, me agarra de las pelotas y aprieta.

—Eh, cuidadito, nena.

¿Me apetece tirármela? Sí, mucho, pero la voy a mandar a paseo.

—Qué delicado —susurra, y disimulo una sonrisa.

—¿Sabes? Hace mucho que no me follo a una desconocida —le espeto, y su cara cambia, ni ese maquillaje excesivamente vulgar y excesivo oculta su sorpresa.

—Haz una excepción —insiste.

—Ni hablar. Te vas a tomar por el culo.

Me aprieta un poco más las pelotas. Yo aguanto la presión porque cuando se te pone dura, es más complicado. Ya me entendéis. Pero ni loco voy a ceder.

—¿Seguro? —ronronea mientras intenta acercarse para besarme.

Yo me aparto en el último segundo.

—Sí, mucho. No follo con tías tan horteras como tú.

Ella parpadea y siento que me he pasado al decirle algo tan desagradable. Sin embargo, en vez de calzarme una hostia por maleducado (que me he ganado a pulso), se humedece los labios y pregunta:

—¿Una mamada entonces?

Joder...

—No —miento; es una oferta que nadie en su sano juicio rechazaría.

Pero ya sabéis que yo no ando muy cuerdo.

—Se me dan de vicio —insiste.

—Que no, ¡coño!

Consigo librarme de ella y, a pesar de que su oferta y su aspecto superan cualquier sueño perverso que haya tenido en los últimos meses, me mantengo firme (firme en dos sentidos obviamente, por si no lo habéis pillado, ya que nunca os han hecho una oferta de estas, capullos) y me acerco hasta la puerta, la abro y grito:

—¡Seguridad!

En menos de cinco segundos se presenta un guardia y me mira.

—¿Ocurre algo, señor Weisser?

Cómo me jode que me llamen señor, hostias.

—Esta cuarentona desesperada, que se ha colado en mi camerino.

Ella emite un jadeo de indignación. Muy bien, que aprenda a no jugar con fuego.

—¿Está seguro, señor Weisser? —inquieta el segurata, y entonces deduzco que todo el equipo está en el ajo.

—Muy seguro. Que se largue.

Ella cuadra los hombros, me levanta el dedo corazón (qué orgulloso estoy) y camina hasta la puerta. Se detiene un segundo a mi lado y me espeta, recuperando su tono de voz arrogante, ese que me vuelve loco:

—Eres un impresentable.

El segurata ni la toca, se limita a señalarle con educación y respeto el camino, y yo me quedo mirando ese trasero que se aleja y resulta tan apetecible pensando: «Soy gilipollas».

Un gilipollas olímpico.

Cierro la puerta y sonrío.

Joder, qué pedazo de escena acabo de vivir. Miro hacia abajo; estoy empalmado, sin opciones de follar porque esto no me lo va a perdonar en la vida, pero sonriente.

Por si queda alguien que aún no sabe el nombre de la fan atrevida...

Espabiláis y pensáis un poco, que yo tengo que hacerme una gayola y buscar la manera de solucionar esto.

Ah, y ducharme también, que vengo sudado y doy un poco de asco.

Capítulo 41

KILLIAN

—O me dices en qué hotel se aloja o te parto la cara. —Es el saludo que le dedico a Calvin cuando entro en su habitación.

Este ni pestaña cuando lo amenazo. Es lo malo que tiene conocernos desde hace años.

—No, por imbécil. ¿Cómo has podido rechazarla? —me replica ofendido. Su móvil emite un pitido.

Ambos miramos la mesita en la que está el teléfono.

No es tan rápido como para esconderlo, así que se lo birlo. Como sé su patrón de desbloqueo, no tengo ningún reparo en acceder a su WhatsApp.

Y menos aún a la conversación que me interesa.

Lo odio. Lo odio. Lo odio.

Es un impresentable.

¿«Tatiana, my love»? ¿La tiene agendada como «Tatiana, my love»? Calvin se va a ganar una hostia por esto.

¿Qué ha pasado? Y, sí, Killian lo es.

El impresentable me ha rechazado, Calvin. Ha sido horrible y ahora no soy capaz ni de desenredarme el pelo. Además, me pica todo el cuerpo por haber llevado ese vestido cutre.

Ay, mi pobre Tati. Con lo tiquismiquis que es para la ropa.

Killian es imbécil, sí. Cuando lo pille, se va a enterar.

Tranquila, cariño, si quieres quedamos y hablamos.

No, no vengas a mi habitación,
prefiero estar sola.

Traducido, se aloja en este mismo hotel. Hummm, ahora solo he de averiguar el número de la habitación.

Nos vemos mañana en el desayuno. Gracias por todo. Da un beso a John de mi parte.

—Trae el puto móvil, cotilla de los cojones —se cabrea el propietario mientras me lo arranca de las manos—. Y no te calzo una hostia porque...

—Porque tienes razón, joder —admito, y me dejo caer en la cama de espaldas.

—¿Desde cuándo me das la razón? ¿Estás enfermo? —Y, como si fuera mi madre, me pone una mano en la frente.

- Quita, gilipollas.
- Pues mueve el culo de mi cama.
- ¿Dónde está John? ¿Pegándotela con un camarero?
- Eso ha sido cruel —se queja y gruño.
- Joder, lo soy. Estoy frustrado.
- Y acojonado —puntualiza.

Lo miro de reojo. Somos amigos, pero esto de ponernos en plan confesiones es una pastelada. A Calvin, don romántico, no le importa. A mí sí.

—Quizá —farfullo.

Claro que lo estoy, porque he metido la pata cuando tenía que haber metido otra cosa. Pero es que me ha pillado por sorpresa y, además del mosqueo por su aparición estelar (no son celos profesionales, panda de amargados), eso de tirarme a tías en el camerino se acabó.

- Pues entonces no te diré en qué habitación está.
- No me lo ibas a decir de todos modos, así que no me vengas con esas.
- Al menos intenta chantajearme, ¿no? —protesta al tiempo que se tumba a mi lado.
- ¿Qué quieres a cambio de la información?
- A tu primogénito no, que ya lo tengo. Me llevo de puta madre con él.
- ¿Sabes que le gusta una chica?
- Claro, una compañera. ¿Por qué?

Me incorporo perplejo y frunzo el ceño.

- Pensaba que era gay, hostias.
- A ver, el chico tiene sus dudas...
- ¿Has hablado con él? —pregunto sintiéndome un mal padre por enésima vez.
- Sí, y le he contado mi experiencia, para que tenga toda la información. Que luego él decida, pero algo me dice que va a ser más espabilado que tú y yo juntos.

- Para eso no hace falta mucho.
- Cierto. —Calvin se ríe—. Anda, ve a conquistar a la chica.
- No sé, tiene un cabreo de tres pares de cojones...
- Cierto —repite—. Te toca hincar rodilla —me aconseja.
- Lo sé —admito, pese a no tener ni puta idea de a qué se refiere exactamente.

Hasta la fecha han sido las mujeres las que se han arrodillado, de ahí mi confusión, y nunca para hablar precisamente.

No pongáis esa cara de envidia, ¿qué le voy a hacer si se ofrecen a chupármela?

John entra en la habitación cargado con un ramo de flores, una botella de champán, dos copas y cara de «Lárgate y déjame con mi novio», así que me levanto y digo:

- Dais mucho asco, los dos. Cursis, que sois unos cursis.
- Calla y coge esto, gilipollas —me espeta John pasándome todas las cosas.
- ¿Y qué hago con esto? —pregunto desconcertado.
- Pues ir donde la chica, tonto del culo —apunta Calvin.
- Ah, vale. Creía que era para vosotros, como os gustan estas pijadas...

—Y a ti, lo que pasa es que eres un imbécil —me suelta Calvin. Después se va hasta John para darle un azote en el trasero.

—¡Me largo!

Cargado con el ramo, el champán y las copas, salgo de la habitación y, una vez en el pasillo, me doy cuenta de que entre tanta tontería no sé el número de habitación de la diva.

Opción A: Volver y preguntar a los cursis de mis compañeros, arriesgándome a verlos en actitud cariñosa. No, no quiero tener pesadillas, y eso que ya los he sorprendido demasiadas veces.

Opción B: Llamar a mi hijo, que seguro conoce la información. Pero, como está de cita, pues tampoco se la voy a estropear.

Opción C: Llamarla a ella. Dudo que, en el supuesto caso de que me responda, quiera decirme el número de su habitación.

Opción D: Sobornar al de recepción. Al fin y al cabo, cuando me he registrado ha dejado claro que es un fan y ya sabemos que estos hacen cualquier cosa por su ídolo.

—Opción E: ¡No hay opción E, joder!

De repente suena mi móvil. Justo ahora tienen que llamarme. ¡Que estoy a otras cosas, joder!

Estoy haciendo el ridículo, porque los de seguridad, a través de las cámaras de vigilancia, se tienen que estar partiendo el culo al verme aquí en medio. Pero como el jodido teléfono vuelve a sonar, dejo todo lo que cargo en el suelo y lo saco, a ver quién narices es ahora.

¿A dónde vas, gilipollas?

No me lo puedo creer, Calvin va y me manda un mensaje ahora solo para tocarme la moral. Respondo como se merece:

A darte por el culo
si sigues molestando.

Y enseguida entra otro mensaje:

Ja, ja, ja. No va a ser posible.
¡Tengo novio!

Pues déjame en paz, coño.
Estoy ocupado.

Y para cabrearme más, llega un mensaje del novio en cuestión, uno de John.

Lumbreras, ve a la habitación...

La madre que los parió. Vaya par de cabronazos, se están descojonando a mi costa.

Decidme de una puta vez el número.

La 7.

La 2.

Me llegan los dos mensajes a la vez. Inspiro hondo. Les partiré la cara, ya lo vais a ver. Mañana a primera hora.

Sé que se lo están pasando en grande provocándome. En cierto modo me lo he ganado a pulso.

La 2. ¿Contento?

Ni me molesto en responder a John. Solo espero que me haya dicho la verdad.

Está alojada en la misma planta. ¿Casualidad del destino? Me importa una puta mierda. Allá

voy, con las flores, el champán y las copas.
A ver qué pasa...

* * *

—¿En serio? —pregunto como un gilipollas tras abrirse la puerta y encontrarme cara a cara con Diego, el representante de la diva.
Él se ríe, de mí, obviamente, y después señala la puerta de enfrente.
Capto el mensaje en el acto.
En cuanto arregle mi situación sentimental van a rodar cabezas.
Oigo el «clic» de la cerradura tras de mí. Sin duda me ha espiado a través de la mirilla, aunque ya me importa un carajo.
Llamo con los nudillos.

Diez segundos después...

La puerta sigue cerrada.

A tomar por el culo. Tengo ciertas habilidades aprendidas a lo largo de mis años de instituto, así que me cuesta bien poco abrir la puerta y colarme dentro.

Solo está encendida la televisión y ella está ahí, sentada, mirando junto a la ventana. Ni se ha inmutado al saber que alguien abría la puerta.

Lleva el albornoz del hotel, ni rastro de su esperpéntico peinado de antes.

Dejo las flores a un lado porque me parecen horrorosas y tampoco quiero que agarre el ramo y me dé con él en toda la cara. El champán ya no está frío y las copas parecen algo sucias. Me estoy luciendo.

Ahora es cuando me toca decir algo que la haga reaccionar y acabe echándose a mis brazos. La cuestión es... ¿qué se dice en estos casos?

A ver, un poco de ayuda. Si habéis seguido la historia hasta aquí, echadme una mano, joder.

Como sé que si suelto o hago lo que me apetece la voy a cagar, recurriré al consejo de Calvin. Despacio, me sitúo junto a ella, lástima que no pueda hacerlo frente a frente, y me acucillo. Qué postura más incómoda, y más aún con vaqueros.

—Dime qué es lo correcto que diga o haga en este instante y lo haré —susurro.

Nada, ni se digna mirarme.

Vamos a por otra frase conciliadora.

Ya sé que he afirmado varias veces que no me comportaría como un perrito faldero, pero he metido la pata. Joder, que sacáis todas las faltas a la gente, no pasáis ni una.

—Al menos, mírame, Tati.

Lo hace, pero no sé si me gusta esa mirada. Vamos a ver el lado positivo del asunto.

—¿Y ahora? —inquiere, y me doy cuenta de que ha llorado.

Joder, joder, joder.

Me cago en todo.

—Ahora es cuando me dices que soy un impresentable pero me abrazas.

—¿Piensas que va a ser así de fácil? —pregunta.

Ya os habréis percatado de que, a pesar de hablar en voz baja, mantiene su aire de diva insolente. Hostias, eso me pone mucho.

—A ver, si no me has echado a patadas de tu habitación, digo yo que significará algo —alego en favor de mi causa.

—Hoy estoy eufórica.

—Pues no lo parece —comento. Y como la postura es bastante incómoda, busco algo donde sentarme y, tras echar un vistazo, encuentro una banqueta que me sirve.

—Y al mismo tiempo decepcionada.

—¿Por qué, Tati?

—Me has echado de tu camerino como si fuera una cualquiera, a pesar de intentar sorprenderte tanto fuera como dentro del escenario. No has valorado nada mis esfuerzos y sabes, conociéndome, que hoy han sido muchos.

—Y tú me has tenido seis meses en espera.

—¿Perdona?

Ya sé lo que estáis pensando, que no es momento de recriminaciones y que realmente ha salido de su zona de confort por mí. Vale, rebobino, que la he cagado de nuevo.

—Lo siento. No quería rechazarte, pero ya sabes que no quiero ser tu perro faldero... y has aparecido de la nada tras medio año sin noticias tuyas, compinchándote con parte de mi banda y hasta creo que con mi hijo... Además, deberías saber que ya no me follo a *groupies* en el camerino...

—¿Y dónde lo haces entonces? —pregunta con malicia.

—En el asiento trasero de la furgoneta —respondo con ironía.

—Debería haberlo supuesto —murmura. A continuación se pone en pie.

Yo hago lo mismo.

—Ahora, si no te importa, lánzate a mis brazos —propongo.

—¿Yo? ¿Por qué yo? —replica haciéndome sonreír.

—Porque...

No tengo argumentos válidos. Soy práctico de cojones y pretendo simplificarlo todo. Entonces ella se da cuenta de un detalle.

—¿Me has traído flores?

Con las mismas, en vez de prestarme atención, va directa al ramo, lo coge, lo huele y pone cara de felicidad.

Joder.

Y no solo eso: encuentra una tarjeta, de la cual yo desconocía su existencia, y la saca para leer su contenido. Ay, mi puta vida, a saber qué han escrito ahí.

—«Esta va a ser la mejor noche de nuestra vida —lee y respiro tranquilo; eso es muy cursi, típico de esos dos, pero me sirve—, porque no solo vamos a follar...»

—Joder. —Me llevo las manos a la cabeza. Puto John y su poesía.

—¿Y qué más se supone que vamos a hacer? —pregunta Tati.

—Beber champán.

—Ah.

—Caliente —añado. Con tanto trajín estará calentorro, no habrá quien se lo tome. Y menos la diva, con lo exigente que es.

—¿Te lanzas ya a mis brazos o qué?

Tati, una vez más haciendo lo que la da la gana, deja las flores y va a por la botella de

champán. Mira la etiqueta y frunce el ceño.

—¿Ibas a conquistarme con algo tan barato?

Me cago en John y su tacañería.

—No. Bueno, sí.

—¿En qué quedamos?

—Quítate el albornoz y hablemos. —Sonríe.

—¿Hablas en serio?

—Pues no te lo quites, te lo echo por encima.

—¿Cómo dices?

—Ya sé que tú no entiendes de estas cosas, así que te lo explicaré: la gracia de esto es lamer tu piel, pero como eres tan rara...

Y Tati, en un alarde de descaro, da un paso atrás, y otro, hasta quedar fuera de mi alcance para desanudarse el cinturón y, acto seguido, dejar caer el albornoz a sus pies.

—Lo he entendido a la primera —murmura. Y en vez de quedarse quieta y esperar a que yo ponga en práctica la teoría, como cabría esperar de ella, vuelve hasta mí y me quita la botella.

—¿Qué haces? —pregunto alarmado cuando comienza a agitarla igual que un campeón de Fórmula Uno en el podio.

—Pasar del dicho al hecho.

Abro los ojos como platos porque la descorcha con rapidez y, claro, imaginad quién acaba empapado de champán barato.

—La madre que te parió... Trae aquí eso.

Intento quitarle la botella, ella empieza a reírse y a esquivarme. Sigue desnuda, poniéndolo todo perdido. Parece una niña pequeña haciendo su primera travesura.

Para mi currículo, dejar una habitación de hotel hecha una mierda no supone ninguna novedad, así que comienzo a desvestirme hasta quedarme en pelotas. Es entonces cuando en el juego me muestro implacable y la pillo por banda.

Me pego a su espalda y ella levanta la botella para dejar caer lo poco que queda de champán entre sus tetas.

—Habrá que llamar al servicio de habitaciones —murmura con picardía—. Se nos ha acabado la bebida.

—Luego. Antes ocupémonos de dejarnos limpios —replico mientras me inclino para morderle un hombro.

Un gesto primitivo que ella agradece gimiendo antes de responder con la voz más erótica que recuerdo:

—Como quieras...

Se gira en mis brazos y me mira a los ojos. Me duele tanto saber que ha estado llorando por mi culpa... No obstante, ahora eso es agua pasada, o al menos intentaré que lo sea.

Tati se inclina y posa sus labios sobre mi pecho. Me araña ligeramente con los dientes y coloca las manos en mis costados. Vamos a hacerlo, vamos a eliminar gota a gota ese champán... y ya podéis imaginar lo que sucederá después.

—Joder... —susurro.

Ha cerrado los ojos mientras recorre en sentido descendente mi torso. Se detiene a la altura de la cintura. Oigo cómo inspira hondo. Le paso una mano por el pelo. Sigue descendiendo y lame y relame mi cuerpo.

Tati es una chica mala y yo estoy loquísimo por ella. Más que eso, estoy enamorado de esta

mujer, y me está demostrando que por mí es capaz de derribar una a una sus barreras, tanto sexualmente como en todos los otros ámbitos.

Es mi turno de gemir cuando noto su aliento a la altura de mi polla. Y eso que sus labios ni me han rozado.

—Joder... —mascullo cuando por fin entran en contacto.

Y me da igual si recurro a la misma palabra para expresarme. A ver quién es el listo que lo hace mientras atrapan su polla dentro de una boca tan caliente y húmeda.

Dejad ya de dar por el culo, que mi Tati me está haciendo una mamada.

Le acaricio el pelo mientras ella va cogiendo confianza. Muevo solo un poco las caderas y ella me aprieta el trasero. La oigo respirar por la nariz.

Bajo la vista y me quedo atónito cuando veo que se está masturbando mientras me chupa la polla. ¡Mi Tati se masturba sin que tenga que pedírselo! Lo dicho, está venciendo todas sus barreras.

—Oh, la hostia, cariño, cómo me pone lo que estás haciendo —jadeo, y ella murmura algo que no llego a entender.

Pero sí lo entiendo, o al menos lo interpreto. Está disfrutando. Gime. Mueve su boca hacia delante y hacia atrás ahora con más rapidez. Me pellizca el culo.

Yo estoy a punto de correrme, así que decido frenarlo en seco para dedicarme a lamer su cuerpo de arriba abajo, porque no quiero acabar así, tan pronto.

—¿Qué ocurre? —me pregunta—. ¿No estoy llegando al *top ten*?

La miro asombrado, porque me percaté de que, debido a su falta de experiencia en comparación con la mía, se cree en inferioridad de condiciones. ¿Cómo es posible que no se dé cuenta de lo que realmente me hace sentir? ¿Cómo se le ocurre comparar lo que estoy sintiendo con cualquier experiencia anterior? Sinceramente, es incomparable...

—Tati, Tati..., no hay otra como tú, que te quede claro. Ahora voy a devorarte enterita, y después voy a follarte como nunca he hecho... Contigo, va a ser como la primera vez.

—No te sigo —dice, y me agacho a su lado para intentar que me mire a los ojos.

—Como ya sabes, he tenido muchas relaciones sexuales con fans entregadas..., pero nunca, jamás, podrían compararse contigo —afirmo, y le veo brillar los ojos, parece llorosa.

Al verla tan emocionada, estoy a punto de echarme a reír a carcajadas; sin embargo, para no estropear el momento, me contengo. Aunque..., qué coño, soy un impresentable.

—Tati, vamos a probar por detrás —sentencio, y sí, me descojono.

Ah, y después me pongo serio, que me ha dejado empalmado y a medias. Y eso no se lo perdono.

Epílogo

KILLIAN

Estar casada con una diva de la ópera es al mismo tiempo la forma más sencilla de acabar de los nervios y disfrutarlo.

Una situación que desquiciaría a la gente normal, pero yo no lo soy.

A ver, vaya por delante que estoy encantado con Tati, hasta con sus manías. Un ejemplo: ordenar la despensa. ¿Quién cojones hace eso? U otra igual de estrafalaria como planificar las vacaciones con cuatro meses de antelación.

Yo me dedico a pincharla a la menor oportunidad.

Lo cierto es que hemos conseguido una especie de estabilidad conyugal basada en dos premisas: yo hago lo que me sale de ahí y ella protesta.

O viceversa.

Esta noche, por ejemplo, Tati está atacada porque estrena nuevo espectáculo. No estaba muy convencida de actuar en una producción destinada a promocionar la ópera fuera de los círculos petardos (ella dice «selectos») y en la que va a alternar piezas clásicas de su repertorio con canciones más actuales.

Yo he participado en la selección y eso que todos se oponían porque no se fiaban de mí. Gilipollas engreídos. Menos mal que Diego me apoyó desde el principio. Así que Tati abrirá el espectáculo interpretando *Young and beautiful*, de Lana del Rey.

Y Calvin (ese pelota insufrible) la ha convencido para que cante *Fucking true love*, tema que por cierto lleva más de dos millones de reproducciones y que está siendo un bombazo. Herman está eufórico con los resultados y quiere que ahora haga un dueto con ella.

A ver, que yo hago cagando leches un dueto con la diva, pero no es apto para sensibileros.

Mis padres y mi hijo están también invitados al estreno, y por supuesto la parejita feliz. Antes me daban hasta repelús, todo el día comiéndose el morro, pero ahora ya no tanto porque yo estoy felizmente casado y si pretende ir en plan «hacer ver que follar con espectadores», yo también sé jugar a eso, y como Calvin idolatra a la diva, pues no quiere verla en actitud comprometida.

El caso es que ahora estoy en el camerino, tranquilo, tirado como un marajá en el diván y observando cómo Tati se maquilla. De vez en cuando me mira de reojo y me advierte que ni se me ocurra acercarme a ella con intenciones libidinosas.

Ingenua... En cuanto esté lista y falten quince minutos para el espectáculo, como vea que empieza a desquiciarse, la dejo relajada. Sí, sé lo que estáis pensando, que es una actitud poco o nada profesional. Me la sopló.

—¿Por qué no vas con tus padres? —me pregunta al ver que no dejo de mirarla y sabedora, o al menos lo intuye, de qué me ronda por la cabeza.

—Porque prefiero mirarte a ti.

—Ya, claro —murmura, y sonrío de medio lado.

—¿Necesitas ayuda?

No, no la necesita. Su asistente, un petardo relamido pero eficiente, se lo deja todo a punto. Sin embargo, yo soy muy servicial.

—Sigo sin estar convencida... —se lamenta.

Yo he visto los ensayos y lo borda. Qué cojones, lo hace de puta madre. Hasta Cuca (sí, vuelve a ser la directora y encima son amigas) le ha repetido hasta la saciedad lo increíble que ha quedado. Pues bien, la gran Tatiana Belmonte erre que erre con sus inseguridades.

—Sigo pensando que la abertura de ese vestido debería llegar más arriba —comento señalando con un gesto su pierna.

—Es un espectáculo serio, ¡no puedo enseñar el muslo como una cualquiera! —exclama ella toda digna. Acto seguido se pone en pie tras retocarse por enésima vez el maquillaje.

¿Entendéis por qué me resulta tan irresistible provocarla?

Porque es una hipocritilla de manual. De puertas para fuera, la gran estrella se comporta como una estirada, pero luego, cuando se desata, es una fiera y yo me someto encantado.

—Pues ve sin ropa interior —sugiero. Y me levanto para situarme tras ella en el espejo y agarrarla de la cintura.

—¿Estás loco?

—Solo lo sabremos tú y yo.

—No.

—Tati, que en el último concierto me tiraste las bragas al escenario.

Agacha la cabeza y se ríe. Fue memorable porque ella, desde la zona vip y disfrazada de loca, al acabar el concierto me lanzó sus bragas.

—No me lo recuerdes...

—Venga, relájate —le susurro al oído rodeándola con los brazos desde atrás.

—Hasta que no acabe...

Le doy un beso en la nuca y la sostengo fuerte hasta que algún tonto de los cojones llama a la puerta indicando que es la hora. La suelto a regañadientes y ella se gira en mis brazos, me mira y me acaricia la mejilla.

—Qué guapo estás sin maquillaje —dice en voz baja, y yo tuerzo el gesto.

Que conste, me encanta pintarme, usar trucos de maquillaje y birlárselo a ella, pero para esta noche me pidió (me sobornó, más bien, con una de sus recientemente adquiridas habilidades sexuales) que la acompañase con un aspecto sobrio y, bueno, acepté. Mañana volveré a las andadas.

—¡Señora Belmonte! —la llaman—. ¡Es la hora!

Le doy un azote en el culo y la dejo ir. Tati me lanza un beso y sale del camerino.

Ella no lo sabe, pero cada vez que actúa yo me quedo unos minutos en su camerino, solo, pensando cómo puedo ser un cabrón tan afortunado. Y porque en el fondo me pongo más nervioso que ella.

Ridículo, ¿verdad?

Como no quiero ir al palco hasta avanzado el espectáculo y puesto que necesito distraerme... No, no me voy a hacer una gayola, joder, voy a mirar en el móvil fotos nuestras. Por ejemplo, las que nos hicieron la primera vez que aparecimos juntos como pareja oficial, sin mentiras ni chuminadas ni montajes.

Vaya jaleo que se armó... Y todo por la puta envidia. Tati, tras la actuación en aquel memorable e inesperado concierto, levantó cientos de especulaciones sobre la relación que

mantenía con The Dumpsters y tanto mis colegas como yo decidimos hablar sin tapujos en una rueda de prensa. Declaré públicamente mi admiración por ella (los tres lo hicimos en plan fans), para después ser más preciso y proclamar que me volvía loco, que la deseaba y que iba a casarme con ella.

Así, tal cual.

Imaginad el revuelo, porque Tati, lejos de esconderse, colgó en su perfil de Instagram que el sentimiento era mutuo.

Y, bueno, dos días después, en la presentación de una firma de joyería, le pegué un morreo delante de todos que fue un bombazo.

Hubo críticas que me pasé por el forro y ahora ya nadie nos toca las narices.

Ahora bien, yo quería pedirle que se casara conmigo cuanto antes, pero no estaba seguro de que ella (por lo de guardar las formas y tal) aceptara, así que esperé a que la gran artista viuda se relajara un poco. Pero una vez más ella me dejó patidifuso y cachondo (lo uno no excluye lo otro) cuando desde el escenario, al acabar uno de sus recitales (los odia pero necesita el dinero, esto que no salga de aquí), me pidió que me casara con ella. Delante de todo el auditorio. Joder, qué difícil fue subir al escenario empalmado.

Y luego llegó nuestra boda, ella preocupada por el vestido (Tati es así) porque no quería ir de blanco y yo tampoco.

Circularon cientos de fotos en las redes del momentazo. Y yo las tengo en el móvil..., porque ella, con su vestido rojo oscuro, abertura hasta el muslo (decisión innegociable que le impuse) y escote con un ribete de plumas, y yo, con mi traje a juego (incluidas las plumas en la solapa), nos casamos de noche en un yate con apenas invitados.

Invitados que tras la ceremonia y un pequeño picoteo echamos sin contemplaciones para estar a solas.

¿Os podéis creer que pretendían cenar, bailar y otras estupideces hasta altas horas de la madrugada?

También echo un vistazo a las fotos de nuestra luna de miel. No fuimos muy lejos, a una casa rural, perdidos en un valle, rodeados de animalitos, vegetación y dos parroquianos a los que apenas vimos porque eran octogenarios. El escondite ideal para estar quince días. Por no haber no había ni cobertura de móvil. Lo cual nos dio la oportunidad de pasear por un prado y follar bajo un árbol, bañarnos en un río y follar en la orilla (y acabar con el culo helado, pero mereció la pena, vaya que sí), acurrucarnos bajo una manta viendo arder leña y sí, follar en la alfombra frente al fuego. Un clásico que no podía dejar pasar.

Era mi luna de miel, ¿estamos? Me la sopla lo que penséis. Aunque me da la sensación de que os morís de envidia.

Y hay muchas más fotos. Con la familia, porque mis padres adoran a Tati... Y por supuesto mi hijo también. A veces se alían y me dan por el culo, pero los mando a paseo. Soy como soy.

Miro el reloj: un cuarto de hora más y voy al palco. Quince minutos que aprovecharé para pensar en algo para celebrar nuestro inminente primer aniversario de boda. Es un acontecimiento importante y paso de comprarle el típico álbum de fotos u otra chuminada similar. Tiene que ser algo mucho más relevante.

¿Alguna idea?

No se me ocurre nada lo suficientemente especial como para llevarlo a cabo, pero tranquilos, que mi imaginación se pone en marcha y en tres días lo tengo todo controlado. Ahora me voy a ver a mi chica triunfar.

Me cruzo con Diego en el pasillo y lo saludo con un gesto de la mano. Está hablando por teléfono. Me encanta este tipo, cuida a mi chica de una forma increíble y también le baja los humos.

—¿Entramos? —me pregunta cuando acaba su conversación.

Un acomodador nos aparta la cortina que da acceso al patio de butacas. La sala está llena, todos ensimismados con la actuación. Me cruzo de brazos satisfecho y orgulloso dispuesto a disfrutar una vez que accedemos al palco. Hasta hay momentos en los que cierro los ojos para deleitarme todavía más con su voz. Y eso, pedazo de envidiosos, que yo asisto a concierto privados.

Tati embelesa a todos mientras interpreta *Ombra mai fu* y de inmediato me viene a la memoria una mañana en la que ella estaba ensayando y yo me colé en su sala para sorprenderla y, pese a que quería follármela, esperé a que acabara antes de lanzarme sobre ella. Sí, terminamos enrollándonos en el suelo como dos animales.

El recital avanza, ahora toca una de las últimas canciones que yo he seleccionado, *In the end*, de Linkin Park. ¡Cómo me pone oír la cantar algo elegido por mí! Y debo decir que lo borda.

Me conozco al dedillo el programa, así que cuando suenan los primeros acordes de la última pieza, un clásico que no puede faltar, *Der hölle rache*, no falla ni una nota. Qué grande es mi Tati... ¡y cómo me pone que cante en alemán!, y no lo digo solo por la excelente pronunciación.

Qué impresionante.

Cuando acaba, todo el auditorio se pone en pie, aplaudiendo. Yo el primero. La gente la ovaciona. Ella, que es educada, saluda haciendo reverencias y sé que no aprueba que la gente acuda a estos sitios en vaqueros y deportivas, pero por ahí no paso, así que tendrá que aguantarse.

Diego, a mi lado, aplaude con entusiasmo, pero ni de lejos igual que yo. Qué pena que en estos sitios no se pueda gritar lo que uno siente, porque la iba a sonrojar de arriba abajo.

Un empleado le acerca el consabido ramo de flores.

—Quiero daros las gracias a todos por asistir esta noche tan especial para mí a este recital —dice micrófono en mano cuando finalizan los aplausos.

Los espectadores se sientan para escucharla.

Yo no veo el momento de pillarla a solas en el camerino para darle mi opinión sincera sobre su actuación. Ya me entendéis.

—Tengo que agradecer a muchas personas el que hoy esté sobre este escenario —prosigue con un gesto abarcando al público—. Los primeros, a vosotros, por estar aquí conmigo. Por vuestra fidelidad y cariño.

Nueva ovación y más aplausos.

Qué modosita es delante de la gente.

—Esta noche, como os decía, es especial para mí porque quiero anunciaros algo.

—¿Tú sabes de qué va esto? —me pregunta Diego en voz baja. Yo niego con la cabeza.

Ay, joder.

—Mi retirada de los escenarios...

El coro de murmullos es alucinante. Pero imaginad mi cara de perplejidad. Diego, a mi lado, parpadea. Él sabe tan poco como yo.

—Por motivos personales. —Sonríe mientras se limpia las lágrimas.

—Voy a enterarme ahora mismo de qué coño pasa aquí —masculla su representante.

—Espera, que yo también voy.

Salimos escopetados del palco. Nadie nos niega el acceso a bastidores.

Por los altavoces seguimos oyendo hablar a Tati.

—Nunca imaginé que mi vida personal interfiriera en la profesional...

Pero ¿qué dice esta loca?

Caminamos como dos almas perseguidas por el diablo hasta el lateral del escenario. Diego se detiene justo en el punto en el que nadie puede verlo. Yo, en cambio, avanzo hasta detenerme junto a ella.

El público, que no se esperaba mi aparición, aplaude, pero no les hago ni puto caso.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —pregunto importándome una mierda que nos oiga todo el mundo.

—Por favor —dice entre dientes pidiéndome que no monte una escena.

—Tati, dime qué pasa —exijo.

Ella intenta sonreír, todos presenciando el numerito y yo con cara de preocupación.

—Déjame terminar —me pide tensa. Y se aleja unos pasos de mí—. Mi retirada es temporal —aclara. Yo estoy que muerdo.

Si en dos putos minutos no aclara esto, va a haber movida.

De reojo veo a mis padres, a Calvin y a John, junto a mi hijo, sentados, aunque percibo su inquietud.

Imaginad cómo estoy yo.

—En un par de años, si de nuevo me otorgáis vuestra confianza, volveré a cantar en público.

—¿Por qué dos putos años? —interrumpo.

—¡Porque estoy embarazada! —exclama. Y casi, fijaos bien lo que digo, casi me caigo de culo.

El público, que a lo mejor cree que esto está preparado, se pone en pie y otra vez aplaude, encantado y vitoreando.

Yo no salgo de mi asombro.

El asistente entra de nuevo en el escenario, trae otro micro, que me entrega, y Tati se acerca hasta mí, me da un inocente beso en la mejilla y susurra:

—Canta conmigo.

Sí, claro, como que voy a ser capaz de entonar una puta estrofa en este estado de shock.

Sin embargo, cuando oigo los acordes de *Amour* (una de mis preferidas de Rammstein, que le he cantado mientras ya sabéis lo que hacíamos) y a Tati cantar, me concentro.

Soy capaz de acabar la canción.

Y al hacerlo, mandar a la mierda el micro y pegarle un morreo de película sobre el escenario.

Soy un impresentable. Joder.

Que quede claro.

Banda sonora

Voi lo sapete o mamma, de la ópera *Cavalleria rusticana*, © 2001 Sony Music Entertainment Inc., interpretada por Jane Eaglen y la Philharmonia Orchestra.

Maybe you're the problem, © 2022 Atlantic Records Group LLC, interpretada por Ava Max.

Bam Bam, © 2022 Epic Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por Camila Cabello con la colaboración de Ed Sheeran.

Want you bad, © 2016 Round Hill Records, fabricado y distribuido por Universal Music Enterprises, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por The Offspring.

She will be loved, © 2014 Interscope Records, interpretada por Maroon 5.

Sueño de amor número 3, de Franz Liszt, © 2009 Magenta Discos, interpretado por Richard Clayderman.

Ah, chi mi dice mai, de la ópera *Don Giovanni*, de Mozart, © 1987 Deutsche Grammophon GmbH, Berlín, interpretada por la Filarmónica de Berlín, Herbert von Karajan, Agnes Baltsa, Samuel Ramey y Ferruccio Furlanetto.

Concierto para violonchelo en la menor op. 129, de Robert Schumann, © 2014 ONYX Classics, interpretado por la Filarmónica de Stuttgart, Radoslaw Szulc y Pablo Ferrández.

I wanna be your slave, © A RCA release © 2021 Sony Music Entertainment Italy S.p.a., interpretada por Måneskin.

Absolute beginners, © 2018 Parlophone Records Ltd, de Warner Music Group, interpretada por David Bowie.

Mon coeur s'ouvre à ta voix, de la ópera *Samson et Dalila*, © 2012 Deutsche Grammophon GmbH, Berlín, interpretada por Elīna Garanča, Yves Abel y la Filarmónica del Teatro Comunale di Bologna.

I belong to you, © 2009 Warner Music UK Limited, interpretada por Muse.

Perfect, © 2017 Asylum Records UK, una división de Atlantic Records UK, Warner Music Group, interpretada por Ed Sheeran.

Ombra mai fu, aria de la ópera *Jerjes* de Georg Friedrich Händel, © 2012 G7 Music Group S.r.l., interpretada por Compagnia d'Opera Italiana Orchestra, Antonello Gotta y Filippo Pina Castiglioni.

Sexy and I know it, © 2011 Foo & Blu, LLC, bajo licencia exclusiva de Interscope Records, interpretada por LMFAO.

I put a spell on you, © 2012 One Media Publishing, interpretada por Hocus Pocus.

O del mio dolce ardor, aria de la ópera *Paris y Elena* de Gluck, © 2012 G7 Music Group S.r.l., interpretada por Compagnia d'Opera Italiana Orchestra, Antonello Gotta y Filippo Pina Castiglioni.

Sinfonía n.º 3 en re mayor, de Franz Schubert, © 1979 Deutsche Grammophon GmbH, Berlín, interpretada por la Filarmónica de Viena y Karlos Kleiber.

Creep, © 1992 XL Recordings Ltd, interpretada por Radiohead.

Numb, © 2003 Warner Records Inc., interpretada por Linkin Park.

Extreme ways, © 2002 Little Idiot, interpretada por Moby.

The kids aren't alright, © 2016 Round Hill Records, fabricado y distribuido por Universal Music Enterprises, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por The Offspring.

Donde lieta uscì, de la ópera *La bohème*, de Giacomo Puccini, © Esta compilación © 2003 de EMI Records Ltd., interpretada por María Callas, Tullio Serafin y la Orquesta Filarmónica.

The show must go on, © 2014 Hollywood Records, Inc., interpretada por Queen.

Material girl, © 1984 Warner Records Inc., interpretada por Madonna.

The last day, © 2013 Little Idiot bajo licencia exclusiva para Mute Artists para EE.UU., interpretada por Moby con la colaboración de Skylar Grey.

Young and beautiful, esta compilación © 2013 Interscope Records, interpretada por Lana del Rey.

In the end, © 2000 Warner Records Inc., interpretada por Linkin Park.

Der hölle rache, de la ópera *La flauta mágica*, de Mozart, © 2015 Lucas Records, interpretada por RIAS Symphony Orchestra Berlin, Ferenc Fricsay y Dietrich Fischer.

Amour, © 2004 Vertigo/Capitol, una división de Universal Music GmbH, interpretada por Rammstein.

Biografía



Nací en Burgos, lugar donde resido. Soy lectora empedernida y escritora en constante proceso creativo. He publicado novelas de diferentes estilos y no tengo intención de parar.

Comencé en el mundo de la escritura con mucha timidez, y desde la primera novela, que vio la luz en 2011, hasta hoy he recorrido un largo camino.

Si quieres saber más sobre mi obra, lo tienes muy fácil. Puedes visitar mi blog, <http://noe-casado.blogspot.com/>, donde encontrarás toda la información de los títulos que componen cada serie y también algún que otro avance sobre mis próximos proyectos.

Facebook: [Noe Casado](#)

Instagram: [@noe_casado_escritora](#)

Notas

1. Los contenedores de basura, en inglés.

Dame una oportunidad
Noe Casado

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© Ilustraciones de la cubierta: Shutterstock
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora
© Noemí Ordóñez Casado, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2023

ISBN: 978-84-08-27989-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!



9788408279891_epub_cover.jpg